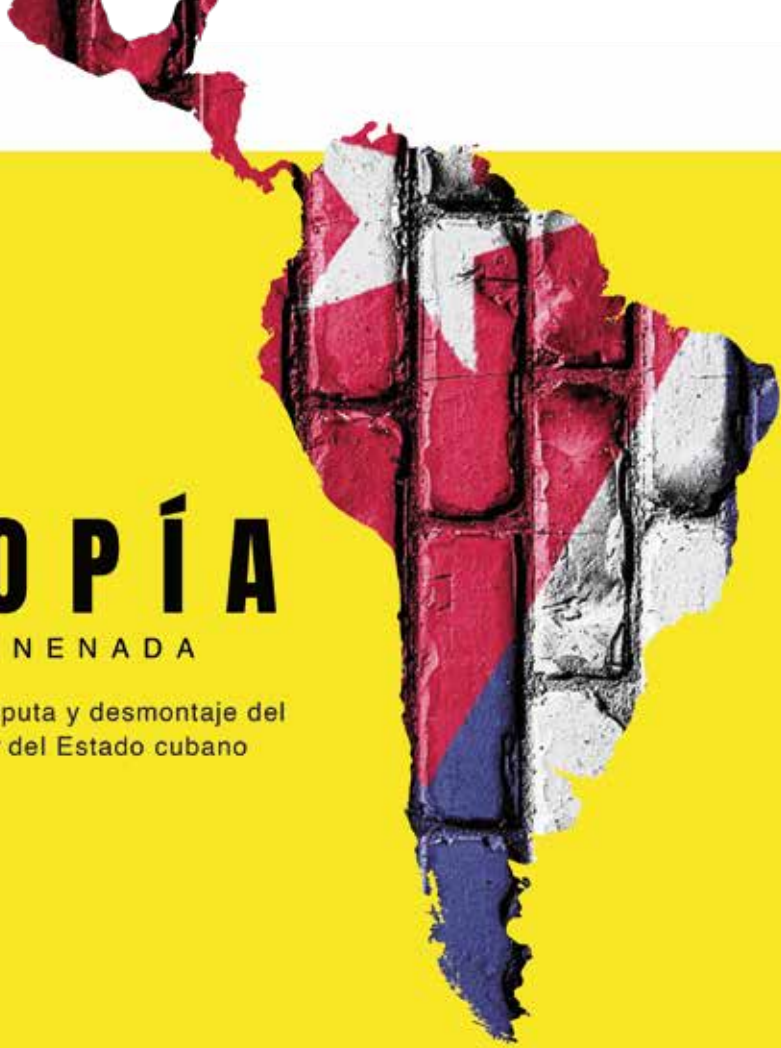




UTOPIA

ENVENENADA

| Difusión, disputa y desmontaje del
sharp power del Estado cubano

GAPAC
GOBIERNO Y ANÁLISIS POLÍTICO AC

 Laboratorio
de **Paz**

**METRICA**

UTOPIA ENVENENADA

Difusión, disputa y desmontaje
del *sharp power* del Estado cubano

Editorial 4Métrica

ISBN digital: 978-628-7714-21-2

ISBN físico: 978-628-7714-23-6

Coordinadores:

Rafael Uzcategui
Armando Chaguaceda
Sergio Angel

Autores:

Rafael Uzcátegui
Eloy Viera
María Isabel Puerta
Claudia González
Hilda Landrove
Yanet Rosabal
Armando Chaguaceda
Alina B. López Hernández
Claudia Hilb
Carlos Liscano

Junio 2025

Diseño y diagramación:

Solar, Servicios
Editoriales, S.A. de C.V.

Derecho de autor © 2025 4Métrica
Todos los derechos reservados

UTOPIA ENVENENADA

Difusión, disputa y desmontaje
del *sharp power* del Estado cubano

Prólogo de Rafael Uzcátegui

Coordinadores

Rafael Uzcátegui, Armando Chaguaceda & Sergio Angel



Primera edición: abril de 2025

Queda prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como la distribución de ejemplares.

PRÓLOGO

El 26 de noviembre de 2016, el rockero mexicano Saúl Hernández, conocido por su participación estelar en las bandas Caifanes y Jaguares, escribió un mensaje de 48 caracteres en su cuenta de la red social Twitter: “Descansa en paz comandante. Eterno resistente”. En ese momento ya era mundialmente conocido el fallecimiento de quien, desde 1959, había regido unilateralmente los destinos de la isla.

A diferencia de otros músicos, como Residente o Manu Chao, Hernández no era particularmente conocido por ser un entusiasta militante de las izquierdas revolucionarias en el poder. No obstante, como demostró en su involucramiento en campañas de Amnistía Internacional en su país, sus opiniones públicas sobre el Ejército Zapatista de Liberación Nacional o la desaparición de los 43 estudiantes de Ayotzinapa, poseía sensibilidad y empatía con causas sociales, especialmente con aquellas vinculadas a sonadas violaciones de derechos humanos. Si queremos usar las categorías políticas conocidas, se podría describirlo como un “progresista discreto”.

Aquel mensaje en la red social, que fue calificado con 589 “me gusta”, reenviado en 249 oportunidades y que generó 25 comentarios, fue acompañado por dos imágenes. Una de Fidel barbudo, uniformado de verde olivo y con boina negra,

mirando el horizonte, y una segunda donde aparece sonriendo junto a Ernesto *Che* Guevara. El trino sintetiza dos ideas principales. La primera es la de la subordinación jerárquica cuando se subraya que la identidad primaria del finado es la de “comandante”. Un respeto y un término ajeno, por cierto, al lenguaje iconoclasta de las composiciones características de la música rock. El segundo, que Castro Ruz es un referente sin fecha de caducidad de la insumisión frente a lo establecido.

Aunque Saúl Hernández no sería el único rockero que lo hizo, aquella muestra de solidaridad y congojo evidenciaba, por decir lo menos, lo que en términos fidelistas se describe como “alienación de clase”: En 1963, Fidel Castro declaró su aversión al tipo de músicos que Hernández representaba, y por extensión a todo el género, lo que inició la cacería de rockeros por parte de los militantes de izquierda latinoamericanos, obnubilados por el triunfo del movimiento 26 de Julio sobre el dictador Fulgencio Batista.

El episodio es poco conocido, pero ya volveremos sobre ese curioso olvido selectivo. En 1963 se realizaron actos en La Habana para celebrar el VI aniversario del asalto al palacio presidencial, un movimiento que buscó asesinar al dictador Batista. En la fecha, Fidel Castro daba uno de sus acostumbrados discursos en las escalinatas de la universidad, dirigido a un fervoroso auditorio primaveral e imberbe. En medio de sus calculados éxtasis retóricos, el barbudo enfiló sus baterías verbales contra la juventud displicente de las necesidades de la “revolución”:

Claro, por ahí anda un espécimen, otro subproducto que nosotros debemos de combatir. Es ese joven que tiene 16, 17, 15 años, y ni estudia ni trabaja; entonces, andan de lumpen, en esquinas, en bares, van a algunos teatros, y se toman algunas libertades y realizan algunos libertinajes. Un joven que ni trabaje ni estudie, ¿qué piensa de la vida?

¿Piensa vivir de parásito? ¿Piensa vivir de vago? ¿Piensa vivir de los demás?¹

La muchedumbre se alborotó con aplausos. Fidel tomó una bocanada de aire y apuntó de nuevo sus dardos:

Muchos de esos pepillos vagos, hijos de burgueses, andan por ahí con unos pantaloncitos demasiado estrechos; algunos de ellos con una guitarrita en actitudes elvispreslianas, y que han llevado su libertinaje a extremos de querer ir a algunos sitios, de concurrencia pública, a organizar sus *shows* feminoides por la libre.

Aplausos a rabiar. Para dejar claro cómo había que abordar ese fenómeno sociocultural en emergencia, Castro escupió: “La sociedad socialista no puede permitir ese tipo de degeneraciones”.

Aunque el concierto de los Rolling Stones en La Habana en 2016 sugiera lo contrario, aquella declaración de guerra de la izquierda revolucionaria marxista contra el rock generó rápidamente bajas, conflictos y tensiones en toda la región, en especial en la isla. El terreno privilegiado de contienda fueron las principales universidades públicas latinoamericanas, que para los iniciados en el foquismo guerrillero debía ser un “territorio libre del imperialismo”. Si Saúl Hernández hubiera sido cubano y no mexicano en 1984, cuando fundó su seminal banda Las Insólitas Imágenes de Aurora, habría sido acusado por las autoridades de “diversionismo ideológico”, la matriz de opinión oficial que justificaba la persecución contra los *elvispreslianos* cubanos.

¹ Discurso pronunciado por el comandante Fidel Castro Ruz, primer ministro del gobierno revolucionario de Cuba, en la clausura del acto para conmemorar el VI aniversario del asalto al palacio presidencial, celebrado en la escalinata de la Universidad de La Habana, el 13 de marzo de 1963 en <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1963/esp/f130363e.html>. Consulta del 15.10.22.

Aquel concepto, ideado por Raúl Castro, enunciaba cualquier acción o idea considerada desde las autoridades gubernamentales con la capacidad de “confundir” y desviar la atención de la población de los intereses de la revolución. La persecución y encierro a los homosexuales cubanos, un poco más conocida gracias al testimonio del poeta Reinaldo Arenas, fue un ejemplo de cómo aquella construcción retórica ocasionó un supuesto delito llamado “peligrosidad social”. Los huesos de la figura desgarrada de Hernández en aquellos años 80, transmutado en un Robert Smith tropical, hubieran acabado en la cárcel de Villa Marista, depósito de aquellas “degeneraciones” en la Cuba de antes de ayer.

Este olvido selectivo no es justificable por los años transcurridos. En 2003, luego de que Jaguares lanzara su disco *El primer instinto*, en La Habana fue detenido Gorki Águila, vocalista de la agrupación Porno Para Ricardo, que fue liberado en 2005, después de una campaña internacional de solidaridad. Y cuando Jaguares editaba su último disco en estudio, 45, en 2008, Águila era detenido de nuevo en la capital isleña acusado de “peligrosidad social predelictiva”. Durante varias décadas, los *shows* “feminoides” y “degenerados” que hubiera protagonizado el autor de canciones memorables como “Mátenme porque me muero” o “Afuera” habrían sido, sencillamente, proscritos.

En su texto *El comunista manifesto*, Iván de la Nuez (Galaxia Gutenberg, 2013) habla de la “ostalgia”, según él “una pulsión ludita, una melancolía —tenue y crítica unas veces, exuberante y laudatoria en otras— en la que el pasado socialista aparece como objeto de añoranza ante las adversidades del capitalismo”. ¿Saúl Hernández fue víctima, entonces, de un arrebató nostálgico? ¿O hay mucho más que esto? ¿Qué razones pueden justificar, seis décadas después,

que la dictadura más larga del continente siga conservando un importante potencial simbólico sobre lo que definitivamente *no es*?

Las respuestas a esas preguntas son, precisamente, el tema de este libro. En orden inverso y sin *spoilers*, Armando Chaguaceda habla de una “tara afectiva” de la izquierda latinoamericana. Por su parte, Hilda Landrove y Yanet Rosabal, a propósito de las protestas de julio de 2021, analizan las estrategias narrativas con las que las autoridades neutralizan y deslegitiman a sus críticos. Finalmente, Eloy Viera, María Isabel Puerta y Claudia González hacen un inventario de las redes académicas y activistas en la región que, a despecho de sus principios, amplifican y silencian según los dictados de La Habana.

En una interesante iniciativa de los coordinadores, se han incluido fragmentos de libros anteriores de tres autores latinoamericanos, yo incluido, que toman el caso cubano como foco de reflexión. La académica argentina Claudia Hilb y el escritor uruguayo Carlos Liscano, intelectuales ambos con una sólida trayectoria de izquierda militante y pensamiento independiente y crítico, arrojan luces sobre las circunstancias del nexo entre las causas del (mal llamado) progresismo regional y el legado ominoso del régimen cubano sobre aquél. En mi caso, procuro explorar —desde lo que he llamado el efecto Sartre— algunas inercias que siguen gravitando sobre las agendas de las izquierdas sociales y políticas latinoamericanas.

Como demostró el atronador silencio de sectores importantes del progresismo latinoamericano ante la represión de las protestas populares en Cuba en 2021, incluidos quienes desde organizaciones no gubernamentales (ONG) defienden el derecho a la protesta en —casi todo— el continente, el chantaje maniqueo sobre Cuba sigue gozando de buena

salud. Si se pide para la isla lo mismo que se exige para el resto de América Latina (democracia real, bienestar para la población, no discriminación por razones políticas), se es, palabras más o menos, un “diversionista ideológico”.

Afortunadamente, la realidad es más compleja que las camisas de fuerza ideológicas. Como demuestran los lugares desde donde se escriben los textos de la presente compilación, la alteridad está ganando terreno en la crítica contra el castrismo. Los sitios de enunciación y los depósitos de deseos exceden los contornos tradicionales de la izquierda y la derecha. Al ser un importante dispositivo de un modelo de dominación concreto, con discípulos en Nicaragua y Venezuela, las maneras del autoritarismo cubano deben desmontarse con el mismo énfasis con el que estudiamos los panópticos del capitalismo globalizado.

El doble rasero (defender u omitir derechos según la ideología de los victimarios) debería tener el mismo costo político que la corrupción o la violencia de género que hoy son condenadas sin titubeos sea quien sea su responsable. La injustificable “normalización” del “modelo cubano” amerita un importante y paciente trabajo de contestación y movilización que trasciende la excentricidad intelectual: los nuevos paradigmas emancipatorios del siglo XXI necesitan superar el desierto de la “Revolución cubana”, pues, como alguna vez publicó Guy Debord: “Cada desplome de una figura del poder totalitario revela la comunidad ilusoria que la apoyaba unánimemente, y que no era más que un aglomerado de soledades sin ilusión”.

RAFAEL UZCÁTEGUI

Caracas, 20 de noviembre de 2022

CUBA EN LATINOAMÉRICA:

PRESENCIA E INFLUENCIA CUBANAS EN ESPACIOS
ACADÉMICOS, ORGANIZACIONES DE LA SOCIEDAD CIVIL
Y PLATAFORMAS GENERADORAS DE PENSAMIENTO

Eloy Viera, María Isabel Puerta
y Claudia González

Introducción

Desde su triunfo, la Revolución cubana y su influencia en América Latina han sido objeto de análisis desde diferentes posiciones y enfoques. No obstante, los ecos de aquel proceso “revolucionario”, que se mantienen en muchos sentidos hasta hoy, encuentran cada vez más contrarrelatos basados en análisis de la realidad del archipiélago. Ante esa situación, el régimen cubano continúa sus esfuerzos por exportar la idea de estabilidad, consenso y progresión de su modelo. En el continente latinoamericano, sobre todo, esa exportación continúa teniendo recepción en espacios académicos, organizaciones de la sociedad civil y plataformas generadoras de pensamiento. Por consiguiente, Gobierno y Análisis Político, A. C., ha puesto uno de los focos de

atención de su trabajo en el monitoreo de la influencia cubana en Latinoamérica en el marco que va del 1 de mayo de 2021 a abril de 2022. Para ello se propone identificar y analizar, en los ámbitos académicos, políticos y sociales del continente, los debates en torno a la realidad cubana. El monitoreo tiene su foco en tres espacios fundamentales:

- En primer lugar, se revisa el accionar de las organizaciones de la sociedad civil del continente y de los políticos del área como agentes de influencia y generadores de debates con repercusiones específicas. En este tono, se evalúa el impacto del *sharp power* del régimen de La Habana, sobre todo en los ejercicios para profundizar los lazos de cooperación con otras autocracias y organizaciones de la región que sean aliadas estratégicas.

El presidente cubano ha declarado que la informatización de la sociedad cubana y la lucha en las redes sociales es uno de los pilares fundamentales de su gestión. De ahí el interés por monitorear también los espacios que, desde las redes sociales latinoamericanas, se dedican a amplificar y reproducir el mensaje que se construye desde la isla. En este sentido, se incluyen iniciativas de la sociedad civil latinoamericana, como foros, actos de solidaridad, visitas, acuerdos y celebraciones que tienen su cauce en la duplicación de la narrativa oficial cubana, así como las reacciones posteriores en la sociedad cubana.

- En segundo lugar, las discusiones y los posicionamientos de algunas de las universidades del continente en relación con Cuba. En este caso se monitorearon, como parte del estudio, diferentes instituciones académicas de la región con un criterio de proximidad a temas y vínculos relacionados con la política y la realidad cubana. Los

centros seleccionados en cuatro países del continente fueron, por México, la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM)¹ y la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM).² En Chile, la Universidad de Chile (UCH)³ y la Universidad de Valparaíso (UV).⁴ De Argentina, la Universidad Nacional de La Plata (UNPL)⁵ y la Universidad de Buenos Aires (UBA).⁶ Y de Colombia, la Universidad Nacional de Colombia (UNAL)⁷ y la Universidad de Antioquía (UdeA).⁸

Se partió, principalmente, del supuesto de que las redes sociales se han convertido en un vehículo de intercambio de información indispensable para casi cualquier espacio que pretende difundir e intercambiar conocimiento. Las universidades del mundo entero han comenzado a capitalizar esos espacios y América Latina no es la excepción. Es también un objetivo primordial del gobierno cubano ocupar las redes sociales mediante estrategias de incidencia que prioricen su mensaje particular.

- Por último, se inventariaron las actitudes y pronunciamientos de plataformas de articulación académica y generación de pensamiento, como el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y la Latin American Studies Association (LASA), sus eventos, congresos, declaraciones y terceras plataformas de influencia.

¹ Véase <https://www.unam.mx/>

² Véase <https://www.uacm.edu.mx/>

³ Véase <https://www.uchile.cl/>

⁴ Véase <https://www.uv.cl/>

⁵ Véase <https://unlp.edu.ar/>

⁶ Véase <https://www.uba.ar/#/>

⁷ Véase <https://unal.edu.co/>

⁸ Véase <https://www.udea.edu.co/>

El propósito del presente estudio es evaluar la influencia del régimen cubano en el área y en las redes en estos tres ámbitos de interés. Buscamos diseccionar las maniobras que ha creado el gobierno cubano para generar y sostener un *lobby* favorable a la mítica imagen que históricamente ha exportado. Por último, este análisis permite valorar si realmente la influencia y el impacto de Cuba en la región es excepcional, o si simplemente la magnitud de ese influjo es una construcción más de los aparatos de propaganda sostenidos por el propio régimen cubano y otros gobiernos autoritarios de la zona que se consideran sus aliados.

1. Sociedad civil, actores políticos y plataformas de generación de pensamiento

De acuerdo con los resultados del monitoreo, el tema Cuba no estuvo muy presente en los espacios de la sociedad civil latinoamericana y sus actores políticos. Otros asuntos de mayor impacto ocuparon la agenda de las organizaciones continentales, en especial los relacionados con las limitaciones a la democracia y las libertades individuales provocadas en el marco de la pandemia de covid-19 o la ola de autocratización que viven países del continente, como El Salvador, Nicaragua y Venezuela. El caso cubano no es menos autocrático. Sin embargo, esta tríada de países mantiene sistemas híbridos donde coexisten espacios de pugna de poder y una oposición reconocida y medianamente articulada. Eso contribuye a que cualquier intento de moverse hacia mayores formas de autocratización requiera despliegues de fuerza o de desmontaje de instituciones que siempre son llamativos y perfectamente distinguibles.

El totalitarismo cubano había logrado mantener una idea de estabilidad garantizada por el control total del sistema

institucional, la sociedad civil y la oposición política, y lo había conseguido con cuotas de represión solapada que no competían, comunicacional ni académicamente hablando, con los desmontajes de la institucionalidad o la represión descarnada que tenían lugar en otros lugares del continente. Ese panorama se desmoronó después del 11 de julio de 2021, de ahí que esa fecha haya sido un parteaguas para recolocar el tema Cuba y su influencia en la región en el debate público regional.

Entre mayo y julio de 2021 pocas organizaciones, sobre todo aquellas que siempre han tenido a Cuba como parte de su foco de interés, habían dirigido su atención al tema cubano. En mayo, el Centro para la Apertura y el Desarrollo de América Latina (CADAL) se adhirió al manifiesto impulsado por los autores de *Patria y vida*, tema musical nominado a los premios Grammy Latinos y que ha sido la banda sonora de las protestas en Cuba. Dicho pronunciamiento pretendía visibilizar la represión a la que habían sido sometidos los intérpretes del tema musical que se encontraban en Cuba y algunos de los miembros del movimiento San Isidro. El manifiesto remitía, además, al aumento de la represión vivida en Cuba entre abril y mayo de 2021.

Los ecos políticos del 11 de julio

Las respuestas sociopolíticas a lo acontecido en Cuba el 11 de julio obedecen a dos criterios que algunos tienden a agrupar en los de personas de izquierda o de derecha, pero que en realidad se acercan más a personas, instituciones y gobiernos que no reparan en ideologías, sino que se basan en obediencias o juicios preconcebidos sobre el autoritarismo cubano.

Después de las protestas destacaron los pronunciamientos de políticos latinoamericanos que se consideran a sí mismos

de izquierda y que, por obediencia ideológica o similitudes en las formas de gobernar, han mostrado regularmente su apoyo al gobierno cubano o simplemente lo han secundado con la relativización o el silencio.

Dentro de ese bloque de la izquierda política destacan las declaraciones casi inmediatas del expresidente y candidato a la Presidencia brasileña, Luiz Inácio Lula da Silva, quien colocó el foco en las sanciones norteamericanas contra Cuba, y desde su cuenta personal en Twitter dijo: “Cuba no pudo comprar respiradores [en la pandemia] debido al inhumano bloqueo de Estados Unidos”. Aseveró además que “los estadounidenses tienen que acabar con este rencor. El bloqueo es una forma de matar a seres humanos que no están en guerra”.

En el sentido opuesto, y como muestra del uso de Cuba como componente electoral, se expresó el presidente de ultraderecha del gigante sudamericano, Jair Bolsonaro. Con motivo de las protestas en Cuba, afirmó que apoyaba “el movimiento que pide libertad allá [en Cuba]. Pero, ¿qué es lo que piensa Lula? Imaginen si ese bandido fuera elegido presidente de la República”. Aseguró, además, que para evitar que Brasil “entre en la línea de Cuba”, es necesario cambiar el sistema electrónico de votación que Brasil adoptó hace más de dos décadas y es considerado absolutamente seguro.

Las discusiones sobre la situación cubana también influyeron en las pugnas electorales incluso en la propia izquierda. El Partido Socialista Chileno, en medio de las elecciones primarias del Frente Amplio (conglomerado de las fuerzas de izquierda), emitió un comunicado en el que recordó su condena al bloqueo norteamericano, al tiempo que reconocía que la

expresión política de las y los ciudadanos, en todos los países del mundo, constituye un derecho fundamental que debe ser respetado y resguardado por los gobiernos y las sociedades en

su conjunto. El pueblo de Cuba se ha expresado en las calles durante los últimos días, y es deber del gobierno y de las autoridades cubanas escuchar las demandas allí expresadas y abrir un camino de diálogo, el único posible, para resolver la crisis social que se ha acrecentado en el último tiempo.

El tema Cuba parece haber influido en los resultados de las primarias del Frente Amplio, donde el triunfador y líder del partido Convergencia Social, Gabriel Boric, se impuso al favorito para muchos, el comunista Daniel Jadue. Las posiciones de uno y otro en relación con Cuba durante los debates primarios fueron muy publicitadas y demostraron que la pertenencia a la izquierda no necesariamente implica una obediencia ciega basada en la ideología. Boric defendió “al pueblo cubano que se está manifestando en contra del gobierno de Díaz-Canel”. Reconoció que tenía un “sólo estándar sobre las violaciones a los derechos humanos” y que éstas eran inaceptables. Afirmó que siempre, desde su punto de vista, Díaz-Canel estaba equivocado al decir que “la calle es solamente de un grupo de gente”. Jadue, por su parte, admitió que no tenía elementos suficientes para considerar que en Cuba se estuvieran violando los derechos humanos durante las manifestaciones, y que en la isla se protegía el derecho a la manifestación más que en Chile.

Asimismo, políticos aliados del gobierno cubano, como el presidente de Venezuela Nicolás Maduro, ratificaron su apoyo a Miguel Mario Díaz-Canel Bermúdez. Luis Arce, presidente boliviano, declaró que los problemas de los cubanos debían ser resueltos sin ninguna injerencia, “mucho menos de quienes mantienen un criminal bloqueo desde hace 60 años”. En una cuerda muy parecida se pronunciaron el presidente argentino Alberto Fernández; el peruano, Pedro Castillo, y el mexicano, Andrés Manuel López Obrador. Todos consideraron que antes de hacer cualquier análisis de

lo que ocurría en Cuba era preciso condenar el bloqueo y la persecución económica norteamericana contra la isla, raíz y justificación última de todas las penurias que se viven en el país.

Desde el otro segmento del espectro político, presidentes de derecha, como Luis Lacalle Pou de Uruguay, consideraron que las protestas del 11J eran una muestra de valentía del pueblo cubano y afirmó públicamente que el gobierno cubano era una “dictadura que obviamente no respeta los derechos humanos”. Por su parte, el presidente ecuatoriano Guillermo Lasso hizo un llamamiento al gobierno cubano para que iniciara “un proceso democrático que ponga fin” a la situación que vive el país. El presidente chileno Sebastián Piñera emitió un comunicado de tres párrafos a través de la Cancillería en el que señaló su preocupación por lo que calificó como “medidas represivas que intentan acallar a los ciudadanos”.

Los pronunciamientos de la sociedad civil continental ante las protestas del 11J

Las posturas de la sociedad civil continental respecto a Cuba en el periodo monitoreado también estuvieron muy vinculadas a las protestas del 11J y signadas por visiones excluyentes. Unas dirigidas a ponderar la política exterior norteamericana en relación con Cuba, y otras a señalar la represión y las limitaciones que el gobierno cubano impone a la agencia colectiva de su ciudadanía.

En la primera cuerda destaca la carta firmada por más de cuatrocientos políticos, académicos, artistas e intelectuales dirigida al presidente Joe Biden, en la que piden la eliminación de las 243 medidas en contra de Cuba impuestas por la administración de Donald Trump. Entre los firmantes se

encuentran expresidentes, como Luiz Inacio Lula da Silva y Rafael Correa; artistas, como Danny Glover, Susan Sarandon, Jane Fonda y Mark Ruffalo; el premio nobel de la paz Adolfo Pérez Esquivel, el teólogo brasileño Frei Betto y las organizaciones People's Forum, Answer Coalition y Code Pink. La carta fue publicada como material patrocinado en la primera plana de la edición impresa del *New York Times* del 23 de julio de 2021, justo cuando en Cuba permanecían detenidos y desaparecidos centenares de manifestantes del 11 de julio y algunos comenzaban a ser juzgados y sancionados en juicios sumarios sin abogados.

La carta pretendía establecer un relato cercano al discurso del gobierno cubano que intentó demostrar a toda costa que las protestas del 11J habían sido orquestadas y organizadas desde fuera y favorecidas por la política exterior norteamericana. Ese mismo contrarrelato fue defendido también por organizaciones latinoamericanas que, emulando el llamado del presidente Díaz-Canel de que los revolucionarios salieran a la calle a hacer frente a los manifestantes, ocuparon también espacios públicos para contrarrestar el mensaje y la convocatoria de otras organizaciones que apoyaban la “libertad de Cuba y a los opositores cubanos”.

Ejemplo de esa situación fue lo acontecido en Buenos Aires el 14 de julio de 2021, cuando ocurrieron dos marchas en el mismo espacio: la calle Virrey del Pino frente al número 1800, donde está la Embajada cubana, en el porteño barrio de Belgrano. Una manifestación en apoyo al gobierno cubano fue convocada por organizaciones sindicales y partidos de izquierda, como el Partido Comunista Argentino, la Confederación de Trabajadores Argentinos (CTA), Espacio Puebla, Movimiento Territorial de Liberación y Barrios de Pie. La otra marcha, en apoyo a los manifestantes del 11J, fue emplazada por militantes libertarios, el partido Propuesta Republicana y Juventud

Radical. También organizaciones sociales bolivianas marcharon el 14 de julio de 2021 por la paz ondeando las *wiphalas* y la bandera cubana como muestra de apoyo al presidente cubano, y exigiendo el fin del bloqueo económico de Estados Unidos.

En sentido opuesto, varios grupos de la región se reunieron para expresar mediante cartas abiertas su preocupación por la situación de los derechos humanos en Cuba, incluso desde antes del 11J. Es el caso del comunicado dirigido por la sociedad civil CADAL, Freedom House, Robert F. Kennedy Center for Human Rights, Civil Rights Defenders, International Institute on Race, Equality and Human Rights y Prisoners Defenders al experto independiente sobre derechos humanos y solidaridad internacional, Obiora C. Okafor, respecto a un informe en el que omitió referirse a las graves violaciones a los derechos humanos que sufren los médicos de las misiones médicas cubanas en el exterior.

Inmediatamente después de las protestas del 11J, otro grupo de organizaciones cubanas y latinoamericanas, entre las que destacaban Acción Constitucional, Amnistía Internacional, la Alianza Regional por la Libre Expresión e Información, Artículo 19, Freedom House, CADAL, Fundamedios y PEN Internacional, emitieron un comunicado en que exigían al gobierno cubano respetar el derecho de manifestación, la libertad de expresión y detener la violencia contra los manifestantes.

También 15 organizaciones integrantes de la Coalición por la Libertad de Asociación, entre ellas Civil Rights Defenders, la Fundación Salvadoreña para el Desarrollo Económico y Social (Fusades), el Programa Venezolano de Educación-Acción en Derechos Humanos y People in Need, suscribieron un pedido a Michelle Bachelet, alta comisionada de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos, al Servicio Exterior de la Unión Europea y a los embajadores europeos de Derechos Humanos (Alemania,

España, Estonia, Finlandia, Francia, Lituania, Luxemburgo, Países Bajos, Reino Unido, Suecia y la Unión Europea). En ese llamamiento solicitaron a la comunidad internacional tomar “medidas concretas reclamando al gobierno cubano poner fin a la represión, las detenciones arbitrarias y las persecuciones contra personas pacíficas que piden cambios a su gobierno no democrático”.

Como eco de las protestas del 11J, organizaciones internacionales han insistido en la necesidad de liberar a presos políticos cubanos que fueron encarcelados con anterioridad o aprovechando las circunstancias de las manifestaciones. Destaca el pronunciamiento de PEN Internacional, Freemuse, Freedom House, CADAL, entre otros, en apoyo al informe presentado por Prisoners Defenders ante el Grupo de Trabajo sobre Detención Arbitraria de las Naciones Unidas en favor de Maykel (*el Osorbo*) Castillo Pérez. El informe denuncia la situación que enfrentan los defensores de derechos humanos en Cuba, en especial la que padecía el rapero y miembro del movimiento San Isidro desde su detención en mayo de 2021.

La represión desatada por el gobierno cubano en el marco de las protestas del 11J también favoreció la declaración por parte de Amnistía Internacional de seis presos políticos como prisioneros de conciencia.

Si bien el *sharp power* del gobierno cubano le permite continuar disfrutando de los apoyos de ciertos sectores de la izquierda latinoamericana, la represión les ha granjeado el rechazo de un sector de ese espectro político que los condena y los considera un actor represivo más.

La Liga Internacional de Trabajadores se reconoce como una entidad afín a la Cuarta Internacional de marxistas revolucionarios. Esta plataforma, que reúne varias organizaciones de izquierda de Latinoamérica y del mundo, ha llegado a *considerar* el modelo cubano como una *dictadura* y la ha ape-

llidado “castrista”. Estas clasificaciones se han basado en la represión desplegada por el Estado cubano desde julio de 2021, pero sobre todo por las acciones desarrolladas para impedir la marcha por el cambio convocada por Archipiélago.⁹

Desde finales de octubre y principios de noviembre de 2021, la Liga Internacional de Trabajadores comenzó a desplegar una amplia campaña en pro de la liberación de los presos políticos cubanos y de la visibilización de la represión desplegada por las autoridades para desarticular a Archipiélago. Esa operación alcanzó y fue respaldada por varios actores de la izquierda continental y mundial y produjo materiales en inglés y francés, lo que favoreció su alcance a públicos más amplios.

En el último cuatrimestre de 2021 aumentaron los procesos judiciales en contra de los manifestantes del 11 de julio. Esta situación provocó que especialistas y defensores de los derechos humanos hicieran un pronunciamiento conjunto. El 11 de noviembre de ese año, abogados y juristas de Chile, Brasil, Paraguay, Costa Rica, Argentina, España y Portugal emitieron una declaración dirigida al presidente cubano Díaz-Canel en la que se identificaban como

abogados y juristas comprometidos con la defensa de presos políticos y la defensa de derechos humanos de manera internacional; que fundamentalmente defendemos a activistas, obreros y trabajadores de manera general, jóvenes, estudiantes y manifestantes que van a las calles para defender sus derechos políticos y laborales en todo el mundo y en contra de los más variados gobiernos.

Asimismo, le recordaron al mandatario cubano que, a raíz de las manifestaciones del 11 y 12 de julio de 2021 ocurridas en Cuba, habían observado una escalada de ataques e intimi-

⁹ Movimiento social cubano.

daciones contra los que participaron en aquellas movilizaciones y contra quienes estaban al frente de la convocatoria y organización de la manifestación del 15N. Terminaron señalando que lo que ocurría en Cuba formaba “parte de las movilizaciones del resto de América Latina” y abogaron por “la libertad de los presos cubanos, así como lo pedimos en toda América Latina, en especial en Chile y Argentina”.

La visión ofrecida por el colectivo de juristas latinoamericanos seguía la lógica de desmontar la excepcionalidad cubana al enfatizar la necesidad de evaluar los sucesos y las acciones en la isla como parte de los procesos que vive el resto del continente. Una visión cuya relevancia no es menor, porque durante mucho tiempo la excepcionalidad cubana y su análisis como un ente aislado ha sido pilar fundamental para los posicionamientos de la izquierda del continente respecto a Cuba y la propaganda del régimen hacia el mundo.

La ola de solidaridad y denuncia ante la represión también alcanzó a organizaciones partidistas obreras de la región, como el Partido de los Trabajadores de Costa Rica. El 12 de noviembre, representantes de esa organización política reivindicaron “la lucha contra la dictadura y exigieron la liberación de los presos políticos”. En ese mismo orden, la Central Sindical Brasileña Con Lutas se manifestó en noviembre de 2021 frente al consulado cubano en São Paulo para expresar apoyo a los cubanos que estaban siendo perseguidos o encarcelados por organizarse para protestar contra el gobierno cubano el 15 de noviembre de 2021 (15N).

La represión del régimen de La Habana propició también que el tema Cuba se colocara de nuevo en la atención de algunos de los más importantes medios informativos de Occidente, como *The New York Times*. Ese rotativo calificó la conducta del gobierno cubano contra los promotores

de la marcha como un “aplastamiento” a la disidencia. Medios latinoamericanos, como *Página Siete* en Bolivia también reflejaron la situación de la represión contra los miembros de la plataforma Archipiélago.

Esta postura crítica ante la actuación represiva del gobierno cubano fue acompañada también por pronunciamientos de grupos de la sociedad civil latinoamericana, como la Alianza Regional para la Libertad de Expresión, plataforma que reúne a más de una docena de organizaciones del continente latinoamericano y que emitió un comunicado el 26 de octubre de 2021 en el que exhortaba a

organismos e instituciones internacionales de promoción y defensa de los derechos, a pronunciarse con urgencia en favor del respeto a la libre expresión y manifestación en Cuba, de las garantías a la integridad física de la ciudadanía que se manifieste pacíficamente, y el compromiso con el debido proceso en los trámites judiciales.

Asimismo, la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) y su Relatoría Especial para la libertad de expresión mostraron “preocupación por acciones represivas del Estado que impidieron realizar la marcha cívica convocada para el 15 de noviembre en Cuba”.

El reflejo de la represión directa a los promotores de la marcha del 15N estuvo acompañado de un aumento de la visibilización de la situación de los centenares de presos políticos que todavía hoy permanecen en las cárceles cubanas. Las declaraciones las hicieron desde funcionarios del gobierno de Estados Unidos y congresistas de ese país y de Europa hasta organizaciones de defensa de los derechos humanos como Human Rights Watch. A finales de octubre de 2021, esta última denunció en un informe la “brutal estrategia de represión” del régimen cubano tras las protestas del 11 de

julio, con al menos 130 casos de detenciones arbitrarias, maltratos y juicios falsos.

“La razón es nuestro escudo” fue el nombre del editorial a través del cual el órgano oficial del Partido Comunista de Cuba, el periódico *Granma*, dio a conocer la decisión de las autoridades cubanas de negar la solicitud de autorización para una marcha pacífica, legalmente formulada por algunos miembros de Archipiélago ante el intendente de La Habana Vieja el 20 de septiembre de 2021. En ese editorial se aseguraba: “La dignidad, la resistencia y la unidad son nuestras fuerzas más poderosas frente a la deshonrosa y canalla acción anexionista que sirve al enemigo histórico de la nación cubana en su plan de fracturarnos y dividirnos para vencernos”.

Alrededor de ese editorial se generó una campaña que fue apoyada por juristas y por la prensa oficial, y amplificada para el mundo por el Ministerio de Relaciones Exteriores cubano. Originalmente concebida por el Partido Comunista, fue potenciada e internacionalizada con posterioridad a través de las redes articuladas en torno al Foro de São Paulo.

El 24 de octubre, en la Ciudad de México, se desarrolló una reunión del Foro de São Paulo en la que participó Ángel Azuaga Reyes en representación del Partido Comunista Cubano. El informe resultante ofreció pistas para entender cómo, durante todo 2021, el *sharp power* cubano se había canalizado a través de esa plataforma: en marzo se desarrolló una conferencia desde el Foro en la que se analizó la experiencia de Cuba en el enfrentamiento a la covid-19; en julio se produjo un diálogo del Partido Comunista de Cuba con el resto de los partidos del Foro de São Paulo, denominado “Cuba vencerá”; mientras en agosto el Foro desarrolló una campaña en Twitter con la juventud cubana (UJC) en la que promocionó las etiquetas #BloqueoNoSolidaridadSi y #FidelPorSiempre. Asimismo, también en este mes desa-

rollaron un encuentro virtual en conmemoración del natalicio 95 de Fidel Castro y lo denominaron “Fidel, un hombre de ciencia con visión de futuro”.

Uno de los acuerdos definitivos de dicha reunión fue la realización de una “Jornada Continental Antimperialista de Solidaridad con Cuba, de homenaje a Fidel, contra el Bloqueo, la campaña yanqui, y la marcha anexionista del 15 de noviembre”. Este acuerdo se tomó en medio de la ola de denuncias internacionales por la fuerte represión desplegada por el gobierno cubano para evitar la marcha del 15N. Como apoyo a la Jornada, el Foro de São Paulo proponía promover la etiqueta #LaRazonEsNuestroEscudo, la misma que se generó desde La Habana luego de cerrar todos los canales legales para obtener una autorización que permitiera a la sociedad civil cubana marchar de forma segura en contra del gobierno.

En vísperas del 15N y en cumplimiento de los acuerdos de su encuentro en la Ciudad de México, el 12 de noviembre de 2021, el Foro de São Paulo comenzó la campaña internacional en solidaridad con el gobierno cubano y para celebrar el regreso del país a la normalidad. Como parte de ese plan, algunos grupos y organizaciones articularon acciones que buscaban visibilizar el apoyo a la Revolución cubana, que de acuerdo con su aparato de propaganda y algunos intelectuales latinoamericanos aliados, como Atilio Borón, se encontraba siendo víctima de un “golpe no tan blando”. Entre las actividades llevadas a cabo por estos grupos destacan las desarrolladas por la Coordinadora de Solidaridad con Cuba en Chile, que realizó una concentración de protesta frente al Estadio Nacional en Santiago, y la de grupos mexicanos de solidaridad con Cuba frente a la sede de la Embajada cubana en la Ciudad de México.

A tono con esa operación, el capítulo uruguayo de la Red en Defensa de la Humanidad también emitió una declaración y afir-

mó que existía una campaña mediática “brutal” impulsada desde Estados Unidos con “un mensaje homofóbico y discriminador”.

Las campañas de solidaridad con Cuba de finales de noviembre de 2021 intentaron fungir como elementos disuasorios de la represión que vivía Cuba por esos días. Contó con la particularidad de que fue acompañada por movimientos de emigrados cubanos antiembargo y muy cercanos al gobierno de la isla, como Puentes de Amor. Aproximadamente una semana después del 15N se promovió esta nueva ola de solidaridad que, sin apropiarse del eslogan paulista indicado desde La Habana #LaRazonEsNuestroEscudo, ofreció ideas de victoria y de articulación genuina en contra de la política norteamericana causante de todas las insatisfacciones y reclamos del pueblo cubano. Esa campaña fue alabada por medios de prensa oficialistas cubanos que reseñaron el apoyo de amigos de Cuba nucleados en torno a la creación de Puentes de Amor. El propio Díaz-Canel agradeció la solidaridad con Cuba mostrada durante esas jornadas.

Un ejemplo adicional de estas concertaciones fue la iniciativa de académicos e intelectuales afines al gobierno cubano, como Ignacio Ramonet, Hernando Calvo Ospina, Atilio Borón y Fernando Buen Abad, que promovió la firma de una carta dirigida a la comunidad internacional bajo el nombre “Cese del bloqueo y las acciones desestabilizadoras contra Cuba”. La misiva fue firmada por académicos latinoamericanos que ya habían participado o coauspiciado espacios de discusión y análisis impulsados por instituciones oficiales cubanas, o por algunas de las universidades monitoreadas, para reproducir ideas en confluencia con las posiciones del gobierno cubano. Esos son los casos de Ana Esther Ceceña, profesora de la UNAM, ya mencionada como colaboradora del Centro de Investigaciones de Política Internacional (CIPI); Alicia Castellanos Guerrero (UNAM);

Emilio H. Taddei, del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet); Luis Wainer, de la Universidad de Buenos Aires (UBA), Paula Klachko y Mario Della Rocca (Argentina).

Los firmantes del documento pidieron el cese del bloqueo y respaldaron la prohibición del gobierno cubano de las marchas convocadas en su contra: “Al interior del país, sujetos que se sienten respaldados y protegidos por Washington, usando como bandera la difícil situación económica debido al bloqueo [...] llaman a manifestaciones subversivas”. Además, describieron las demostraciones en Cuba como acciones orquestadas desde Estados Unidos con el objetivo de desequilibrar a la isla, y demandaron “que cese el inhumano bloqueo contra Cuba, y que [se] detengan sus tentativas de desestabilizar a una nación que en ningún momento ha realizado acciones contra su seguridad”.

El documento “Cese del bloqueo y de las acciones desestabilizadoras contra Cuba” es una muestra palpable del uso de la red de académicos e intelectuales articulada en torno al gobierno cubano y sus instituciones académicas para acuñar la falta de autenticidad de los ejercicios cívicos en Cuba. Para ello, no dudan en utilizar los mismos argumentos que la propaganda oficial del régimen de La Habana y certifican una guerra mediática —y pagada— contra el país. Los mismos criterios que se sostienen permanentemente en los eventos académicos ya reseñados. De igual modo, sus firmantes pretenden legitimar los procesos penales en curso contra los manifestantes del 11J y justificar la criminalización de la protesta social cubana al considerarla como un atentado a la seguridad nacional y una colaboración con una potencia extranjera. Asimismo, la publicación de la carta el 10 de noviembre de 2021 representó una acción mediática de contención ante las constantes críticas que estaba recibiendo el

gobierno por la represión desatada, en ese mismo momento, contra los promotores de la marcha cívica convocada para el 15 de noviembre que, como ya se ha señalado, terminó siendo frustrada por la cruenta represión estatal.

Las alianzas regionales y la penetración de organismos internacionales

En diciembre de 2021, el presidente Biden convocó a la Cumbre por la Democracia, que se celebró de forma virtual. Ninguno de los presidentes más importantes del eje bolivariano (Maduro, Ortega, Arce y Díaz-Canel) fue invitado. Desde La Habana se criticó la cumbre y se consideró “un ejercicio demagógico con beneficio nulo para la comunidad internacional y sin propuesta alguna para solucionar los problemas más acuciantes del mundo”. En un comunicado previo a la cumbre, el Ministerio de Relaciones Exteriores cubano acusó a Estados Unidos de no invitar a ese encuentro a más de 80 países, y señaló que “el gobierno estadounidense protagoniza una campaña peligrosa, dirigida a crear un cisma internacional, a dividir el planeta y a castigar a los países que defienden proyectos progresistas o no aceptan los modelos impuestos por Estados Unidos”.

Cuatro días después de concluida la Cumbre por la Democracia, los presidentes excluidos se reunían en La Habana con motivo de la XX Cumbre de la Alianza Bolivariana para las Américas (ALBA), cuyo objetivo era adecuar las estrategias del bloque y fortalecer su integración económica en medio de las circunstancias creadas por la crisis del coronavirus y ante el nuevo escenario pospandemia, pero otro de sus propósitos fue criticar el “carácter injerencista” de la política de EE.UU. en la región y de paso mandar el mensaje a Washington de “aquí estamos”.

Nada más inaugurar el encuentro, el presidente cubano destacó que varios miembros de ALBA han sido “víctimas de la aplicación de medidas coercitivas unilaterales, que se recrudecieron en los peores momentos de la pandemia apelando a maniobras políticas y manipulaciones mediáticas”. Según Díaz-Canel, en estos años Washington ha “reforzado su hegemonismo en la región” y Cuba se ha convertido en el principal objetivo de su “obsesiva política de persecución” utilizando “la pandemia como aliada”.

Los presidentes participantes en la cumbre calificaron la decisión de Estados Unidos de dedicar 400 millones de dólares a la promoción de la democracia en el mundo —uno de los resultados de la Cumbre por la Democracia—, como un intento de “subversión política de Estados soberanos, en franca violación del derecho internacional”.

En respuesta a esta situación, el secretario ejecutivo de ALBA, Sacha Llorenti, anunció la creación de un “observatorio contra las injerencias” en respuesta a la Cumbre por la Democracia y el “presupuesto millonario para desestabilizar a los gobiernos soberanos”. El objetivo del observatorio será “analizar periódicamente hacia dónde va ese dinero y el papel de algunas ONG en procesos desestabilizadores y, además, estudiar cómo se aplican las medidas coercitivas neoliberales en los países miembros”.

Luego de la Cumbre de la ALBA, el presidente boliviano Luis Arce inició una visita oficial a Cuba en la cual entregó al gobierno de La Habana un donativo de 20 toneladas de ayuda humanitaria. Arce abogó también por crear dos empresas regionales dentro de la ALBA que produjeran medicinas y alimentos en beneficio de los estados miembros. El objetivo es “lograr la autosuficiencia alimentaria y biotecnológica” a través de una “necesaria” reactivación económica y productiva que tenga como eje el Banco del Alba.

La propuesta de Arce se produjo también en medio de la profunda crisis alimentaria que viven Cuba y Venezuela, el principal valedor original del grupo. Una crisis que el régimen cubano también ha intentado negar utilizando la influencia de socios latinoamericanos, como el religioso y escritor brasileño Frei Betto.

Frei Betto fungió, en noviembre de 2021, como “asesor” del gobierno cubano para el Plan de Soberanía Alimentaria y Educación Nutricional, que cuenta con el apoyo de la FAO, Oxfam y la Unión Europea. Como parte de sus funciones hizo un recorrido guiado por algunas localidades del país durante dos semanas. El militante brasileiro consideró que eso era suficiente para publicar, en la Navidad de 2021, un vergonzoso libelo donde afirmaba que el pueblo cubano no tenía hambre, sino mucho apetito. El texto encontró espacio en el periódico *Granma*, órgano oficial del Partido Comunista de Cuba, donde se leyó que “la situación alimentaria de la isla del Caribe se ve afectada, sobre todo, por el bloqueo injustamente impuesto al país desde hace ya seis décadas por el gobierno de Estados Unidos. Esa asfixia impide que los barcos mercantes con banderas de los países que negocian con Estados Unidos toquen puertos cubanos”.

El discurso de Frei Beto es el mismo de la propaganda cubana, pero también el de las redes de intelectuales, organizaciones y academias a través de las cuales el gobierno cubano canaliza su *sharp power*. Cualquier análisis promovido desde estas redes pondrá el bloqueo/embargo como principal elemento justificatorio de todas las situaciones que acontecen en el país. Por eso, la declaración final de la Cumbre de la ALBA, una red política tejida entre regímenes autoritarios con Cuba como uno de sus socios fundadores, no podía ser diferente. Los gobiernos participantes condenaron “la política de embargo norteamericano contra La Habana y

la inclusión de la isla en la lista de Washington de países que no cooperan en la lucha contra el terrorismo y se solidarizó también con Venezuela, Nicaragua y Bolivia”.

2. La generación de pensamiento: LASA y CLACSO

La Asociación de Estudios Latinoamericanos (Latin American Studies Association, LASA) y el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) son espacios académicos en los que la retórica del gobierno cubano mantiene un efecto importante, de prestigio intelectual, con tradiciones que involucran una larga trayectoria: LASA con una influencia significativa de los círculos académicos latinoamericanistas de Estados Unidos y Europa, donde los vínculos de Cuba con instituciones de educación superior —sobre todo de Estados Unidos— tienen peso en la organización. CLACSO, por su parte, ha realizado, durante mucho tiempo, ingentes esfuerzos por dirigir su atención y sus estudios hacia el déficit de democracia en países cuyos gobiernos no son de izquierda (Chile, Perú, Colombia, Haití o Guatemala). Paralelamente, continúa excluyendo las crisis de Cuba, Nicaragua y Venezuela de su foco de atención, lo cual constituye un patrón de comportamiento institucional dirigido a fomentar una narrativa¹⁰ sobre sistemas “revolucionarios” bajo constante amenaza imperialista/neocolonial. CLACSO ofrece a los gobiernos autoritarios de América Latina una plataforma especialmente diseñada para sostener la identidad y el mensaje divorciado de la realidad que, política y convenientemente, deciden vender al mundo.

¹⁰ Véase <https://www.clacso.org/amenazas-y-desafios-para-las-democracias-en-america-latina-y-el-caribe-derechos-en-cuestion/>

En las convocatorias¹¹ del CLACSO participan instituciones educativas cubanas que desarrollan líneas de investigación que suelen estar asociadas a posiciones de “vanguardia revolucionaria”, pero que simplemente son parte de la propaganda¹² del gobierno.

CLACSO ha funcionado como una plataforma académica de reacción y defensa irrestricta de los gobiernos de Cuba y Venezuela.¹³ Por ejemplo, han emitido un comunicado¹⁴ en respuesta a la preocupación del Secretariado de LASA por la situación de los derechos humanos en Cuba. En él resaltaron que

los centros cubanos miembros del CLACSO y su Comité Directivo, desde la experiencia de unas relaciones basadas en la colaboración y el respeto, y comprometidos con la denuncia de la política de hostilidad permanente de los Estados Unidos hacia la isla, expresan su rechazo ante un pronunciamiento (el de LASA) que se hace eco de las nuevas campañas desestabilizadoras contra el derecho de Cuba a elegir y construir su propio destino.

Pronunciamientos como éstos se alejan de lo que pudiera esperarse de comunidades académicas; por el contrario, son una respuesta comprometida con la estrategia comunicacional de los regímenes a los que protege. Las líneas de investigación del CLACSO son un catálogo de causas sociales que ignoran a los actores políticos y sociales víctimas de la exclusión y

¹¹ Véase <https://www.clacso.org/bienestar-social-y-disputas-por-lo-publico-y-lo-comun-en-america-latina-y-el-caribe/>

¹² Véase <https://americalatina.global/intro-educacion-de-la-sexualidad/>

¹³ Véase <https://www.clacso.org/impacto-integral-de-las-sanciones-politicas-economicas-y-financieras-aplicadas-a-la-republica-bolivariana-de-venezuela/>

¹⁴ Véase <https://www.clacso.org/amenazas-y-desafios-para-las-democracias-en-america-latina-y-el-caribe-derechos-en-cuestion/>

persecución de regímenes autoritarios en Latinoamérica. Se trata de esfuerzos académicos sobre justicia social,¹⁵ derechos humanos¹⁶ y comunidades afrolatinas, donde no hay mención alguna a los casos de Cuba, Venezuela o Nicaragua. Es una plataforma “académica” que claramente le brinda su respaldo¹⁷ institucional al régimen cubano.

Luego de las protestas del 11J, el Comité Directivo del CLACSO y los centros miembros cubanos de la red emitieron pronunciamientos en apoyo¹⁸ al régimen de la isla e intentaron deslegitimar¹⁹ la protesta social ocurrida en el país. Estas críticas a las protestas del 11J representan una contradicción con la inclusión de la temática de la afrolatinidad²⁰ en su oferta académica, vista la represión y persecución contra grupos como el movimiento San Isidro o el Comité Ciudadano por la Integración Racial.

En respuesta a esta postura institucional del CLACSO, se han promovido iniciativas²¹ de grupos de académicos que reclaman la gravedad del uso de dicha plataforma en apoyo a gobiernos que incurren en la violación de derechos humanos.

¹⁵ Véase <https://www.clacso.org/diploma-superior-en-sustentabilidad-y-justicia-social-perspectivas-para-el-cambio/>

¹⁶ Véase <https://www.clacso.org/los-derechos-humanos-y-la-consolidacion-de-la-paz-como-dimensiones-para-el-fortalecimiento-de-la-democracia-en-america-latina-y-el-caribe/>

¹⁷ Véase <https://www.clacso.org/frente-a-la-escalada-agresiva-contracuba/>

¹⁸ Véase <https://www.clacso.org/declaracion-en-apoyo-y-solidaridad-con-el-pueblo-cubano-ante-la-reciente-accion-provocadora-e-injerencista-contrala-revolucion-cubana/>

¹⁹ Véase <https://www.clacso.org/pronunciamiento-frente-a-la-campana-de-manipulacion-contracuba/>

²⁰ Véase <https://www.clacso.org/estudios-afrolatinoamericanos-y-caribenos-8/>

²¹ Véase https://www.change.org/p/instituciones-donantes-y-contrapartes-de-clacso-carta-a-entidades-donantes-y-contrapartes-de-clacso-por-declaraci%C3%B3n-sobre-cuba?use_react=false

En el caso de LASA, se observa la participación de académicos cubanos, aun cuando se evidencia una reducción²² significativa en comparación con otros congresos. Sin embargo, el hecho más relevante del congreso de 2021 fue la polémica iniciada por la declaración²³ emitida por el Consejo Ejecutivo de LASA, luego de la exigencia²⁴ de un grupo de académicos cubanos, encabezado por la profesora Guillermina de Ferrari,²⁵ de un pronunciamiento del Consejo Ejecutivo y su posición institucional sobre los abusos cometidos en contra de Tania Bruguera, Luis Manuel Otero Alcántara, y el movimiento San Isidro. La respuesta del Consejo Ejecutivo desató críticas²⁶ tanto por su tibieza²⁷ como por su naturaleza intervencionista²⁸ y parcializada.²⁹ El comunicado de la LASA generó también cuestionamientos³⁰ entre académicos latinoamericanos y latinoamericanistas, y provocó serias dudas sobre la postura de la asociación, ante el pe-

²² Véase <http://www.trabajadores.cu/20210524/cuba-estara-en-el-congreso-lasa-2021/>

²³ Véase <https://lasaweb.org/es/news/pronunciamiento-proteccion-derechos-humanos-cuba/>

²⁴ Véase <https://adncuba.com/noticias-de-cuba/actualidad/piden-lasa-que-denuncie-situacion-en-cuba>

²⁵ Véase <https://www.ipetitions.com/petition/lasa-defiende-los-ddhh-en-cuba>

²⁶ Véase https://www.14ymedio.com/cuba/LASA-registra-renuncias-repression-Cuba_0_3104089571.html

²⁷ Véase <https://www.radiotelevisionmarti.com/a/reacciones-a-lasa/296193.html>

²⁸ Véase <https://www.radiocubana.cu/noticias-de-la-radio-cubana/68-noticias-nacionales/33731-mas-de-200-intelectuales-y-academicos-residentes-en-cuba-y-otra-naciones-rechazan-cuestionamientos-de-lasa-sobre-ddhh>

²⁹ Véase <http://www.cuba.cu/educacion/2021-06-10/academia-de-la-historia-de-cuba-responde-a-declaraciones-parcializadas-de-lasa-e-instituciones-academicas-de-eeuu/56260>

³⁰ Véase <https://www.ipetitions.com/petition/solicitud-de-nuevo-pronunciamiento-de-lasa-sobre>

ligro de convertir la LASA en otra tribuna de propaganda de regímenes de la izquierda autoritaria latinoamericana.

En general, la forma de abordar el tema cubano a través de paneles con voces muy cercanas al oficialismo o con críticas moderadas a los regímenes cubanos, venezolanos y nicaragüenses ha sido una constante del CLACSO. A finales de noviembre de 2021, el CLACSO auspició la Conferencia Internacional Constituyendo Democracias,³¹ motivada, de acuerdo con la convocatoria oficial, por el “auge de fuerzas políticas extremistas, la crisis climática y la búsqueda de nuevos modelos” que hacían a los latinoamericanos replantearse sus democracias. Alegaba que, “sin ir más lejos, en el continente han irrumpido estallidos o movilizaciones sociales importantes y en Chile, además, un posterior proceso constituyente”. La conferencia tenía como intención primaria “dialogar sobre procesos constituyentes, surgimiento del fascismo, arte y política, plurinacionalidad, geopolítica, crisis climática y *fake news*, entre otros temas”.

Sin embargo, a pesar de la cercanía evidente, en ese acto los análisis sobre Nicaragua, Venezuela y Cuba, que había vivido el año de mayores protestas sociales de la historia revolucionaria, estuvieron ausentes. No obstante, el CLACSO no dudó en analizar la sociedad cubana cuando convocaron al grupo de trabajo Escenarios de políticas y desigualdades económicas en mujeres rurales en Cuba,³² una iniciativa que pretendía abordar el estudio de la desigualdad económica, la brecha de género y los efectos de la pandemia en el contexto de los “esfuerzos de recupera-

³¹ Véase <https://www.clacso.org/conferencia-internacional-constituyendo-democracias/>

³² Véase <https://www.clacso.org/escenarios-de-politicas-y-desigualdades-economicas-en-mujeres-negras-de-cuba/>

ción por el recrudecimiento del bloqueo de los EE. UU.”. El resultado de ese grupo de trabajo fue un documento³³ en el que se trató el tema objeto de la convocatoria sin analizar el rol de la falta de libertades individuales en el desarrollo de las desigualdades y el papel del gobierno cubano en la reproducción del fenómeno.

Acciones similares fueron el debate “Democracia, justicia e igualdad”,³⁴ que tuvo como propósito debatir las alternativas políticas conservadoras que cuestionan los derechos humanos e impugnan las políticas públicas que construyen igualdad, mientras que ignoran las situaciones de violación de DD. HH. y la ausencia de democracia en Cuba, Nicaragua y Venezuela; también hubo diversos talleres presenciales que continúan promoviendo narrativas progresistas:³⁵ raza, feminismo, ambiente, equidad, con ausencias notables: no hay discusión sobre las exclusiones y desigualdades en Cuba, Nicaragua y Venezuela.

Docencia

El CLACSO, además, continuó promoviendo cursos cortos de formación política, en un intento de posicionarse como institución promotora de la democracia frente al avance de los sectores conservadores, mientras ignora las amenazas autoritarias en Cuba, Nicaragua y Venezuela. Cuenta para ello con el Diplomado Superior en Formación Política y el titulado “Crisis y transformaciones sociopolíticas en América Latina: abordajes teóricos y metodológicos”,³⁶ de la recién creada

³³ Véase <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/gt/20211005014847/Desig-econ-en-mujeres-rurales-en-Cuba.pdf>

³⁴ Véase <https://www.clacso.org/en/democracia-justicia-e-igualdad/>

³⁵ Véase <https://www.clacso.org/clases-abiertas-y-gratuitas-de-clacso/>

³⁶ Véase <https://www.clacso.org/en/1-escuela-de-posgrado-de-la-red-de-es->

1ª. Escuela de Posgrado de la Red de Estudios Sociales Latinoamericanos y Caribeños Contemporáneos, CLACSO, la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS), el Programa de Posgrado en Estudios Latinoamericanos de la UNAM y la División de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM-Xochimilco).

Considerando que para el CLACSO el caso cubano es medular en el posicionamiento de una narrativa que se extiende hacia Nicaragua y Venezuela, es importante incluir en el análisis de influencia la réplica del enfoque de supervivencia revolucionaria en el creciente autoritarismo de estas dos naciones bajo regímenes aliados al gobierno cubano. En este sentido, encontramos que en la oferta académica del CLACSO persiste una tendencia a la construcción de una propuesta curricular que gira en torno a los fracasos del capitalismo y a la lucha revolucionaria contra sus efectos, donde Cuba está acompañada por Nicaragua y Venezuela para enfrentar la amenaza imperialista.

Entre los ejemplos de la oferta académica destacamos:

- El proyecto de investigación “Pobreza y desigualdades multidimensionales: ¿hacia nuevos pactos sociales?”,³⁷ cuya convocatoria aborda el problema de la pobreza desde la desigualdad, considera perspectivas multidimensionales y justifica que el vínculo con el desarrollo económico no permite resolver el problema estructural.
- El *Boletín del Grupo de Trabajo*.³⁸ Antiimperialismo: perspectivas trasnacionales en el sur global, dedicado a

tudios-sociales-latinoamericanos-y-caribenos-contemporaneos/

³⁷ Véase <https://www.clacso.org/pobreza-y-desigualdades-multidimensionales-hacia-nuevos-pactos-sociales/>

³⁸ Véase <https://www.clacso.org/clases-abiertas-y-gratuitas-de-clacso/>

Centroamérica, Llama la atención un capítulo sobre Nicaragua: “Violación a los derechos humanos y antiimperialismo. Una ecuación de las ultraderechas en América Latina (1979-1980)”, mientras que en el resto de la obra no hay mención directa a la crisis actual de DD. HH. en la nación centroamericana.

- El Diplomado Superior en Cambio climático,³⁹ sobre los desafíos éticos para las políticas públicas, porque representa la inserción en una temática que ha provocado serios cuestionamientos sobre el enfoque ambientalista en regímenes autoritarios de izquierda en Latinoamérica.

Protagonismo de la narrativa gubernamental cubana en el congreso de la LASA: la voz del represor

En el preámbulo del congreso anual de la LASA se manifestaron fuertes críticas a la organización del acto en lo que respecta a la presencia de investigadores cubanos. Se planteó de nuevo la dificultad de participación para las voces críticas del régimen político cubano que no cuentan con el mismo apoyo financiero del que gozan los oficialistas, que tienen una intervención mayoritaria. Esto convierte la reunión, en cuanto a discusiones académicas sobre la realidad de Cuba, en un monólogo, debido a la supresión de visiones contrarias a la narrativa dominante.

El programa daba cuenta de una profusión de mesas y talleres sobre la realidad cubana desde una mirada complaciente, repitiendo las bondades del modelo, los éxitos revolucionarios y las amenazas del capitalismo con su política

³⁹ Véase <https://www.clacso.org/diploma-superior-en-cambio-climatico-desafios-eticos-para-las-politicas-publicas-2/>

sancionatoria. Las agendas y los invitados no dejaban lugar a duda sobre el sesgo del evento, en virtud de la presencia de personajes vinculados al oficialismo y de las agendas que representan en estos espacios académicos.

El congreso anual de la LASA fue centro de una nueva controversia, provocada por el protagonismo del régimen cubano en la organización del evento. Esta vez, su participación llegó al extremo de presentar a un funcionario militar vinculado a la represión de las protestas del 11 de julio de 2021 como un “académico”. Abel Enrique González Santamaría, integrante del servicio de inteligencia cubana con el rango de coronel, intervino en el panel “Antecedentes de las protestas del 11 de julio en Cuba”, bajo el auspicio de la Sección de Estudios Cubanos, organizado por Ricardo Torres Pérez, de la Universidad de La Habana, y contó con otros exfuncionarios del gobierno y de la escuela de adoc-trinamiento del Partido Comunista Cubano. El coronel González Santamaría se presentó como representante de la Oficina del Historiador de La Habana, de la que no hay registro de acuerdo con lo publicado por *El Nuevo Herald*.⁴⁰ Entre sus trabajos “académicos” destaca un libro⁴¹ en el que justifica la represión del 11 de julio. Sin embargo, una de las representantes de la sección le restó importancia a la procedencia de González Santamaría al desestimar la posibilidad de conflicto de intereses. Esto trajo de nuevo serias críticas hacia la LASA y su directiva, pero, sobre todo, a quienes hacen vida en la Sección Cuba y le proporcionan una plataforma a un régimen autoritario. El volumen de paneles sobre Cuba fue significativo, no obstante, como en ocasiones anteriores,

⁴⁰ Véase <https://www.elnuevoherald.com/noticias/america-latina/cuba-es/article261034852.html>

⁴¹ Véase http://media.cubadebate.cu/wp-content/uploads/2021/09/04-miradas-en-contexto-abel-e-gonzalez-santamaria-13-9-2021_compressed.pdf

la falta de diversidad se profundiza debido a la intervención monopolizadora del oficialismo que asfixia cualquier posibilidad de escuchar voces que cuestionen al régimen y aumenta el vacío con nuevas deserciones de investigadores cubanos que, al igual que el año pasado, se retiraron de la organización en señal de protesta.

En el caso de González Santamaría hubo señalamientos de su presencia desde las redes sociales. En particular José Raúl Gallego, periodista y activista cubano, lo denunció el 30 de abril.⁴²

El coronel González Santamaría no sólo es un alto mando del Ministerio del Interior (MININT), sino uno de los más allegados de Alejandro Castro Espín, hijo del dictador Raúl Castro, en la poderosa y ya desintegrada Comisión de Defensa y Seguridad Nacional. Un tipo vinculado directamente a los órganos de la Seguridad del Estado, la policía política cubana, y que ahora quieren hacer pasar por académico. González Santamaría es, además, el compilador del libro titulado *Miradas en contexto. Aproximaciones desde la universidad a la Cuba actual*, un panfleto armado en unos días con textos publicados en redes sociales por agentes de opinión, *ciberclarias* y profesores mediocres que se dedicaron a criminalizar y deslegitimar las protestas del 11J y, a su vez, justificar las graves violaciones de derechos cometidas en esas fechas por el Estado cubano.

Durante la presentación del panel de la LASA, Carlos Alzugaray, moderador, realizó un alegato sobre lo que denominó intentos de politización de los espacios académicos al referirse a los reclamos por la participación de un coronel del mininT de Cuba en un panel académico. Lo que debe considerarse un intento (exitoso) de politización es, sin embargo, la presencia de un país a través de representantes de sus instituciones, que en un contexto totalitario sólo pueden ser

⁴² Véase https://diariodecuba.com/cultura/1651433953_39192.html

considerados voceros del gobierno. Esto es particularmente grave en los casos en que son miembros de instituciones represivas (como Abel González) o de formación ideológica para el sostén del gobierno, como es el caso de la Escuela Superior del Partido Único López, que presentó el panel “Cuba: desarrollo económico, integración, solidaridad y desarrollo de una sociedad más justa e inclusiva. Una reflexión desde la educación superior”, con participación exclusiva de sus propios académicos.

Otras instituciones estatales cubanas también tuvieron representantes en el Congreso LASA —entre ellas la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC), el Ministerio de Educación Superior y la Biblioteca Nacional—, lo que evidencia una concurrencia privilegiada de instituciones involucradas en el diseño e implementación de políticas de Estado por sobre la de entidades académicas que, si bien estuvieron presentes, resultaron subrepresentadas. Esto conllevó no solo la presencia cuasi hegemónica de la narrativa del Estado cubano, sino la sobresimplificación de la discusión, en la medida en que, en tanto voceros, las personas y los representantes de las instituciones repitieron las razones del Estado cubano de manera acrítica y propagandística. Un ejemplo se observa en la presentación misma del coronel González, cuyos argumentos fueron replicados posteriormente por *Granma*, órgano oficial del Partido Comunista de Cuba.

Durante las sesiones, fue también notable la intención de controlar las ideas críticas presentadas utilizando el chat de Zoom en el que se desarrollaron las sesiones, para repetir la narrativa de la responsabilidad del gobierno de Estados Unidos por los sucesos del 11 de julio y, en general, la crisis crónica del país.

3. Las instituciones académicas de nivel superior y su reflejo de la realidad cubana

Durante el periodo monitoreado, la presencia de temáticas referentes a Cuba y su proceso político no fue constante ni análoga en las instituciones académicas. Mientras que las instituciones educativas en México y Argentina tuvieron mayor incidencia, en el resto de las universidades la actividad al respecto fue casi nula. De forma similar, las menciones o promociones sobre Cuba tuvieron mayor énfasis en perfiles de redes sociales (Twitter, Facebook) de las instituciones, así como en grupos y programas de su estudiantado.

Por lo general, los comunicados, convocatorias o réplicas de noticias con narrativa orgánica al gobierno cubano, o realizadas directamente por sus oficinas en la región, como grupos de amistad o embajadas, fueron publicados por académicos adscritos a estos institutos y que han mantenido un estrecho vínculo con la academia cubana oficial. La mayoría de estos docentes se destaca por su uso de redes y por una tendencia a publicar artículos de opinión que los hace sobresalir como “intelectuales activistas” con influencia en el público y, por ende, en la difusión del imaginario revolucionario cubano. Es el caso de académicos como Jaime Bassa (profesor de Derecho de Universidad de Valparaíso, Chile), Fernando Neira Orjuela (Centro de Investigaciones de América Latina y el Caribe, UNAM, México), Mylai Burgos (profesora de Derecho de la UACM, México), John M. Ackerman (Instituto de Investigaciones Jurídicas, UNAM, México), Leandro Morgenfeld (profesor de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Argentina), entre otros.

Los posicionamientos sobre la realidad cubana no trascendieron en la administración de las universidades

públicas monitoreadas. La mayor afluencia de noticias y apoyo al proceso cubano se generó en las distintas facultades de Política y Ciencias Sociales, sobre todo en sus foros estudiantiles, en los medios audiovisuales oficiales (radio universitaria) y en espacios de periodismo estudiantil. En este grupo se distinguen los portales de canales Radio UNLP (@radioulaplata),⁴³ Radio UNAM (@RadioUNAM),⁴⁴ Diario-Radio UChile (@uchileradio).⁴⁵

Las posturas institucionales monitoreadas podrían ubicarse en tres áreas de influencia temática. Primera: actividades que sirvieron para la generación de plataformas de difusión de mensajes de apoyo a la narrativa del gobierno cubano. Segunda: actividades destinadas a generar estructuras de colaboración científico-académicas. Tercera: declaraciones que demostraron el desconocimiento de la realidad cubana. Sobre este último aspecto resaltan dos temas centrales: la reiteración continua del rechazo al embargo norteamericano como postura política sedimentada de los perfiles revisados, y el apego inmediato a las declaraciones oficiales tras las manifestaciones del 11J de 2021, posicionamiento destinado a criminalizar y hacer ilegítimo este evento.

Desconocimiento arbitrario pos-11J

Tras las protestas sucedidas en Cuba (11J), se realizaron varios eventos sobre memoria y reflexión histórica que reflejaron un patrón arbitrario dentro de la cosmovisión de izquierda con tradición en la lucha cívica, al desconocer similares derechos de emancipación en la ciudadanía cubana

⁴³ Véase <https://twitter.com/radioulaplata>

⁴⁴ Véase <https://twitter.com/RadioUNAM>

⁴⁵ Véase <https://twitter.com/uchileradio>

y que contrastan con una fuerte difusión del mensaje oficial cubano que legitima su gobierno.

En este sentido, resaltó la narrativa de una militancia acostumbrada a manifestarse por sus derechos políticos y con una tradición de detención forzada durante las dictaduras latinoamericanas, que contrastó significativamente con la descalificación de las protestas en Cuba. Por ejemplo, a una semana de los sucesos en La Habana y en pleno debate sobre lo acontecido, se conmemoró en la Universidad de Buenos Aires la “Noche de los Bastones Largos”, conocida por la represión contra jóvenes que defendían la autonomía universitaria.⁴⁶ El acto fue presidido por el rector Alberto Barbieri, quien había firmado desde 2018 acuerdos con instituciones universitarias cubanas y con el Ministerio de Educación Superior para “el intercambio de información, programas, docentes y alumnado”.⁴⁷ Un mes después del 11J, y mientras se visibilizaban las detenciones arbitrarias en La Habana, se conmemoró en la Universidad de Chile el Día del Detenido Desaparecido y la Detenida Desaparecida.⁴⁸ Su organizadora fue Lorena Pizarro, presidenta de la Agrupación de Familiares Detenidos y Desaparecidos (AFDD Chile), quien, en declaraciones anteriores, había distinguido de forma partidista los abusos a los DD. HH., como en el caso de su crítica a los informes de Michelle Bachelet (2018, 2020) contra Venezuela.

Aunque estos hechos universitarios han manejado un lenguaje jurídico de condena a violaciones a la libertad de reunión y agencia, a ejercicios racistas y violencia de géne-

⁴⁶ Véase “La memoria ilumina el presente”, en <https://www.agro.uba.ar/noticias/actualidad-news/la-memoria-ilumina-el-presente>

⁴⁷ Véase el convenio marco de cooperación en https://www.uba.ar/archivos_uba/2018-06-27_RES%20CS%2018-00772.pdf

⁴⁸ Véase <https://www.uchile.cl/agenda/179249/conmemoracion-dia-del-detenido-desaparecido-y-la-detenida-desaparecida>

ro, entre otros, y han demandado solidaridad del resto del continente, quedaron en un espacio simbólico de memoria nacional, lo que evita incidir en acontecimientos muy similares en la región en la actualidad. Por ejemplo, aunque ambos encuentros abordaron las violaciones de los derechos humanos en las efemérides argentina, chilena, y respecto a la región, no hubo mención a violaciones similares en Venezuela, Nicaragua o Cuba. Aunque ambos eventos se realizaron después del 11J, tampoco mencionaron las detenciones y desapariciones forzadas de más de mil personas en Cuba, así como las violaciones de DD. HH. con trasfondo violento hacia menores de edad, mujeres, personas pobres y negras, grupos poblacionales paradigmas de la reivindicación de izquierda.

Reparación de daños pos-11J

Junto al desconocimiento tácito de la represión en Cuba, en las universidades monitoreadas se activó un mecanismo de legitimación y defensa del gobierno cubano. A dos días de sucedidas las manifestaciones en Cuba, grupos públicos de Facebook pertenecientes a UACM replicaron las movilizaciones de mexicanos en apoyo al gobierno cubano con titulares como: “Decenas de ciudadanos cubanos y mexicanos simpatizantes de la Revolución cubana se dieron cita en la embajada de dicho país para manifestar su apoyo al gobierno de Miguel Díaz-Canel Bermúdez, y en contra de los intentos de sabotaje e intervencionismo”. Para ello se usaron las etiquetas #LasCallesSonDeLosRevolucionarios y #Cuba.⁴⁹

⁴⁹ Véase <https://www.facebook.com/groups/Univ.Aut.Cd.Mex/posts/4180390565387783/> y <https://www.facebook.com/hashtag/lascallessondelosrevolucionarios>

A una semana de las protestas en Cuba, el programa *Prisma Universitario* (Radio UNAM) entrevistó a Fernando Neira Orjuela, investigador del Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe de la UNAM, quien hizo énfasis en las causas de la crisis en la isla dentro de la narrativa de izquierda: bloqueo americano, situación económica y pandemia, evadiendo la responsabilidad administrativa del gobierno cubano.⁵⁰ Posteriormente, Radio UNAM continuó una política orgánica con el mensaje del gobierno cubano mediante la presentación de *Cuba: la revolución afronta un momento de peligro*, por Alberto Betancourt, coordinador del Observatorio del G20 de la misma facultad.⁵¹ En el mismo tono, el programa *Contacto Universitario*, de @radioulaplata de la UNPL, analizó las protestas en Cuba con una entrevista al docente Gabriel Merino.

Se estima que estas posturas fueron en parte promovidas y organizadas por las embajadas cubanas en estos países, así como por grupos de activistas con vínculos con el gobierno en la isla. A finales de julio, el embajador cubano en Chile, Jorge Lamadrid, declaró, a través del canal de radio oficial #RadioAnálisis, @uchileradio (UCh): “Si hay algo que podemos certificar es que en Cuba no se tortura y tampoco se desaparece a nadie”. También denunció “una campaña premeditada desde Estados Unidos a través de redes sociales, para aparentar un descontento social generalizado y así cumplir con la finalidad histórica de desestabilizar a las autoridades”.⁵² En agosto, la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA presentó el panel virtual “A un mes de las protestas del 11 de julio.

⁵⁰ Véase <https://twitter.com/PrismaRU/status/1408144198591787008?s=20>

⁵¹ Véase <https://www.facebook.com/watch/?v=152994306912860>

⁵² Véase <https://radio.uchile.cl/2021/07/24/embajador-jorge-lamadrid-si-hay-algo-que-podemos-certificar-es-que-en-cuba-no-se-tortura-y-tam-poco-se-desaparece-a-nadie/>

¿Hacia dónde Cuba va?”, con los académicos cubanos Julio César Guanche, Alina López y Rafael Hernández, donde la postura predominante resultó crítica, aunque no trascendió de los límites narrativos consensuados ni responsabilizó de mayores errores a la gestión oficial cubana.⁵³

Espacios habituales en redes

Además de los mensajes de posicionamiento más concretos y coyunturales, hay en las instituciones monitoreadas espacios, redes y canales habituales con un corte editorial orgánico respecto al gobierno cubano.

Un espacio habitual es el canal de Arantxa Tirado, doctora en Relaciones Internacionales (UAB) y en Estudios Latinoamericanos (UNAM), cuyo programa retransmiten las redes de la UACM. En dicho canal ha expresado: “Cuba NO es una dictadura, es una democracia socialista. Con sus contradicciones y limitaciones, no mayores que las de las democracias capitalistas. Es más, es una democracia éticamente superior porque pone la justicia y la igualdad en el centro, no los intereses de las empresas”. Tirado es autora de la polémica sobre la inseguridad alimentaria en Cuba, pues afirmó, en 2019, ya comenzada la inflación, que con 30 dólares al mes completaba más de tres comidas en la isla.⁵⁴ En su programa destaca la comparecencia de la profesora Burgos del plantel Cuauhtémoc (UACM) sobre Cuba,⁵⁵ en el que ha reiterado el argumento de “guerra híbrida” lanzada por Estados Unidos con mecanismos “supuestamente democráticos, pero deses-

⁵³ Véase <http://www.sociales.uba.ar/2021/08/06/charla-hacia-donde-va-cuba/>

⁵⁴ Véase https://twitter.com/aran_tirado/status/1215213818281971712?lang=es

⁵⁵ Véase <https://twitter.com/UACM/status/1415122477173415937>

tabilizadores” para socavar el poder de sistemas de izquierda en América Latina, enfocado en Cuba y Venezuela. Mylai Burgos es autora de varios artículos pos-11J con una mirada desde el derecho convencional y afín a lo postulado por el gobierno cubano en la justificación jurídica de la limitación de DD. HH.⁵⁶

En general, es frecuente encontrar docentes en la prensa que refuerzan el mensaje del gobierno cubano. Por ejemplo, Magaña Jattar, de Filosofía de la Ciencia de la UNAM, fue entrevistada por *Sputniknews*, donde declaró: “Es obvio que EE. UU. usa redes como Facebook, Twitter o YouTube como herramienta en la política internacional, y en el caso cubano están siendo utilizadas para derrocar la Revolución”. Aseguró, además: “para el caso de Cuba me atrevería a decir que lo mejor sería prohibir este tipo de redes sociales —ya que representan un riesgo muy grande para sus valores y para su democracia— y crear propias”.⁵⁷ En sentido similar, destaca la entrevista de *Periodismopopular.ar* al profesor de la UBA e investigador del Conicet, Leandro Morgenfeld. En el programa se habló de la agenda del presidente norteamericano Biden hacia Cuba, y el docente continuó la denuncia al embargo como principal justificación de la crisis multisectorial cubana: “Hace 60 años que EE. UU. tiene una política bipartidista de agresión a Cuba”.⁵⁸

⁵⁶ Véase sus contribuciones en los blogs La Tizza, On Cuba y Alma Mater: Desafíos del consenso en: <https://medium.com/la-tizza>; <https://oncubanews.com/>; <https://medium.com/revista-alma-mater>, este último el *dossier* <https://medium.com/revista-alma-mater/desaf%C3%ADos-del-consenso-derecho-afe7806b2457>

⁵⁷ Véase <https://sputniknews.lat/20210830/redes-sociales-occidentales-armas-del-enemigo-contra-naciones-soberanas-1115578652.html>

⁵⁸ Véase <https://www.notasperiodismopopular.com.ar/2021/07/20/60-anos-eeuu-politica-bipartidista-agresion-cuba/>

Colaboración

Otra arista de legitimación y promoción de la retórica del gobierno cubano visualizada en el monitoreo ha sido la colaboración entre instituciones académicas, profesores latinoamericanos y cubanos. En este sentido, se registraron especialistas cubanos de la academia oficial en la isla que realizaron cursos temáticos sobre Cuba en las instituciones monitoreadas. Desde la Universidad de Chile se promovió, a finales de 2021, el curso de extensión “Cuba: causas y efectos”.⁵⁹ El encuentro fue coordinado por el Instituto de Estudios Internacionales, con la participación de la embajadora chilena en El Salvador, María Inés Ruz (política exiliada en Cuba durante 15 años y graduada de periodismo por la Universidad de La Habana), Julio César Guanche, Aylinn Torres Santana, Julio Carranza, Arturo López-Levy, Francisco López Segrera (exvicerrector del ISRI y miembro de la UNESCO), Carlos Alzugaray y Rut Diamint (investigadora principal en Conicet, coordina el proyecto Tiempo de Cambios y Nuevo Rol de las Fuerzas Armadas en Cuba).

En contraposición, algunos docentes de las universidades monitoreadas son colaboradores de redes académicas y de política exterior en la isla. Por ejemplo, en junio, el docente de la UNPL e investigador de Conicet, Gabriel Merino participó en el webinar “La política exterior china en el centenario del Partido Comunista como fuerza dirigente”, organizado por el Centro de Investigaciones de Política Internacional (CIPi).⁶⁰ El CIPi es un *think tank* perteneciente al Minis-

⁵⁹ Véase <https://www.facebook.com/IEIuchile/photos/-te-invitamos-al-curso-de-extensi%C3%B3n-cuba-causas-y-efectos-un-programa-que-entreg/1815545438639136/>

⁶⁰ Véase <https://www.cipi.cu/la-politica-exterior-china-en-el-centenario-del-partido-comunista-como-fuerza-dirigente-3/>

terio de Relaciones Exteriores cubano, resultado de la fusión de varios centros de estudios que hasta 2009 estaban subordinados al Departamento de Relaciones Internacionales del Comité Central del PCC en Cuba.

La Facultad de Ciencias Sociales de la UBA también se ha destacado por su interés en convenios académicos con Cuba. A finales de 2021 hospedó el panel “América Latina piensa en Estados Unidos”, donde fueron invitados por la parte cubana sólo investigadores vinculados a instituciones oficiales, como Jorge Hernández y Jazmín Bárbara Vázquez, del Centro de Estudios Hemisféricos y sobre Estados Unidos (CEHSEU), y Gladys Hernández, del Centro de Investigaciones de la Economía Mundial (CIEM). El evento fue moderado por Leandro Morgenfeld de la UBA con auspicio del Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe (IEALC) y el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).⁶¹

Otras intervenciones de similar naturaleza se gestaron por contactos personales con centros destinados a diseñar las políticas del Estado. Es el caso del *think tank* Centro Internacional de Política Internacional (CIPI), donde sus especialistas han sido entrevistados por el Observatorio de Migración y Diplomacia en América Latina y el Caribe (OMIDALC), institución que trabaja en estrecha coordinación con la Unidad Académica de Estudios Regionales de la UNAM. Claudia Edith Serrano, productora de la cápsula, es profesora de la UNAM y se ha especializado en las implicaciones hemisféricas de los procesos sociales de Cuba, con atención a las relaciones bilaterales entre Cuba y México. Anteriormente, OMIDALC había seguido de cerca los sucesos

⁶¹ Véase <https://www.clacso.org/actividad/panel-america-latina-piensa-en-estados-unidos-v-jornadas-internacionales-de-estudios-de-america-latina-y-el-caribe-escenario-regional-de-ofensiva-capitalista-y-rebeliones-populares/>

del 11J y publicado un informe al respecto que, aunque crítico sobre la situación interna, continuó valorando la situación en términos de “errores” y “supervivencia” ante el “bloqueo”.

La misma institución del gobierno cubano realizó, junto con la UNLP, el Foro de Diálogo Académico de Alto Nivel entre América Latina y el Caribe y el Sudeste Asiático. En general, el foro trató sobre los “nichos específicos” en el contexto de las vinculaciones económicas entre ambas regiones.⁶² El CIPI es igualmente un centro gestor de pensamiento hacia la región asiática y de las narrativas que se utilizan en la región latinoamericana sobre el continente. En consecuencia, celebra regularmente la Conferencia de Estudios Estratégicos. En el último encuentro participaron, entre otros, académicos de la región, como Ana Esther Ceceña (UNAM, México), coordinadora del Observatorio Latinoamericano de Geopolítica, Claudio Katz (UBA, Argentina) y Nicolo Gligo (CEPAL, antes Universidad de Chile). En varios de sus espacios se ha defendido la tesis de la nueva geografía del poder global con una presentación de Estados Unidos en crisis *vs.* China como modelo de desarrollo. Otras ponencias han estado abocadas a “la intoxicación virtual”, “el discurso político extremo en las plataformas digitales” y “la negación de la realidad”, temática a subrayar si se considera la posible criminalización de las dinámicas digitales como formas de concertación en Cuba. Otros temas alternos fueron “la guerra no convencional contra Venezuela”, la “cibergeopolítica” y “la encrucijada de la guerra sin límites de la OTAN contra Rusia”.

⁶² Véase https://congresos.unlp.edu.ar/foroal-sea/huso-horario-lac-lac-ti-me-zone-gmt-3/?fbclid=IwAR1iZisAQTaxAQKSMvaeV4GMP0-R_SA-YPSVQ0TxkFiLqy9Y8YeM652KpnzM

En esta trama académica, el CIPI parece funcionar como espacio de recirculación de diplomáticos y políticos cubanos. Su director, José Ramón Cabañas, ocupó el cargo tras culminar su estadía como embajador de Cuba en Estados Unidos. Esta dinámica es frecuente en otros *think tanks* cubanos en relación con cuadros de la Cancillería. Este detalle resulta importante cuando analizamos las connotaciones y la naturaleza de las declaraciones de estos cuadros en espacios académicos regionales y viceversa.

Eventos culturales

Además de actos académicos y programas radiales, destacó la comparecencia de políticos e intelectuales cubanos oficialistas como invitados a varias instituciones monitoreadas. Por ejemplo, con motivo de la presentación del libro de Néstor Kohan, *Hegemonía y cultura en tiempos de contra-insurgencia soft*, evento hospedado por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, de la UNAM, fueron invitadas como comentaristas Arantxa Tirado y Mariela Castro.⁶³ Ésta se refirió a los críticos del proceso cubano como “abiertamente mercenarios”, “solapadamente mercenarios”, y “útiles idiotas” que le hacen “el juego al enemigo”.

La (UCh) ha albergado eventos artísticos para exigir el fin del bloqueo a Cuba,⁶⁴ celebraciones que han sido coordinadas por la Embajada de Cuba en Chile, el Instituto Chileno Cubano de Cultura José Martí y Radio Plaza de la Dignidad han planteado el objetivo de

⁶³ Véase <https://www.facebook.com/watch/live/?ref=external&v=174702894807157>

⁶⁴ Véase <https://radio.uchile.cl/2021/08/13/evento-artistico-para-exigir-el-fin-del-bloqueo-a-cuba-reune-a-musicos-de-distintos-paises-de-america/>

sensibilizar, informar y exigir [...] el fin inmediato del brutal bloqueo económico, financiero, comercial y social impuesto por EE.UU., que por más de 60 años ha impactado directamente en las áreas de producción, salud, educación, cultura, y fundamentalmente sobre el pueblo cubano que padece diariamente los efectos de esta cruel y arbitraria medida.

Aunque los convenios académico-culturales y la promoción del mensaje gubernamental cubano oscila entre los meses analizados, destacando siempre como una especie de válvula tras momentos de crisis que puedan dañar “la imagen” del proceso, existe una tendencia firme en varios circuitos como los antes mencionados de criminalizar las exigencias y denuncias de violaciones de DD. HH por ciudadanos o grupos activistas, defender las reacciones del gobierno cubano aún cuando estas sean de represión, ignorar o invisibilizar evidencias demasiado claras pero incómodas a sus posicionamientos. Las redes estudiadas funcionan como punta de lanza con una ejecución premeditada y efectiva para posicionar una narrativa dominante que apoya al gobierno cubano y deslegitima las voces cubanas, tanto cívicas, como de activistas, de la academia o de intelectuales y coloca a la sociedad cubana en un estado altamente vulnerable.

Un encuentro que destaca son las ferias del libro de la región. Los portales y redes del estudiantado universitario mexicano se hicieron eco por ejemplo, de la celebración de la 30.^a Feria Internacional del Libro de La Habana en abril, donde México fue país invitado de honor. Esta dedicatoria tuvo su origen en el Festival Internacional Cervantino en octubre de 2021, dedicado a Cuba. En esta ocasión, tanto la secretaria de Cultura, Alejandra Frausto, como el director del Fondo de Cultura Económica, Paco Ignacio Taibo II, fueron figuras impulsoras del convenio.

Por su parte, la agenda mexicana para la FILH 2022 incluyó artistas, intelectuales y escritores como Fabrizio Mejía, Pedro

Salmerón y Sabina Berman. Como parte del programa, la investigadora y docente de la UNAM, Brenda Cabral Vargas, presentó la ponencia⁶⁵ “La lectura, factor de desarrollo y de inclusión ciudadana”. También se organizaron exposiciones, presentaciones literarias y firmas de convenios de colaboración, entre los que destacó la apertura de la librería Tuxpan del FCE en La Habana. A la pregunta de si el FCE estaba pactando con gobiernos turbios, como el de La Habana, Taibo II declaró:⁶⁶ “Nosotros y nuestra participación en la Feria de La Habana está dirigida, absolutamente, a los lectores. No hay censura en los libros que tenemos en nuestro catálogo”.

Esta concertación no ha sido similar hacia un espectro más incómodo a la cosmovisión oficial cubana. Por ejemplo, también en abril se celebró la Feria Internacional del Libro de Bogotá (FILBo 2022), dedicada a Cuba, y estuvo presente un stand de Programa Cuba, un proyecto de investigación de la Universidad Sergio Arboleda de Colombia. Su investigador principal, Sergio Ángel Baquero, denunció el acoso por parte de partidarios del gobierno cubano, que intentaron dificultar el tránsito y hostigaron a los estudiantes expositores presentes.⁶⁷ Asimismo, en la Feria Internacional del Libro de Buenos Aires (2022), dedicada a La Habana y donde se recibió a una delegación oficial del país, encabezada por el ministro de Cultura Alpidio Alonso y el presidente de la Casa de las Américas Abel Prieto, se organizó un stand de Cultura Democrática con exhibición de más de cien títulos de edi-

⁶⁵ Véase <https://www.radiorebelde.cu/noticia/la-alfabetizacion-informacional-desde-la-optica-de-la-dra-brenda-cabral-20220426/>

⁶⁶ Véase <https://www.infobae.com/quepuedoleer/2022/04/07/paco-ignacio-taibo-ii-hablo-con-infobae-sobre-la-presencia-de-mexico-en-la-fil-de-la-habana-nuestra-participacion-esta-dirigida-a-los-lectores/>

⁶⁷ Véase <https://twitter.com/angelsergioa/status/1518297124009660421>

toriales cubanas independientes.⁶⁸ Si bien sus organizadores no se plantearon exponer o confrontar el espacio oficialista, mientras desarrollaban una amplia agenda de conversatorios y encuentros, personas simpatizantes del gobierno cubano fueron en varios momentos a cuestionar, descalificar o entorpecer el trabajo de los organizadores. Sin embargo, tanto en Bogotá como en Buenos Aires, la respuesta del público fue mayormente positivo y se confirmó un interés creciente en las publicaciones y programas intelectuales, académicos y culturales independientes.

El acercamiento al gobierno populista de Andrés Manuel López Obrador (AMLO)

El *sharp power* cubano también se ha mostrado en sus alianzas con socios internacionales. La visita de Miguel Mario Díaz-Canel Bermúdez a México en septiembre de 2021 fue la demostración del acercamiento entre ambos gobiernos, justificado por el presidente López Obrador aduciendo que su “país tiene abiertas las puertas a todos los gobernantes”.⁶⁹

Un mes después, tuvo lugar en México la edición 49 del Festival Internacional Cervantino, una de las muestras culturales más importantes, y Cuba fue el país invitado de honor. Estuvieron presentes en Guanajuato el ministro de Cultura de Cuba, Alpidio Alonso Grau y el embajador de Cuba en México, Pedro Núñez Mosquera. En ese marco se inauguró la Casa Cuba, que albergó exposiciones temporales de arte, artesanía y gastronomía cubana. Por la isla participaron

⁶⁸ Véase <https://rialta.org/entrevista-con-luis-alberto-marino-al-frente-del-stand-disidente-cubano-en-la-feria-del-libro-de-buenos-aires/>

⁶⁹ Véase <https://elpais.com/mexico/2021-09-16/mexico-reafirma-su-vinculo-especial-con-cuba-con-la-visita-de-diaz-canel-en-el-dia-de-la-independencia.html>

diferentes artistas y agrupaciones musicales oficialistas. En la inauguración, Grau expresó el deseo de asegurar “unidad de acción, el compromiso y la pasión” contra los “obstáculos” por los que pasa el proceso cubano.⁷⁰ En la misma tónica, afirmó que la Revolución cubana enfrenta “meses de reforzado y oportunista asedio imperial, de intensificación de una guerra cultural”. Los comisarios culturales cubanos abogaron también por “establecer acuerdos” con México y permitir “proyectos de inversión y de cultura”.⁷¹ Asimismo, la embajada cultural abogó por la concertación de proyectos de inversión que se concretaron apenas unas semanas después. En diciembre de 2021 los gobiernos cubano y mexicano firmaron una carta de intenciones para implementar un programa de “Desarrollo rural y fortalecimiento de las capacidades locales económicas, sociales y ambientales”. El objetivo es “contribuir al bienestar social, promoviendo el cuidado al medio ambiente y el desarrollo de las y los agricultores cubanos”.

Otro evento mexicano fue la Feria Internacional del Libro de Guadalajara 2021, la reunión editorial más importante de Iberoamérica. Ahí Cuba fue uno de los países con mayor presencia, junto con México, Chile y Perú. Entre los actos colaterales vale señalar el Foro Pensamiento FIL, del ámbito académico, que hospedó el espacio “Dominó cubano”, con la participación de los investigadores Johanna Cilano y Rafael Hernández. La convocatoria, según palabras del escritor cubano Leonardo Padura, afirmaba:

Parece muy posible que todo lo ocurrido en Cuba lo hayan alentado un número mayor o menor de personas opuestas al

⁷⁰ Véase <http://cubarte.cult.cu/periodico-cubarte/inaugura-alpidio-alonso-la-casa-cuba-en-guanajuato/>

⁷¹ Véase https://www.14ymedio.com/internacional/Cultura-descalifica-Mexico-artistas-disidentes_0_3188081171.html

sistema, pagadas incluso algunas de ellas, con intenciones de desestabilizar el país y provocar una situación de caos e inseguridad. También es cierto que ocurrieron oportunistas y lamentables actos de vandalismo. Pero ni una ni otra evidencia le quitan un ápice de razón al grito que es también el resultado de la desesperación de una sociedad.

4. Conclusiones

Durante la investigación destacaron varias aristas, canales de proyección sistémicos para el *sharp power* del gobierno cubano sobre la región. En este sentido, sobresale el interés en profundizar la cooperación con otras autocracias y organizaciones de la región, que han desarrollado una gran capacidad para articularse políticamente entre sí e impulsar iniciativas conjuntas para enfrentar sus crisis políticas y el aislamiento al que son sometidos cada vez más. Por ejemplo, Cuba ha consolidado su relación con el gobierno mexicano y los líderes de Morena, la fuerza política a la que pertenece el nuevo aliado estratégico de La Habana en Latinoamérica, Andrés Manuel López Obrador (AMLO). En particular, los hechos político-culturales entre ambos países aportaron mayor legitimación al gobierno cubano, de contrapeso a la crítica situación imperante en la isla y para descalificar a sus detractores o críticos. Las posturas en el Foro Pensamiento FIL 2021 hacen presuponer que con la administración de AMLO, México emerge como pieza importante para presionar contra las medidas económicas norteamericanas a Cuba y potencial socio para el intercambio en diversas esferas, incluida la académica. El fortalecimiento de los vínculos con el gobierno mexicano, en lo que se vislumbra como una alianza estratégica cuyas repercusiones, tanto para la democracia mexicana como

para la revitalización de Cuba como actor político protagonista en la región, pueden ser considerables.

Las protestas del 11 de julio de 2021, la reacción más extendida durante la historia revolucionaria de la isla, significaron un golpe fuerte a los intentos de legitimar al gobierno cubano; desmontaron parte de los argumentos utilizados en el continente para vender la excepcionalidad cubana, la bondad de su gobierno y la inexpugnable unidad pueblo-fuerzas del orden, manifestada en la satisfacción popular por “conquistas” materialmente resquebrajadas, como la salud y la educación gratuita y universal. Por su parte, la respuesta del gobierno cubano, la represión a gran escala desatada por los aparatos de seguridad que, luego de calmada la situación de la calle, se convirtió en cacería quirúrgica, demostró además que en nada se diferencia el Estado/Gobierno/Partido Comunista Cubano de los fallidos gobiernos “socialistas reales” de Europa del Este o de las dictaduras latinoamericanas. Demostró que en nada se distingue la respuesta represiva que ofrece al disenso el gobierno cubano de la de otros gobiernos neoliberales de derecha. Después de este acontecimiento, ha sido más difícil sostener la semiótica y la mística construida alrededor del magnánimo proceso revolucionario y su apoyo popular mayoritario. En lo doméstico, el 11J implicó una reacción más aguda de la sociedad civil, con mayores exigencias, exposición y visualización. A pesar de las dudas, demostró que era capaz de regenerarse e impulsar una iniciativa ciudadana como la plataforma Archipiélago.

Sin embargo, aunque la presencia en las redes ha aportado mayor evidencia para una crítica aguda de la realidad cubana, y aunque la respuesta represiva del gobierno pasó factura en algunos sectores de la izquierda, la influencia del gobierno en la región desplegó a su vez acciones a su favor. Como consecuencia, se activaron las

redes de apoyo que ha gestionado el gobierno a lo largo de los años a través de actores muy influyentes dentro de la izquierda regional y mundial que reproducen las mismas lógicas proteccionistas y acríticas en favor de quienes detentan el poder en Cuba. Por ejemplo, el gobierno y el Partido Comunista Cubano siguen teniendo notable ascendiente en plataformas como el Foro de São Paulo. Esta alianza regional continúa como uno de los principales valladares del régimen de la isla en Latinoamérica. Incluso ante la peor crisis política que ha vivido Cuba en años, el Foro sigue transmitiendo y defendiendo la idea de que los conflictos sociales que se producen en el país y la respuesta del gobierno están motivados exclusivamente por la política exterior norteamericana hacia Cuba, expresada en el sistema de sanciones económicas que catalogan como bloqueo. A estos apoyos, devenidos en estrategia de *pinkwashing*, se sumó también el Grupo de Puebla, en la vertiente de la izquierda progresista latinoamericana. El grupo ha declarado que las movilizaciones de protesta ciudadana de los socios autocráticos son “amenazas a la democracia”. En ese sentido, aunque su solidaridad declarada ha sido hacia el “pueblo de Cuba”, su apoyo real es al gobierno. En este particular, el mandatario brasileño Lula da Silva dijo: “Pasa algo en Cuba inaceptable, que no es justo, normal o democrático [...] Estados Unidos debe entender lo que pasa en Cuba y permitirle que decida su propio destino”.

Por su parte, los intelectuales cubanos han mostrado en las redes universitarias una estrategia de *pinkwashing* de la represión y de las causas de la protesta en Cuba dentro de la academia latinoamericana. Tanto los grupos militantes como los académicos y sus instituciones y departamentos conforman un mecanismo de influencia y despliegue del *sharp power* cubano en el periodo analizado. La forma de

abordar el tema, a través de paneles con voces muy cercanas al oficialismo o con críticas moderadas a los regímenes cubano, venezolano y nicaragüense, ha sido una constante del CLACSO que no varió en el periodo monitoreado.

Algunos de sus miembros también participaron en otras reuniones académicas sobre Cuba, de igual corte a los auspiciados por el Consejo, pero celebrados en instituciones académicas diferentes, cuyos programas tienen una perspectiva fundamentalmente estadocéntrica, mientras que no figuran temas ni enfoques referentes a la sociedad civil u otro tipo de ámbito social o sociológico ajeno a las lógicas sistémicas.

El flujo de la academia no sólo estuvo dirigido desde Cuba hacia el exterior, sino también en sentido inverso. Varios estudiosos de la región acudieron a la isla para participar en espacios encaminados a validar a la academia cubana como un ámbito para el intercambio de ideas y la generación de pensamiento diverso. Sin embargo, los espacios en los que intervienen terminan otorgándole sustrato teórico a posiciones iliberales y a las recurrentes justificaciones del gobierno cubano.

RELATOS GUBERNAMENTALES SOBRE EL 11J

ESTRATEGIAS DEL PODER TOTALITARIO CUBANO PARA EL CONTROL Y LA IMPOSICIÓN DE LA NARRATIVA OFICIALISTA

Hilda Landrove y Yanet Rosabal

La paradoja del totalitarismo en el poder es que la posesión de todos los instrumentos de poder gubernamental y de violencia en un país no es precisamente un bien puro para un movimiento totalitario.

Su desprecio por los hechos, su estricta adhesión a las normas de un mundo ficticio, se tornan más difíciles de mantener y, sin embargo, siguen siendo tan esenciales como antes. El poder significa un enfrentamiento directo con la realidad, y el totalitarismo en el poder está constantemente preocupado de hacer frente a este reto.

HANNAH ARENDT,
Los orígenes del totalitarismo

Introducción

El 11 de julio de 2021 la faz de Cuba cambió ante el mundo y ante sí misma. Manifestaciones ocurridas en más de cincuenta localidades del país —sin duda las más grandes desde el inicio de lo que se denominó inicialmente “Revo-

lución” en 1959— sacudieron la cotidianidad de la comunidad cubana y evidenciaron, de forma indudable, el profundo descontento que corría desde hace mucho por debajo de una tensa calma, interrumpida meses antes por los sucesos del movimiento San Isidro (MSI) y el 27 de noviembre (27N). Lo que sucedió con mayor intensidad el 11 de julio, y en menor medida los dos días siguientes, mostró tanto la emergencia plena de lo que se podría denominar el sujeto popular cubano como la reacción violenta y represiva del gobierno.

La alocución del presidente del país horas después del inicio de los eventos —alrededor de las 11:00 de la mañana del domingo 11 de julio en San Antonio de los Baños— recurrió a la vieja retórica del enemigo y demostró la incapacidad de articular una respuesta política a la crisis: “La orden de combate está dada, a la calle los revolucionarios”, dijo. El llamado, respaldado por la movilización de fuerzas policiales y parapoliciales, armadas las primeras con armas de fuego y las segundas con piedras y palos, condujo a situaciones de violencia y enfrentamientos en las calles. A ello hay que sumar la supresión del servicio de internet en horas de la tarde del 11 de julio y durante los siguientes tres días. La represión y el control de internet fueron las herramientas principales utilizadas por el gobierno para controlar las manifestaciones en el espacio público.

A ese control inmediato le siguió un operativo para sacar de sus casas, encarcelar y condenar con penas ejemplarizantes a una gran cantidad de manifestantes. Ésta fue la respuesta represiva, parte fundamental en una escalada que había comenzado su intensificación en noviembre de 2020 como respuesta a los sucesos del acuartelamiento en la sede del movimiento San Isidro. Pero la represión no fue la única manera en que el gobierno intentó recobrar el dominio de

una situación que, por un momento, pareció írsele de las manos. Recuperado de la sorpresa, se enfocó inmediatamente en retomar el control de la narrativa sobre lo sucedido e imponer su propia interpretación de los sucesos.

En este texto analizamos las condiciones que contribuyeron al resquebrajamiento del dominio narrativo del gobierno cubano, y atenderemos las estrategias y los contenidos puestos en escena para recuperar el control del relato sobre lo ocurrido. Se pueden dividir en dos líneas: el reforzamiento de la idea del ataque enemigo en complicidad con la oposición interna y la creación de una imagen de apertura de las autoridades a la participación social, el diálogo, la inclusividad y la democracia. Ambas vías atraviesan transversalmente cinco estrategias de recuperación de la narrativa que entraron en funcionamiento de inmediato después del 11 de julio de 2022. Los criterios para seleccionarlas responden a las particularidades respecto al medio a través del cual fueron difundidas, los actores involucrados, los contenidos y su tratamiento. De acuerdo con tales criterios, consideramos cinco a lo largo del capítulo: la creación de espacios de interacción directa, la ocupación del espacio público, la ocupación del espacio virtual, la producción académica vocera de la narrativa oficialista y la criminalización pública del disenso.

La creación de espacios de interacción directa se implementó mediante reuniones con representantes de diversos sectores sociales y encuentros directos con el “pueblo” en visitas a barrios marginados y en condiciones de vulnerabilidad. Esta estrategia apeló al capital simbólico de la “revolución” como proceso de raigambre popular y apostó por revivir la imagen de Díaz-Canel, profundamente dañada en la percepción popular de su labor como presidente del país. La ocupación del espacio público se materializó a través de grupos de jóvenes que mostraban su respaldo a

la “revolución” en el espacio público, a la manera en que sucede en cualquier país latinoamericano, con sentadas, caminatas y tribunas públicas. Aunque se intentó mostrarlos como actos espontáneos surgidos de la juventud sin vinculación con el gobierno, el que fueran permitidos, sumado a la presencia de representantes políticos como el propio presidente, demuestran que tal naturalidad respondía a la coordinación (y permiso previo) con las autoridades. El espacio virtual fue también ocupado en lograr una presencia protagónica en los espacios virtuales. Bots, cuentas falsas y anónimas en Twitter fueron usadas para replicar el relato oficial sobre los sucesos y promover asesinatos de reputación, criminalización y denigración pública de disidentes y opositores. La producción académica al servicio de la difusión de la narrativa oficial se sirvió de académicos, periodistas y agentes de opinión aliados del régimen y de una red de instituciones, organizaciones y eventos que durante años han servido para la amplificación del relato de la “Revolución” cubana. Finalmente, para la criminalización pública de toda expresión de disenso, los medios estatales de comunicación crearon programas destinados específicamente a presentar como mercenarios al servicio de Estados Unidos —o como delincuentes y antisociales— a los manifestantes, y en general a quienes se oponían, disentían o criticaban al gobierno cubano. Estos programas se caracterizaron por el uso de la desinformación como estrategia.

Antes de pasar a la descripción y el análisis de las estrategias que han sido esbozadas, conviene contextualizar la necesidad de retomar el control de la narrativa por parte del gobierno cubano, no sólo en la pérdida radical de legitimidad que se evidenció con el 11J, sino a partir de resquebrajamientos acumulativos que se venían produciendo en su discurso monolítico. Asimismo, conviene ofrecer una mirada propia

sobre los sucesos del 11J que puedan contraponerse a los relatos que presentamos.

Grietas en el control de la narrativa

El control de la narrativa es fundamental en cualquier situación política. El poder no puede ejercerse sin una narrativa que le dé sustento. En regímenes políticos democráticos, donde hay pluralidad política y sociedad civil, la narrativa del gobierno es una entre varias. Aunque puede ser incluso dominante, no existe de manera indisputada o con pretensiones de esgrimirse como única. En el totalitarismo, sin embargo, el control de la narrativa es parte esencial del proyecto de control total de la sociedad. Sólo una es permitida y cualquier cuestionamiento debe suprimirse de inmediato.

La narrativa gubernamental se conforma en torno a un discurso que proyecta y formula descripciones, representaciones y relatos sobre la realidad nacional desde la perspectiva del gobierno totalitario, coherente con sus intereses y fines, en especial los relacionados con la conservación del poder político. Estas descripciones y relatos poseen la dualidad de ser tanto construcciones emanadas desde el poder —lo que permite cuestionar su fiabilidad, ajuste factual y literalidad, es decir, su congruencia o discrepancia con la realidad— como constructivas —que sugieren la posibilidad de fabricación/montaje y nos conducen al análisis de su potencial generador de sentido y significado (Potter, 1998).

A partir de esta dualidad, el análisis de la narrativa gubernamental, así como de los mecanismos y medios utilizados para su control e imposición, devela su rol estratégico para el poder en tanto dispositivo para la producción de significado

y sentido cuya función propicia la interiorización y apropiación de contenidos en disputa desde las narrativas contestatarias (Costa y Mozejko, 2001). Un aspecto muy relevante es la desestimación que la construcción discursiva del gobierno cubano ha mostrado al desafío lingüístico implícito en la utilización de términos —convertidos en símbolos esenciales del imaginario sobre la Revolución cubana— cuya discrepancia o disonancia con las realidades sociales a las que aluden no ha constituido ningún impedimento para su uso, sino que, muy a pesar de ella, se han impuesto como “verdades”. Un ejemplo paradigmático es el uso *bloqueo* como referencia a las sanciones del gobierno norteamericano y su conversión en símbolo alrededor del cual se articulan los posicionamientos de respaldo u oposición al gobierno cubano.

Desde los primeros años en que la Revolución se convirtió en poder instituido, una férrea intervención gubernamental sobre los medios de comunicación antecedió a la cooptación de la esfera pública y controló progresivamente no sólo los medios, sino también los espacios, los actores y los contenidos en debate. Al dominar el relato del acontecer nacional, el gobierno tuvo una posición privilegiada para imponer su narrativa, prácticamente sin confrontación en el país. Destaca aquí que incluso la prensa extranjera radicada en la isla, más rigurosa en su ética periodística, no ha podido constituirse como voz alternativa, ya que constantemente es amenazada con ser expulsada ante cualquier reportaje crítico o simplemente por amplificar las voces disidentes —con muy poca fuera del territorio nacional—, siempre bajo cuestionamiento de su “legitimidad” si esas voces provenían de la comunidad cubana en el exilio o de países con gobiernos “enemigos” ideológicos. A esto hay que añadir el engranado sistema de resonancia de la narrativa gubernamental cubana que constituyen sus aliados ideológicos

en todo el mundo y en el que se incluyen líderes políticos, intelectuales y artistas, académicos, medios periodísticos y activistas sociales, entre otros.

Sin embargo, en los últimos años la hegemonía en el control e imposición de la narrativa gubernamental ha comenzado a resquebrajarse. Es posible reconocer grietas por las que asoman voces alternativas, confrontativas y contrahegemónicas, y se hacen observables si atendemos a dinámicas correlacionadas entre sí. La primera de ellas es la emergencia de un activismo que abarca diferentes tópicos de la vida social y hace de la organización ciudadana y la toma del espacio público una herramienta de lucha por la reivindicación de derechos civiles y políticos. Los ejemplos más significativos están en el caso de la comunidad LGBTI con la marcha realizada en 2019,¹ luego de la prohibición decretada por el oficialismo; el del movimiento animalista con su protesta ante la zoonosis en 2019 y la realizada en demanda de una ley de bienestar animal en 2021.² Por último, el de mayor resonancia dentro y fuera de la Isla, el activismo desarrollado por artistas e intelectuales que abarcó las luchas contra el Decreto Ley 349 de 2017, las acciones del movimiento San Isidro, la manifestación del 27N y la creación de la plataforma Archipiélago.

La segunda grieta se relaciona con la dinámica de ampliación y consolidación del periodismo independiente en Cuba. Nuevos y diversos medios se posicionan en el espectro comunicacional cubano y abren espacios a relatos del acontecer nacional desde voces disidentes, opositoras y alternativas al poder. Entre ellos, *14 y medio*, *Periodismo de*

¹ Marcha LGTBI, mayo de 2019, https://diariodecuba.com/derechos-humanos/1620734327_31040.html

² Véase <https://www.yucabyte.org/2019/11/15/protesta-animalista-sorpresa/>

Barrio, El toque, Yuca Byte, Tremenda Nota, Rialta, El Estornudo, Hypermedia, entre otros. Estos medios —esencialmente digitales— recogen las demandas del activismo, incorporan nuevos tópicos al debate público y posibilitan la inclusión de actores y temas sistemáticamente excluidos de la narrativa oficial. El abordaje riguroso de temas de interés para la ciudadanía les ha dado credibilidad en la sociedad cubana y reconocimiento internacional. Los medios independientes han sido fundamentales en el crecimiento de una esfera pública contestataria.

La tercera grieta es quizá la más grande y responde a una dinámica global a la que Cuba se abre tarde: el acceso a las tecnologías digitales y la disponibilidad de internet para un mayor número de personas. Estas tecnologías emergieron como agente de cambio que introdujo inéditas posibilidades de participación y construcción de ciudadanía y de organización social para la acción colectiva, gracias a su carácter interactivo y democrático. Así se constituyen en el espacio que permite recoger y amplificar las narrativas alternativas y contestatarias, que posibilita la organización ciudadana en torno al activismo, las acciones de solidaridad y ayuda durante la crisis por la pandemia de covid-19, y una de las acciones colectivas de mayor impacto nacional e internacional —la convocatoria a la marcha del 15N—. ³ El acceso a espacios digitales permite a cada ciudadano la posibilidad de narrar de manera espontánea y autónoma su propia realidad.

Justo es esta última posibilidad la que muchos analistas destacan como factor clave en la rápida expansión de las protestas del 11J en sitios tan distantes del lugar inicial. Cuando

³ La convocatoria a realizar una marcha cívica para el 15 de noviembre de 2021 surgió de una plataforma digital denominada Archipiélago (inicialmente un grupo de Facebook) que pretendía convertirse en espacio de discusión pública y abierta y de construcción de ciudadanía.

Yoan de la Cruz transmitió en directo lo que ocurría en San Antonio de los Baños, cientos de usuarios compartieron su transmisión en redes. Un poco más tarde, desde otros puntos del país, las protestas en vivo comenzaron a inundar las redes sociales. Durante las primeras horas de manifestación, el control de la narrativa del acontecer nacional se le fue por completo de las manos al gobierno. Los cimientos mismos de las historias que constituyen la narrativa de la “Revolución” se tambalearon bajo la evidencia clara y transmitida en vivo en redes sociales hacia el exterior de un descontento popular tan profundo que incluso se superponía a la acostumbrada apatía o complicidad con el sistema político imperante.

Una mirada sobre los sucesos del 11J

La narrativa gubernamental sobre los sucesos relacionados con las manifestaciones masivas del 11 de julio de 2021 en Cuba obedece a la necesidad del gobierno cubano de sostener la idea de que es imposible una oposición autónoma y deliberada. Según esta narrativa, toda muestra de descontento no emana de la realidad de la vida cotidiana en Cuba, ni de la oposición al sistema político imperante, sino de la nula calidad moral de los manifestantes, presentados como personas proclives a cometer delitos (delincuentes, vándalos) o como susceptibles de ser manipuladas y prestarse al mercenarismo contra su país. Tal narrativa se aleja de manera muy radical de la realidad en dos sentidos concretos: al negarla y al crear una explicación alternativa en la que reivindica una y otra vez la legitimidad de la posición de poder y control absoluto de la élite gobernante. Si bien el esfuerzo de construcción y divulgación de esta realidad alternativa es gigantesco y cuenta con el apoyo de un inmenso aparato de reproducción (medios de comunicación,

espacios virtuales, perfiles falsos, espacio público), es también endeble, puesto que sus pilares no están sostenidos en una experiencia colectiva compartida.

Las manifestaciones que comenzaron en la mañana del 11 de julio de 2021 en San Antonio de los Baños fueron coordinadas, según atestigua la investigación de Carla Colomé para *El Estornudo*, en un grupo de Facebook formado por habitantes del municipio, algunos de los cuales, aunque viven fuera de Cuba, mantienen vínculos afectivos con su localidad.⁴ Esta coordinación mínima dio lugar a los primeros eventos en San Antonio, y fue la transmisión en vivo a través de Facebook por varios usuarios, sobre todo la directa de Yoan de la Cruz, lo que permitió que se conociera en tiempo real lo que estaba sucediendo, y que las protestas comenzaran a replicarse en otras localidades a lo largo del país.⁵ El carácter de las manifestaciones fue esencialmente espontáneo. Se trató de acciones de toma del espacio público que sorprendieron no sólo al oficialismo, sino también a la oposición, que no reivindicó en ningún momento autoría o responsabilidad alguna en lo que era, evidentemente, un estallido social.

Se trató de una respuesta espontánea a las tensiones y conflictos acumulados durante años, agudizados con la precarización extrema de la vida debido a la crisis sanitaria de la pandemia y de la incapacidad de la infraestructura de salud de lidiar con ella, el agravamiento de la economía con

⁴ Claudia Colomé, 11 de julio en San Antonio de los Baños: Lo que se ve/ Lo que no se ve, <https://revistaelestornudo.com/san-antonio-de-los-banos-protestas-11-julio-cuba/>

⁵ Mapa interactivo de las localidades donde ocurrieron manifestaciones entre el 11 y el 13 de julio de 2021, https://www.google.com/maps/d/u/0/viewer?mid=1AQAARlWutvq3eqA2nK_WObSujttknlxZ&ll=22.33383601546799%2C-81.82677047123681&z=7

el cierre de las remesas desde Estados Unidos y otras varias medidas tomadas en el marco de las sanciones económicas contra Cuba, pero, fundamentalmente, a la crisis sistémica provocada por un modelo económico, social y político de control totalitario que ha impedido durante décadas el crecimiento en todas las dimensiones de la vida social. Aunque era posible escuchar entre las consignas demandas de comida y medicinas, también se escuchó de manera recurrente: “Libertad”, “Abajo el comunismo” y “Díaz-Canel, singao”.⁶ Los reclamos no pueden reducirse a pedidos acotados; hacer eso equivaldría a despolitizar una situación que evidenció el conocimiento de dónde radica la causa fundamental de los problemas por parte de los manifestantes. Nadie gritó ese día “Abajo el bloqueo” sino “Abajo el comunismo”, y varias concentraciones de manifestantes se dirigieron a las sedes del gobierno y el Partido Comunista Cubano (PCC). Si reconocemos en la voz del sujeto popular la capacidad de evaluar su situación y de accionar de forma consciente en pos de su transformación, entonces hay que reconocer también que las manifestaciones y las consignas que la acompañaron son la mejor evidencia de que la causa determinante del estallido del 11J es el modelo social, económico y político de control total y no las sanciones económicas de Estados Unidos.

El sujeto popular que emergió el 11J ya existía. Su presencia había sido restringida y constreñida por los mecanismos de control social del Estado totalitario y presentada como evidencia de la conformidad y el “apoyo del pueblo a su Revolución” hasta que el hastío y el descontento se volvieron imposibles de controlar y ocultar. Aunque “suje-

⁶ *Singao* es un insulto utilizado en Cuba para referirse a una persona malvada, vil o infame. Según el *Diccionario de americanismos*, es “persona de baja condición moral”. <https://www.cibercuba.com/noticias/2021-09-14-u1-e199370-s27061-significa-singao-cubanos-lo-dicen-diaz-canel>

to popular” es una construcción en singular, contiene una diversidad que refleja la pluralidad de la sociedad cubana. Tal diversidad es reconocible si se atiende, entre otros, a los siguientes elementos: los territorios en los que ocurrieron las protestas —las tres regiones del país, grandes ciudades y pequeños pueblos, zonas céntricas y barrios marginados—; la heterogeneidad social de los participantes según edad, sexo, raza, instrucción u ocupación laboral; y la identidad ideológico-política —entre los manifestantes se encontraron tanto opositores “tradicionales” como individuos que se autoperciben marxistas y revolucionarios—. Esta diversidad constituye la evidencia de que hay un ascenso de un nuevo sujeto social, con identidades plurales, cuya mera existencia entra en conflicto con prácticas institucionales anquilosadas en la pretensión de continuidad que mantiene cerradas las posibilidades de disenso sociopolítico recurriendo a la violencia de Estado. Las manifestaciones reflejaron también las profundas desigualdades de la sociedad cubana en que las mayores concentraciones de manifestantes coinciden con lugares de mayor marginación y pobreza. La Güinera, un barrio marginal de la capital cubana, es un ejemplo paradigmático.

Un último elemento, de vital importancia, es el de la violencia en las manifestaciones. El carácter violento de los manifestantes es aludido una y otra vez en el marco de una política de criminalización acompañada de procesos penales que, en medio de una tremenda opacidad, han conducido a condenas desproporcionadas, incluso a menores de edad.⁷ Esto hace necesario insistir en que, en proporción al total de las manifestaciones, los actos de violencia fueron acotados y

⁷ Para información sobre los casos de menores y la totalidad de detenidos y procesados por su participación en el 11J, recomendamos acceder a los informes del Colectivo Justicia 11J en <https://twitter.com/justicia11j>

dirigidos a los símbolos materiales del descontento, tal como ha ocurrido en otros países de la región. La violencia dirigida a las instituciones identificadas como causantes del daño por el que se protesta es parte de las manifestaciones de carácter político. El 11J, un grupo de manifestantes volcó un carro de policía y las tiendas en moneda libremente convertible (MLC) tuvieron daños parciales. La patrulla policial y las tiendas en MLC representan, respectivamente, la represión y la segregación a que la población es cotidianamente sometida.⁸

Por otra parte, estos incidentes se produjeron después de que el presidente Díaz-Canel hiciera en la televisión nacional un llamado a salir a la calle a enfrentarse a los manifestantes. Si se considera que es el Estado el que tiene el privilegio y los recursos para ejercer la violencia, un llamado de tal clase debe leerse como una incitación a la confrontación civil, y esto debe ubicar la responsabilidad del Estado y su aparato represivo en la violencia. No es posible olvidar que la única víctima fatal —Diubis Laurencio Tejeda— se encontraba entre los manifestantes y murió como resultado del disparo de un policía y que, hasta este momento, no hay indicio alguno de que vaya a procurarse justicia por su muerte.

En los acápites siguientes se explora en detalle cada estrategia presentada al inicio. Aunque requieren un análisis por separado, puesto que cada una tiene su propio espacio y sus lógicas internas, es su efecto combinado lo que permite construir una narrativa general con la que el gobierno cubano apunta a su recuperación discursiva. No puede ser completamente exitosa, puesto que los problemas estruc-

⁸ Las tiendas en MLC ofrecen productos importados, muchos de primera necesidad, en monedas extranjeras a las que sólo pueden acceder quienes tienen familiares en el exterior, pues los salarios se pagan en moneda nacional. Constituyen una forma de segregación económica que condena aún más a la pobreza a gran parte de la población cubana.

turales no se encuentran en la dimensión del discurso sino de la vida cotidiana, y la realidad termina por imponerse, pero analizar cómo se construye esta narrativa contribuye a evidenciar que carece de pilares sólidos y es incapaz de dar cuenta de la inconformidad y el descontento generalizados que, en este punto, requiere de soluciones que rompan el velo de la discursividad y el relato oficial.

Estrategia 1. Creación de espacios de interacción directa con actores sociales y comunidades marginadas

Para el poder totalitario, el control social y la dominación política de la sociedad devienen mecanismos esenciales para la sostenibilidad del régimen (DiPego, 2015). A ello tributa el diseño institucional, las organizaciones sociales permitidas y creadas bajo su amparo, así como las prácticas sociales que promueven. El Estado totalitario se erige sobre un entramado social en el que el rol fundamental asignado a la población concebida como “masas” receptivas movilizables, en lugar de ciudadanía autónoma y activa, es brindar apoyo incondicional al poder, convirtiéndose en recurso indispensable para afrontar crisis internas, conflictos externos y garantía de continuidad en el poder.

En el caso cubano, desde el triunfo revolucionario y tras su institucionalización como poder político, se estimuló y dirigió un proceso de transformación intencionada de la estructura social que incluyó la creación de múltiples organizaciones de masas abarcadoras de diversos grupos sociales. Estas organizaciones han constituido, desde su génesis, los órganos que articulan la interacción entre el poder político y la sociedad. Su declarado propósito de “defensa de la Revolución” significó en la práctica la generación de experiencias de exclusión, discriminación, control biopolítico

y disciplina social bajo un diseño centralista y verticalista, que las transformó en estructuras rígidas, anquilosadas, con escasa capacidad para adaptarse a las dinámicas de cambio, recoger las insatisfacciones y demandas de la sociedad y jugar un papel de representación y vocería de la diversidad social de la nación.

En la narrativa gubernamental cubana, la categoría *pueblo* no es expresión de lo cubano como comunidad cultural, pues su significado se reduce a dimensiones políticas convenientes al poder. Si bien las condiciones sociales de producción de discurso en los primeros años (sujeto popular involucrado en la transformación sociopolítica, respaldo popular mayoritario con participación de diferentes estratos y actores sociales) favorecían el uso de *pueblo* como sinonimia de sociedad, este uso presenta la conflictuada tendencia a invisibilizar la heterogeneidad social y política, la diversidad cultural y a negar la agencia individual y colectiva, especialmente cuando es autónoma, espontánea, no dirigida o controlada por el poder político.

La muestra más evidente es que la noción de ciudadanía o sociedad apenas aparece en el discurso oficial; sin embargo, es recurrente el uso de *pueblo*, en especial con adjetivaciones como revolucionario, heroico, antimperalista e internacionalista. El uso discursivo reiterado —abusivo, podríamos decir— denota la intencionalidad de imposición de sentidos, aprovechando la legitimidad del gobierno como agente social que produce el discurso y su sintonía con las condiciones sociales del momento histórico en las que emergió. Eso explica la idea de la “unidad del pueblo en torno a su Revolución” a través de la conversión en símbolo de la noción de *pueblo revolucionario* como resultado de la simbiosis de pueblo y gobierno.

Las organizaciones de masas, las sindicales, los gremios y el único partido político son, en el discurso y en la praxis

gubernamental, la representación del *pueblo*, ergo, de la sociedad cubana. La participación social ha estado mediada y restringida en la práctica a estas organizaciones, incluso en su articulación con las estructuras de gobierno local (como las circunscripciones o consejos populares). Son las organizaciones de masas las que organizan, estimulan, regulan y conducen la participación de los ciudadanos al privilegiar el interés del poder político.

Esa apuesta por el potencial de construcción e imposición de sentidos desde la narrativa gubernamental ha sido normalizada tanto en el funcionamiento de las organizaciones de masas como en el de las instituciones del Estado. Los dispositivos de control social y dominación política ya descritos favorecieron la recepción del discurso, reforzando su imposición como “verdad”. De esta manera, el discurso gubernamental ha impuesto sus interpretaciones de la realidad a despecho de distorsiones o disonancias cognitivas entre la realidad que viven los sujetos y la que está contenida en la narrativa oficial.

Seis décadas después, mientras los cambios demográficos, culturales, sociales y tecnológicos en la sociedad cubana van abriendo grietas en la eficiencia del control totalitario, el gobierno cubano apela de nuevo a las organizaciones de masas para retomarlo. Lo hace, sin embargo, cuando el entramado social sufre las consecuencias más extremas de su burocratización, rigidez, inflexibilidad e incapacidad para adecuarse a los cambios sociales en curso. Es la gran falla de estas organizaciones como mecanismo, dispositivo o vehículo de la articulación gobierno-sociedad: al privilegiar el sostenimiento del poder, a través de sus funciones de disciplina y control, se fueron dejando de lado las funciones de representación real que en sociedades democráticas se traducen en la canalización de las insatisfacciones y demandas respecto a la ejecutoria gubernamental, la contraloría social y

la exigencia de rendición de cuentas sobre los compromisos asumidos con la ciudadanía.

Es a este entramado de organizaciones sociales e instituciones que no tienen ya una representación real como canal de insatisfacciones y demandas, a las que se dirigió en un primer momento el esfuerzo del gobierno cubano por atajar el impacto del 11J sobre la población. No lo hizo, sin embargo, dirigiéndose a las instancias superiores de las mismas, sino visitando los lugares donde actúan o deberían actuar: los barrios marginados. Lo hizo también organizando reuniones con representantes de diferentes sectores sociales: mujeres, artistas, jóvenes y periodistas, entre otros. De relevancia particular fueron las visitas al barrio de San Isidro, protagonista por derecho propio de la movilización social contestataria previa a las manifestaciones del 11J.⁹

La crisis de legitimidad gubernamental puesta en evidencia requería intentar reconstruir la brecha de legitimidad de las políticas estatales en gran parte de la población que malvive en condiciones de marginalidad. Para reconstruir la narrativa oficial, era fundamental mostrar preocupación directa de las autoridades, principalmente del presidente, por esas condiciones. Era esencial también mostrar que se estaban ejecutando soluciones urgentes a los gravísimos problemas de vivienda y servicios básicos de los barrios populares. Estas acciones, acometidas de prisa y parcialmente, dejaron intocado el entramado estructural que sostiene las relaciones de explotación económica y dominación política entre las instituciones del Estado y la población, y sirvieron para extraer cierto capital político en beneficio de una recuperación de la legitimidad del gobierno.

⁹ Véase <http://www.cubadebate.cu/noticias/2021/08/12/presidente-cubano-visita-san-isidro-e-intercambia-sobre-el-trabajo-social-en-los-barrios/>

Es importante recordar que los encuentros directos con organizaciones de masas, sectoriales y barrios en actitud de aparente escucha, donde el gobierno dice priorizar la agenda de los actores sociales y de las comunidades, no es novedosa. Fue también aplicada en la década de 1990 como respuesta al *maleconazo* —las manifestaciones antigubernamentales del 5 de agosto de 1994— y la alta conflictividad social y política resultante de la profunda crisis económica.¹⁰ Pudiera decirse que se trata de mecanismos activados ante situaciones de crisis. Sin embargo, hay importantes diferencias respecto al diseño de la estrategia utilizada. En aquel entonces se apeló a su institucionalización y se crearon los grupos de trabajo comunitario integrados en todos los niveles de gobierno, articulando la experiencia y los conocimientos desde los ministerios y las instituciones académicas y abriendo espacios al financiamiento de la cooperación internacional (Pérez-Díaz, 2013). Sin embargo, esta estrategia no superó las limitaciones propias del modelo sociopolítico ni modificó las prácticas sociales de un régimen totalitario, lo que le ha impedido producir el acercamiento esperado entre la sociedad y el gobierno, que continúa avanzando hacia una desconexión con la realidad social y la ciudadanía que la vivencia, cada vez más insalvable.

La primera reunión con actores y grupos sociales se realizó con los jóvenes y fue transmitida por televisión el 12 de agosto. El mismo día, el presidente Díaz-Canel se entrevistó con un grupo de mujeres, con periodistas el 19 de agosto (transmitido en el programa Mesa Redonda de la televisión estatal el 24 de agosto)¹¹ y con artistas jóvenes de

¹⁰ *Maleconazo* es el nombre con el que se denominan las manifestaciones antigubernamentales ocurridas el 5 de agosto de 1994. El nombre deriva de la localización, en los alrededores del malecón habanero.

¹¹ Reunión de Díaz-Canel con un grupo de periodistas, https://www.youtube.com/watch?v=xVDav8X9_aw

la Asociación Hermanos Saíz unos días después (se transmitió el 20 de septiembre por la televisión nacional).¹² Resúmenes de estos encuentros se presentaron en la televisión nacional como espacios de diálogo y escucha de problemas; sin embargo, difícilmente pueden ser considerados con esos criterios. El primer argumento es que los participantes fueron elegidos de acuerdo con un perfil que permitía cubrir una diversidad muy limitada dentro del restringido espacio establecido como marco en la célebre frase de Fidel “dentro de la Revolución todo, contra la Revolución nada”. La selección sectorial en sí misma implica ya una acotación reducida a personas que pertenecen a organizaciones que en la práctica funcionan como instancias de control estatal a las que se les concede un margen estrecho de participación real en las decisiones políticas.

En las reuniones sectoriales participaron la Unión de Periodistas de Cuba, la Asociación Hermanos Saíz, la Federación Estudiantil Universitaria y la Federación de Mujeres Cubanas. El 12 de agosto, el perfil de Twitter de la Presidencia mencionó haber realizado una reunión con líderes comunitarios, sin dar cobertura, como sí lo hizo con las otras. La referencia a los “líderes comunitarios” tiene sentido en una retórica de utilización de términos que remiten a una vida comunitaria y una sociedad civil al margen del Estado, pero ni una ni otra existen de forma reconocida.

En este contexto, la selección dentro del rango de organizaciones de masas (como la Federación de Mujeres Cubanas) y ONG formales que en la práctica son financiadas y dirigidas desde el Estado (como la Asociación Hermanos Saíz), evidencia además la ausencia en esos “diálogos” de una sociedad civil

¹² Reunión con artistas jóvenes de la Asociación Hermanos Saíz, <https://www.youtube.com/watch?v=YEBF2UHSSzw>

autónoma, organizada, con canales propios para llevar su voz o sus percepciones sobre las manifestaciones del 11 de julio al espacio de la discusión pública. Una esfera de sociedad civil y discusión pública que, por otra parte, ha emergido en Cuba en los últimos años y ha crecido de manera tal que es posible tomar el pulso de una opinión pública fuera de los canales del Estado, a través de prensa independiente y las redes sociales. Esta esfera no es, sin embargo, reconocida por el oficialismo y es intensamente perseguida, criminalizada y castigada.

Así, incluso en el caso de que pueda pensarse que el Estado cubano, genuinamente preocupado por la irrupción del descontento, se volcó en un proceso de escucha que permitiera al menos ventilar las críticas y las demandas de la sociedad, la propia estructura totalitaria vuelve imposible tal escucha. El régimen cubano está diseñado de manera que la sociedad, a través de organizaciones creadas y controladas por el Estado, sólo puede producir consentimiento y, en circunstancias particulares, alcanzar a enunciar críticas que son reabsorbidas por el aparato estatal y reconducidas en sus propios términos.

Las reuniones sectoriales produjeron, por tanto, críticas autocontenidas además en el espacio de su campo de acción: los periodistas en el periodismo y los artistas sobre el arte. Esta fragmentación es otro elemento que funciona en la dirección de limitar la interpelación al Estado, pues causa un efecto de atomización social que hace imposible producir imágenes sistémicas y estructurales de los problemas al quedar constreñidas a su estrecho marco de acción. Así, el espacio para el análisis de las condicionantes y las causales del 11 de julio fue extremadamente limitado y se redujo a tratar los problemas propios de los temas de interés del grupo particular y no a un análisis de sus causas e implicaciones para toda la sociedad. Si a esto le sumamos el estilo de dirección

propio del poder en Cuba, el resultado del pretendido diálogo resultó muy alejado de una discusión fructífera, aunque en casos puntuales fuera posible reconocer planteamientos críticos más arriesgados.

Las reuniones concluyeron con cierres a cargo de Díaz-Canel, quien se encargó en cada caso de reforzar ideas de cómo deberían ser entendidos los sucesos del 11 de julio. Aunque se reconoció que había problemas por resolver, fueron enmarcados en la retórica de “estamos trabajando en ello”. No se refirieron a problemas estructurales sino a mejoras, como una mayor participación de los artistas en las comunidades —que emergió en la reunión con artistas de la Asociación Hermanos Saíz— o mejores estrategias de comunicación —que fue un tema relevante en el encuentro con los periodistas.



Imagen 1. Reunión de Miguel Díaz-Canel con periodistas el 19 de agosto de 2021.

Fuente: <http://www.cubaperiodistas.cu>

Para ilustrar a través de un ejemplo las dinámicas mencionadas, en la reunión del 19 de agosto con los periodistas se habló de las malas condiciones de trabajo, de la necesidad de rediseñar la estrategia comunicacional del gobierno e,

incluso, de la ausencia de la prensa nacional en las protestas y cómo eso dejaba espacio para el dominio de otras narrativas no controladas. El diagnóstico final sobre las causas de las protestas, sin embargo, terminó favoreciendo la narrativa simplificadora de que obedecieron al recrudecimiento del bloqueo de Trump (fin de remesas y recesión del turismo) y a la crisis sanitaria derivada de la pandemia de covid-19.

La idea predominante resultó, entonces, que el 11 de julio fue un plan orquestado desde el exterior que se aprovechó de un mal momento; que las manifestaciones fueron organizadas previamente a través de las redes sociales como campaña de subversión financiada por el imperialismo. Los términos “golpe blando” y “revolución de color” estuvieron de manera protagónica en la televisión nacional, incluso en el momento en que el objetivo era dialogar acerca de problemas sectoriales que pudieran ser relevantes en el entendimiento de lo sucedido el 11 de julio.

A efectos prácticos, estas reuniones sirvieron como un canal más para transmitir la narrativa oficialista sobre los sucesos. Pudiera parecer sorprendente que, tan temprano como el siguiente mes, tal narrativa estuviera ya delineada, pero en realidad no era una que cambiara radicalmente los términos de la narrativa central del gobierno cubano que, con variantes mínimas, ha aplicado siempre a toda manifestación de descontento, inconformidad, crítica u oposición directa. El culpable es siempre el enemigo desde el exterior (la *contrarrevolución* y la *mafia* de Miami, el *gobierno injerencista de Estados Unidos*) en colaboración con mercenarios en el interior (los disidentes).

Por otra parte, las visitas a los barrios no apelaron tanto al imaginario del diálogo como al del dirigente sensible que va al encuentro directo con la población —el “pueblo”— para escuchar directamente sus demandas. La figura protagónica

en estas visitas fue el presidente Díaz-Canel, aunque también destacaron Gerardo Hernández, presidente nacional de los Comité de Defensa de la Revolución (CDR) y Manuel Marrero, primer ministro.

El 21 de agosto de 2021, Díaz-Canel visitó La Güinera, barrio donde se produjeron los enfrentamientos más visibles (con uno de los manifestantes muerto a manos de la policía).¹³ Allí apeló, en encuentro con los pobladores, a La Güinera como sitio de la cubanía, con sus “esencias”, y fue presentado por Ileana Macías, líder comunitaria (según la denominación utilizada en los medios), “ante sus deidades y su fe”, de acuerdo con el reportaje realizado a propósito para la televisión cubana.



Imagen 2. Miguel Díaz-Canel en el barrio habanero La Güinera.

Las visitas se volvieron más sistemáticas a partir de octubre del propio año, a propósito del establecimiento de un Plan de Transformación Integral del barrio. Según Prensa Latina, este programa había comenzado en agosto, con 62 barrios de la capital e involucró “varios ministerios y actores

¹³ Véase <https://www.youtube.com/watch?v=nMMerjKyxSE>

territoriales para la respuesta a las problemáticas, en diálogo constante con la ciudadanía”.¹⁴

En varios reportajes, en las opiniones de la población se muestra el carácter contingente y coyuntural del plan de transformación. Además de haberse conformado en agosto, un mes después de los sucesos del 11J las transformaciones materiales (asfaltado, reconstrucción de casas, arreglos de áreas públicas, legalización de viviendas) aparecen como medidas paliativas acometidas en un corto periodo para atender problemáticas acumuladas durante años. Una vecina del barrio La Corea, por ejemplo, comentó durante la visita de Díaz-Canel el 9 de octubre, que estaba muy contenta “al ver los cambios estos, que hace años que esto no se veía aquí”.¹⁵

A pesar de su naturaleza contingente, la retórica en las conversaciones y pequeños discursos de Díaz-Canel durante esas visitas es una de reivindicación discursiva del poder popular, pues la transformación prevista es acometida según los deseos de la población y apoyada por organismos y empresas del Estado, y es la propia población la encargada de controlar y supervisar los arreglos. En palabras de Díaz-Canel durante la visita a un barrio vulnerable en Bayamo, se trata de:

Un concepto patrimonial del sistema político de la Revolución cubana diseñada por el comandante en jefe que es una manera de hacer política [...] porque es un sistema que se basa con la participación popular y con un amplio espíritu democrático en buscar la contradicción de los problemas que tenemos, en encontrar las causas de los problemas que tenemos y con par-

¹⁴ Véase <https://www.prensa-latina.cu/2021/10/15/cuba-centrada-en-programas-para-la-transformacion-de-comunidades>

¹⁵ Véase <https://www.youtube.com/watch?v=gLyZT1dldxU>

ticipación buscar las soluciones y además de eso tener toda la posibilidad de controlar desde el punto de vista popular, de retroalimentar y de perfeccionar.¹⁶

Es necesario insistir en que tal presentación es discursiva, puesto que, como quedó explicado, la estructura misma de la sociedad cubana inhibe una real participación fuera de los marcos de la decisión del Estado. Eso se agrava con la decisión de atender problemas difíciles de las condiciones de vida de una gran cantidad de barrios con población vulnerable y es una reacción que no está orientada a transformar la relación vertical entre la dirección del gobierno y la población, sino a aliviar coyunturalmente las condiciones que, sin decirlo, se reconocen como causas del estallido social. A la retórica de la participación popular durante estas visitas debe sumarse el énfasis puesto en los “calurosos recibimientos”, la “alegría de la población” y el agradecimiento y respaldo a la Revolución por atender los problemas graves de la cotidianidad. Es notable el intento de recuperación de la imagen de Díaz-Canel apelando a una vocación de interacción con el pueblo y los sitios más humildes, que remite en el imaginario popular a Fidel Castro.

La figura de Díaz-Canel ha sido objeto del resentimiento y la rabia acumulados que, durante las manifestaciones del 11 de julio, se presentaron en consignas de ataque directo y calificativos ofensivos. Revitalizar su imagen ha sido uno de los objetivos claros de estas visitas y de las reuniones sectoriales. En varios de los reportajes, las personas reunidas gritaban “Pa’ lo que sea Canel, pa’ lo que sea”, emulando la clásica “Pa’ lo que sea Fidel, pa’ lo que sea”, una consigna que reflejaba el reconocimiento y el apoyo popular al difunto líder. En uno de los reportajes, una mujer le dice incluso que Díaz-Canel “lleva consigo el espíritu de Fidel”.

¹⁶ Véase <https://www.youtube.com/watch?v=84WvXWUR2PM>

Es difícil saber, y juzgar, la espontaneidad de estas expresiones de respaldo. Probablemente, en concordancia con la tradición de las manifestaciones de “reafirmación revolucionaria” practicadas como forma ritual de demostración del apoyo al proyecto de la “Revolución”, hayan sido preparadas, con el conocimiento de que se esperaba la visita del presidente. Y también es probable que algunas personas actuaran de acuerdo con formas aprendidas dentro de un repertorio restringido previsto para la relación con los dirigentes, y en reacción de agradecimiento por la solución —incompleta, contingente y coyuntural— a problemas acuciantes para tener condiciones mínimas para la vida.

En cualquier caso, interesa destacar cómo tales encuentros fueron concebidos como estrategias de contención a través del alivio de las condiciones más graves de una población mayormente vulnerable y sistemáticamente olvidada, y cómo fueron capitalizadas para producir una imagen de legitimidad del gobierno a través de la apelación al “poder popular” y la exhibición de un reconocimiento público.

El 16 de marzo de 2022, una delegación de Morena, el partido en el poder en México, realizó una visita a Cuba. El Fanguito, un barrio en condiciones de marginación y abandono, fue uno de los sitios elegidos como parte del recorrido.¹⁷ Allí, un intercambio entre uno de los habitantes del barrio y la presidenta de Morena, Citlali Rodríguez, produjo una imagen que despertó críticas en redes sociales. Ante los reclamos de Rigoberto Lorente, un vecino del barrio, por las demoras en la solución de los problemas, Citlali respondió hablando de las consecuencias del bloqueo

¹⁷ Véase <http://www.cubadebate.cu/especiales/2022/03/16/representantes-de-morena-en-el-fanguito-cuba-nos-motiva-a-la-posibilidad-de-construir-realidades-mejores/>

norteamericano para la nación cubana. La presencia de Morena en El Fanguito da cuenta del alcance de la estrategia de encuentros directos de la dirigencia en los barrios. Con la colaboración de Morena, la imagen del gobierno benevolente y protector es reforzada con el concurso de una autoridad extranjera y aliada que es capaz incluso de explicar, a las personas que viven en barrios marginados, las razones de su situación.

Estrategia 2. Ocupación del espacio público

El espacio público es, para el ideal democrático, el ámbito de expresión de la diversidad social, la convivencia, la deliberación sobre asuntos de interés común; el espacio para las relaciones sociales donde lo colectivo toma sentido y se construye identidad y pertenencia. Constituye un indicador de democracia saludable si se ajusta a tres principios básicos: equidad en el acceso y uso, e igualdad ante la ley para los diferentes grupos sociales que en él interactúan (Parkinson, 2012). En este sentido, el espacio público, tanto en lo simbólico como en lo práctico, abre las posibilidades para la transformación del orden político, social, económico, identitario y comportamental mediante la promoción del intercambio y el diálogo entre los diversos grupos sociales y entre la ciudadanía y el poder político.

Algo muy diferente ocurre en regímenes iliberales de vocación totalitaria —como el cubano—, donde el control del espacio público, su cooptación por el poder político y las estrictas regulaciones para el acceso de la diversidad social, política y cultural marcan la vida pública cotidiana. En estos casos, el espacio público pierde su condición de foro de deliberación y participación compartida, de expresión de la diversidad y la pluralidad, de auténtico espacio de con-

vivencia social; todo lo que allí ocurre está mediado por el interés de conservación del poder político.

En el totalitarismo cubano, la captura de lo público por lo político-partidista tiene su expresión en un uso monopólico del espacio público por parte del poder gubernamental con implicaciones severamente restrictivas e, incluso, violatorias del ejercicio de los derechos de libertad de expresión y asociación. La manifestación masiva de apoyo popular y la ocupación extensiva del espacio público con grupos sociales prorrégimen son formas de acción recurrentes en regímenes totalitarios. La politización del espacio público en Cuba es justificada en la narrativa oficial mediante la negación de las contradicciones y conflictos sociopolíticos internos, reduciendo cualquier disidencia a complicidad con un enemigo externo (el gobierno norteamericano/el exilio) y la apelación a la retórica de un supuesto amplio consenso social en torno al proyecto político de la “Revolución”.

De esta forma, ni el acceso ni el uso del espacio público en Cuba se realizan en condiciones de equidad en la participación; por el contrario, la imposición de la hegemonía oficialista es abiertamente excluyente de la diversidad política. Si bien es este tipo de diversidad la que ha sufrido mayores restricciones para el acceso al espacio público, otras manifestaciones no políticas de la diversidad social han experimentado —en diferentes momentos históricos— prácticas sociales e institucionales de negación, invisibilización, persecución y represión en el espacio público. Dos ejemplos emblemáticos son el caso de la comunidad LGBTI y el de algunas congregaciones religiosas que, desde los tempranos años 60, fueron víctimas de la persecución, y se les impuso prohibiciones y restricciones del uso del espacio público y fueron obligadas a limitar las expresiones de su identidad al ámbito privado.

Las operaciones de control del espacio público durante las seis décadas de poder “revolucionario” se concentran en tres líneas de actuación que han sido desplegadas con frecuencia de manera simultánea: ocupación del espacio público con acciones multitudinarias organizadas y dirigidas por el poder, marco regulatorio restrictivo sobre el uso y participación de grupos sociales no oficialistas y vigilancia, y persecución y represión sobre sujetos y actores que puedan disputar el monopolio del gobierno. La frase “la calle es para los revolucionarios” es el epítome de estas prácticas institucionalizadas de exclusión social y política. La ocupación del espacio público en Cuba, concebido como espacio de uso exclusivo de los revolucionarios —o sea de los fieles al sistema—, es fundamental en la exhibición del poder de convocatoria del régimen; la pérdida de su control evidenciaría que se ha debilitado el apoyo a la Revolución, que la sociedad cubana no es políticamente homogénea y que la pretendida unidad del pueblo y su Revolución es retórica vacía. Y fue justamente eso lo que demostró el 11J.

Si bien el apoyo recabado para la construcción de legitimidad a través de la exhibición del respaldo popular se ha logrado muchas veces por coacción y por la exigencia cotidiana a la población de muestras de fidelidad al régimen, la posibilidad de convocar masas que sirven para dar una imagen de solidez al proyecto oficialista —aunque disminuida respecto a años anteriores— aún existe. En contraparte, tal imagen de respaldo mayoritario requiere la inhibición del uso del espacio por cualquier fuerza disidente, crítica o contestataria. Ello si se trata incluso de un uso focalizado y poco significativo en términos de participación. En los pocos casos en que han ocurrido manifestaciones no orientadas “desde arriba” —sitio donde el habla popular sitúa el origen de las directivas y que re-

presenta el nivel más alto de la jerarquía del poder—, han sido contrarrestadas por un aparato que combina la respuesta institucional performática y manipuladora, la criminalización pública de los participantes y la represión de sus protagonistas.

La ocupación del espacio público se había ido convirtiendo, incluso antes del 11J, en una forma de expresión del descontento y el planteamiento de demandas cívicas. El acuartelamiento en la sede del movimiento San Isidro en noviembre de 2020 puede considerarse resultado de una presión de parte del aparato represivo del gobierno para impedir justamente que el espacio público continuara siendo el lugar de la disputa política. Antes de decidir recluirse en una casa, miembros del movimiento San Isidro se habían estado reuniendo en parques y en las afueras de estaciones de policía para leer poesía. Eran reuniones muy pequeñas, pero con el potencial de convocar mayor cantidad de personas, sobre todo a partir de la repercusión que estaban teniendo en las redes sociales.

Cuando el 26 de noviembre oficiales policiales, haciéndose pasar por médicos de Salud Pública, actuaron ante una posible crisis sanitaria asociada al covid-19 y entraron por la fuerza a la sede del MSI y se llevaron a los acuartelados, el efecto fue justamente lo que se había tratado de evitar: cientos de artistas se reunieron frente al Ministerio de Cultura para exigir un diálogo con las autoridades y presentar una serie de demandas. Después del 27 de noviembre, el descontento expresado públicamente ponía en entredicho la capacidad preventiva del entramado totalitario para evitarlo. Ya no era capaz de impedir la concentración de una masa crítica, ni por la vía de inhibición ni por la de la coerción. Como contrarrespuesta, dos días después, el 29 de noviembre de 2020, un grupo de jóvenes autodenominados “revolucionarios de

izquierda”, se reunían en el parque Trillo en el municipio Centro Habana, en la capital del país.

Organizados, según sus propias declaraciones, de forma autónoma a través de un grupo de Telegram, habían decidido posicionarse públicamente y mostrar su apoyo a la Revolución desde una mirada “crítica pero comprometida”. Este encuentro, denominado Tángana en el Trillo y convocado bajo el lema “Jóvenes por la democracia socialista”, constituye la primera acción de una estrategia de ocupación del espacio público que formó parte de la ofensiva por la recuperación de la narrativa del Estado cubano frente al descontento popular. La Tángana constituye un antecedente de la contraofensiva que sería desplegada después del 11J para retomar el control del espacio público.

Un año después de la primera Tángana, entre el 12 y el 14 de noviembre de 2021, nuevamente un grupo que declaraba haberse autoorganizado por voluntad propia y se posicionaba a favor de la defensa de la Revolución desde la izquierda — los Pañuelos Rojos— ocupó el espacio público. El 11J había ocurrido meses antes, pero en esta ocasión fue la convocatoria a una marcha cívica a realizarse el 15 de noviembre de 2021 por el grupo Archipiélago, lo que detonó una respuesta orientada a contrarrestar el posible efecto de tal convocatoria. En ninguno de los dos casos tales iniciativas se presentaron como acciones de neutralización, aunque tampoco negaron la relación con los sucesos que intentaban contrarrestar. En el caso de la Tángana, la periodista de *Cubadebate* Ana Álvarez Guerrero dijo que surgió “como una acción ‘profiláctica’ a los acontecimientos del 27 de noviembre en el Mincult, pero no tenía el propósito de ser un acto divisionista o de repudio”.¹⁸

¹⁸ Véase <http://www.cubadebate.cu/especiales/2021/01/30/la-verdad-de-la-tangana-cuando-los-jovenes-tomaron-el-trillo/?fbclid=IwAR2gM95e7ytxBtfR-HRYcn0MQdxNsJxCKK7kOOWAFZqGU-C5GucLDRLN-K0E>

Sin embargo, por la cercanía de las fechas y por la retórica con la que fueron presentadas, es evidente que son formas de desvío de la atención, funcionales para el ocultamiento de la represión directa y la creación de una imagen de apertura, diálogo y espontaneidad a través de la cual se planteaba una renovación de los presupuestos de la Revolución cubana.

La Tángana fue una respuesta a la ocupación del espacio público por jóvenes mayormente catalogados como enemigos del 27N, y los Pañuelos Rojos fue una respuesta anticipada a una manifestación que debía ocurrir tres días después, el 15 de noviembre, y que finalmente no ocurrió, entre otras razones por el despliegue de fuerzas represivas los días anteriores y el propio 15. Para comprender la naturaleza de ambas acciones como parte de una estrategia contrainsurgente de ocupación del espacio público, es necesario ubicar las condiciones políticas y sociales que han caracterizado el acceso y uso de tal espacio y las disputas fundamentales en torno a ellas.

Las acciones de la Tángana y los Pañuelos Rojos resultan, considerando las estrategias tradicionales del régimen para el control del espacio público —los actos de reafirmación revolucionaria y los actos de repudio—, una respuesta novedosa: al ocupar espacios autorizados para ellos, pero vedados para cualquier otra iniciativa, intentan naturalizar el privilegio del uso del espacio público por quienes son afines a la ideología oficial. Constituyen una forma de neutralización de la manifestación abierta del descontento que recurre al travestismo formal: parecen acciones espontáneas y autónomas, pero no lo son.

La Tángana se realizó el 29 de noviembre de 2020 en el parque Trillo, junto a una estatua de Quintín Banderas. Su imagen funcionaba en oposición a la impresión de raigambre popular que los sucesos de San Isidro habían mostrado. Un artículo de *Cubadebate* se refería al significado de la imagen de Quintín Banderas en estos términos: “Por ello el negro

y bien ‘plantaos’ de Quintín, nada adicto a blandenguerías o titubeos, mucho menos en tiempos tormentosos y de definiciones, parecía mirar con aprobación, desde su altura escultórica, el cartel que parecía presidir el empeño mayor de todos los presentes”.¹⁹



Imagen 3. Cartel de convocatoria a la Tángana

Lo ocurrido días antes en San Isidro había sido presentado en los medios de comunicación oficialistas como una farsa orquestada en clave de guerra de cuarta generación. Así lo describía *Cubadebate*: “Un ‘movimiento’ que no mueve más que la repulsa de la inmensa mayoría de los patriotas en el Archipiélago —por su autoproclamada vocación plattista, la elección de Donald Trump como su presidente encargado y sus actitudes delincuenciales”, presentada y magnificada “como la expresión de una supuesta rebelión del pueblo contra un orden político ‘totalitario, represivo y degradante’”.²⁰

¹⁹ Véase <http://www.cubadebate.cu/opinion/2020/12/04/un-raro-drama-y-el-general-plantao/>

²⁰ Véase <http://www.cubadebate.cu/opinion/2020/12/04/un-raro-drama-y-el-general-plantao/>

Luego de esta presentación de San Isidro a la opinión pública cubana por el oficialismo en medios televisivos y prensa, la Tángana se mostró como su alternativa; jóvenes revolucionarios que se aprestaban, de forma “voluntaria, espontánea y autoorganizada”, a defender la Revolución desde posiciones de izquierda. Una articulación en torno a dicotomías discursivas se efectuaba así: izquierda revolucionaria vs. derecha plattista; soberanía vs. injerencia. Desde esa posición, los jóvenes de la Tángana llamarían a un “diálogo revolucionario”. Éste, unido al de “espontaneidad”, fueron los términos más cuestionados en redes sociales (RR. SS.).

Para la opinión pública en RR.SS., que suele ser más crítica con el oficialismo aprovechando el anonimato, la credibilidad de cualquier pretendida espontaneidad estribaba en que nada de lo que grupos oficialistas ejecuten en el espacio público sucede sin la autorización de las instancias del gobierno; lo que ocurre de forma casi absoluta es que responden a orientaciones concretas del poder. La respuesta a esas críticas fue, en palabras de Iramís Rosique, uno de los organizadores, que se debían a que “fue algo insoportable e incomprensible para los que han construido narrativas de que el Estado lo controla todo o, lo que no controla, lo prohíbe”.²¹ La paradoja es que esa “narrativa” contiene una representación social que emana de la experiencia vivencial de los cubanos y, muy especialmente, de las prácticas institucionalizadas de participación política.

En este punto resulta necesario explicitar que las narrativas, entendidas como relatos sobre la realidad que

²¹ Véase <http://www.cubadebate.cu/especiales/2021/01/30/la-verdad-de-la-tangana-cuando-los-jovenes-tomaron-el-trillo/?fbclid=IwAR2gM95e7ytxBtfR-HRYcn0MQdxNsJxCKK7kOOWAFZqGU-C5GucLDRLN-K0E>

remiten a interpretaciones más generales, tienen una parte de su sustento en la experiencia; otra, en representaciones sociales que incluyen conocimientos, creencias, preceptos morales, entre otros elementos. Eso no equivale a asumir que “narrativa” es lo mismo que falsedad. Una distinción radical entre realidad y narrativa de la realidad es sólo un caso particular de las relaciones entre una y otra. Es la que ocurre en regímenes totalitarios, pero es también visible en fenómenos como la teoría de la conspiración, las campañas de desinformación o en contextos de polarización extrema. La proposición de que la Tángana fue insoportable e incomprendible para los que han construido narrativas de que el Estado lo controla todo —y lo que no, lo prohíbe—, obliga a considerar no tanto la aseveración misma como su punto de enunciación, es decir: el sujeto que produce el discurso y desde dónde.

Los jóvenes que participaron en la Tángana tuvieron, obviamente, las facilidades necesarias para ocupar el espacio público. El uso del espacio público es problemático en un régimen que declara abiertamente que “la calle es de los revolucionarios” y que la utiliza para los actos de reafirmación revolucionaria o para actos de repudio. Para el resto, el espacio público está vedado. Si los jóvenes que organizaron la Tángana se perciben como el ejemplo de que hay posibilidades de autonomía dentro del sistema cubano, es porque pertenecen al sector al que le está permitido. Son esos “revolucionarios” a los que la calle les “pertenece”.

En ese sentido, incluso si la organización de la Tángana surgió en un grupo de Telegram en el que estaban personas con afinidades de izquierda comprometidas con la defensa de lo que llaman “Revolución”, su manifestación es funcional para el régimen de exclusión practicado por el gobierno cubano, para el que todo lo que no entre en el estrecho

margen de reconocimiento aceptado, debe ser expulsado del cuerpo social de una u otra manera. Para que tal exclusión pase por legítima, los otros, los que no tienen derecho a la calle, deben ser descritos como plattistas, de derecha, incluso como terroristas, golpistas de cuarta generación o ejecutores de un golpe blando. Mientras más en las antípodas puedan situarse, más conveniente resulta para reivindicar la exclusión como legítima.

Los participantes de la Tángana reclamaron como contenido de su manifestación una apelación a incorporar, dentro del socialismo cubano, causas como el antirracismo, la lucha contra la homofobia, contra la violencia de género, la ecología y la protección animal. Victor Fowler los describe como “una izquierda radical que entiende todas las anteriores como líneas del pensamiento propias del pensamiento marxista”.²²

Hay aquí evidencias de un intento de apropiación de temas que no han sido necesariamente parte de la agenda del socialismo o del marxismo, menos en su variante autoritaria de estilo estalinista, pero que son reinterpretados en beneficio del capital político del proyecto socialista del gobierno cubano. Sin embargo, aunque se realice un análisis crítico de los contenidos, la importancia de la Tángana y de la siguiente iteración de la ocupación del espacio público por jóvenes partidarios del régimen que fueron los Pañuelos Rojos, lo relevante de estos grupos, no es tanto lo que reivindican como agenda, sino lo que su existencia significa como acto funcional para el control de la narrativa por parte del Estado cubano. Por supuesto, con una agenda que fuera

²² Véase https://www.granma.cu/cuba/2020-12-30/tangana-30-12-2020-23-12-20?fbclid=IwAR3iMPWkCp2Wbjh-a2kjaWLjHoo68cA-ibpL8FvI4FCyTpoy_pDHEEVdcsE

contraria a la eternización del socialismo, tales acciones hubieran resultado imposibles.



Imagen 4. Cartel promocional de la “sentada” de los Pañuelos Rojos.

Durante la sentada de los Pañuelos Rojos, del 12 al 14 de noviembre hubo lecturas de poesía, descargas, conciertos, discursos, proyección de documentales y presentaciones de libros. Acamparon con tiendas de campaña en el parque Central y durmieron allí dos noches mientras durante el día realizaban diversas actividades. Entre ellos estaban representantes del Centro Martin Luther King, el colectivo Cimarronas, La Tizza, el Proyecto Nuestra América, activistas LGBT en lucha por el nuevo Código de Familia, artistas y estudiantes universitarios en un grupo pequeño. Según Prensa Latina,

si bien la sentada de los Pañuelos Rojos —como se denomina— no procura responder a las provocaciones previstas mañana lunes {o sea el 15 de noviembre} para nublar el retorno del país a la normalidad, sí cierra filas en torno a la aplicación de un manual de guerra no convencional contra Cuba y el bloqueo económico, comercial y financiero por

parte de Estados Unidos, de acuerdo con un comunicado de sus organizadores.²³

Los Pañuelos Rojos son similares al grupo juvenil Nashi en Rusia o los colectivos de Maduro (Chaguaceda, 2021). Se trata, en los tres casos, de grupos pretendidamente autónomos cuya función principal es realizar acciones de contrainsurgencia simbólica; poner en escena un apoyo a sus respectivos gobiernos al neutralizar a la oposición y la disidencia reales. Para lograrlo, hacen uso mimético del repertorio de la resistencia civil y las luchas cívicas. En el caso de los Pañuelos Rojos, acuden a la “sentada” y la “acampada”. Las sentadas han sido utilizadas por movimientos de raigambre civil en Latinoamérica en tiempos recientes y las acampadas se convirtieron, con el movimiento antiglobalista y Occupy Wall Street, en formas de sostener movilizaciones en las calles durante temporadas extensas. Los Pañuelos Rojos acamparon sólo durante 48 horas, pero incluso un plazo tan limitado constituye para Cuba una acción inédita y, como en el caso de la Tángana, una que sería imposible sin la autorización, complacencia y colaboración directa de las autoridades. Nuevamente, como meses atrás en la Tángana del parque Trillo, se presentó aquí el presidente Díaz-Canel, evidenciando el apoyo de la dirigencia máxima del país.

En esta ocasión, sin embargo, con más tiempo de preparación —no hay que olvidar que se trató de una acción destinada a contrarrestar la convocatoria de una marcha cívica para el 15 de noviembre— no fueron sólo las autoridades cubanas las que acudieron a respaldar las acciones. Además de dirigentes políticos como Gerardo Hernández, periodistas

²³ Véase <https://www.prensa-latina.cu/2021/11/14/sentada-de-los-panuelos-rojos-una-ruta-para-los-suenos-en-cuba>



Imagen 5. Díaz-Canel visita el parque Trillo en La Habana durante la Tángana.

como Paquito el de Cuba y Humberto López, varios actores internacionales que apoyan incondicionalmente al régimen y sirven como transmisores de su versión de los hechos, viajaron a La Habana a participar de la sentada. Entre ellos se encontraban Medea Benjamin, fundadora de Code Pink, la organización detrás de Puentes de Amor, quien a su regreso a Estados Unidos publicó un artículo en la revista *Jacobín* que contribuyó a esparcir la versión del gobierno cubano de que el 15 de noviembre era una farsa que no contaba con ningún apoyo popular.²⁴ Se encontraba también Manolo de los Santos, director del People's Forum, y Manu Pineda, eurodiputado español miembro de Izquierda Unida.

La presencia de estos políticos y activistas extranjeros, con vínculos estables y sostenidos con el régimen para producir una imagen de legitimidad, gobernabilidad y distraer de una realidad marcada por violaciones de los derechos humanos, evidencia con claridad que la sentada de los Pañuelos Rojos

²⁴ Véase <https://jacobin.com/2021/11/cuba-us-protests-reform-revolution-diaz-canel>.

es parte de una estrategia política de alto nivel en la que jóvenes con una ideología afín al régimen realizan acciones que pretenden mostrar que hay espacios de autonomía y autoorganización, a la vez que intentan neutralizar la presencia en la calle de quienes también buscan organizarse autónomamente para ejecutar demandas, protestar y exigir derechos.

La Tángana y los Pañuelos Rojos tuvieron todo el reconocimiento de la prensa oficial; en ambos casos, los medios más importantes del oficialismo recogieron sus acciones. Los discursos pronunciados fueron reunidos en un libro publicado por la editorial Ocean Sur,²⁵ y varios de los jóvenes involucrados en alguna de las dos acciones se han ido posicionando en medios oficiales, televisión o como *influencers* en internet. El caso de Pedro Jorge Velázquez es ilustrativo de esta última posición.

Meses más tarde, el 8 de marzo de 2022, los Pañuelos Rojos organizaron otra ocupación del espacio público, esta vez con temas feministas, en el anfiteatro del parque Almenares. Se mantienen activos en sus redes sociales en Facebook y Twitter. Varios grupos que comparten con ellos el posicionamiento de apoyo a la Revolución desde posiciones de izquierda tienen también presencia y espacios de discusión en redes sociales, sitios web y plataformas digitales.

Estrategia 3. Ocupación del espacio virtual

Uno de los cambios sociales más importantes del último siglo es la irrupción de la virtualidad como forma de realidad (Castells, 2013). Lo virtual real entra así a constituirse en un espacio cada vez más relevante de lo social y lo político, en especial en términos de interacción, participación, deli-

²⁵ Véase <https://www.oceansur.com/catalogo/titulos/tangana-en-el-trillo>

beración y toma de decisiones. Esto favorece que el espacio público se mueva de lo virtual a lo real y viceversa, con implicaciones significativas en el ámbito del activismo y la participación política. Muchos movimientos, manifestaciones y protestas públicas en diversos países han comenzado o han sido gestados en el espacio virtual para luego moverse al espacio físico, o se han lanzado de manera simultánea a ocupar ambos espacios.

En Cuba no es diferente, a pesar de ciertas particularidades. La primera es que el país se abrió tarde a internet. No fue hasta diciembre de 2018 cuando el gobierno posibilitó el acceso de la población a través de sus dispositivos móviles con servicio de tercera generación (3G). A pesar de las insatisfacciones y quejas respecto al alto costo, la lentitud y poca confiabilidad de la conexión,²⁶ esta medida —y otras progresivas que ampliaban el acceso, como la incorporación del servicio 4G en 2019— produjo un cambio cuantitativo y cualitativo en el uso de internet por parte de la ciudadanía. En lo cuantitativo, la cifra de personas con acceso —según datos oficiales de octubre de 2021—²⁷ es de un poco más de 5 millones, 3.94 millones a través de sus móviles y 1.20 millones a través de computadoras. En lo cualitativo, lo más importante es la emergencia de una esfera pública virtual que evidencia una diversidad de temas, actores y novedosas formas de participación ciudadana; con un marcado carácter contrahegemónico al ser —esencialmente— contestataria del poder político.

Las repercusiones de estas transformaciones han sido significativas no sólo en términos de acceso a la información

²⁶ Véase <https://freedomhouse.org/country/cuba/freedom-net/2021>

²⁷ Véase <https://www.granma.cu/cuba/2021-10-07/mas-de-cinco-millones-de-personas-tienen-acceso-a-internet-en-cuba>

de contenido político al margen del control del Estado, sino también al incrementar el poder de la ciudadanía por las posibilidades que ofrece para la vigilancia, la crítica y la denuncia sobre la actuación de las instituciones y los funcionarios. Las posibilidades para la difusión multidireccional de acciones y discursos influyen en las formas de participación al abrir canales para la deliberación, la coordinación y la búsqueda de consensos. Por último, el reconocimiento de que el espacio virtual no sólo funciona como difusor y amplificador de narrativas, sino también como lugar de construcción de relatos/discursos sobre la realidad y como medio para su inclusión en la agenda pública en discusión en el espacio físico, pone el foco en su disputa tanto desde la ciudadanía, la sociedad civil como de los gobiernos.

Los gobiernos iliberales buscan contrarrestar el potencial democratizador del acceso a internet recurriendo a una herramienta en la que tienen mucha experiencia: el control. Es el caso de China, que ha recurrido a bloquear el acceso a contenidos y buscadores, y crear plataformas y aplicaciones alternativas a las “occidentales” y de uso obligatorio, así como medidas legales con sanciones penales estrictas a quienes las violen. En Cuba, el monopolio de la oferta del servicio posibilita al gobierno cortes del servicio a usuarios, el acceso a datos privados y la ejecución de operaciones de vigilancia discrecionales. Como en China, también recurre al control de acceso a contenidos que le son incómodos o que cuestionan abiertamente (bloqueo a sitios y páginas web, *apps* y otros), creación de normas jurídicas sancionatorias más estrictas y sanciones ejemplarizantes a periodistas, blogueros, *youtubers*, activistas o a cualquier usuario con contenido crítico, incluso si es humorístico.

Cuando el 11 de julio de 2021 las redes sociales de la comunidad cubana dentro y fuera de la isla se inundaron

de videos y transmisiones en vivo de las manifestaciones en decenas de puntos del territorio nacional, el gobierno cubano llevaba varios meses confrontando la pérdida del control de la narrativa sobre la realidad cubana que tanto activistas como ciudadanos comunes le disputaban en el espacio virtual. Desde 2019, los *hashtags* se volvieron presencia común por razones diversas que iban desde recabar medicamentos para personas contagiadas con covid-19, hacer denuncias sobre la crítica situación de las instituciones de salud o las extensas colas para adquirir alimentos en plena pandemia, difundir acciones contestatarias de grupos de activistas como el MSI y la viralización de la canción *Patria y vida*. Semanas antes del 11J en el espacio virtual cubano se libraba lo que algunos usuarios denominaron la “guerra de hashtags”, un escenario de confrontación entre el oficialismo y sus críticos mediante el posicionamiento de etiquetas en redes sociales.²⁸

Luego del 11J, el espacio virtual adquirió relevancia protagónica como espacio público para la contestación al régimen. Tres plataformas fueron las más utilizadas por la ciudadanía y el activismo: Facebook, Twitter y Telegram. La primera ya había sido utilizada de manera efectiva por grupos de activistas que articularon acciones entre la diáspora y grupos de la sociedad civil en la isla para donar y distribuir medicamentos. La respuesta de la comunidad cubana y de personas solidarias en diversos lugares del mundo llevó a que se contara con grandes cantidades de medicamentos que se acumulaban en las casas de los activistas por las barreras burocráticas para hacerlas llegar a los necesitados. De allí derivó la solicitud, respaldada por artistas y activistas, de la

²⁸ Véase <https://elpais.com/internacional/2021-07-21/hashtags-y-directos-las-armas-de-los-cubanos-para-hackear-una-revolucion-obsolleta.html>

apertura de un canal humanitario, algo que el gobierno consideró como “oportunismo mediático” y “campana de des-crédito”.²⁹ Paradójicamente a esa respuesta inicial, el 15 de julio el primer ministro anunciaba la decisión de permitir el ingreso de estos tres rubros sin pago de aranceles a quienes viajaran al país, lo que fue interpretado por muchos como una concesión resultante de la presión ciudadana y la contestación al régimen en el espacio público físico y virtual.

La herramienta de creación de grupos de Facebook fue también utilizada para crear la plataforma Archipiélago, desde la que se convocó y organizó la marcha pacífica por el cambio el 15 de noviembre (15N) y que permitió —entre otras innovaciones en la participación ciudadana en Cuba— la articulación entre ciudadanos dentro y fuera de la isla en la producción de acciones cívicas para contestar al poder político. Otro de los grupos de Facebook de relevancia por su pertinencia en el momento político y el respaldo creciente de la ciudadanía fue el que unió a las madres y familiares de los detenidos para crear una red de solidaridad, apoyo mutuo y denuncia, cuya vitalidad se mantiene hasta hoy.

Algunos de estos grupos tuvieron su réplica en Telegram. Esta plataforma posibilitó que se divulgaran contenidos dentro de la isla para quienes tenían dificultades para conectarse “en directo”, una manera de “saltar” las barreras a la inmediatez que significan los altos costos y la lentitud del servicio de internet en la isla. Los grupos de Telegram permitieron a parte importante de la población cubana acceder a imágenes, videos, audios y textos sobre lo que ocurría o sobre temas en debate en el espacio público virtual. Así ocurrió

²⁹ Véase https://www.swissinfo.ch/spa/cuba-campa%C3%B1a--actualizaci%C3%B3n-_crece-la-campa%C3%B1a-para-pedir-un-corredor-humanitario-de-ayuda-a-cuba/46776462



Imagen 6. Cartel de la convocatoria a la marcha cívica del 15 de noviembre de 2021 por la plataforma Archipiélago.

con el grupo de Saily Amarillo y medio y el espacio Ágora, del grupo Archipiélago. Ambas comunidades funcionaban como espacios de análisis, discusión y deliberación, en un innovador ejercicio de educación ciudadana. Después del #11J en Twitter se mantuvo el uso de etiquetas para denunciar situaciones, difundir mensajes de activistas y confrontar a funcionarios del gobierno o a sus simpatizantes en sus propias cuentas. La viralización de noticias, mensajes o incluso de memes con contenidos satíricos acerca del gobierno o a sus líderes tiene en esta plataforma un terreno fértil. De relevancia son también sus *spaces*, una herramienta de la plataforma que permite crear salas de encuentro para el análisis y discusión sobre tópicos diversos. Una innovación en esta red fue la creación de una cuenta @CubaSpace que, junto con otras aliadas, mantuvo de manera ininterrumpida una sala abierta durante los días 14, 15 y 16 de noviembre de

2021, difundiendo información sobre las manifestaciones que la comunidad cubana en la diáspora había organizado en apoyo a la convocatoria del 15 de noviembre y también denunciando la respuesta represiva del gobierno cubano sobre periodistas independientes, activistas y los organizadores de la marcha, en especial los nucleados alrededor del grupo Archipiélago.

Lo anterior explica el interés que el gobierno cubano ha mostrado por el espacio virtual y las razones que lo llevan a ejecutar una estrategia para su control y posterior imposición de la narrativa gubernamental, pues la grieta en la homogeneidad discursiva del gobierno producida por el acceso a las tecnologías digitales introdujo novedosas posibilidades de participación y construcción de ciudadanía y de organización social para la acción colectiva. La respuesta a este espacio de oportunidad para la sociedad civil ha sido, en Cuba, no muy diferente a la de otros regímenes totalitarios. El espacio virtual es atacado y ocupado por voceros gubernamentales que hacen de la vigilancia, la censura y la desinformación, herramientas para deslegitimar el uso democrático que hace una sociedad cada vez más diversa y conocedora de las potencialidades del activismo digital.

Así, la visión de internet y las redes que presenta la narrativa oficial es la de un espacio tomado por entidades controladoras que buscan manipular la opinión pública. Términos como “laboratorios”, “manipulación mediática” o *fake news*, son constantemente mencionados en un marco explicativo en el que se enfatiza el aspecto del control por intereses espurios. En esto, el gobierno cubano hace un hábil uso de investigaciones realizadas en otros países y de una percepción pública (en el extranjero) que reconoce el peligro que significa el control trasnacional de la libertad de expresión en internet. Ejemplos como el de Cambridge

Analytica o el encarcelamiento de Julian Assange por las revelaciones de Wikileaks, son continuamente referidos para demostrar que internet está dominado por intereses políticos o monetarios.

Este énfasis llega a negar espacios autónomos e individuales que son parte importante del ecosistema de la vida pública en el espacio virtual. Toda oposición o crítica realizada por medios digitales es descrita en el marco explicativo de la guerra mediática o de “tercera generación” que ya no ocuparía sólo los grandes medios de comunicación, sino también internet y las redes sociales.

Así, fenómenos como el de la “cámara de eco”, la desinformación y el efecto de “realidad aumentada” que se consideran propios de las redes, se utilizan para construir un sustento a la idea de que lo que sucede en internet contra la “Revolución” no emana realmente de una oposición, sino de “laboratorios de manipulación mediática”, bots que construyen tendencias (*trending*) artificiales o de personas que han sido atrapadas en burbujas diseñadas para manipular su comportamiento exacerbando las emociones y los prejuicios. Esta construcción requiere eliminar de la interpretación del impacto de las redes en la vida social cubana otras experiencias en el mundo en las que las redes han servido como herramienta de movilización popular. Por ejemplo, cuando Rosa Myriam Elizalde se refiere a un fenómeno como el de Occupy Wall Street, lo hace en los siguientes términos:

También explica la intención de generar contextos polarizadores, donde la gente actúe por instintos primarios. Eso lo hemos visto en todos los procesos emergentes que se han desatado desde la llamada Primavera Árabe, en 2011, hasta más recientemente en Chile, pasando por Occupy Wall Street o el Tea Party (Gómez 2021).

La argumentación más elaborada del tema proviene de *La dictadura del algoritmo*, de Javier Gómez Sánchez, actual director de la Facultad de las Artes de los Medios de Comunicación Audiovisual (FAMCA), publicado por Ocean Sur. El libro recoge todas las entrevistas realizadas para un documental del mismo nombre, transmitido en varias ocasiones en la televisión cubana, que resume la visión de las instituciones del gobierno cubano sobre las redes sociales. En el prólogo, la investigación se presenta como “gestión del conocimiento colectivo” con miradas diversas. Como en los otros casos —por ejemplo, en las reuniones sectoriales con la Presidencia—, la diversidad o la apelación a lo colectivo se refiere a un ámbito más bien reducido conformado por funcionarios, militantes y simpatizantes del gobierno, lo cual reduce la supuesta diversidad de la réplica de una idea central: las redes sociales son peligrosas y potencialmente malignas. Por ejemplo, Jorge Luis Perdomo —ministro de Comunicaciones y actual viceprimer ministro de la República de Cuba—, declaró:

en Internet hay un campo muy propicio para una cultura hegemónica, imperial, occidental, que se trata de imponer contra cualquier país, pueblo, cultura que difiera o sea diferente en sus valores, sus principios, a los de esta postura hegemónica occidental que hoy promueve el imperialismo estadounidense y sus principales aliados. (Gómez 2021)

El interés de presentar internet como un espacio controlado y bajo asedio, aunque puede producir resonancias con críticas que provienen de otros escenarios, obedece en lo fundamental a que, como en otros países, en Cuba el acceso a las oportunidades del espacio virtual se ha vuelto un componente relevante que ha pasado a formar parte del accionar cívico. El acceso a internet tiene todavía un

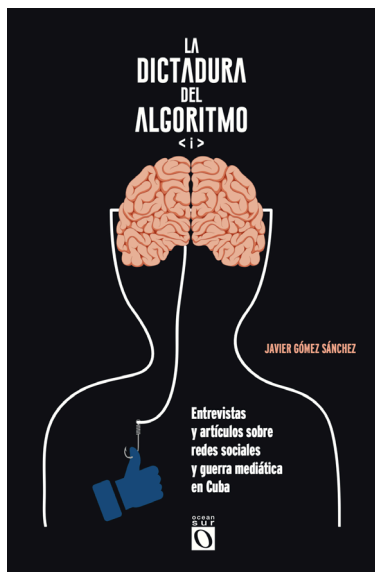


Imagen 7. Portada del libro *La dictadura del algoritmo*.

potencial emancipatorio, pues allí, individuos y grupos sociales diversos encuentran posibilidades de libertad de expresión y asociación que —aunque restringidas por el anonimato y la dificultad para extrapolarla al espacio físico— confrontan al poder a través de acciones contestatarias con cierta efectividad. De ello dan cuenta los momentos en que, vuelta viral una denuncia en Facebook, Twitter o ambas, ya provenga de un grupo de activistas o de algún ciudadano a título personal, el gobierno se ha visto obligado a responder. Incorporar a la esfera pública cubana —cooptada por el oficialismo— temas y asuntos de interés para la ciudadanía ha sido uno de los logros más relevantes alcanzados a través del espacio virtual.

Y es que, en Cuba, el principal agente de peligro para la libertad de expresión en internet es el gobierno mismo. Los problemas emergentes de la comunicación en el espacio virtual y su impacto en la política y la vida social en general

que preocupan a los especialistas en otras sociedades no son irrelevantes para el caso cubano, pero deben ser contextualizados en el régimen político totalitario y en las condiciones tecnológicas, socioeconómicas y culturales cubanas.³⁰ De esta forma, tópicos como la captura del usuario por las dinámicas de consumo de las grandes empresas capitalistas no tienen gran relevancia en el espacio virtual cubano, pero sí lo tienen fenómenos como la existencia de una gran cantidad de cuentas anónimas que responde, principalmente, a la necesidad de proteger la identidad frente a posibles represalias gubernamentales por emitir opiniones contrarias a la política o la ideología oficial.

Si se observa el crecimiento en el número de usuarios de redes sociales³¹ en Cuba, el acceso relativamente reciente a plataformas como Twitter —donde el número de usuarios tuvo un pico de crecimiento durante julio de 2021—³² está mediado por la necesidad de las personas comunes de acceder a información no oficial, encontrar un lugar de expresión y asociación fuera de las restricciones cotidianas, y por el intento de burlar el estricto control de estas libertades por parte de un gobierno totalitario.

Internet, y en particular las redes sociales, han significado para la ciudadanía, en primer lugar, la posibilidad de acceso a un espacio relativamente libre para discutir y manifestar ideas. Una esfera pública contrahegemónica y contestataria existe en Cuba, sobre todo en medios como los *spaces* de Twitter y los chats de Telegram. La efervescencia cívica que brotó desde los sucesos de San Isidro encontró su territorio propio en el espacio virtual. Después del 11J, varios gru-

³⁰ Véase <https://www.efe.com/efe/america/sociedad/controversia-en-cuba-tras-la-queja-viral-de-una-madre-redes/20000013-4830675>

³¹ Véase <https://twitter.com/CubaStandard/status/974606335487639552>

³² Véase <https://gs.statcounter.com/social-media-stats/all/cuba>

pos de discusión surgieron de la necesidad de participar en el debate colectivo sobre la posibilidad abierta con el 11J de pensar, al menos, un proyecto de país no totalitario. Esa conversación pública se hizo más extensiva con la convocatoria de la marcha cívica del grupo Archipiélago, que creó un grupo en Facebook y posteriormente en Telegram para discutir, proponer ideas, debatir y, en sentido general, ejercitarse en la discusión pública. Esto tuvo y sigue teniendo un tremendo valor en un país donde el ejercicio democrático ha sido impedido sistemáticamente.

De forma complementaria a la divulgación de una visión particular —funcional al deseo de control del espacio virtual—, el gobierno cubano ha puesto en práctica diversas estrategias para impedir la movilización, la organización civil o la visibilización de un estado de opinión contrario a las narrativas estatales. Haciendo uso del monopolio del servicio de internet en la isla, recurre a la suspensión de datos móviles a activistas, periodistas y opositores para impedir que se presenten en foros internacionales a dar testimonio directo sobre la situación de los derechos humanos en la isla o sobre otros temas o que transmitan en vivo acciones que tienen potencial movilizador. Lo hace incluso “tumbando” las directas. En los últimos meses, se trata de una práctica que han repetido con insistencia hasta volverse lugar común. También lo hace cuando hay manifestaciones o protestas en ciudades o pueblos, y los usuarios informan con frecuencia sobre cortes o ralentización del servicio. En ambos casos, estas acciones dificultan que se divulguen de manera inmediata imágenes sobre lo que ocurre. Se ha denunciado también que se coacciona a los usuarios para borrar publicaciones sobre protestas, llegando incluso a que eliminen sus cuentas. Aunque esto último no se puede corroborar, y cabe la posibilidad de que sean los mismos usuarios quienes

decidan eliminar una publicación, la autocensura es señal del fundado temor a represalias. También han sido creados sitios web oficialistas amparados por instituciones públicas. Se despliegan acciones de promoción/obligatoriedad de su uso a funcionarios, empleados y estudiantes (un ejemplo es Infomed, creada para conectar centros de salud y facilitar al personal médico consultar información técnica, acceder a bases de datos nacionales e internacionales y articularse en redes, especialmente para los profesionales médicos que cumplen misiones en el extranjero).

Si las acciones anteriores apuntan al control reactivo ante situaciones específicas, las que buscan la imposición de la narrativa gubernamental se articulan en una estrategia que disemina en redes sociales el relato oficialista sobre la realidad cubana, que incluye lo que podría llamarse con propiedad una estrategia de desinformación, como una lucha contra las *fake news* o la manipulación mediática.

La diseminación de la narrativa oficial se hace esencialmente a través de dos vías. La primera es la colocación de *influencers* que se identifican con la ideología del PCC, pero desde una posición supuestamente desligada de las instancias de gobierno. Es el caso de Guerrero Cubano, un perfil anónimo cuyos vínculos con la Seguridad del Estado son obvios. Esta correlación se desprende de las reiteradas ocasiones en que este perfil ha divulgado información que sólo debe ser del conocimiento de instituciones como la policía o la fiscalía, otras en las que es citado por medios oficialistas como fuente, e incluso algunas en las que se ha adelantado a ofrecer explicaciones casi oficiales sobre sucesos en el país, como en la fatídica explosión del hotel Saratoga.³³ El

³³ Véase <http://www.5septiembre.cu/deultimahora-reportan-fuerte-explosion-en-el-hotel-saratoga-de-la-habana-fotos/>

Guerrero Cubano recurre con frecuencia a la homofobia y al machismo para denigrar a opositores y activistas y, al hacer esto, usa una herramienta que la prensa oficial, en especial la televisión, tiene más recato en utilizar: el uso de estereotipos sexistas para denigrar a quien critica, disiente o se opone al gobierno. Al considerar esta cuenta como fuente creíble, al presentarla como la voz del “pueblo revolucionario y combatiente”, el gobierno cubano admite su complicidad con estas actuaciones abiertamente homofóbicas o machistas y apela a exacerbar prejuicios de la sociedad cubana para reforzar la criminalización de la disidencia con la denigración humana.

Otra de las formas en las que el perfil Guerrero Cubano contribuye activamente a las estrategias de la propaganda estatal es la de desviar la atención en situaciones críticas. En el caso del asesinato de Zidane Batista Álvarez, en julio de 2022, un joven negro de 17 años que murió a manos de la policía en Villa Clara, la desviación ocurrió hacia un caso similar en Estados Unidos. Esto permitió opacar la discusión necesaria sobre una demanda de proceso penal transparente para acceder a la justicia respecto a los hechos. La lógica interna que permite tal desviación de atención es muy simple y se utiliza en exceso para neutralizar cualquier crítica: en Estados Unidos es peor; allí sí hay racismo y brutalidad; lo sucedido en Cuba fue porque el policía necesitó defenderse de un delincuente.

Más recientemente, el gobierno cubano ha recurrido también a *influencers* extranjeros en su búsqueda de presentar en redes una imagen fresca y atractiva, que llegue a sectores de jóvenes milénials que usan intensivamente la tecnología y están más familiarizados con redes como TikTok. En marzo de 2022, el presidente Díaz-Canel recibió en el Palacio de la Revolución a un grupo de *influencers*, en el marco del Coloquio Internacional Patria, y pidió su solidaridad “para

hacer posible un mundo mejor, real y virtual”.³⁴ La retórica apeló al enfrentamiento contra “la maquinaria mediática manipuladora mundial” para ubicar la defensa de la narrativa oficialista cubana como parte relevante de tal enfrentamiento. De los *influencers* presentes, la española Ana Hurtado —quien se presenta como documentalista, periodista e *influencer*— es la que se ha mantenido de manera más estable cumpliendo su rol de vocera del gobierno cubano en el extranjero, recurriendo al enfrentamiento en redes, al discurso estigmatizador y denigrante sobre la disidencia cubana y amplificando los mensajes de los gobernantes cubanos.³⁵

La segunda vía es recurrir a contingentes que tienen indicaciones de sus respectivas instituciones de replicar contenidos de las cuentas oficiales, etiquetas que se quieren posicionar a favor del gobierno, y participar en discusiones en redes. Una observación de los perfiles de Facebook que interactúan con las cuentas de Cubadebate, Con filo, o de los *influencers* oficialistas como Guerrero Cubano o Karlito Marx, y perfiles de Twitter que interactúan en cuentas como la de Bruno Rodríguez o Presidencia Cuba, son perfiles anónimos y su comportamiento es repetitivo: eslóganes, consignas, ataques personales y desvíos de atención. Según una investigación de cazadores de *fake news* —un sitio venezolano de periodismo de datos que realiza verificación de información—, 11.5% de los retuits de la etiqueta oficialista #CubaVive fueron publicados por el clúster de la misión médica cubana en Venezuela,³⁶ lo cual prueba que la participación en redes desde instituciones cubanas no se restringe a la isla.

³⁴ Véase <http://www.cubadebate.cu/noticias/2022/03/15/recibe-diaz-canel-en-el-palacio-de-la-revolucion-a-los-participantes-en-el-coloquio-patria/>

³⁵ Véase <https://www.cibercuba.com/tags/ana-hurtado>

³⁶ Véase https://twitter.com/cazamosfakenews/status/1459903098705559556?s=20&t=5Fnq_aqQDiaZrxyN-Rt3gA

El caso de la etiqueta #SOSCuba es un buen ejemplo de las dinámicas involucradas en la disputa por el posicionamiento en Twitter, sin duda una plaza de fundamental importancia para la pelea del espacio virtual. #SOSCuba fue la principal tendencia en Cuba el 10 y 11 de julio de 2021, precediendo y coincidiendo con las manifestaciones del 11J. Medios cubanos oficialistas y aliados calificaron la protesta digital que impulsaba la etiqueta como una manipulación a través de “miles de cuentas bots” operadas desde fuera de Cuba, en particular desde Estados Unidos. Para crear esta narrativa, se valió del periodista Julián Macías Tovar, un “activista contra la desinformación digital” —según se presenta en un reportaje de *Cubainformación*, un medio aliado del régimen que le sirve de replicador en el País Vasco—, quien aludió a una investigación que supuestamente demostraba el origen artificial y localizado fuera de Cuba del #SOSCuba.

Posteriormente, *Cazadores de Fake News* hizo una investigación basada en 1 048 576 tuits publicados entre el 10 y el 12 de julio, con la que demostró que si bien había presencia de cuentas anómalas (bots, redes de bots y cuentas ciborgs) y generación de *spam*, la tendencia se impulsó de forma orgánica desde inicios de julio por ciudades en el interior de Cuba a los que se sumaron el día 11 desde otros países. “El aporte relativo en cantidad de tuits generados por métodos artificiales fue insignificante comparado cualitativamente con el aporte orgánico, real, recibido desde cuentas con operadores humanos que no generaron *spam*”.³⁷

³⁷ Véase <https://www.cazadoresdefakenews.info/soscuba-radiografia-protesta-digital-humanos/>

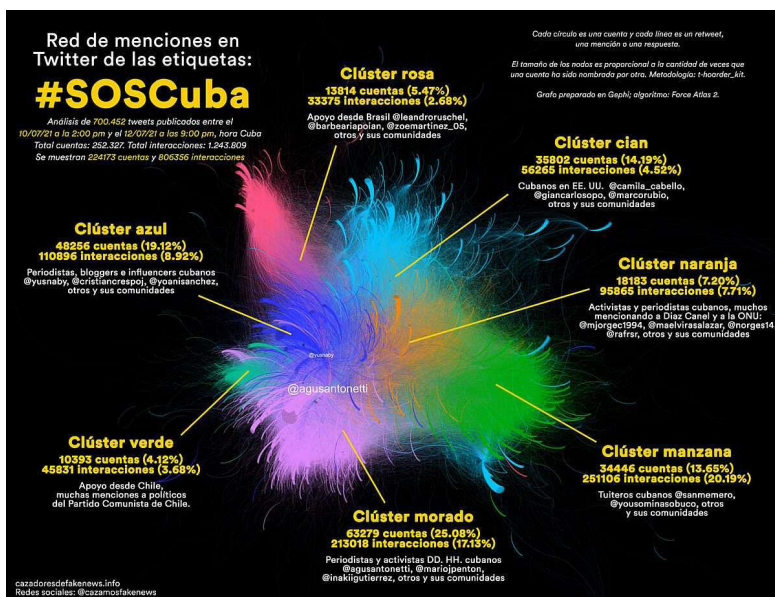


Imagen 8. Red de interacciones de la etiqueta #SOSCuba.

Fuente: X @cazamosfakenews.

La disputa por el espacio virtual continúa en curso. Las acciones descritas se mantienen, otras renuevan protagonistas, contenidos y objetivos. Sigue siendo, no obstante, un espacio sobre el que no tienen control, que les resulta aún indomable, conflictivo. Sin embargo, la estrategia desplegada por el gobierno cubano busca incidir en la opinión pública, posicionar discursos y erigir representaciones (relatos) sobre la realidad, convenientes o funcionales para la conservación del poder. Se trata de recurrir a todo lo que les permita censurar, controlar y sancionar cualquier expresión de disidencia, mientras se presenta a sí mismo como víctima de una guerra mediática diseñada por poderes imperiales y ejecutada por empresas como Facebook y Twitter.

Estrategia 4. Producción académica vocera de la narrativa oficial

Gran parte del pensamiento social en apoyo a la “Revolución” cubana (y, de modo inmediato, traspasado al régimen emanado de ésta) se construyó originariamente como el esfuerzo de producir discursos de contenidos emancipadores, antimperialistas y reivindicadores de la soberanía. Tal construcción fue, por una parte, resultado del acompañamiento intelectual a lo que era entonces un proceso inédito en la región, que abría las puertas a un modelo supuestamente anclado en la praxis latinoamericana y con posibilidades concretas de realización. Por otro, fue consecuencia de un intento deliberado de extender al continente las posturas ideológicas del proyecto nacional de las nuevas fuerzas en el poder y liderar los intentos de teorizar una revolución de alcance continental, cuyo foco emisor y faro guía sería Cuba.

Todavía hoy es posible reconocer la impronta de Cuba en esos términos, pero se trata de una que ya no es ideológica sino logística, al proveer un entramado de influencias que permite acceder a posiciones en organismos regionales, publicaciones y fondos para investigación, comprometida con la línea ideológica del gobierno cubano.³⁸ Los argumentos que reivindican un proyecto nacional soberano, independentista y antimperialista hacen agua ante una realidad de crisis sistémica y manifestaciones populares. Sin embargo, la presencia predominante, y en muchos casos hegemónica en proyectos, organizaciones y espacios académicos del continente, habla de la capacidad real que ha tenido la narrativa construida por el régimen para ocupar un lugar protagónico

³⁸ Un panorama del estado actual de estas alianzas puede encontrarse en <https://www.hypermediamagazine.com/dosieres-hm/11j-desesperacion-pais-protestas-cuba/respuestas-al-11j-la-presencia-cubana-en-latinoamerica/>

en el imaginario político en la región, construido a partir de discusiones ideológicas y propaganda, pero también a través de estrategias de sostenimiento y reproducción que involucran la ocupación de puestos directivos en instituciones académicas y la construcción de alianzas con organizaciones y movimientos sociales prorrégimen en el continente.

Así, la pérdida progresiva de la legitimidad de la narrativa oficialista cubana ha sido contrarrestada también en el campo intelectual con la reactivación de las redes de apoyo al gobierno cubano y la expansión de sus desarrollos intelectuales. Si se considera este campo como un ámbito de las estrategias para retomar el control narrativo posterior al 11J, es necesario verlo en un sentido amplio. Recuperar el control no ocurre únicamente a través de explicaciones y especulaciones relacionadas con el 11J, sino como reconstrucción teórica de la validez del proyecto sociopolítico de la llamada Revolución cubana. La producción intelectual académica resulta un área de acción privilegiada para esta reconstrucción, tanto en el sentido estricto de producción académica propiamente dicha —a través de investigación y difusión en libros, artículos y eventos académicos en universidades y centros de investigación dentro y fuera de Cuba— como en la creación de una red operativa que sustenta la expansión de dicha narrativa.

La retórica del discurso del oficialismo en el último año se ha dado en dos formas fundamentales: la actualización del lenguaje mediante la apropiación y resignificación de categorías y términos de la democracia. Ejemplo de esto es el uso de “sociedad civil” para referirse a las organizaciones de masas oficialistas y “democracia popular” para describir el modelo político cubano. La segunda forma es la incorporación —selectiva, acotada y administrada— a la agenda del oficialismo de demandas provenientes de movimientos hoy

relevantes en la lucha sociopolítica global —entre los más destacados el ambientalismo, el feminismo y los derechos LGBTIQ—, que son reciclados y presentados como herencia del ideal de los líderes históricos y preocupación auténtica del actual gobierno.

Por citar un ejemplo de tal incorporación-apropiación, la embajada cubana organizó en México, durante junio de 2022, el seminario “Del Orgullo al Moncada”, junto con la Promotora de Solidaridad Va por Cuba. En su sesión inaugural, a cargo de Mariela Castro, presidenta de Cenesex (Centro Nacional de Educación Sexual), se presentó la idea de que los temas de género y los derechos de la comunidad LGBTIQ+ habían sido siempre “preocupación de la Revolución”, que incluso su madre Vilma Espín, presidenta de la Federación de Mujeres Cubanas (FMC) entre 1955-2007, había hecho esfuerzos por incluir el término más abarcador de “persona” en las discusiones del Código de Familia en 1976 (aunque no fue escuchada), o de proteger los derechos de las personas discriminadas por su orientación sexual.³⁹ Este tema se volvió relevante en los meses previos al plebiscito para la aprobación de un Nuevo Código de Familias, que si bien reconoce los derechos de la comunidad sexodiversa, no es ajena a estrategias de instrumentalización de reclamos y demandas sociales.

Otro ejemplo de este proceso de apropiación se ve en las elaboraciones sobre un feminismo socialista, en la recopilación de textos publicados bajo el nombre de *Mujeres en revolución*, de la editorial Ocean Sur. En el libro, Karima Oliva expone que la FMC “ha liderado y coordinado desde su surgimiento la lucha de las mujeres por la igualdad” (Oliva 2022:3). Va aún más lejos al afirmar que los discursos de Vilma Espín,

³⁹ Véase <https://fb.watch/e-uNTzB6Q5/>

al destacar la necesidad de un prisma de clase, sexo y raza, “marcaron una postura pionera en nuestra región. Se antecedió en un sentido revolucionario, popular, anticolonialista, a las actuales corrientes de los feminismos populares, anticapitalistas y decoloniales del Abya Yala” (Oliva 2022: 10-11).

Esta referencia a un carácter pionero y de vanguardia es una relectura de la historia que tiene como finalidad re-colocar a un supuesto feminismo institucionalizado cubano a la cabeza del feminismo latinoamericano. Aunque la organización nunca se autodenominó feminista, Oliva lo achaca no a una falta de identificación de la FMC con las agendas feministas, sino a una decisión tácita, pues los movimientos feministas de entonces no tenían una posición tan sólida como la de ahora, y también al contexto particular que se vivía en Cuba. En el mismo texto, la propia Oliva habla de este proceso: “reconocerse en el feminismo constituye una ventaja de cara a actualizar el liderazgo de la FMC ante las nuevas generaciones de mujeres cubanas, que buscan con inquietud referentes feministas” (Oliva, 2022). Como complemento de esta interpretación, cualquier feminismo que no reconozca al Estado cubano se ve como un feminismo liberal que “opera como un mecanismo injerencista de propaganda política liberal y desestabilización social en aquellos territorios que son de interés estratégico para el gobierno de Estados Unidos” (Oliva 2022).

Es reconocible aquí, de manera clara, cómo la reconstrucción de una narrativa reivindicadora del Estado confluye con la necesidad de demeritar —en términos ideológicos como liberalismo— y criminalizar —emprendimientos financiados como parte de un plan de desestabilización— todo lo que no se avenga con la ideología y las prácticas del régimen cubano. La narrativa que pudiera llamarse proactiva —que se presenta en términos apoloéticos y reivindicadores— no

existiría sin su contraparte de deslegitimación y, en su grado máximo de expresión, la criminalización.

Esta contraparte es la que se utiliza para justificar prácticas contradictorias con los valores y principios del feminismo, como los actos de repudio hacia mujeres disidentes en los que han participado de manera destacada miembros del secretariado de la FMC —*e.g.* el ocurrido el 15N en la ciudad de Santa Clara contra la emprendedora y activista Saily González—,⁴⁰ o la que explica el silencio de la organización ante la violencia policial contra las mujeres que protestan —desde los manifestantes del 11J hasta las de agosto de 2022 en la ciudad de Nuevitas, donde ocurrió el vergonzoso maltrato policial a dos niñas. El silencio se extiende a cualquier asunto de relevancia de la agenda feminista internacional que pueda implicar —en el caso cubano— una confrontación con el Estado. Un ejemplo es el alza de feminicidios y la inefectiva actuación gubernamental, un problema por el que la organización oficialista ha sido emplazada⁴¹ por activistas independientes ante su actuación elusiva.

La apropiación de estos temas al servicio de una rescritura de la historia en la que la Revolución se presenta como la fuente de una tradición propiamente cubana revolucionaria y socialista, ha estado acompañada en el último año de una actualización del lenguaje, que viene de la mano de jóvenes que encuentran su lugar social en espacios privilegiados por la utilidad de sus elaboraciones en la presentación de los mismos contenidos con una mirada más fresca y contemporánea. Un ejemplo de tal actualización se encuentra en la serie de ocho programas televisivos denominado *Las cinco puntas de*

⁴⁰ Véase <https://www.cibercuba.com/noticias/2021-11-15-u1-e199955-s27061-saily-gonzalez-amanece-santa-clara-acto-repudio-protagonizado>

⁴¹ Véase <https://www.cubanet.org/noticias/alas-tensas-exige-a-la-fmc-ac-tuar-ante-aumento-de-feminicidios/>

la estrella, conducido por Víctor Fowler y al que se invita en cada ocasión a un joven intelectual cubano a debatir sobre temas relacionados con la Revolución, como la frase “dentro de la Revolución todo, contra la Revolución nada”.⁴² Dicha renovación, sin embargo, enuncia su falla fundamental de dos maneras: la primera, en la tendencia a mistificar y mitificar la Revolución y el gobierno, al encarnarlos en particular en la figura de Fidel Castro; la segunda, en la profunda desconexión de las reflexiones teóricas con la realidad concreta de la vida cotidiana en la Cuba actual. De la tendencia a la mistificación dan cuenta los programas de *Las cinco puntas de la estrella*, pero hay ejemplos también en medios oficialistas y en formatos adecuados para redes sociales. Por ejemplo: “La Revolución se tiene que sentir, amar, pensar y crear, esa ha sido la función de la mística revolucionaria”⁴³ o “alrededor de la Revolución cubana gravita una mística”.⁴⁴

De la desconexión con la realidad dan cuenta algunos debates sostenidos por un sector joven que encuentra en la defensa de la “Revolución” una forma de participación ciudadana que les permite ser, de hecho, miembros activos de la disputa ideológica; una que sería natural y fructífera de no ser porque no tiene sustento en los gravísimos problemas de la sociedad cubana. Como ejemplo puede servir el editorial de *La Tizza* a propósitos de los sucesos del 11J, en el que se repiten los lugares comunes de la deslegitimación que intenta operar el Estado cubano sobre las manifestantes. En el texto, *La Tizza* habla del sujeto popular que se manifestó en las calles como un “sujeto popular marginado [...] activado por la agenda de la contrarrevolución. Esta supo capitalizar

⁴² Véase <https://www.youtube.com/watch?v=dTZ6YnSgMMc&t=4s>

⁴³ Véase <https://www.cubahora.cu/sociedad/cuba-la-revolucion-y-su-mistica>

⁴⁴ Véase <http://www.cubarte.cult.cu/periodico-cubarte/el-26-de-julio-y-el-alma-de-cuba/>

su malestar y proyectar su deseo como deseo capitalista”. Y continúa hablando del choque de dos proyectos: uno se habría rendido a “renunciar a la soberanía y el socialismo”, y el otro sería de quienes no renunciarían a la “Revolución”: “Millones de personas en Cuba hoy no están dispuestas a perder una sociedad de paz, un proyecto de justicia social y una dignidad nacional que sólo ha dado a este pueblo, a todos, una Revolución que no se agota en lo conquistado, sino que debe abrir nuevos caminos”,⁴⁵ concluye el editorial.

Otro de los centros productores de discurso que se destaca por lo apologético de su abordaje sobre Cuba es la casa editorial Ocean Sur. Un artículo de *Cubadebate* de junio de 2022 la presenta como un emprendimiento de dos australianos simpatizantes de la Revolución, quienes “sintieron tanta afinidad por los líderes del movimiento cubano y su obra que fundaron, en 1989, una editorial dedicada a defender ese proyecto socialista”: *Ocean Press*, con sede en Australia. *Ocean Press* creó luego un sello editorial en Cuba, Ocean Sur, en 2006.⁴⁶ A pesar de haber sido creada —si damos por cierta la historia contada en el medio oficialista— por extranjeros impulsados por la simpatía hacia el proceso cubano, en la práctica Ocean Sur funciona como editorial privada al servicio del Estado cubano. Tiene vínculos estables con instituciones como la Federación de Estudiantes Universitarios (FEU), la Unión de Jóvenes Comunistas (UJC), el Partido Comunista de Cuba (PCC), la Casa de las Américas y el Instituto Cubano de Amistad con los Pueblos (ICAP). Tal posición es también evidente en el contenido de los libros que publica, que si bien incluyen colecciones de clásicos para niños y jóvenes,

⁴⁵ Véase <https://medium.com/la-tiza/tendremos-que-volver-al-futuro-21721dc-2ffaa>

⁴⁶ Véase <http://www.cubadebate.cu/especiales/2022/06/06/ocean-press-treinta-anos-publicando-desde-cuba-para-el-mundo/>

forma parte en la difusión de las versiones gubernamentales de los principales sucesos del país. Como vimos, Ocean Sur fue la encargada de publicar los discursos pronunciados en la Tángana del parque Trillo, un conjunto de textos que recogieron interpretaciones de jóvenes oficialistas sobre los sucesos del 11J, el libro sobre feminismo al que nos hemos referido, *La dictadura del algoritmo* y varios otros que sirven directamente a una estrategia de reconstrucción de la narrativa por parte del oficialismo cubano.

Estrategia 5. La criminalización de la disidencia: renovación de medios, actores y contenidos

Hemos dejado para el cierre una estrategia que debe ser considerada, en un sentido transversal, como el pilar que vertebra toda la retórica y el accionar de la narrativa oficial. La criminalización del disenso es el eje transversal de la reconstrucción narrativa del oficialismo cubano, porque contribuye de manera relevante a la reproducción de la imagen de un enemigo al que es necesario combatir. Tal enemigo legitima posiciones y acciones que de otro modo serían inaceptables. La represión que conduce a la cárcel, al exilio, y en ocasiones a la muerte física y siempre a la social de los disidentes, se vuelve “justificable” en un marco explicativo: el de la lucha contra el “enemigo”.

En el imaginario sobre la “Revolución” y en el discurso que lo sustenta, el enemigo paradigmático es Estados Unidos. El denominado diferendo Cuba-Estados Unidos tiene una larga historia con raíces que se ubican en el antimperialismo latinoamericano del siglo XX y en particular en el periodo de la Guerra Fría. Durante los primeros años del entonces proceso revolucionario, Cuba ocupó la posición de diferencial entre dos visiones del mundo en disputa materializadas en la

postura geopolítica de Estados Unidos y la Unión Soviética. La reproducción de la retórica del enemigo ha probado, sin embargo, ser más que el reflejo de una historia de fricciones permanentes enmarcadas en disputas geopolíticas y sanciones económicas. Tal retórica ha servido también, desde los primeros momentos, para crear la némesis imprescindible a la que puedan ser trasladadas las responsabilidades por el mal manejo político e incluso por las violaciones de derechos humanos.

Sin Estados Unidos como reflejo negativo del proyecto de país del Estado cubano, no habría (en el lenguaje del oficialismo) ni siquiera categorías que permitieran pensar a Cuba por sí misma. Cuba es, siempre, el “David que enfrenta a Goliath”; la “pequeña isleta bloqueada y amenazada que intenta construir una sociedad justa a pesar de las imposiciones del imperio”; la “Revolución que tiene derecho a defenderse”. El enemigo es, en segundo lugar, el mercenario, el apátrida, el que es pagado para intentar derrocar la Revolución. Papel destacado juega en esa construcción retórica Miami como símbolo de una “otra” Cuba, cuya legitimidad y derecho a una visión de país es sistemáticamente negada.

La unión del mercenarismo y la oposición política es un tropo recurrente en la narrativa oficial; en ella no hay agencia posible para quienes critican, disienten o se oponen. La idea subyacente en esta asociación nunca puesta en cuestionamiento, es que la única razón por la que una persona podría oponerse al régimen político cubano es el interés monetario. Es una asociación que sirve para negar el valor ético de la oposición y la disidencia, y para esconder, además, previo secuestro estatal de su autonomía y agencia, la diversidad social, sin reconocer jamás el pluralismo político, incluido el pluralismo de izquierdas.

Basado en tales asociaciones, gran parte del esfuerzo por demeritar, deslegitimar y, finalmente, criminalizar

las posiciones en el rango que va desde la crítica hasta la oposición abierta, son a su vez un esfuerzo por mostrar y, en muchas ocasiones, construir —incluso inventar abiertamente— relaciones con supuestos grupos terroristas o planes de “derrocar a la Revolución”. La reacción al 11J no podía menos que retomar el tipo de ofensiva mediática que se pone en funcionamiento cada vez que la narrativa del Estado es desestabilizada.

El espacio paradigmático para la criminalización de la disidencia y la oposición política es, actualmente, el programa televisivo *Con filo*, cuya primera edición fue transmitida el 11 de agosto de 2021, exactamente un mes después de los sucesos del 11J y cuya primera conductora fue Karima Oliva. Ese lapso fue suficiente para construir y encontrar los medios de reproducción para la narrativa asumida por el régimen cubano, según la cual las manifestaciones habían sido parte de una estrategia diseñada desde Estados Unidos en colaboración con mercenarios del país para derrocar al gobierno aprovechando una difícil coyuntura social y económica. *Con filo* se anunciaba como un espacio para poner en perspectiva “con todos sus matices, las noticias, los hechos, las matrices de opinión que circulan en los medios y en las redes, sobre la realidad cubana”. Y anunciaba: “Vamos a buscar las esencias detrás de las apariencias, a rasgar la costura de la manipulación mediática, y a adentrarnos en la arista filosa de los acontecimientos”.

Lo que era en realidad un esfuerzo organizado por presentar como ilegítimos —y, en sentido último, criminales y delincuenciales— el derecho a la manifestación, la protesta, el disenso y la oposición, se enmarcaba así en el lenguaje de la lucha contra la manipulación mediática y la desinformación. Éste es un marco explicativo recurrente, según el cual Cuba (esa construcción narrativa en la que es

igualada al Estado y éste representa a la Revolución y al pueblo cubano) es víctima de una sostenida campaña mediática internacional organizada por emporios de la comunicación, o coludidos con el capitalismo o directamente al servicio de los intereses del imperialismo norteamericano. La presentación de los esfuerzos de imponer una narrativa única, homogeneizadora y estatista como una defensa contra la manipulación mediática a la que Cuba estaría siendo sometida, crea un marco explicativo que estimula una recepción acrítica del producto propagandístico. Sin embargo, con el paso de los meses, *Con filo* se ha convertido en objeto de burla en gran parte de la percepción y opinión pública cubanas, debido a un uso abusivo de la retórica de “rasgar la costura de la manipulación mediática” que no logra disimular, en su lenguaje aparentemente jovial y desenfadado, su verdadera intención: brindar soporte narrativo a la acción represiva del Estado cubano.

Así, el primer programa, por ejemplo, aludía a la “guerra cultural” para dar cuenta de cómo los artistas suelen ser utilizados con intención de ganar las mentes y los corazones de las personas, mientras que aquellos que no se pliegan a dicha utilización, son víctimas del linchamiento mediático. Para ello, recurría a un canal de YouTube que se hace llamar “prensa alternativa” para presentar a Silvio Rodríguez —un cantautor reconocido por su apoyo incondicional al régimen cubano— como víctima de linchamiento mediático.⁴⁷ Que el programa inaugural haya sido dedicado a presentar a los artistas no plegados al oficialismo como monigotes al servicio de una guerra cultural no era casual; hablaba directamente de la necesidad de disminuir la importancia que el gremio artístico independiente y contestatario había tenido en el

⁴⁷ Véase <https://www.youtube.com/watch?v=boQFqwDaNCg&t=184s>

despertar de la sociedad cubana. Llama la atención que en una coyuntura de represión a miles de ciudadanos —incluidos los intelectuales— hayan “victimizado” a alguien como Silvio Rodríguez, que ocupa un lugar privilegiado dentro del campo político y la estructura de clase del modelo cubano.

La labor de vocería del régimen de un programa como *Con filo* es amplificadora a través de la incorporación de sus presentadores a redes y eventos académicos organizados por aliados en el extranjero que intentan ofrecer una fachada de rigor intelectual a lo que es, básicamente, una operación de propaganda dirigida desde el Estado. El ejemplo más reciente es la invitación del presentador del programa, Michel Corona, como *keynote speaker* al Cuba’s Research Forum en la Universidad de Nottingham, aunque no se le conoce obra académica en su trayectoria.

El caso de *Con filo* no debe verse como un esfuerzo aislado, sino que se sitúa como una renovación en la línea de continuidad con otros programas televisivos que durante décadas se han dedicado a deslegitimar cualquier posición crítica o contestataria al régimen apelando a la criminalización de sus actores. *Las razones de Cuba* fue el programa modelo del cual todos los actuales heredaron la retórica y mucho del lenguaje. Esta labor cubre un espectro que va desde la fabricación de supuestos actos terroristas que son “desenmascarados” públicamente, hasta una presentación más sofisticada, que apela a conceptos en boga (guerra cultural, guerra de tercera generación, manipulación mediática, *fake news*, desinformación), para “desmontar” las estrategias enemigas contra la Revolución. Incluyen intentos de presentar las mismas ideas en forma de diálogos pretendidamente constructivos y proactivos.

Del primer tipo de programas, un buen ejemplo es la serie que Humberto López condujo durante meses en el Noticiero

Nacional de Televisión, y que retoma eventualmente a través de la televisión y de los periódicos estatales, *Hacemos Cuba*. Recientemente presentó un reportaje sobre un supuesto sabotaje contra una tienda estatal, que fue desmentido en *Diario de Cuba* a partir del testimonio de los vecinos.⁴⁸ Del segundo tipo de programas, *Con filo* es el ejemplo más emblemático; y del tercero, *El ojo que TV* resulta el más elaborado de los esfuerzos por mostrar una imagen dialógica de la vida cubana actual. Conducido por la periodista Cristina Escobar, en una serie de programas se abordaron ciertos temas de actualidad: el diálogo, la libertad de creación, la marginalidad y la unidad/unanimidad. Sin embargo, en este programa se contó con invitados cercanos —por su posición, trabajo y opiniones— a la línea gubernamental, con lo que el diálogo y el debate quedan restringidos a una zona previamente delimitada por la política oficial. Así, *El ojo que TV* aparecía como un producto de intelectuales para intelectuales, dentro de los objetivos y narrativas del campo oficial.

En los otros tipos de programas ni siquiera hay una pretensión de diálogo: uno es abiertamente criminalizador, construye historias sobre sabotajes y discursos violentos cuyo objetivo es convencer al público cubano de que la oposición (presentada como bloque) es un movimiento terrorista, y el otro (*Con filo*) cita fuentes “alternativas” que en realidad son extensiones de la narrativa del régimen cubano y que actúan a su servicio, como *Cubainformación*, radicado en el País Vasco. El Estado cubano despliega así diversos productos de propaganda, especializados según sus destinatarios, pero cohesionados alrededor del discurso de “defensa de la Revolución”.

⁴⁸ Véase https://diariodecuba.com/cuba/1660749796_41648.html

Conclusiones

En el intento de retomar el control de la narrativa, el gobierno cubano ha recurrido a la renovación y adecuación de las estrategias que le han resultado efectivas durante más de seis décadas de hegemonía. No se trata de innovaciones en el sentido estricto, sino de adaptación al contexto y a las necesidades más urgentes para la conservación del poder. Ya sea porque se convirtieron en prácticas institucionalizadas o porque mostraron su eficacia en circunstancias específicas anteriores al 11J, lo cierto es que estamos ante un arsenal de medios, contenidos y actores que se reciclan y cuya novedad es, en todos los casos, parcial o limitada.

Este es un aspecto importante porque da cuenta tanto del debilitamiento de los mecanismos de control de la narrativa como de las capacidades de los actores gubernamentales para innovar ante una realidad incontestable: el agotamiento del modelo socioeconómico y la incapacidad de quienes dirigen el país para encontrar soluciones a la profunda crisis y resolver los problemas más perentorios de la población.

No obstante, el efecto de estas acciones debe ser considerado con atención. En el caso de la producción intelectual, en especial por su efecto en la recepción acrítica del discurso gubernamental cubano que predomina en ámbitos intelectuales y académicos, y su repercusión en el posicionamiento de líderes políticos y representantes de organismos internacionales ante las violaciones de derechos humanos en Cuba. Una red de alianzas suele funcionar como cámara de eco de los académicos cubanos oficialistas, que en muchos casos censura a los críticos y limita el alcance de las narrativas contrahegemónicas, las que reconocen y visibilizan al sujeto popular que contesta el poder totalitario. En el caso de los nuevos espacios de criminalización, sus efectos

recaen en ciudadanos comunes que son reconvertidos en delincuentes, con la consiguiente afectación de su imagen pública sin que medie proceso penal alguno. En muchos casos, el “material” usado por los productores de estos programas nutre los expedientes que luego permiten a fiscales y jueces sancionar con penas arbitrarias e injustas cualquier expresión de disidencia.

Las estrategias para retomar el control narrativo tienen, sin embargo, una falla fundamental: la disonancia cada vez más evidente entre la visión del mundo que describen y la vida cotidiana de los cubanos en la isla. Mientras la primera parece reproducir interminablemente una imagen de realización de los sueños prometidos por el proyecto de la “Revolución”, la segunda es la evidencia de que tal proyecto opera en realidad como una maquinaria represiva que busca evitar la crítica y la oposición a la opresión de la élite en el poder. El aumento de las manifestaciones en los meses de julio y agosto de 2022 demuestra que tal pretensión se ha vuelto inútil, que el 11J no fue una anomalía, y que la rebeldía y la contestación de la sociedad civil cubana frente a los desmanes del aparato estatal continuarán ocurriendo. Una tarea fundamental para el sostenimiento de la lucha contra la opresión es desarticular y desmontar las narrativas que la sostienen. Ojalá y este artículo haya contribuido a ello.

Referencias

Castells, M. (2013). “El cambio está en la mente de las personas. Entrevista a Manuel Castells”. *Sociólogos. Blog de Actualidad y Ciencias Sociales*. <https://sociologos.com/2013/10/27/manuel-castells-el-cambio-esta-en-la-mente-de-las-personas/>

- Chaguaceda, A. (2021). *Los Pañuelos Rojos: la protesta como privilegio*. <https://rialta.org/la-protesta-como-privilegio-pa-nue-los-rojos-cuba/>
- Costa, R. y D. Mozejko (2001). *El discurso como práctica. Lugares desde donde se escribe la historia*. Homo Sapiens. Buenos Aires.
- DiPego, A. (2015). “La modernidad en cuestión: totalitarismo y sociedad de masas en Hanna Arendt”. *Memoria Académica*. UNLP-FAHCE. <https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/library?a=d&c=libros&d=Jpm601>
- Gómez, Javier (2022). *La dictadura del algoritmo*. Ocean Sur. La Habana.
- Parkinson, J. (2012). *Democracia y espacio público: los sitios físicos de la actuación democrática*. Prensa de la Universidad de Oxford.
- Pérez-Díaz, A. (2013). “El trabajo comunitario en el contexto de los 90 en Cuba: la metodología del autodesarrollo como propuesta metodológica para la transformación social”. *TSnova. Trabajo Social y Servicios Sociales*, núm. 8. Sem 2. <https://roderic.uv.es/bitstream/handle/10550/51824/17.pdf?sequence=1>
- Potter, J. (1998). *La representación de la realidad: discurso, retórica y construcción social*. Paidós. Barcelona.
- Oliva, K. (2022). *Mujeres en revolución*. Ocean Sur. La Habana.

CUBA EN LATINOAMÉRICA:

UNA INFLUENCIA AUTORITARIA

Armando Chaguaceda

La pérdida de la libertad,
la tiranía, el maltrato y el hambre
habrían sido más fáciles de soportar
sin la obligación de llamarlos
libertad, justicia, el bien del pueblo.

ALEKSANDER WAT, *Mi siglo*.

Cuando los críticos del régimen cubano —término entendido tanto en su dimensión conceptual, alusiva a cualquier orden político institucional, como en su uso coloquial como sinónimo de poder represor— exponemos nuestros juicios sobre sus saldos negativos —en materia de supresión de libertades y atraso socioeconómico—, confrontamos dos tipos de respuesta. La primera, claramente política, suele echarnos en cara nuestra liga ideológica y ética con las causas más oscuras: mercenarios ambiciosos, agentes del imperialismo y fascistas. Se trata de epítetos fácilmente rebatibles cuando se demuestra la diversidad de identida-

des, trayectorias e ideologías de los opositores al castrismo como la naturaleza reaccionaria —en su composición económicamente explotadora, culturalmente conservadora, socialmente excluyente y políticamente autoritaria— de éste.

La otra postura —aparentemente neutral y analíticamente sofisticada— apela, sin embargo, a descalificar las críticas desde la superioridad intelectual al señalar como exageración (“no hay tanta represión”) o dogmatismo (“repiten el léxico de la Guerra Fría”) las caracterizaciones que del régimen y sus políticas se hacen. Amparadas en la configuración ideológica/identitaria que ha sobrerrepresentado las posturas de las izquierdas hegemónicas en la academia y la intelectualidad latinoamericanas¹ —y, en sentido amplio, occidentales—, estas réplicas sobreviven incluso al ciclo de crisis económica, protestas sociales, represión estatal y estampida migratoria que caracteriza a la Cuba de los últimos dos años. Es en respuesta a semejante postura —mucho más velada en sus intenciones, pero con independencia de su intencionalidad, particularmente dañina en sus efectos— que escribo el presente capítulo, el cual no puede ser leído sin referencia a los otros análisis, pródigos en referencias y evidencias empíricas insertos en este libro.

Comienzo por reconocer que no escribo desde la imparcialidad. Cuba —su crisis, su régimen y su destino— ha sido circunstancia vital de mi existencia, igual que la del resto de colegas que escriben en la presente obra. Sin embargo, la toma de partido no puede confundirse con parroquialismo.

¹ Véase Armando Chaguaceda, “Latinoamérica: el crisol inquieto”, *Letras Libres*, México, febrero de 2021, y Armando Chaguaceda e Ysrael Camero, “La promesa Boric y el desafío de las izquierdas latinoamericanas”, *Astrolabio. Revista Internacional de Filosofía*, Barcelona, junio, núm. 25, 2022.

Entiendo que el castrismo es sólo una forma particular de la deriva totalitaria —en tanto expresión del mal radical y el control total— de grandes revoluciones populares del siglo XX. Es el único experimento triunfante en este hemisferio, pero no la única forma que adopta la tiranía contemporánea en Occidente. De ahí que asumo, como dato histórico, la simultaneidad de historias y memorias de otros pueblos, enfrentados a formas opresivas y criminales que niegan la condición humana, desde la represión sistemática de Estado implementada por la Argentina de la Junta hasta los salvajes poderes necropolíticos del narco, coludidos con gobiernos locales que asolan amplias zonas de la región latinoamericana.² Ante esa realidad, el analista no puede tener otra actitud ética que el repudio a las más diversas formas de violencia políticamente motivadas, sea cual sea la causa (normativa o pragmática) que las motive y la naturaleza (social o ideológica) de sus víctimas.

Ello no significa ignorar las distinciones analíticas de las diversas expresiones del autoritarismo político. Para el caso que nos ocupa, la habilidad para administrar la mitología revolucionaria, unida a su eficaz represión interna y a la influencia internacional, convierte a Cuba en un *caso histórico*, un *modelo estatal* y un *agente geopolítico* de inusual, amplio y prolongado impacto regional y global. Semejante trinidad autocrática se despliega mediante una presencia extendida por la duración, el alcance geográfico y la penetración en sociedades y grupos específicos, como los políticos, activistas e intelectuales latinoamericanos.³ Con expresiones particulares

² Para una ponderación sucinta de los daños y diferencias entre las formas criminales con las que los poderes humanos (políticos, criminales) asaltan a las poblaciones bajo su dominio, véase Andreas Schedler, *En la niebla de la guerra. Los ciudadanos ante la violencia criminal organizada*, Centro de Investigación y Docencia Económicas, CDMX, 2015.

³ Armando Chaguaceda, “El Estado cubano y la academia latinoamericanista”,

en cada país, Cuba sigue siendo ese elefante en la habitación que muchos se niegan a reconocer.

Como caso, Cuba es otra nación periférica, con los mismos problemas de pobreza, desigualdad y subdesarrollo de muchos países latinoamericanos, pero al ser la élite castrista, durante décadas, la dueña absoluta del país, no hay modo de relevarle de su responsabilidad estructural en la crisis múltiple nacional. El caso cubano no es un destino para alojar utopías justicieras, sino una realidad para evaluar con los mismos raseros que analizamos cualquier otra nación. Así, cuando en la academia, la prensa y el activismo regionales se siguen repitiendo tópicos propagandísticos de Cuba cómo “la soberanía alimentaria”,⁴ el “modelo de salud pública”⁵ y la “democracia participativa”⁶ se invisibiliza la realidad.

Como *modelo* —basado en un partido único, con ideología y propaganda estatales y control policiaco de cualquier iniciativa y derechos ciudadanos—, Cuba ofrece una alternativa tentadora para movimientos populistas que, superado el momento electoral de su arribo al poder, avanzan a la autocratización. No se trata de ver una conspiración detrás de cada crisis política nacional en el entorno latinoamericano.⁷ Las dinámicas de la democracia liberal, el populismo y el

Revista Iberoamericana, Universidad de Pittsburgh, vol. LXXXVI, núm. 270, enero-marzo 2020, pp. 343-358.

⁴ *Agroecología: alternativa para la soberanía alimentaria*, <https://cauce.xoc.uam.mx/2020/06/15/agroecologia-alternativa-para-la-soberania-alimentaria/>

⁵ *Sistema de salud de Cuba*, <https://saludpublica.mx/index.php/spm/article/view/5038/10029> Acceso

⁶ “En Cuba, cambio generacional y continuidad del proceso revolucionario”, <https://www.gaceta.unam.mx/en-cuba-cambio-generacional-y-continuidad-del-proceso-revolucionario/>

⁷ Armando Chaguaceda, “Protestas y democracia”, *Agenda Pública, El País*, 14 de noviembre de 2019.

autoritarismo tienen, entre sí, claras diferencias y deslindes. El legado populista, en su hibridez constitutiva, abreva de una tradición jacobina⁸ diferenciada del totalitarismo de matriz soviética, afín al modelo cubano. Pero para cualquier coyuntura política donde el régimen democrático (liberal y republicano) se ve erosionado por dinámicas polarizadoras generadas por un liderazgo populista, la tentación de importar formas de propaganda, movilización o control social desarrollados en la isla está presente. La experiencia de los regímenes bolivarianos —que culminaron dos décadas de tránsito autoritario apoyados en *usos y costumbres* castristas— señala, en Latinoamérica, un precedente.

Como *agente*, la proyección de Cuba es aún más ignorada. Como ha demostrado con datos recientes el equipo de Archivo Cuba (véase tabla), el gobierno del país caribeño ha construido una notable presencia diplomática, superior a la de muchas naciones desarrolladas.⁹ Ha penetrado diversas organizaciones internacionales y forjado pacientemente nutridas redes de agentes de influencia en las comunidades políticas, asociativas e intelectuales. La unidad y verticalidad de mando, la sostenibilidad en el tiempo y la expansión en el espacio proveen a ese Estado autoritario de un poder de influencia asimétrico, muy superior a los exigüos recursos financieros y humanos que le corresponden en tan pequeño país subdesarrollado.

⁸ Alan Knight, *Bandits and Liberals. Rebels and Saints: Latin America since Independence*, University of Nebraska Press, 2022.

⁹ Para fines de comprensión, véase la colusión entre diplomacia, inteligencia e influencia en el servicio exterior de países bajo el modelo soviético; también su accionar sobre las élites y poblaciones del Tercer Mundo. Christopher Andrew y Vasili Mitrojin, *The world was going our way: The KGB and the Battle for the Third World*, Basic Books, 2005.

Tabla
Cuba: representaciones diplomáticas en 2022
en comparación con países selectos

<i>País</i>	<i>Población (millones)</i>	<i>PIB 2020 (mil millones)</i>	<i>Exports.2020 (millones)</i>	<i>Núm. embajadas</i>	<i>ONU NY</i>
Cuba	11.3 M	\$67.8 B*	\$8,769	126	43 (5)
Austria	9.0 M	\$433.3 B	\$222,847	85	15
Suecia	10.1 M	\$541.2 B	\$249,149	94	22
Portugal	10.2 M	\$228.5 B	\$84,633	76	12
Azerbaiján	10.2 M	\$42.6 B	\$15,208	67	14
Grecia	10.4 M	\$188.8 B	\$60,397	83	21
Rep. Checa	10.7 M	\$245.3 B	\$174,171	89	14
Honduras	10. M	23.6 B	\$8,336	32	7
Rep. Dominicana	11.1 M	\$98.8 B	\$14,425	48	22
Haití	11.4 M	\$14.5 B	\$1,110	26	14
Bélgica	11.6 M	\$521.8 B	\$417,561	84	12
Túnez	11.8 M	\$41.6 B	\$19,455	59	12
Burundi	11.9 M	\$2.8 B	\$141	26	5
Bolivia	12.0 M	\$36.6 B	\$7,448	33	8
México	121.7 M	\$1,150 B	\$431,432	80	30
Ecuador	18.1 M	\$104.3 B	\$22,264	43	12
Chile	19.3 M	\$253.9 B	\$79,789	73	12
Perú	30.7 M	\$202 B	\$45,119	63	15
Canadá	37.7 M	\$1645.4 B	\$483,153	106	32
Polonia	37.8 M	596.6 B	\$335,209	91	27
Panamá	4.4 M	\$53.9 B	\$21,379	56	8
Argentina	43.4 M	\$389.3 B	\$64,589	83	12
Colombia	46.7 M	\$271.4 B	\$36,702	63	26
España	46.7 M	\$1,281.5 B	\$392,402	122	26
Italia	60.5 M	\$1888.7 B	\$555,043	124	24
Francia	65.2 M	\$2,630 B	\$733,165	160	43
Tailandia	69.8 M	\$501.6 B	\$258,155	66	13
Filipinas	109.6 M	\$361.5 B	\$91,052	64	25
Brasil	204.3 M	\$1,444.7 B	\$243,739	133	45

*El Banco Mundial reporta un PIB para Cuba de \$107 000 millones. Véase un estimado más sobrio por el economista Pavel Vidal en <https://publications.iadb.org/es/publicacion/14056/que-lugar-ocupa-la-economia-cubana-en-la-region-una-medicion-la-tasa-ppa-de-las>

Fuentes:

<https://www.worldometers.info/world-population/population-by-country/>

<https://data.worldbank.org/indicator/NY.GDP.MKTP.CD>

<https://data.worldbank.org/indicator/NE.EXP.GNFS.CD>

<https://bluebook.unmeetings.org/>

Fuente: Archivo Cuba, *Cuba's disproportionate international influence*, 8 de junio de 2022, <https://mailchi.mp/cubaarchive.org/diplomaticpresence?e=82923a4953>

La aceptación política

En el grupo de los tres regímenes plenamente autocráticos de América Latina (Cuba, Venezuela y Nicaragua), la jerarquía simbólica y política se hace notar en una lógica descendente de criticidad. A Ortega, las izquierdas democráticas latinoamericanas y españolas lo denuncian por su represión contra antiguos camaradas. A Maduro, con menos coincidencia y contundencia, se le cuestiona usando los informes del Alto Comisionado de DD. HH. de la ONU. A Díaz-Canel, si acaso, se le hacen llamamientos esporádicos y genéricos que invisibilizan la naturaleza y responsabilidad represivas de su régimen. Al parecer, Nicaragua es una iglesia lejana y pequeña, donde un cura comete excesos reprobables; Venezuela, un arzobispado de mediana importancia sobre el que siempre podemos extender críticas a su funcionamiento, pero Cuba... es el Vaticano, cuya santidad y dogma no son cuestionables.

La incredulidad de cómo un país pequeño y pobre puede influir tanto —y no sólo mediante “el ejemplo revolucionario”— alcanza a quienes descalifican como “paranoia anticomunista” cualquier alerta sobre el tema. Se obvia que, en un mundo crecientemente interconectado, los factores y parámetros de influencia política mutan, y los países pequeños son capaces de operar de modo asimétrico y creativo sin atarse a clásicos criterios demográficos, financieros o militares. Pero cuando un Estado autoritario acumula suficiente experiencia, actores, recursos y redes de influjo, es capaz de incidir en sociedades abiertas y regímenes pluralistas, aprovechando la incapacidad de sus poblaciones para reconocer la lógica autoritaria. Recuérdese el poder de la Stasi de Alemania del Este sobre su mucho más rico vecino, que penetró

el activismo y el liderazgo político germanoccidentales.¹⁰ O la capacidad de los medios de propaganda y desinformación rusos para formar la opinión de buena parte de la población latinoamericana.¹¹

Desde una perspectiva geopolítica, ¿alguien puede decir que la situación autoritaria de Cuba es una triste inevitabilidad surgida hace 62 años, que sólo afecta a los pobres cubanos? ¿No se trata de una realidad en expansión que hoy articula un ecosistema regional de tres regímenes afianzados —imperantes sobre 45 millones de personas—, más numerosos partidos, movimientos y simpatizantes en las naciones democráticas vecinas? ¿Existe hoy algún eje autoritario de derechas que justifique la agresividad del bloque bolivariano? ¿Abona a la libertad política la coexistencia de las izquierdas democráticas latinoamericanas (incluida la mexicana) con los partidos gobernantes de Cuba, Nicaragua y Venezuela, ya sea en esquemas organizados por estos —Foro de São Paulo— o en foros amables —Grupo de Puebla— con sus agendas iliberales?

Esa actitud se repite en foros como la Conferencia Permanente de Partidos Políticos de América Latina y el Caribe (Coppal), que en su XXXIX Reunión Plenaria congrega a la mayoría de partidos de izquierda democrática con sus pares autoritarios: cubano (PCC), nicaragüense (FSLN) y venezolano (PSUV). Al abordar el caso cubano, se limita a pedir, en una declaración enfocada en el discurso de la soberanía estatal y la no injerencia, el cese del embargo de Estados Unidos.¹² Eso

¹⁰ Thomas Rid, *Desinformación y guerra política: historia de un siglo de falsificaciones y engaños*, Crítica, Barcelona, 2021.

¹¹ Kathryn E. Stoner, *Russia Resurrected: Its Power and Purpose in a New Global Order*, Oxford University Press, 2021.

¹² Véase <https://www.copppal.org/la-copppal-demanda-a-eu-poner-fin-al-inhumano-bloqueo-a-cuba-biden-debe-mostrar-voluntad-a-un-nuevo-dialogo-con-la-isla-plantea-alejandro-moreno/prensa/>

no tendría nada de reprochable si fuese acompañado —como correspondería a formaciones de izquierda democráticas— por un reclamo simétrico respecto a la soberanía popular conculcada por la autocracia cubana.

Por su parte, el llamado Grupo de Puebla, en su Declaración del 30 de noviembre-1 de diciembre de 2021,¹³ denunció al autoritarismo de la derecha, pero mantuvo su apoyo a los gobiernos de Daniel Ortega y Nicolás Maduro, parapetado en el discurso de la soberanía nacional. Asimismo, se expresó genéricamente la solidaridad con el pueblo cubano —al reconocer el malestar y las movilizaciones históricas del pasado 11 de julio—, pero se invisibilizó la represión desatada por el régimen de La Habana. Dicha represión ha llegado, en 2022, a niveles récords a escala regional, con alrededor de un millar de presos y procesados por razones políticas. En similar dirección, el anuncio fundacional del Observatorio de la Internacional Progresista no mostró preocupación alguna por la desaparición de la democracia en Nicaragua o Venezuela. Mucho menos por su inexistencia en Cuba.¹⁴

Vale la pena comprender las muy específicas influencias autoritarias proyectadas desde La Habana sobre diferentes actores políticos que buscan la hegemonía en el entorno latinoamericano. En ese caso especial, más que la improbable ocupación de un país grande y rico por otro más chico y pobre, la experiencia cubana —con Venezuela como caso de éxito— revela cómo la facción autoritaria de la élite política de una nación democrática puede abrazar la coo-

¹³ Véase <https://www.grupodepuebla.org/declaracion-del-septimo-encuentro-del-grupo-de-puebla/>

¹⁴ Véase <https://revistacomun.com/blog/anunciando-el-observatorio-de-la-internacional-progresista/>

peración autocrática¹⁵ con una élite autoritaria foránea para imponerse en el escenario doméstico. Un tipo de *colonización por invitación*.¹⁶

Este proceso —consumado bajo la llamada Revolución bolivariana, pero con expresiones incipientes en otros países, como México— se nutre de la habilidad del régimen cubano para administrar la mitología revolucionaria, la represión interna y la difusión de sus prácticas autoritarias, comparables, aunque superiores, a las que gozó el régimen (también autoritario) heredero de la Revolución mexicana. A quien diga que nada de eso pasará, recordémosle que hace apenas unos años parecía imposible que regímenes democráticos consolidados —la Hungría de Orban, la Polonia del PiS, los Estados Unidos de Trump— fueran sacudidos ante las dinámicas de erosión doméstica y los influjos de actores autoritarios considerados, hasta su irrupción, políticamente marginales.

El aval académico

Latinoamérica es hoy una región donde la democracia liberal —en tanto modelo imperfecto pero vigente en la mayoría de sus naciones— habilita las libertades cívicas de expresión, información e investigación. Un continente donde, como regla, la academia puede, sin las cortapisas ideológicas o policiacas de antaño, analizar y criticar el desempeño de los gobiernos, y en el que los intelectuales, donde se ha padecido por décadas la brutal represión de dictaduras

¹⁵ Kurt Weyland, “Autocratic diffusion and cooperation: the impact of interests vs. ideology”, *Democratization*, vol. 24, núm. 7, diciembre de 2017, pp. 1235-1252.

¹⁶ Diego G. Maldonado, *La invasión consentida*, Debate, México, 2019.

militares, deberían valorar —para sí y para los demás— las virtudes de una sociedad abierta y ejercer con rigor epistémico y pluralismo el pensamiento crítico. Sin embargo, como he señalado,¹⁷ nuestra academia regional revela una adhesión precaria y sesgada de los valores del proyecto democrático.

Si se trata de analizar las expresiones —pasadas o presentes— del autoritarismo de derechas, no hay mayor problema. Todo el rigor se despliega contra las dictaduras de seguridad nacional, los Estados burocrático-autoritarios y los populismos conservadores, aun cuando sus gobernantes hayan sido elegidos de forma democrática. Pero si llega el turno a las autocracias de origen izquierdista, el posicionamiento cambia. Cuba, Nicaragua y Venezuela provocan el estiramiento (y vaciamiento) conceptual, los silencios y el trato amable. Lo cual es, ahora, triplemente paradójico por el grado de sofisticación de las ciencias sociales latinoamericanas, por la disponibilidad de datos sobre la situación real de esos países y, quizá lo más relevante, por ser hoy estos los tres únicos regímenes plenamente autocráticos de la región.

Ante el panorama anterior, un libro del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) intenta hacer un balance de las más numerosas, extendidas, diversas y también reprimidas protestas populares de las últimas décadas en Cuba.¹⁸ Publicado por la Escuela de Estudios Latinoamericanos y Globales de CLACSO, la obra refleja el tratamiento especial

¹⁷ Véase Armando Chaguaceda, *La utopía cuestionada. Academia y consenso democrático en Latinoamérica*, en <https://agendapublica.elpais.com/noticia/16896/utopia-cuestionada-academia-consenso-democratico-latinoam-rica>

¹⁸ Véase Julio Carranza Valdés, Manuel Monereo Pérez, Francisco López Segre (coords.), *Cuba 11J: protestas, respuestas*, Buenos Aires, Escuela de Estudios Latinoamericanos y Globales, <https://americalatina.global/biblioteca/Cuba11J.pdf>

que recibe la realidad cubana; uno que no se depararía, en ese mismo lapso, a gobiernos como los de Colombia, Chile o Perú.

Paradójicamente, el libro —que reúne aportes de académicos cubanos y foráneos— no parece en especial interesado en definir de qué orden sociopolítico se habla. No hay una discusión seria sobre los principios, instituciones y procesos reales del sistema político donde se desplegaron las protestas. Las palabras *autoritario/a* y *autoritarismo* aparecen apenas cuatro veces. Nunca se usan para caracterizar al régimen, sino ciertas prácticas. El término *tiranía* se usa una vez. *Dictadura* aparece doce veces, la mayoría como una construcción creada desde la democracia occidental que rechaza otras experiencias, como Rusia, China y, por supuesto, Cuba. *Autocracia* —acaso la noción más robusta y menos politizada— no se emplea. Eso dentro de las 72 917 palabras de la obra.

Lo autoritario alude (p. 55) a los modelos ruso y chino, en una crítica a las poliarquías: “Oponer estas democracias de medidas crecientemente oligárquicas a los sistemas *autoritarios* chino o ruso no es, hoy por hoy, demasiado relevante, mucho menos si se hace desde América Latina, África o Asia”. La noción de tiranía (p. 144) se invoca para relativizar las críticas al régimen cubano, “un fatuo dramatismo que no es creíble para ningún observador objetivo de la realidad”; mientras que la palabra dictadura también se emplea: “se va construyendo un imaginario social: Cuba es una dictadura que oprime a su ciudadanía, que los lleva a la miseria y que está condenada a la libertad, a nuestra libertad” y lo hace para cuestionar el discurso político y académico de la democracia.

A diferencia de una obra donde los conceptos se anclan en evidencias empíricas y teorías robustas, pareciera que las categorías se utilizan aquí más como creencias y sesgos personales. No aparece un solo intelectual que defienda

la poliarquía como alternativa. La misma poliarquía que abrigó el desarrollo profesional de los autores de la obra. El mismo régimen que permite la publicación de un libro que le cuestiona de modo reiterado.

Es un autor residente en la isla quién, casi en solitario, alude (p. 68) a la realidad del problema:

Hay demandas reales hechas de forma pacífica, cuyo desconocimiento puede ser arriesgado. A ello habría que añadir que el discurso oficial justifica el uso de la violencia represora y esto impacta negativamente en sectores de la población que se mantienen al margen, pero observan con consternación todo lo que sucede. Un ejemplo que viene al caso es el de intelectuales y artistas que han hecho públicas sus condenas. Los acontecimientos han repercutido negativamente en la imagen internacional de Cuba. Se percibe que las autoridades, incluso las de seguridad, fueron tomadas por sorpresa. También existe la apreciación de que se está ocultando el nivel de la represión.

Fin de la cita. Ante esa realidad, el libro antes mencionado —y en general la postura hegemónica dentro del CLACSO— invisibiliza analítica y políticamente la gravedad y responsabilidades detrás de la represión (aún) en curso, complicando la toma de conciencia y acción en el campo democrático progresista sobre la realidad de Cuba. El saldo es netamente filotiránico, tanto en el terreno abstracto de las ideas como en el de su influencia, legitimadoras de regímenes, sobre el destino de personas concretas oprimidas.

Por su parte, una convocatoria del Centro Maria Sibylla Merian de Estudios Latinoamericanos Avanzados en Humanidades y Ciencias Sociales (CALAS) para estudiar el “Autoritarismo en Democracia. Perspectivas transregionales e históricas sobre espacios en disputa”, tampoco hace mención

a los expedientes más estructurales de autocratización en la región, pertenecientes a la izquierda iliberal.¹⁹ Consultados por el autor, participantes en el Foro alegaron que se trataba de “procesos autoritarios en gestación dentro de democracias existentes”, lo cual justificaría la exclusión de los regímenes de Caracas, Managua y La Habana. No obstante, en el programa final se incluyeron referencias (ponencias) a Nicaragua y Venezuela, pero no a Cuba, lo que demuestra una decisión discrecional, no justificada en criterios analíticos, sobre la invisibilización del caso cubano.

Así ha recordado recientemente Timothy Snyder en sus críticas a la postura de Habermas a propósito de la invasión de Ucrania: “una vez que comprendemos el poder del discurso, comprendemos el poder de quienes, por ejemplo las autoridades morales respetadas, vigilan sus límites, manipulan la memoria histórica y excluyen las voces de los vulnerables”.²⁰ Las actitudes vigilantes del dogma, manipuladoras de la realidad y excluyentes de la solidaridad para con los oprimidos del autoritarismo cubano, siguen vigentes en un sector de la academia latinoamericana. Sus silencios y manipulaciones son cuestionables tanto desde la lógica específica del conocimiento científico —al distorsionar la realidad e “ignorar” la discusión conceptual, como los saldos prácticos derivados de la naturaleza autocrática de los regímenes leninistas— como de los efectos concretos, humanos, sobre las poblaciones que los padecen. Porque

¹⁹ Véase <http://calas.lat/es/convocatorias/autoritarismo-en-democracia-perspectivas-transregionales-e-hist%C3%B3ricas-sobre-espacios>

²⁰ Véase https://www.faz.net/aktuell/politik/ausland/juergen-habermas-and-ukraine-germans-have-been-involved-in-the-war-18131718.html?printPagedArticle=true&fbclid=IwAR3GaOGqZAEPL-9IkEAG55oup-XUdOU_iKaTiQ0MEQffTbYKB1cmXJ3oZL8#pageIndex_2

los autoritarismos, del tipo que sean,²¹ son la antítesis del pensamiento crítico y de cualquier noción auténtica de soberanía popular.

Una resistencia en construcción

El fascismo (y un gobierno abiertamente militar)
no sólo es el destino probable de todas las
sociedades comunistas —sobre todo cuando sus
pueblos sienten el impulso de rebelarse—,
sino que el comunismo es en sí una variante,
la variante que mejor éxito ha tenido, del fascismo.
“Un fascismo con rostro humano”,

SUSAN SONTAG, 6 de febrero de 1982, acto de
apoyo a Solidaridad, Town Hall, Nueva York.

En los diversos espacios políticos y académicos de la izquierda regional, la influencia del régimen cubano ha estado presente de modo palpable pero desigual y es posible identificar dos aspectos. Primero, la relación entre autocratización, profundidad y alcance de la influencia del régimen cubano es directa; en el caso venezolano ha sido determinante. Segundo, la apuesta geopolítica de La Habana parece ir más allá de construir alianzas coyunturales, que desembocan en

²¹ Para análisis enfocados en Latinoamérica sobre los diferentes tipos de autoritarismos, véase G. Kozak, y A. Chaguaceda (eds.), *La izquierda como autoritarismo en el siglo XXI*, CADAL/Universidad de Guanajuato/Centro de Estudios Constitucionales Iberoamericanos/Universidad Central de Venezuela, Buenos Aires, 2019 (<https://www.cadal.org/libros/pdf/La-izquierda-como-autoritarismo-en-el-siglo-XXI.pdf>); y A. Chaguaceda y L. Duno (eds.), *La derecha como autoritarismo en el siglo XXI*, CADAL/Centro de Estudios Constitucionales Iberoamericanos/Rice University, Buenos Aires, 2020. (<https://www.cadal.org/libros/pdf/La-derecha-como-autoritarismo-en-el-siglo-XXI.pdf>)

alianzas autoritarias de carácter mucho más estructural, con vocación de permanencia, para asegurar la supervivencia de su propio régimen.

La complacencia militante e intelectual ante el régimen cubano es especialmente preocupante, al ser el pivote central de la autocratización continental. La especificidad y particularidad del régimen cubano sí tiene una definición en el marco de las ciencias políticas: se trata de un régimen autoritario de partido único desde hace más de sesenta años. La habilidad para administrar la mitología revolucionaria latinoamericana, unida a su eficaz represión interna y a la difusión regional de sus prácticas autoritarias, convierte a Cuba en un caso histórico, un modelo político y un agente geopolítico de influencia autoritaria.

Ante ello, la pereza mental, las complicidades partidarias o la nostalgia de viejas militancias no alcanzan para justificar la negación de buena parte de la izquierda regional ante la violación sistemática de los derechos humanos en la isla. Los dobles raseros parecen sostenerse para no incomodar a la propia tribu, evitando los señalamientos críticos o, *in extremis*, la acusación de traición. Eso no se limita a las fuerzas políticas, pues se extiende a buena parte de la academia afín. Llega al punto en que el giro decolonial y la crítica al conocimiento eurocéntrico han sido empleados para justificar o negar los procesos de autocratización cuando los desarrolla un gobierno que dice representar las “causas progresistas”.

El impacto negativo es inmenso en múltiples niveles. Primero, debilita las convicciones democráticas de la ciudadanía al introducir un relativismo partidario que puede reproducirse gracias a la polarización en varios niveles y polos ideológicos, lo que fortalece los atavismos autoritarios de cada sociedad. Segundo, fortifica los procesos regionales de autocratización: muchos que, desde las izquierdas de

Venezuela o Nicaragua, aplaudían o callaban ante los abusos del régimen cubano, resultaron posteriormente perseguidos una vez que el autoritarismo se impuso en sus países. En tercer lugar, contribuye a la tribalización del debate político al bloquear las vías de comunicación con otras fuerzas políticas y sociales, y destruye el campo común que requiere la democracia realmente para consolidarse.

En este nuevo siglo, Cuba es un caso histórico convenientemente ignorado, un seductor modelo político para aspirantes a autócratas y un agente geopolítico de influencia autoritaria. Su impacto es negativo en las dimensiones ética, normativa y práctica del compromiso democrático. Al desconocerlo como *caso*, celebrando sus supuestos éxitos, se pueden importar propuestas de política pública, económica y social que han llevado al fracaso en el país vecino. Al alabarlos como *modelo*, se abraza un relativismo ideológico que fortalece a los actores con preferencias autoritarias en nuestra sociedad. Por último, al tolerar la influencia de los *agentes*, se abre la puerta a un influjo autoritario capaz de inclinar balanzas locales en procesos aún abiertos a la competencia y al pluralismo democráticos. Muchos de quienes, desde las *izquierdas alternativas* de Venezuela o Nicaragua, celebraban el ejemplo e influencia del régimen cubano, resultaron posteriormente perseguidos una vez que el autoritarismo se impuso en sus propios países.

En Latinoamérica, las izquierdas tienen todavía mucho por hacer con sus taras autoritarias, ideológicas o afectivas. Se trata de ir construyendo una resistencia dual: a las taras ideológicas y afectivas propias y recurrentes del pasado, a la influencia política de las redes del (tardo)castrismo. Para conseguirlo, deberían asumir y defender —dentro y fuera de cada país— los derechos civiles, políticos, económicos y culturales que expanden la ciudadanía democrática. Jus-

tificar su supresión en el *caso* y *modelo* cubanos, niega la democratización por la que tanto ha luchado lo mejor de la ciudadanía latinoamericana. Los silencios, medias verdades, escamoteos y soledades que prodigan las izquierdas de la región a sus pares críticos de la isla y, en general, a toda la población, son costosos. Cuestan miles de vidas concretas, orilladas a la prisión o el exilio. Comprometen el futuro mismo de la nación cubana, dejando únicamente en manos de las derechas las banderas de la solidaridad. Complican, además, la renovación futura de las causas y métodos que esas izquierdas dicen defender.

Cuba reúne hoy la paradoja de ser y no ser excepcional. Lo es la naturaleza de su régimen político, afín al modelo leninista. No lo son la diferenciación, desigualdad, estratificación y beligerancia crecientes de su sociedad de cara a sus élites. Resulta estancadamente soviética por su régimen, y dinámicamente latinoamericana por su socioeconomía y cultura. He aquí el “elefante en la sala” que las izquierdas deben enfrentar desde sus valores e historia. La incapacidad para asumir el carácter autoritario del régimen que impera en Cuba desde 1959 ha hecho posible que su influencia sobre distintos movimientos progresistas no sea bloqueada por la izquierda democrática.

LA SUPERVIVENCIA DE LA IDEA CUBA¹

Hilda Landrove

La imagen de Cuba como alternativa al capitalismo predador y su sustrato, la democracia liberal, es extremadamente resistente a la realidad. Ha sobrevivido, aunque no sin heridas —que no perdemos la esperanza de que sean mortales—, a las manifestaciones del 11 de julio de 2021, a las evidencias de represión estatal cada vez más visibles, a éxodos masivos y a una larguísima lista de violaciones de derechos humanos. Tal supervivencia —que es resistencia a la evidencia de que “alternativa” significa en este caso totalitarismo y dictadura— no puede ser explicada sólo por la influencia de la maquinaria propagandística del gobierno cubano, que ha dedicado durante décadas una tremenda cantidad de recursos a construir y expandir el relato de la isla heroica en resistencia contra el imperio en defensa de la soberanía y el socialismo. Ése es, sin duda, un factor funda-

¹ El capítulo desarrolla ideas expresadas por la autora en dos textos anteriores: *Quién necesita que Cuba sobreviva* (<https://medium.com/revista-alma-mater/manolo-de-los-santos-nosotros-necesitamos-que-cuba-sobreviva-3c9558d365e0>) y *El aldeano global* (<https://rialta.org/el-aldeano-global-ucrania-cuba-siria-izquierda/>).

mental. Sin embargo, semejante influencia no sería posible sin la predisposición del público receptor a aceptar el relato como cierto o, al menos, a aceptarlo como más relevante que la realidad misma.

Un amplio sector de la izquierda en Latinoamérica, de significativa presencia también en Estados Unidos y Europa, continúa elaborando, de maneras más o menos sutiles, imágenes de una supuesta unidad entre pueblo y gobierno que permite, a la vez que reivindica, la acción gubernamental con toda la violencia estructural que implica desconocer la depauperada situación social, política y económica del país y poner del lado del enemigo a las voces críticas que intentan encontrar soluciones para transicionar hacia una democratización del país.

El presente texto atiende tres condiciones de la predisposición positiva a la recepción de la narrativa oficialista del gobierno cubano que hace posible la resiliencia de una idea de la realidad cubana que no tiene ya —hace mucho— sustento alguno en la realidad objetiva.

La imagen idealizada de Cuba es necesaria para un sector de la izquierda

En una entrevista para la revista cubana *Alma Mater*, Manolo de los Santos, codirector del People's Forum, expresa:

Creo que mi acercamiento a Cuba no va tanto por la solidaridad, sino porque pertenezco a una generación de jóvenes que, en Estados Unidos y también en otras partes del mundo, cada vez más nos involucrábamos en luchas políticas muy importantes en nuestros países, de mucha connotación social [...] Era un mundo donde cada vez más había menos referencias o alternativas y Cuba deja de ser una cuestión afectiva o emotiva, un afiche de solidaridad, y comienza también a

permitir preguntarse o imaginarse un futuro con otro tipo de sociedad. No sólo pensándola como ejemplo o modelo, sino como referencia de la posibilidad de un proyecto socialista en el resto del planeta.²

La posición que se explicita en esta cita es reconocible en un segmento amplio de defensores de la “Revolución” cubana para los que Cuba encarna una imagen ideal que se presenta como el paradigma y el resultado del esfuerzo de las luchas subalternas. La lógica que sustenta una declaración como ésta se repite una y otra vez con ligeras variaciones. Suele ser leída como una reivindicación de Cuba, un reconocimiento de su valor más allá de su existencia concreta, hasta alcanzar la dimensión abstracta del referente, del símbolo, pero la sobreexplotación de tal fórmula revela una falla fundamental. La dimensión simbólica ha terminado por ser usada como excusa para todo lo que está mal en la realidad.

Lo simbólico no excede aquí la realidad material en el sentido de que la contenga y la expanda; más bien la elimina de la ecuación. El valor simbólico de Cuba funciona en ausencia de la Cuba real: negándola. Cuba puede existir así como una imagen de alteridad intocada cuyo valor es fundamentalmente uno de contraste con lo que es criticable al capitalismo, la democracia liberal y al desarrollismo, y no requiere una correlación con la realidad objetiva.

Este tipo de posiciones tiene dos consecuencias concretas; la primera es que conduce o se involucra activamente en la reproducción de la propaganda del régimen cubano. Quienes se empeñan en no reconocer la represión, la violencia del Estado o la clausura de todas las libertades políticas, suelen trabajar para la reproducción de las narrativas míticas que la

² Véase <https://medium.com/revista-alma-mater/manolo-de-los-santos-nosotros-necesitamos-que-cuba-sobreviva-3c9558d365e0>

Revolución desarrolló durante tanto tiempo: igualdad social, derechos básicos (educación y salud) cubiertos de forma gratuita por el Estado, economía planificada y centralizada exenta de los males del mercado y soberanía frente al imperialismo. People's Forum por ejemplo, organizó en mayo de 2022 una visita a Cuba de representantes de organizaciones sociales y políticas, estudiantiles, sindicatos y colectivos culturales de Norteamérica. Según expresa la declaración sobre la visita, se reunieron, entre otros actores sociales, con activistas negros, organizadores comunitarios, líderes religiosos, etc., para aprender sobre la realidad cubana.³

Un conocimiento básico de la realidad cubana permite identificar, en la lista de los perfiles de las personas con las que se entrevistaron, que aquellas posiciones que en apariencia formarían parte de la sociedad civil (líderes comunitarios, activistas raciales, etc.) realizan sus labores coludidos con la ideología y el aparato institucional del gobierno y sin una autonomía real que les permita existir al margen del Estado y proponer alternativas al modelo o las concepciones con las que el Partido Comunista de Cuba controla la vida en el país. Sin embargo, tal realidad pasa irreconocible a los ojos de la delegación. La declaración continúa:

Reconocemos invaluable lecciones que la Revolución cubana continúa ofreciendo. Hemos atestiguado una Cuba donde las estructuras sociales y económicas de la sociedad han sido completamente transformadas para satisfacer las necesidades de las personas: la salud es un derecho humano, la educación es gratuita y accesible, no existen personas sin hogar, la cultura está garantizada, y proteger a todos los miembros de la sociedad de crisis globales como el covid-19 y el cambio climático es una prioridad.

³ Véase https://peoplesforum.org/blog_post/political-declaration-of-the-2022-cuba-may-day-youth-delegation/

La declaración continúa apelando al bloqueo norteamericano como la causa de las limitaciones materiales del pueblo cubano. Sería exceder el objetivo del texto demostrar las falacias de tal declaración, pero hay suficiente evidencia, de modo que no me detendré en el particular. Más bien, para hacer notar el vínculo entre la reproducción de los argumentos del relato oficialista cubano y la apelación a su legitimidad a través de la idea de un contacto directo con representantes de la sociedad cubana; representantes que son, en realidad, trabajadores del gobierno presentados como figuras de la sociedad civil que no podría existir sino a condición de su fidelidad a la ideología y las acciones concretas dominantes del partido en el poder.

La segunda consecuencia de las posiciones aliadas del gobierno cubano en virtud de una supuesta afinidad por la “Revolución” y sus conquistas es la negación de cualquier posición crítica al gobierno cubano nacida de la sociedad cubana y, por extensión, la negación de la agencia de esta sociedad en su conjunto o de sectores específicos. Tal negación no aparece necesariamente de manera directa (aunque también), sino como resultado de la colocación de las razones de las víctimas de los atropellos políticos del gobierno en una condición de subordinación a las razones de los defensores —externos— de la “Revolución”.

Hace varios meses, la directiva de Black Lives Matter firmó una carta en apoyo al régimen cubano sin considerar a las víctimas negras de ese régimen —aun cuando la población que se lanzó a las calles el 11 de julio de 2021 era mayoritariamente de raza negra, de origen humilde, objeto de asimetrías marcadas por un racismo que tiene puntos comunes con el que ese movimiento conoce de primera mano—. A raíz de una crítica a tal declaración de apoyo, un intelectual norteamericano, cuyo nombre me reservo, intentó

convencerme —invitándome a leer varios artículos— de que había razones legítimas por las cuales Black Lives Matter (BLM) se alineaba, cuando de Cuba se trataba, con el poder y no con sus víctimas.

Su intención no era llegar a un juicio ético sobre la situación, lo cual es ya en sí un indicador de la naturaleza del problema. Mi interlocutor se limitaba a defender las razones de BLM como suficientes para dar por bueno un pronunciamiento que eliminaba del escenario a las personas concretas, muchas de ellas negras y víctimas de la represión estatal en Cuba. Entre esas razones había mucho de la historia que BLM reconoce para sí misma como fundacional: por ejemplo, varios miembros de los Panteras Negras habían encontrado refugio en Cuba y, bajo el amparo del gobierno de la isla, habían reiniciado allí sus vidas. Tenían una deuda de gratitud, directa o indirecta, por el apoyo que habían recibido en un momento muy difícil.

Algunos de los artículos que leí a propósito del tema profundizaban en el reto que significó ser recibidos en un país que, además de un entendimiento diferente del problema racial —mientras Cuba se aplicó el modelo del mestizaje, en Estados Unidos la cuestión fue tratada de forma abiertamente segregacionista—, pregonaba que ya había sido resuelto definitivamente. La gratitud es entendible, por supuesto, pero sería necesario cuestionarse si puede ser extrapolada y constituirse en razón suficiente para desestimar lo que debería ser prioridad para un movimiento que se sitúa en el campo de la lucha frontal contra el racismo: la solidaridad concreta con las personas negras. Las razones que no entraban en la defensa de la declaración de BLM eran las de los cubanos y cubanas negros y empobrecidos.

Ejemplos como el anterior muestran una actitud que sobrevive, incólume, incluso a algo como el 11J. Una actitud

que niega a los cubanos mismos en su condición de subalternos de un gobierno totalitario, dictatorial y represivo. Según esta visión, el único subalterno es el gobierno cubano, situado convenientemente en el viejo tablero geopolítico de la Guerra Fría. Esto se vuelve muy evidente en la declaración “Let Cuba Live”, coordinada por The People’s Forum, Code Pink y The Answer Coalition, firmada por aproximadamente 400 intelectuales y publicada en primera página de *The New York Times* el 23 de julio de 2021, unos días después de las manifestaciones del 11J. La declaración hace una apelación pública para que el gobierno de Biden rechace “las crueles políticas puestas en marcha por la Casa Blanca bajo Trump que han creado tanto sufrimiento en el pueblo cubano”.⁴

Tal apelación es comprensible desde la mirada de intelectuales críticos con el historial intervencionista del gobierno de Estados Unidos, pero falla en reconocer las razones endógenas del descontento que produjeron las manifestaciones de los días previos. Ni siquiera se mencionan. Varios artículos publicados posteriormente por algunos de los firmantes insisten en la retórica de que el bloqueo es el único responsable de la terrible situación económica que atraviesa la sociedad cubana y desconoce abiertamente los testimonios directos de la injustificable represión policial, tanto como los análisis de intelectuales y académicos cubanos que han indagado dichas causas endógenas y el factor determinante que constituye un régimen totalitario que impide todo crecimiento económico, social y político.

Más allá de las razones determinadas por la situación de muchos de estos intelectuales —ubicados en una disputa política contra el imperialismo norteamericano—, la actitud que reproduce narrativas convenientes al soste-

⁴ Véase <https://www.radiohc.cu/en/noticias/nacionales/264760-open-letter-let-cuba-live-addressed-to-joe-biden-appears-as-full-page-ad-in-new-york-times>

nimiento del régimen cubano es difícil de desestabilizar porque se logra gracias a una lógica circular en que el “otro” no es reconocido en sí mismo, sino en la medida en que es reprocesado al servicio de posicionamientos propios, fijos y tendencialmente retrógrados. Y funciona de la siguiente manera: si los cubanos se manifiestan contra el gobierno de Cuba, no es necesario preguntarse ni intentar comprender sus razones, sino utilizar la oportunidad para insistir en la culpabilidad del bloqueo como una errónea y criminal política del gobierno de Estados Unidos.

El apoyo de BLM a un régimen que ha mantenido y agravado condiciones estructurales de desigualdad racial, y que ha reprimido a población afrodescendiente cuando ha elegido el camino de la protesta pública, es políticamente reaccionario. Como lo es que algunos intelectuales norteamericanos de izquierda se manifiesten contra “el bloqueo estadounidense” sin hacer el más mínimo esfuerzo para sortear la ecuación totalitaria que iguala al pueblo con el gobierno cubano, a la nación con el régimen político actual, y al control de un partido único con la “democracia participativa”.

El problema del antimperialismo selectivo

Las posiciones de apoyo al régimen cubano a despecho de lo que las personas cubanas le reclaman y de las evidencias de violencia, represión, limitación de libertades y precarización absoluta de la vida cotidiana, pueden entenderse como el capítulo cubano de un problema subyacente mucho más generalizado: la autorreferencialidad inevitable de intelectuales que, cegados por su antimperialismo, apoyan todo lo que pregone oponerse al imperio que ellos critican, el de Estados Unidos, a menudo como si no hubiera otros imperialismos (por ejemplo el ruso, que desde hace meses per-

siste en su invasión a Ucrania), o como si oponerse al imperialismo yanqui (o decir que se oponen) bastara para excusar a cualquier otro régimen político por los crímenes que cometa.

Hay allí una manera de relacionarse con la alteridad que también está marcada, aunque pretenda que va en dirección opuesta, por un profundo sesgo imperial y colonial, que se expresa en la subordinación de las razones y motivaciones de los grupos subalternos de la sociedad a aquellas de los intelectuales en lucha con el imperialismo norteamericano. En esta lógica, las voces de los sujetos son silenciadas mientras se utilizan para extraer de ellas capital simbólico.

En los últimos años, muchos colectivos, activistas e intelectuales involucrados en luchas cívicas en regímenes autoritarios han elaborado agudas críticas a este ant imperialismo enfocado únicamente en el imperialismo estadounidense, que excusa regímenes de opresión que se presentan a sí mismos como luchadores contra el imperialismo. Dichas críticas se acumulan de forma tal que permiten reconocer que lo que se dirime no es el dilema de una coyuntura particular, sino la actitud que permea las posiciones de esos intelectuales. Recientemente un grupo de economistas ucranianos, por ejemplo, escribía una carta abierta a Noam Chomsky (“y otros intelectuales de ideas parecidas”, se añade en el título), en la que enumeraban las falacias en su argumentación sobre el tema de la invasión de Rusia a Ucrania, entre ellas, negar la integridad soberana de Ucrania y tratarla como un peón estadounidense en un tablero de ajedrez geopolítico; falacias que conducirían a apoyar una invasión de una potencia con pretensiones imperiales sobre una nación soberana.⁵

⁵ Véase <https://letraslibres.com/politica/carta-abierta-a-noam-chomsky-y-otros-intelectuales-de-ideas-parecidas-sobre-la-guerra-entre-rusia-y-ucrania/>

El Colectivo Lausan, nacido en 2019 con el objetivo de aportar perspectivas decoloniales de izquierda sobre las manifestaciones en Hong Kong, señala algunas de las lógicas internas sobre las que se construyen las racionalizaciones de este tipo de intelectuales, mayormente estadounidenses.⁶ Al señalar cómo los Democratic Socialists of America (DSA) se negaron a firmar una declaración que condenaba el desmantelamiento de la única federación sindical independiente por parte del gobierno de Hong Kong, Lausan interpreta las razones esgrimidas por DSA como una movida que buscaba no criticar al gobierno de Beijing. Las razones de los propios DSA corresponden a un distorsionado nuevo moralismo de izquierda que argumenta que “debemos priorizar el combate contra la burguesía en casa (o sea en Estados Unidos) y no tenemos derecho a condenar gobiernos extranjeros fuera del ‘núcleo imperial’ y la ‘belly of the beast’”. Como demuestra la negación de los DSA a condenar el desmantelamiento de un sindicato independiente, lo que se presenta como una “no intervención” en asuntos de gobiernos extranjeros termina siendo realmente apoyo a un gobierno autoritario. La discursividad en torno a la soberanía, el nacionalismo y el antimperialismo sirven, así, como sustento para el autoritarismo.

Es ese respaldo a los autoritarismos lo que llevó a Santiago Alba Rico a decir, en 2016, que Alepo se había convertido en la tumba de la izquierda, de esa izquierda que aún celebraba a Bashar al-Ásad mientras cometía horribles crímenes con la población siria.⁷ Ese discurso antimperialista que se presenta en la práctica como apoyo a los autoritarismos llevó a que un importante grupo de la izquierda, que se autodenomina antimperialista, apoyara al régimen sirio mientras se acu-

⁶ Véase <https://lausancollective.com/>

⁷ Véase <https://ctxt.es/es/20161214/Firmas/10137/santiago-alba-rico-alepo-eeuu-israel-Putin-geopolitica.htm>

mulaban las evidencias de los crímenes que cometía contra su propio pueblo. Intelectuales como Santiago Alba, Leila Al-Shami o Pablo Stefanoni han analizado este antimperialismo selectivo y reconocido en él elementos recurrentes: favorecen la disputa geopolítica por sobre las luchas de los pueblos y, para ello, colocan toda la agencia política en los Estados, mientras niegan la de las sociedades controladas por esos Estados, aun cuando estén en agonía y pidan ayuda por todas las vías posibles.⁸

Leila Al-Shami comenta sobre este fenómeno que

la izquierda exhibe tendencias profundamente autoritarias, una que coloca a los Estados mismos al centro del análisis político. La solidaridad se extiende a los Estados (visto como el actor principal en una lucha por la liberación) más que a los grupos oprimidos o desfavorecidos de una sociedad dada, sin importar que se trate de una tiranía.⁹

En su texto, Al-Shami describe una situación reconocible en su analogía con el caso cubano, salvando la distancia en cuanto a magnitud de la violencia. Al describir las movilizaciones de la izquierda “antiguerra” en Estados Unidos y Europa, apunta que no tienen tanto que ver con el fin de la guerra en sí, sino sólo con la intervención norteamericana. Las movilizaciones de esa izquierda ocurrieron cuando EE. UU., el Reino Unido y Francia tomaron medidas militares limitadas en 2018 (ataques selectivos contra los activos militares del régimen e instalaciones de armas químicas), después de un ataque con armas químicas en Duma que mató al menos a 34 personas. Pero no se habían movilizadado para preocuparse por la brutal

⁸ Véase https://www.eldiarioar.com/opinion/izquierda-tanquista_1_8805659.html

⁹ Véase <https://www.madamasr.com/en/2018/04/15/opinion/u/the-anti-imperialism-of-idiot/>

represión del régimen de Al-Ashad ni contra el intervencionismo que significaba también la alianza sirio-rusa-iraní en esa represión. “El lema ‘Manos fuera de Siria’ realmente significa ‘No tocar a Assad’, y a menudo se brinda apoyo para la intervención militar de Rusia”.

La analogía con la utilización de “Abajo el bloqueo” y el apoyo irrestricto al castrismo salta a la vista. Si bien el embargo —que no bloqueo— requiere un análisis detenido y no puede simplemente eliminarse de las condiciones que han moldeado la realidad cubana de las últimas décadas, su utilización retórica ha venido a ser, cada vez con mayor claridad, el pivote en torno al cual se articulan las defensas del totalitarismo cubano. No sólo organizaciones como The People’s Forum o Code Pink, cuya lucha contra el bloqueo está indisolublemente ligada a la defensa del régimen cubano, sino grupos de apoyo en países de Latinoamérica, como las conocidas Brigadas de Solidaridad con Cuba, se articulan continuamente en torno a esa idea y se utilizan, en una burda explicación de la situación, para oponerse e incluso impedir o atacar físicamente manifestaciones de disidentes y opositores cubanos en el exilio.

La negación de agencia a las sociedades que viven bajo regímenes autoritarios que se autodenominan socialistas, antimperialistas o que simplemente se consideran dignos de apoyo porque se oponen al imperialismo norteamericano, incluye también un repertorio de construcciones narrativas que no sólo niegan las razones de quienes luchan y se oponen al autoritarismo, sino que las criminalizan abiertamente al presentar la oposición interna únicamente como mercenarismo al servicio de planes de intervención del imperialismo estadounidense. Una de ellas es la del “golpe blando” como explicación para cualquier manifestación que se oponga a dichos regímenes.

Por ejemplo, en su delirante explicación del conflicto ruso-ucraniano, Atilio Borón elimina de cuajo cualquier agencia propia de sectores de la sociedad ucraniana que se manifestaron contra el régimen de Víktor Yanukóvich en 2014 —luego de su negación a incorporar el país a la Unión Europea— y presenta las manifestaciones como un golpe blando propiciado por la administración de Barack Obama.¹⁰ La misma línea explicativa siguieron medios autoidentificados de izquierda que repitieron la propaganda del régimen cubano respecto a los sucesos del 11 de julio de 2021.

Estas posiciones que se presentan discursivamente como antimperialismo, pero defienden el proceder violento de regímenes autoritarios, producen también efectos colaterales aparentemente extraños, como alianzas con poderes ultraconservadores. O racismo (intencional o no), como cuando la idea de fondo en el desconocimiento de los reclamos del pueblo sirio supone, por ejemplo, que no son merecedores de algo mejor que la brutal dictadura de Asad. Así lo disecciona el analista político Ibrahim al-Assil.¹¹

El aldeano global y la pretensión de superioridad moral

Los posicionamientos que a nombre de la soberanía, el antimperialismo y la lucha contra el intervencionismo y la guerra apoyan regímenes autoritarios, en muchos casos abiertamente criminales y también intervencionistas, tienen problemas éticos subyacentes. Sin embargo, suelen apelar a una superioridad moral pregonada sobre la pretensión de

¹⁰ Véase <https://www.pagina12.com.ar/403832-rusia-ucrania-una-tragedia-evitable>

¹¹ Véase https://twitter.com/IbrahimAlAssil/status/1498357325060579328?s=20&t=_4nmRJQI_RFa4QwpGDufA

estar del lado correcto de la historia y del lado de los desposeídos. En este punto creo que es innecesario explicar por qué tal pretensión no tiene correspondencia con la práctica de esos principios. Lo que me interesa es diseccionar cómo tal pretensión constituye una parte fundamental del entramado sobre el que sostiene la resiliencia de la idea de una Cuba socialista, democrática —“de derecho” incluso, según la Constitución de 2019.

La pretensión de superioridad moral se sostiene en primer lugar en una sobresimplificación de la realidad. Principios en apariencia inamovibles sirven para explicar la realidad y reducirla a un “deber ser” según el cual todo puede ser catalogado y reivindicado como correcto o criminalizado como imperialista, mercenario o enemigo de los pueblos. Esta imposición del “deber ser” sobre la realidad comienza por producir una especie de parálisis cognitiva que vuelve a quienes la padecen incapaces de reconocer las complejidades de los contextos, las cuales son luego convenientemente obviadas para producir narrativas que se recirculan una y otra vez como disputas polares cuyos posicionamientos permiten una opción o su contrario: o contra el bloqueo y a favor de la “Revolución” cubana, o a favor del bloqueo y en contra de aquélla.

Lo que esconden las pretensiones de pulcritud moral, de esa moralidad que puede *solucionar* los conflictos al iluminar con la prístina luz del pacifismo y el antimperialismo selectivos mientras niega las agencias de las personas involucradas en las luchas por vidas más dignas en contextos abiertamente represivos, son dilemas que nadie que haya tenido que vivirlos se atrevería a resolver con una consigna o un posicionamiento ajeno a la realidad. Hay mucha arrogancia allí en eso que termina revelándose como filiación autoritaria. No tienen que enfrentar los dilemas graves y de casi imposible

solución que plantean, pero se dan el lujo de decir quién y qué es legítimo y qué y quién no. Con Cuba, lo hacen cuando repiten un apaciguador “abajo el bloqueo” que los ubica en el lado bueno del mundo.

Los que miran de cerca, con independencia de la posición que asuman, saben que “abajo el bloqueo” no alcanza a tocar el conflicto que tal frase esconde. Y ello no sólo porque implica un desplazamiento de responsabilidad; el gobierno cubano puede siempre, y lo hace, culpar al bloqueo de todos sus males y esconder así su propia incapacidad económica subordinada a un modelo político de control absoluto. Tampoco porque se pretenda negar que es la población cubana quien sufre los daños de cualquier política económica restrictiva desde el exterior. Es también —y esto es lo que olvidan fácilmente quienes creen que todo estará en su lugar si se posicionan del lado de la verdad indiscutible— porque una apertura económica no es una solución definitiva si lo que está de fondo sigue siendo el acaparamiento y la acumulación de cualquier beneficio económico por parte de una élite gobernante que se vuelve cada vez más rica en una sociedad cada vez más pobre. Y esta dificultad, que podría ser enfrentada desde una posición que reconociera la naturaleza del régimen de opresión que significa el totalitarismo cubano, no es sólo obviado y eliminado de la discusión, sino traducido, en la práctica, en apoyo a ese régimen.

La escalada de violencia policial y represión estatal que siguió a los sucesos de noviembre de 2020, y fundamentalmente a las manifestaciones masivas de julio de 2021, es notable y se encuentra ampliamente documentada en formas que no pueden ser atribuidas a manipulaciones de las grandes agendas mediáticas. Decenas de videos filmados y transmitidos en vivo por los participantes directos dan cuenta del uso de armas contra la población, con el

resultado de una persona muerta por disparos de la policía, la convocatoria a grupos parapoliciales que utilizaron palos para golpear a los manifestantes y el despliegue de una policía entrenada para el enfrentamiento de motines públicos con vestuario y aditamentos que son usados por cuerpos policiales en otras partes del mundo. La aparición de uniformes, armas y patrullas policiales de compra reciente, evidencia que las limitaciones del embargo son aplicadas selectivamente: no la hubo para el arsenal represivo, como no la hubo para una inversión hotelera desproporcionada durante los momentos más difíciles de la pandemia de covid-19, mientras el gasto en salud pública contrastaba notablemente por su limitación.

El gobierno cubano actual no ha sido capaz siquiera de conservar las “conquistas” que han servido como argumento para los defensores a ultranza del proyecto de nación del Estado cubano. La salud se encuentra en una situación muy precaria, agudizada no sólo por las carencias materiales sino también por la exportación de personal médico, y la educación se encuentra en una crisis igualmente profunda. La desigualdad social ha crecido a niveles crónicos a partir de la instauración de reformas económicas que pueden catalogarse sin temor como reformas típicamente neoliberales, como las que asolan a muchos países del hemisferio.

Sin embargo, un sector de la izquierda insiste en practicar el silencio o la complicidad abierta con tal régimen apelando a los viejos tropos de la soberanía y el antimperialismo y desconociendo a cubanos y cubanas que viven en condiciones paupérrimas y sin acceso a las condiciones —las libertades civiles fundamentales— que les permitirían instrumentar los cambios necesarios para transformar sus vidas. La deuda de ese sector de la izquierda que exhibe sus propias tendencias autoritarias en el apoyo al régimen cubano, sigue siendo

con las y los cubanos comunes. Ojalá pudieran reconocerlo, aunque parece improbable. Lo que se juega en ese reconocimiento son siempre vidas concretas sin las cuales cualquier ideología no es más que un espejismo.

LA MUERTE DEL TOTALITARISMO

Alina B. López Hernández

Un gran sector de la izquierda mundial y especialmente de la latinoamericana opina que todo el disenso en Cuba, desde el pensamiento crítico sobre el gobierno hasta la manifestación del 11J, se debe a una agenda financiada desde el extranjero y es resultado exclusivo de “una operación comunicacional”. Tal actitud niega de plano el conflictivo sustrato económico y sociopolítico de la isla, donde la falta de libertad al que piensa diferente respecto al gobierno no tiene que ver con la ideología, sino con el poder y con la falta de democracia para ejercerlo, algo inherente al modelo desde su origen.

Dicho sector prefiere expresar fidelidad al gobierno cubano en lugar de ser fieles, ideológicamente, a las necesidades de las capas más humildes, y científicamente, al rigor que ofrece el método de la dialéctica materialista para analizar los procesos sociales.

Ésa es la izquierda que denuncia una terapia de choque en sus países y no es capaz de identificarla en la denominada “Tarea Ordenamiento”, reforma de precios y salarios aplicada que hizo crecer los segundos en una proporción mucho

menor que los primeros. Una política que absorbió en poco tiempo el salario real y lo deprimió nuevamente en medio de la crisis y la carestía actuales, que no resuelve —del mismo modo que la izquierda leal no cuestiona— la polarización y las desigualdades sociales aparejadas a la semidolarización del comercio y los servicios en Cuba, donde se hallan determinados productos básicos para la vida cotidiana.

Son los supuestos *amigos* que, ante denuncias de atropellos y violencia ejercidos por parte del Estado cubano a su ciudadanía —amenazas, retenciones arbitrarias, despidos de empleos por motivos ideológicos, violación de derechos constitucionales, numerosos presos políticos, condenas desmedidas y otras evidencias—, nos piden compararnos con sus desaparecidos y sus asesinados por las dictaduras militares o, en el mejor de los casos, arguyen no contar con pruebas y aceptan entonces la versión oficial.

Es el sector de una izquierda dogmática que escoge entre condenar al imperialismo de Estados Unidos y su injerencismo en Cuba o criticar al gobierno cubano por no ser el Estado socialista de derecho que estipula su Constitución, sin entender que es posible y necesario hacer ambas cosas; que eso es lo justo, lo ético y lo coherente.

La realidad

Se muere el totalitarismo en Cuba y lo hace de muerte natural. Carece del oxígeno que había mantenido su vitalidad. Se han quebrado los pilares en que se sostenía: un consenso mayoritario explicado por ciertos beneficios sociales aun en ausencia de libertades políticas, y el control absoluto de la información, las comunicaciones y la opinión pública.

Si bien no era un Estado totalitario clásico —pues, según la teoría de Arendt, no lo distingue “el terror to-

tal”—¹ la sociedad cubana fue maniatada durante décadas mediante dispositivos de control ideológico sumamente efectivos, a través del discurso político, la escuela, el arte y los medios que desmovilizaron a la sociedad civil. Tales dispositivos se establecieron como parte de un proceso popular, pero autoritario y vertical desde su génesis, como asevera el historiador Samuel Farber en un reciente artículo.² Con el tiempo, la sociedad se tornó obediente, manejable a través de supuestas instituciones populares —si bien no puede negarse el origen popular de muchas de ellas—, y poco cuestionadora, hasta difuminarse y perder la capacidad de actuar como actor político. En consecuencia: el término *ciudadano* devino tratamiento peyorativo, usado apenas por oficiales de la policía o funcionarios de la ley.

Agoniza el totalitarismo y no es una muerte digna. Avivan la hoguera de sus cenizas el abandono desde hace ya tiempo de la justicia social como horizonte real de las políticas gubernamentales (aunque mantenido en su discurso), con el consiguiente aumento exponencial de la pobreza y la desigualdad; sumados a una época tecnológica en que los mensajes ideológicos no pueden ser monopolizados por el Partido Comunista.

Según la clasificación más usual, Cuba es un *Estado autoritario*. Pero no todos los estados autoritarios poseen rasgos de totalitarismo. Es un asunto complejo, porque el totalitarismo no depende sólo de cierta estructura del Estado y determinadas características de un sistema electoral; requiere también de una actitud de la ciudadanía que la inhíba de

¹ Hannah Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, Aguilar, Madrid, 1998.

² Samuel Farber, “Las transformaciones de la Revolución cubana. ¿Desde abajo o desde arriba?”, *Sin Permiso*, <https://www.sinpermiso.info/textos/las-transformaciones-de-la-revolucion-cubana-desde-abajo-o-desde-arriba>

la práctica de algunos derechos que pueden estar, incluso, declarados de manera formal en las constituciones.

Como expliqué en un análisis hace varios años:

La esencia del asunto radica en que no es lo mismo ser libre que sentirse libre. *Ser libre* depende más de un contexto jurídico que garantice determinadas prerrogativas ciudadanas, pero *sentirse libre* requiere de una actitud cívica en que no se tema practicar esos derechos. Si ser libre depende del entramado jurídico en que se desenvuelvan las personas, sentirse libre obedecerá más a prácticas culturales que involucren a la familia, la escuela y los medios de comunicación.³

En un Estado totalitario, las personas no se sienten libres para ejercer los derechos que puedan atribuirle como propios los textos legales. De hecho, la Constitución de 1976 admitía, en su artículo 53, la libertad de palabra y prensa. Es cierto que el artículo 62 aclaraba que no podían ser ejercidas contra “lo establecido en la Constitución y las leyes, ni contra la existencia y fines del Estado socialista”, y sabemos que muchas leyes decretadas anularon las libertades reconocidas en ese documento, pues la determinación sobre qué es ser fiel o contrario a los fines del Estado socialista es algo que se decide en las oficinas de la burocracia política.

Sin embargo, al redactar la Constitución que sería aprobada en 2019 —y con el fin de hacerla atractiva en un entorno que era ya de menor consenso, para lograr que muchos pasaran por alto (como en efecto ocurrió) las notables prerrogativas que adquirirían los funcionarios (ahora administradores no sólo *de facto*, sino *de jure*) en el manejo de la propiedad estatal, “de todo el pueblo”—, el aparato de poder cometió un costoso

³ Alina B. López, “Sentir la libertad”, *La Joven Cuba*, <https://jovencuba.com/2018/10/30/sentir-la-libertad/>

error que ayudó a un cambio sustancial en la perspectiva ciudadana sobre sí misma: declaró a Cuba un Estado socialista de derecho. Y si bien sobre lo que es el socialismo hay disímiles definiciones, sobre lo que es un Estado de derecho la interpretación es más recta.

Tampoco tuvo en cuenta, al anunciar el *armonioso* concepto, que si en 1976 la voz ciudadana no existía, en 2019 la situación era otra. Y muy diferente. Ahora podríamos reclamar lo que antes no hicimos.

El cazador cazado

En otro artículo argumenté que a Fidel Castro nunca lo hubieran colocado en esa situación:

Jamás habría concordado con la aprobación de una Constitución tan *osada*. Lo suyo no era la hipocresía. “Al pan, pan y al vino, vino”. Con él nunca fue declarado en Cuba un Estado socialista de derecho. Como no lo tuvo ninguno de los países del desaparecido socialismo real.⁴

El poder quedó de este modo aprisionado en un contrasentido. En el afán de presentar una Constitución más avanzada que su predecesora, se fabricó una trampa de la que no le es posible escapar. En su disposición decimosegunda, se obligaba a la Asamblea Nacional a habilitar los derechos ciudadanos en un plazo de 18 meses. Han pasado casi cuatro años y apenas el verano pasado (2022) quedó habilitado uno de ellos: la Ley de Amparo de los Derechos Constitucionales.

Pocos meses después se interpuso una demanda ante esa sala. El ciudadano René Fidel González García demandó al presidente Díaz-Canel y a la fiscal general Yamila Peña Ojeda

⁴ Alina B. López, “La trampa”, *La Joven Cuba*, <https://jovencuba.com/la-trampa/>

por violación de sus derechos. Fue difícil hallar un abogado y, como dice el también jurista, está por verse la eficacia real de este paso, pues hay factores normativos y extranormativos que afectan su eficacia. Pero lo novedoso no es sólo que exista esa demanda, sino que todos la conocemos, hemos visto una copia del contrato y podremos conocer si la sala de amparo constitucional la engavetará. Es decir, podemos seguir este caso desde el inicio hasta el fin.⁵

La demora de la Asamblea Nacional en la habilitación de los derechos refrendados por la Constitución es ya escandalosa, y el poder lo sabe. Les falta habilitar derechos políticos, como el de reunión y manifestación. También derechos económicos, elementales en un sistema que se presenta como socialista, como el que estipula que:

Los trabajadores participan en los procesos de planificación, regulación, gestión y control de la economía. La ley regula la participación de los colectivos laborales en la administración y gestión de las entidades empresariales estatales y unidades presupuestadas.

En la actualidad —y por el enorme abismo entre la realidad cotidiana y el discurso político—, el aparato ideológico, tan importante en este tipo de sistema, no logra ser efectivo. El tiempo y esta época tecnológica son sus enemigos más poderosos. En presencia de un pensamiento crítico, otros actores políticos, medios de prensa alternativos y redes sociales de comunicación, ha perdido la relativa sutileza que tuvo en otras épocas. Se advierten cada día “las costuras de la manipulación mediática” y “la dictadura del algoritmo” en sus intentos por mantener, a toda costa y a todo costo, el poder.

⁵ “El Estado de derecho no va a ser el imposible cubano”, *La Joven Cuba*, <https://jovencuba.com/estado-derecho-imposible/>

Una protesta por apagones en la vía pública, un panel literario que reuniría a jóvenes con ideas críticas en una institución de la cultura, un cartel con la consigna “Socialismo sí, represión no”, son potencialmente presentados como tan peligrosos como si en su momento hubieran sido una red de espías de la Agencia Central de Inteligencia de Estados Unidos, o un sabotaje armado contra la Seguridad del Estado.

Ya la propia Constitución, que crearon a su imagen y semejanza, les resulta incómoda y dejan muy claro que penalizarán la “práctica abusiva de derechos constitucionales”, pero es precisamente practicándolos como se influye en el presente y el futuro de la nación.

Hace pocos días fui citada bajo coacción por la contra-inteligencia que pretendía entrevistarme. Lo denuncié en las redes sociales, busqué asesoramiento legal y me presenté en la Fiscalía Provincial de Matanzas para presentar una queja y solicitar una acción de nulidad de procedimiento. La cita en la estación de policía fue cancelada. Estoy segura de que el inmediato apoyo nacional e internacional ayudó a que la queja fuera atendida. Comprendo que algo así no es la regla, sino la excepción. Pero no deja de aportarme útiles lecturas que a continuación expongo.

Participación política en Cuba: ¿carretera de una sola vía?

Cuando recomendé estudiar las leyes como un medio —jamás afirmé que fuera el único— para defendernos ante atropellos como el mencionado, varias personas vieron en mi consejo una pose altanera, intelectualista, que ignoraba olímpicamente a aquellos cuyos derechos han sido violentados de manera arbitraria durante mucho tiempo y que, o no han podido apelar a la ley, o habiéndolo hecho no fueron

protegidos por los pocos recursos legales a su alcance debido a su carácter discrecional.

Sin embargo, no era a mí a quien le faltaba humildad. Haber interpretado que mi sugerencia era para el sector abiertamente activista, que se ha desmarcado claramente del gobierno, fue un error. Yo le estaba hablando a *toda* la ciudadanía. Los activistas no pueden creerse el ombligo del mundo. Ese quizás ha sido su error. Ellos representan a la ciudadanía, sus demandas les competen, son parte de ella, pero no logran entenderla. Por eso no logran encabezarla. Demasiado ego. Demasiada necesidad de liderazgo, sea de personas, sea de tendencias o movimientos.

El activismo es la dedicación intensa a alguna línea de acción de la vida pública en el ámbito político, social, ecológico, religioso, etc. Aunque muchos usan el término como sinónimo de protesta o manifestación, no son equivalentes. En el ámbito político indica, por lo general, algún tipo de militancia partidista, sindical u organizativa.

El activismo militante es una de las vías de participación y presión para lograr cambios en el ámbito político. No existe sólo en sistemas autoritarios de cualquier signo. No obstante, en contextos totalitarios el activismo tiene enormes retos. Con una ciudadanía desmovilizada, las arbitrariedades que sufren los activistas y periodistas independientes por parte de los órganos represivos del Estado los debilitan, desgastan y conducen, en muchos casos a los más mediáticos y relacionados con redes intelectuales y académicas, a salir del país, ya sea por decisión propia o por presiones del aparato; en tanto los que no tienen esas posibilidades, son acusados en procesos judiciales arbitrarios que los llevan a prisión por mucho tiempo. En ambos casos, eso no permite que su acción política sea efectiva.

En un entorno con rasgos totalitarios es crucial pensar la política también para las mayorías. Hay que dirigirse a las personas que quieren transformar su realidad, pero no se suman al activismo, sea por temor, por condicionamientos y prácticas disuasorias, por conflictos existenciales o por la falta de un claro mensaje estratégico de los activistas hacia la ciudadanía, pues por lo general suelen ser muy explícitos en lo que no quieren, pero muy pocas veces dejan claras las estrategias viables para lograrlo. Un ejemplo de activismo de esta índole es el llamado a salir a las calles. O el de aquellas tendencias que convocan a desconocer al gobierno como interlocutor en un hipotético proceso de diálogo. Son utopías que dejan pequeño a Tomás Moro.

En la introducción a su excelente texto *El siglo soviético*, Moshé Lewin explica que un error de la propaganda política contra la URSS fue fijarse principalmente en su carácter “antidemocrático”, lo que suponía hacer una lista interminable de sus rasgos “no democráticos” y ocuparse de lo que *no era* el país, en lugar de analizar *qué era*.⁶ Si se estudia lo que es Cuba, se entenderá por qué muchas de las estrategias concebidas jamás han funcionado.

Conocer bien el contexto político que se pretende transformar es el primer paso. Las manifestaciones, congas, toques de calderos y consignas críticas al gobierno indican a las claras la irritación de amplios sectores sociales de la ciudadanía. Sin embargo, aunque muchos se animan al percibir que al gobierno le es cada vez más difícil lidiar con el disenso y creen que su caída está a la vuelta de la esquina, les recuerdo que, por lo general, cuando mejora la situación económica, o se restablece en alguna medida el servicio electroenergético, las protestas se debilitan.

⁶ Moshé Lewin, *El siglo soviético*, Crítica, Barcelona, 2005.

¿Quién puede apostar que muchos de los que en su desesperación salen hoy a gritar consignas antigubernamentales, lo que añoran es una situación como la de cinco años atrás: con el CUC (peso cubano convertible) asequible, pollo, aceite y detergente en las tiendas y pan *por la libre*? Y sin ninguna libertad política, sin ninguna participación. En una sociedad inmersa por décadas en el rigor de la cotidianidad, una mejoría, por leve que sea, es vista como una esperanza.

¿Alguien duda de que, si el Estado consigue atraer a grandes inversores de capitales, así tenga que entregar cayos, propiedades, terrenos, puertos y minas —ya estamos viendo algunos ejemplos— y se presentara una mejoría de su capacidad económica, muchas personas descontentas asumirían la actitud que describe el refrán: “barriga llena corazón contento”?

El cambio político para Cuba no es sólo conseguir transformaciones en el corto plazo, sino también para el futuro. Es lograr que la ciudadanía se empodere, se implique como actor político. Quizá no de manera frontal, como hacen los activistas, pero sí disputando por medio de los recursos legales de que dispone, por escasos que sean. Si cada persona que ha sido amenazada en entrevistas con órganos de la Seguridad —y créanme que conozco muchísimas que nunca han hecho activismo y jamás han denunciado tales presiones a pesar de recibirlas—, puede argumentar que son ilegales y negarse a ellas solicitando atención de la Fiscalía, empezarán a sentirse más seguras para no callar.

Sólo se aprende a tener derechos ejercitándolos. Por ello es importante que las personas adquieran cultura jurídica. Y que recuperen la libertad de su expresión cívica. Cuando esa actitud se acerque a la regla y no a la excepción, ganaremos todos. También los activistas.

¿Cuántos ciudadanos, si se sintieran seguros, no exigirían por vías legales la liberación de los presos políticos

condenados como resultado del estallido social del 11J, o al menos la revisión de sus causas? Tengo amigos, intelectuales y de otros sectores, que en privado aceptan que son penas arbitrarias y abusivas, pero en público no lo ratifican porque temen “buscarse un problema” en sus trabajos y en sus centros de estudio, o simplemente ser “mal mirados” por sus vecinos.

¿Cuántos científicos sociales exigirían acceso a la información que controla el Estado sobre la verdadera situación de la economía y la sociedad cubanas? ¿Cuántos no escribirían valiosos análisis en sus redes sociales y en medios independientes? Ya algunos lo hacen.

¿Cuántos ciudadanos secundarían la recogida de firmas para una iniciativa legislativa si se supieran a salvo? (Muchos recordarán el Proyecto Varela, pero en aquella época pocos sabían de eso y se tergiversó mucho de lo que planteaba.) ¿Cuántos irían a tocar las puertas de la Asamblea Nacional para presenciar sus sesiones?, derecho constitucional jamás reclamado. ¿Cuántos no se dejarían presionar por los llamados “puerta a puerta” para ir a votar a las elecciones a escoger diputados que jamás nominamos y que luego no nos representan?

Hay personas que quieren el cambio y lo quieren ya. Los entiendo perfectamente. Pero esa no es *la política*. Es apenas una vía. La política en Cuba pasa, además, por empoderar a la ciudadanía. En un modelo como el nuestro, una ciudadanía activa y dispuesta a participar en los asuntos públicos es, ni más ni menos, una garantía para el hoy y el mañana.

A los que argumentan que apelar a esa vía es “pedir peras al olmo”, pues en Cuba no hay un Estado de derecho ni socialista ni capitalista. Quisiera dejarles estas palabras del profesor y jurista René Fidel González García:

El Estado de derecho es algo más que una declaración constitucional. Tiene que serlo en tanto es la meta de muchos de nosotros, de nuestras luchas históricas por alcanzar la justicia toda y la dignidad del hombre de la que hablara José Martí, no depende de un momento de su desarrollo y expansión.

El totalitarismo se muere. Pero toca a la ciudadanía cavar su tumba. Es una tarea colectiva, no de elegidos.

PARA TERMINAR CON EL “SÍ, PERO...”¹

Claudia Hilb

Aún hoy resulta difícil —por lo menos en América Latina— para alguien que se dice de izquierda condenar de manera pública al régimen político cubano. Yo misma, en el momento de elegir mis palabras, debo luchar contra los intentos de suavizar mis afirmaciones, en las que, por supuesto, creo firmemente. Incluso para quienes nos consideramos demócratas de izquierda parece sorprendentemente difícil fijar una posición pública frente al régimen cubano. Y lo es porque si olvidamos nuestras adhesiones pretéritas y nos atenemos a un juicio comparable al que elevaríamos ante regímenes más lejanos, nuestra condena al carácter autocrático y represivo de dicho régimen debería haberse hecho oír de manera estentórea desde hace largo rato. Entiendo que esas dificultades no remiten sólo a la renuencia a revisar nuestras adhesiones pasadas. Creo que en el silencio público de la izquierda democrática hay razones de tipo polí-

¹ Este texto reúne la introducción y una parte extensa del epílogo de mi libro *Silencio Cuba. La izquierda democrática frente al régimen de la revolución cubana* (Edhasa, Bs.As., 2010). Agradezco a Armando Chaguaceda el trabajo de edición, actualización y recomposición de este capítulo. (Nota de la autora.)

tico intelectual más complejas que remiten al anudamiento de los fines de la Revolución cubana, a los que tan fervientemente nos adheríamos otrora, y a la forma política que esos fines encarnaron.

Para decirlo desde aquí: la hipótesis que orienta mi reflexión es que la aversión de gran parte de la izquierda democrática —la que me interesa— a pronunciarse claramente respecto a la naturaleza opresiva del régimen político de la Revolución cubana encuentra su punto de resistencia en la defensa de algunas realizaciones indiscutibles de dicho régimen. En particular de la igualación de las condiciones sociales y de la universalización del acceso a la salud y a la educación puestas en obra rápidamente durante la primera década revolucionaria. La igualación de las condiciones sociales y la universalización del acceso a la salud y a la educación constituyen, qué duda cabe, los pilares inamovibles de la sensibilidad de la izquierda, la de entonces y la de hoy.

Ahora bien, lo que intento argumentar aquí es que los logros del régimen surgido de la Revolución sobre los que esa izquierda sostiene su apoyo o, por lo menos, ampara su silencio respecto de su naturaleza políticamente opresiva, no se pueden disociar de la *forma de régimen*. Dicho de otra manera, el proceso de igualación de condiciones y el proceso de constitución de una forma política con vocación de dominación total resultan indisociables y conforman en su entrelazamiento las claves de bóveda de aquello que denomino aquí el *régimen* en un sentido más amplio.² En esa misma dirección, intentaré dar las razones

² Tomo la noción de *forma de régimen* y de *régimen* de una amplia y prestigiosa tradición de la filosofía política, que de Platón a Lefort, pasando por Montesquieu y Tocqueville, entiende por éste —si se me permite esta síntesis brutal— el entramado de instituciones, significaciones, conductas y creencias que ponen en escena una determinada comprensión de lo que una

por las que entiendo que la represión, la ausencia de libertades civiles y públicas o la prohibición de abandonar el país vigentes en Cuba no son epifenómenos de un régimen que, por motivos incomprensibles para las conciencias democráticas, infringe de forma irritante ciertos derechos humanos, sino que conforman elementos coherentes con su naturaleza —*con* la de un régimen del que no podemos decir que viola derechos humanos sino que, en su forma misma, no los reconoce tal como son sostenidos en el horizonte de nuestras sociedades liberal-democráticas modernas.

En consecuencia, si tal es la dirección del argumento, ha de quedar claro que entiendo que no podemos, frente al régimen de la Revolución cubana, amparar nuestras buenas conciencias sosteniendo que defendemos la igualación de condiciones que impuso, pero nos oponemos a la violación de derechos por parte del mismo régimen. El modo en que esa igualación fue puesta en obra es, a mi entender, inescindible de la forma de un régimen que no reconoce derechos fuera de él y que aspira a una legitimación supra o extrademocrática para su acción de transformación radical. Así entiendo que nuestra *Auseinandersetzung*, nuestro ajuste de cuentas con el régimen de la Revolución no puede dispensarse de un análisis político del régimen surgido de la Revolución de 1959, y con ello, sin duda, con la misma idea moderna de revolución.³

comunidad interpreta como legítimo e ilegítimo, por justo e injusto, por adecuado e inadecuado.

³ Creo útil aclarar los motivos por los que el bloqueo de EE.UU. de todo comercio con Cuba no será objeto de tratamiento en este ensayo. No desconozco el modo en que influyó en las restricciones que afectaron al desarrollo cubano, sobre todo en la década de 1960. Pero entiendo también que la naturaleza del régimen —que es el objeto que me interesa atrapar aquí, en su doble dimensión de igualación radical y concentración del poder— no puede explicarse de ningún modo por la existencia del bloqueo.

El proceso de la Revolución cubana toca el punto álgido de las paradojas de la utopía revolucionaria: para decirlo de modo aún muy provisorio, mi argumento deberá mostrar, aunque no sea más que en filigrana, de qué modo el deseo de libertad se transforma en aceptación de servidumbre, la emancipación en opresión, el entusiasmo y la virtud en temor y adaptación. Lo que se liga con la relación indisociable entre el sentido de las dificultades que el régimen encontró, casi desde sus inicios, para lograr sus objetivos en el terreno del desarrollo económico y la forma del régimen, y que esta relación se consuma en el colapso económico y social de los años noventa, que no dejará incólumes los pilares de la adhesión del pensamiento de izquierda al régimen desde sus orígenes, a saber: el bienestar compartido equitativamente y la igualdad.

Es preciso reconocer también que, tras seis décadas de poder absoluto, el balance de la igualdad material, aun si lo desligáramos de la conformación de dicho poder total —cosa que, como he argumentado, no puede hacerse—, no debería tampoco suscitar por sí mismo mayores entusiasmos. La instauración de un régimen revolucionario con vocación de dominación total, que controla de manera casi absoluta la asignación de recursos humanos y materiales, no sólo ha anulado completamente las libertades civiles y políticas, sino que ha fracasado incluso para la mirada más benévola, según sus propios parámetros de desarrollo, igualdad y justicia. Y aun si pensáramos que la libertad es un bien superfluo, que la acción política plural y autónoma es un asunto menor, ¿nos contentaríamos, en nombre de nuestros

antiguos principios de igualdad y justicia, con el resultado de estos más de sesenta años de dominación total?

En efecto, si bien el balance igualitario del régimen surgido de la Revolución es muy impactante en su primera década, es preciso no sólo insistir en que, tal como se forjó, parece inseparable de la deriva hacia la dominación total por parte del régimen, sino recordar que condujo al estancamiento, incluso al colapso, de la economía cubana durante esa década y que fue ese colapso el que llevaría a la dirigencia a plegarse al modelo soviético. Dicho de otro modo, el fracaso de las políticas de desarrollo de los años sesenta pareció sancionar el fin del aliento ultravoluntarista, que entendía asentar los progresos de la igualación económica y del crecimiento en la igualación de las conciencias, en la entrega incondicional a la Revolución tal como era enunciada desde la cúpula del régimen.

La conclusión que se impuso fue la necesidad de la sumisión sin cuestionamientos al modelo soviético de desarrollo económico y político, al poder absoluto del partido único y de su máximo dirigente, y también, de manera controlada en forma omnímoda por el régimen, la reintroducción de los estímulos materiales y de cierta diferenciación social. Las políticas llevadas adelante en las décadas de 1970 y 1980, en espejo de las prácticas de los países del Comecon (Consejo de Ayuda Mutua Económica), reintrodujeron en efecto una diferenciación material mayor —aunque los índices de igualdad material siguieron siendo, comparativamente, destacados— sostenidas en los enormes subsidios provenientes del este, y permitieron un crecimiento que si bien distó de ser espectacular, fue medianamente regular y sostenido. En otras palabras, el mayor éxito de crecimiento de la Revolución, que mantuvo índices de igualdad importantes y mejoró de manera significativa los índices sociales,

se produjo durante el periodo cultural y políticamente más opaco, en que el régimen cubano aceptó plegarse casi sin condiciones a las indicaciones y condiciones de la URSS y de los expertos de los países de Europa Oriental.

Los términos privilegiados de intercambio con la URSS unidos a los subsidios directos e indirectos, que ascendían a 6 000 millones de dólares anuales, contribuyeron durante dos décadas a disimular que también bajo este modelo, aparentemente exitoso, el régimen era incapaz de organizar de manera eficaz la producción económica. Pero tras la caída de la URSS, en 1989, se pondría de manifiesto que bajo esta forma más gris, menos voluntarista, de cuño soviético, el modelo cubano era incapaz de autosustentarse. La política igualitaria del “Periodo Especial” a principios de los noventa se mostraría también económicamente inviable y ahondaría la crisis a niveles extraordinarios. La primera respuesta del régimen ante la brutal crisis consistió en intentar fortalecer la máquina de control estatal y regular de manera férrea los cada vez más escasos recursos: las primeras medidas fuertemente impulsadas por Fidel Castro, aun pese a las prevenciones (siempre discretas) de los especialistas, y que han sido puestas en relación por numerosos intérpretes con el “periodo voluntarista” de los años sesenta, pretendieron afrontar la crisis con instrumentos que evitaran que se reintrodujeran en el panorama socioeconómico cubano islas de actividad privada y diferencias sociales —es decir, mantenían una preocupación por repartir equitativamente los efectos terribles de la crisis⁴ o, si se prefiere, el pleno control de la máquina centralizada del Estado en momentos de zozobra.

⁴ Julio Carranza Valdés, “La economía cubana : balance breve de una década crítica”, *Instituto de Latinoamérica. Iberoamérica*, núm. 4, 2002, pp. 41-64.

El resultado de la persecución política de toda pretensión de afrontar la crisis a través de mecanismos no centralizados, entre ellos la prohibición de instancias de pequeña producción privada de alimentos y otras actividades de autosubsistencia, fue, sin embargo, como muchos preveían, el ahondamiento de la crisis económica y del desabastecimiento, el crecimiento del mercado negro y la degradación de las condiciones sociales.

Ante la magnitud de la crisis, acuciado por la parálisis de la economía, la caída brutal del producto interno bruto, el desabastecimiento, y luego de diversos vaivenes, el régimen optó finalmente, a partir de 1993, por una apertura económica al capital extranjero y la legalización de algunas actividades por cuenta propia, acompañadas por la introducción de un doble sistema de moneda (en pesos cubanos y en divisas extranjeras, o pesos cubanos convertibles) y un correspondiente doble mercado de consumo. Si bien estas formas de apertura lograron, aunque fuera malamente, hacer emerger la economía cubana de lo peor de la crisis, sólo pudieron hacerlo al precio de la reintroducción de fuertes desigualdades que, a su vez, dada su irracionalidad, aumentaron la distorsión de las políticas planificadas de desarrollo.

En otras palabras, el régimen se mostró más capaz de mantener el control de la máquina centralizada del Estado que de repartir equitativamente los costos de la crisis. Una situación de esa naturaleza contribuyó notoriamente a la ya crónica desincentivación del trabajo, en tanto el salario en pesos sobraba para proveerse en el desabastecido mercado oficial, pero era absolutamente insuficiente para acceder al mercado en pesos convertibles. Por su parte, el acceso a divisas a través de actividades ligadas al turismo —desde la venta de artesanías hasta la prostitución, pasando por toda la gama de posible contacto con extranjeros en hoteles, en la calle o en la provisión, autorizada o no, de servicios de alo-

jamiento o comida— proveía ingresos centenares de veces superiores a los del salario oficial.

La introducción de un doble sistema de moneda y un doble mercado de consumo terminó generando grandes desigualdades entre quienes, por su relación directa con el turismo o por remesas de sus parientes en el extranjero, tenían acceso a divisas extranjeras y productos vendidos en el mercado de esas monedas, y quienes no los tenían. Pese a la dificultad de establecer su monto preciso, se calcula que las remesas provenientes de cubanos en el exterior constituyen desde hace varios años, después del turismo, la segunda fuente de ingreso de divisas en Cuba. La migración desde todas las ocupaciones y profesiones hacia actividades ligadas a la provisión de pesos convertibles, ya sea de manera autorizada o ilegal, fue desde entonces una constante, con la consiguiente desincentivación del trabajo en pesos, el aumento del ausentismo y la reorganización salvaje e irracional de la pirámide de ingresos.

Así, librada la economía cubana a sus propias fuerzas, el balance igualitario es hoy, también en el terreno material, difícilmente defendible aun en los términos en que el propio régimen podría plantearlo. La aparición señalada de desigualdades irracionales y relevantes, tanto en ingresos directos como en beneficios indirectos, se une a una diferenciación creciente en el sistema de salud —con un claro beneficio para las Fuerzas Armadas y la jerarquía política—, con una degradación importante en insumos y, también, debido a la política de “exportación” de personal médico, en cantidad de médicos por habitante. Ello genera una igualdad de base de bajísimo piso, apenas de subsistencia, para gran parte de la población, aquella excluida de los beneficios a los que acceden las altas esferas del régimen, o de las ventajas del acceso a los sectores del turismo, de las empresas mixtas, o menos

beneficiadas por las remesas de parientes exiliados desde el extranjero, es la que sufre, más que todas, de la degradación de la asistencia sanitaria, del déficit de vivienda, de las dificultades de acceso permanente a agua potable y electricidad, en una situación de supervivencia que difícilmente puede, aun para quienes desechan la importancia de la libertad y de la autonomía, constituir un argumento atendible para 50 años de dominación total.

Podrá argumentarse que, aun en esas condiciones, Cuba sigue siendo un país fuertemente igualitario si lo contrastamos con otros países de la región, y podrá sostenerse también que los índices sociales, pese a su degradación desde 1989, continúan estando en su mayor parte entre los mejores de América Latina. No hay que olvidar, empero, que ya en 1959 los índices de desarrollo social de Cuba la situaban, en todos los casos, entre los cuatro primeros lugares en América Latina, es decir, la situación de entonces debía contrastarse con la de Chile, Uruguay o Argentina y no con la de Haití o El Salvador, y tampoco se debe ignorar que la Revolución tuvo por resultado una igualación notable del acceso a la salud y la educación en el conjunto de la población, además de una mejoría en varios de ellos, sobre todo durante las décadas de 1970 y 1980. Aunque, insisto, el colapso de 1990 hizo retroceder la situación social en Cuba a niveles muchas veces inferiores incluso a los de inicios de la Revolución, en términos generales se mantuvo la igualdad en el acceso a los servicios básicos (si exceptuamos la diferenciación de un servicio de salud privilegiado al que ya hemos aludido).

Se puede aducir —y cuántas veces no se habrá hecho—, que aun en las condiciones actuales un habitante de los sectores más carenciados en Cuba goza de mejores condiciones de vida que un habitante de una villa miseria del conurbano bonaerense en Argentina. Argumento a todas luces falaz —¿o

acaso alguien creería lícito defender la dictadura de Pinochet arguyendo que los habitantes de los asentamientos en Chile vivían, aun entonces, mejor que los habitantes de Soweto, o viceversa? Todavía más falso, por cierto, en tanto se olvida cuáles eran las esperanzas que la izquierda latinoamericana y la mundial depositaron en 1959 en la Revolución cubana: la esperanza de que realizaría, por fin, el sueño de una sociedad de hombres libres, emancipados, liberados de la explotación.

Si el único argumento que el defensor del régimen que gobierna Cuba de manera omnímoda desde hace más de sesenta años encontrara fuera el de contrastar a un cubano pobre con un habitante de una villa miseria, nuestro contradictor imaginario estaría firmando su capitulación: la promesa de la Revolución no era que el cubano pobre estuviera, por qué no reconocerlo, “algo mejor” que el habitante de la villa miseria en Argentina.⁵ La promesa de la Revolución cubana, en nombre de la cual tantos murieron por imitarla, y tantos otros por oponerse a ella, en cuyo nombre se persiguió toda diferencia y se justificaron tantos crímenes, era realizar por fin el sueño de una sociedad librada de la dominación de unos hombres por otros.

Tal vez el balance de la Revolución cubana, el de las revoluciones de signo socialista del siglo XX, deba concluir por fin al carácter ilusorio de ese sueño. El resultado no fue la conformación de una sociedad liberada de la explotación,

⁵ Para cualquiera que haya aunque sea al menos paseado por La Habana como turista, o frecuentado el «realismo sucio» de las novelas de Pedro Juan Gutiérrez, el estado de degradación de las viviendas de los sectores más populares de Centro Habana, que acceden apenas algunas horas por día a agua y electricidad, que carecen de la posibilidad de sustituir los vidrios rotos por los temporales por nuevos, en el que habitan familias enteras en condiciones de hacinamiento, presenta un aspecto que remite más a una villa miseria en propiedad horizontal que a la imagen de bienestar en el socialismo por venir con el que soñábamos otrora.

sino la instalación de una nueva forma de dominación que pudo tomar en Cuba —y tomó de hecho— formas de distribución más igualitarias al tiempo que imponía formas de dominación política y de sumisión inimaginadas. No podemos, reitero, quedarnos tan solo con ese recuento de la igualación de condiciones y olvidar el régimen en que se inscribe. Las revoluciones, tal como las soñamos —como la instauración de una forma de sociedad en que el hombre, en su libre igualdad, se elevaría por encima de toda forma de opresión—, mostraron su fracaso. A cada uno toca reflexionar si aquello que resultaron —régimenes de dominación total con ausencia de libertad, con un esfuerzo igualitario (de una igualdad de bajísimo piso, no lo olvidemos) sostenido sin interrupción en la coerción igual de todos— justifica la adhesión. Lo que no podemos es seguir sosteniendo que defendemos en Cuba aquello que quisimos imaginar hace sesenta años que podía ser, y que muy pronto mostró que no sería.

Aun si a todas luces el balance social de más de sesenta años de régimen de dominación total es a nuestros ojos indefendible, no es mi propósito concluir este texto apoyando mis conclusiones en él. No son sus magros resultados los que sostienen mi argumento; estos pueden entenderse como una manifestación más de las dificultades con las que se encuentran quienes creen posible modelar una sociedad a imagen y semejanza de la idea que de ella se forjan. También de los obstáculos con que ha de enfrentarse un régimen autocrático que desconoce la capacidad de libertad de la condición humana, aun cuando se manifestara simplemente como ausencia de compromiso, como resistencia pasiva, como opción por el cinismo.

Mi argumento ha pretendido mostrar, en la descripción del proceso revolucionario cubano, que el modo en que la

promoción de la igualdad, tal como fue comprendida e impulsada por el núcleo dirigente de la Revolución, y en particular por su voz indiscutida, Fidel Castro, estaba indisolublemente ligada a la conformación de un régimen de dominación total. He sostenido que en estas condiciones la igualdad se consolidó como igualdad en la sumisión y el miedo, y que fue sólo en tanto se aceptara realizar los gestos de fidelidad que el régimen exigía (presencia en la plaza, trabajo voluntario, participación en el CDR, hijos pioneros, etc.), como la igualdad de acceso a los bienes que distribuía el régimen —a mejores oportunidades de educación, recompensas materiales al trabajador ejemplar, etc.—, se haría posible. En otras palabras: igualdad para los partidarios vocacionales o fingidos de un régimen que imponía así las coordenadas de lo que los propios cubanos denominarían con el correr de los años la “doble moral”.

Llegados hasta aquí, se debe concluir qué poco queda, a más de sesenta años, de la promesa de una sociedad en que la vida había de mostrarse en toda su dignidad de libertad, de autonomía, de justicia, iguales para todos. Nada queda del aliento emancipatorio que conmovió en 1959 a tantos cubanos y a tantos otros hombres y mujeres que soñaban con un mundo más justo. Nada queda de la esperanza en una forma de sociedad en que los hombres tuvieran la posibilidad de desarrollar por igual sus capacidades más altas en condiciones de la máxima libertad. Queda, sí, una igualdad de condiciones maltrecha y de bajísimo piso, el temor y el conservadurismo, y el cinismo cotidiano de una “doble moral” que sanciona, en apenas un sintagma fijo, el fracaso irreversible de una utopía que se propuso, cual aprendiz de brujo, el sueño imposible y letal de moldear la materia humana para fabricar una sociedad ideal de hombres iguales, demasiado iguales.

Y queda también en Cuba, por el momento, un régimen político de control total que, pese al fracaso económico, ideológico y social, se rehúsa —¿también por miedo?— a imaginar los medios de favorecer una transición política que, aunque no sea por motivos biológicos, hoy parece imposible de eludir. Me resulta igualmente difícil imaginar que el régimen poscastrista pueda, aun asentándose en el miedo y el control total, perpetuarse demasiado una vez muertos los portavoces de su legitimidad revolucionaria de origen.

Quiero creer que entre los sectores más lúcidos y jóvenes del régimen la conciencia de esa ineludibilidad permitirá que se abran los caminos para un diálogo con los actores cubanos democráticos que, en Cuba y fuera de ella, están dispuestos a imaginar con prudencia y creatividad las coordenadas, por cierto complejas, de una transición ordenada desde un régimen total a un régimen plural de recobrada politicidad. De una transición que, en Cuba, se presenta con características aún más complejas que las que han tenido que enfrentar los procesos de transición desde los regímenes autoritarios en América Latina.

No sólo habrá, en el mejor de los casos, una transición ordenada, que urda un delicado equilibrio entre deseo de justicia (de las víctimas del régimen), el miedo a las represalias por parte de muchos implicados, por o contra su voluntad, en las redes de delación, y las garantías que sin duda exigirán los actuales dirigentes del régimen para una transición pactada, sino que habrá que enfrentar los problemas suscitados por la propiedad estatal sobre prácticamente todos los medios de producción, los conflictos no menos complejos que afectan el régimen de propiedad de las viviendas o de las tierras. Los actores de la transición deberán encararlos con el fin de evitar que el resultado sea tanto la apropiación privada por los administradores más hábiles e inescrupulosos, al

estilo de la que tuvo lugar en la URSS a la caída del régimen, una tentación revanchista de los exiliados más duros, que podría afectar sobre todo a los sectores más desprotegidos de la isla, como una exacerbación de las disputas a lo largo y ancho de las relaciones sociales e interpersonales en el eventual contexto de un vacío de juridicidad.

Aliento la esperanza, entonces, de que el diálogo entre los actores más lúcidos y democráticos del régimen y del exilio permita encontrar el camino de una transición. Albergo también la esperanza, a la que este texto pretende contribuir, de que el pensamiento progresista latinoamericano abandone por fin su silencio vergonzoso, cuando no su apoyo explícito, al régimen de dominación total surgido de la Revolución cubana. Que ese progresismo encuentre el modo de rehabilitar su tradición libertaria e igualitaria para contribuir con su reflexión a una transición pacífica exitosa que restituya la libertad pública, y que impida tanto la desprotección brutal de los sectores más vulnerables de la población cubana como la apropiación mafiosa de los recursos económicos y políticos por parte de los poderosos dentro o fuera de la isla.

NO SERÁN LIBRES Y TAMPOCO SERÁN IGUALES¹

Carlos Liscano

—Estoy por creer que Adán y Eva eran cubanos.
—¿Y eso por qué?
—Porque vivían igual que nosotros.
No tenían ropa, andaban descalzos,
no les dejaban comer manzanas
y les decían que estaban en el paraíso.

CUENTO POPULAR CUBANO

1

Estar a favor o en contra de la Revolución cubana sigue siendo hoy —15 de enero de 2023— un indicador de dónde se ubica el individuo en el espectro ideológico de la izquierda latinoamericana. Pocos militantes de izquierda críticos con Cuba se atreven a decirlo públicamente por temor al aislamiento, a la marginación. Aunque para los más jó-

¹ Este texto ha sido elaborado a partir de un fragmento de *Cuba, de eso mejor ni hablar*, Fin de Siglo, Montevideo, 2022.

venes quizá pueda ser un modo de desentenderse, una manera de decir: ¿a quién le importa hoy lo que hicieron los Castro, el *Che* Guevara y tantos otros que fracasaron? Si fuera esto último, sería saludable. A los jóvenes de izquierda no les importa porque aquello ya no tiene arreglo, carece de futuro, no merece la pena ni pensarlo.

Acaba de publicarse [*sic*], la revista de la Asociación de Profesores de Literatura del Uruguay.² Presenta trabajos que tratan asuntos de Argentina, Chile y Uruguay. Un artículo sobre Paul Celan, otro sobre Ruanda. Nada sobre Cuba. Ni siquiera aparece la palabra Cuba en sus 150 páginas. En el editorial se dice: “Solo me resta invitar, entonces, a que este nuevo número contribuya a pensarnos y a pensar el mundo en el que vivimos, con sus injusticias, sus valores, sus reivindicaciones y luchas, sus disputas éticas y estéticas, las de ayer y las de hoy”.

Entiendo que mi propuesta de octubre del año pasado de escribir sobre la influencia de Cuba en los debates y la producción literaria latinoamericanos de los años sesenta y setenta no entra en las “disputas éticas y estéticas, las de ayer y las de hoy”. No me gusta decirlo, pero era de esperar que así fuera.

El régimen cubano ha hecho todo lo que cualquiera que se adhiera a la izquierda democrática repudia y condena: es autocrático, antilibertario, antidemocrático, demagógico, represivo. Sin embargo, para alguien de izquierda en América Latina es difícil condenarlo. El argumento para no hacerlo es siempre el mismo: los logros en salud y educación.

La causa de Cuba fue, y todavía es, el terreno donde se enfrentan la izquierda radical y la izquierda democrática.

² [*sic*], *Literatura y Derechos Humanos*, núm. 30, diciembre de 2021. <http://revistasic.uy/ojs/index.php/sic/issue/view/2/35>

La primera es vocinglera, acusa de traidores a quienes no la siguen, hace escraches y repudios no sólo en La Habana, también en México, en Montevideo, en Buenos Aires, en Roma y en cualquier lugar del mundo donde los servicios de inteligencia cubanos consigan dos o tres individuos que estén dispuestos a dejarse manipular.

La izquierda radical siempre fue voluntarista y ha contado con la complicidad pasiva de la izquierda democrática, la cual no podrá pensar con claridad mientras no dilucide claramente su posición respecto a la Revolución cubana y diga de modo expreso que la dictadura castrista no sólo viola los derechos humanos, sino que ni siquiera reconoce que existan. Los dirigentes cubanos se burlaron durante años de la libertad de prensa en América Latina, diciendo que era “la libertad de taparse con diarios”. Ignoran la lucha por la libertad de expresión de cientos o miles de periodistas y militantes bajo las dictaduras. En esa lucha radica la libertad de prensa y no en la ironía de la burocracia cubana que cree que la prensa no tiene ningún derecho a expresarse libremente. O sólo puede hacerlo a favor de los burócratas del gobierno de partido único, que cree que la más alta libertad de expresión es la maravilla que se expresa en *Granma*.

Durante más de cincuenta años los cubanos tuvieron prohibido viajar al exterior. ¿Qué habría dicho la izquierda si eso hubiera ocurrido en Uruguay, en Chile o en Costa Rica? Ante el intento de discusión, inmediatamente se argumenta que la utopía revolucionaria defiende los derechos universales a la salud y la educación y que eso se consiguió en Cuba. La pregunta que hay que hacerse es si el precio por pagar por esos derechos ha de ser una vida de opresión, de miedo, de doble moral.

En nombre de algunos derechos se impone la servidumbre y se establece un régimen de delación. La libertad y la

delación no conviven jamás. Una sociedad de delatores nunca favorece las relaciones familiares, amistosas, de vecindad, de camaradería entre compañeros de trabajo. El “ortiba” siempre acaba, como lumpen, traicionando: puede vender a su madre si eso le permite obtener un beneficio personal. El ortiba carece de ideología, de partido, de religión, de Dios. Alcahuetear es su signo, allí donde esté. Eso, triste, es lo que ha incentivado el comunismo en Cuba durante seis décadas, desde el momento en que se crearon los Comités de Defensa de la Revolución (CDR) en 1960.

Eliseo Alberto de Diego cuenta cómo lo obligaron a informar contra su padre: “El primer informe contra mi familia me lo solicitaron a finales de 1978”.³ Según el escritor la delación funciona así:

Unos contra otros, otros sobre unos, muchos cubanos nos vimos atrapados en la red de la desconfianza. Los responsables de vigilancia de la cuadra rendían cuentas en los Comités de Defensa de la Revolución sobre la presencia de turistas y sospechosos en la zona, la combatividad de los vecinos y la música contrarrevolucionaria que se escuchaba en las fiestas del barrio (Celia Cruz, por ejemplo). Los compañeros de aula avisaban a los dirigentes de las organizaciones estudiantiles sobre las tendencias extranjerizantes y las preferencias sexuales de sus condiscípulos. Los compañeros del sindicato informaban a la administración de la empresa sobre cualquier comentario liberal de otros compañeros del sindicato. El babalao de Guana- bacoa daba razón sobre lo que habían dicho sus caracoles de santería al profesor de marxismo-leninismo que había ido a consultar a los orishas sobre si podía subirse o no a una balsa rumbo a Miami. El activista de Opinión del Pueblo dejaba en los buzones de los municipios del Partido un parte sobre lo que su esposa había escuchado en la cola del pan o en la

³ *Informe contra mí mismo*, 2015.

peluquería. El perro terminaba mordiéndose la cola: contra el responsable de vigilancia, el secretario de Organización y Propaganda informaba por debajo de la mesa que su mujer le pegaba los tarros con un expreso político, y a espaldas del secretario de Organización y Propaganda facilitaba datos el presidente del Comité, y contra el presidente del Comité escribía tal vez el ya reportado miembro del sindicato, compadre del profesor de marxismo-leninismo que había consultado al babalao de Guanabacoa, contra el cual, a su vez, quizás había pasado una gacetilla el joven extranjerizante del que habló el activista de Opinión del Pueblo, sin saber que su propia esposa había informado a las instancias pertinentes que su marido no había informado, en tiempo y forma, que su hijo les había informado que la otra noche había bailado una rumba contrarrevolucionaria, de Celia Cruz por ejemplo, y así hasta el fin de los tiempos. De preferencia, una confesión escrita a mano.

El pueblo cubano fue obligado a adaptarse y a conformarse. Del entusiasmo y el activismo de los primeros años sesenta pasó, a fuerza de terror, a la aceptación silenciosa y pasiva de la dictadura. La represión, ayudada por la delación, se impuso. Entonces sí, como dice la canción, “se acabó la diversión”. Todo el mundo alineado y “comandante en jefe, ordene”.

2

En Uruguay el movimiento obrero siempre se ha enorgullecido de su “independencia de clase”. Eso quiere decir que no se somete a partido político alguno como, por ejemplo, ocurre con los sindicatos peronistas en Argentina. Lo anterior quedó demostrado en los tres gobiernos del Frente Amplio (2005-2015) con los sindicatos movilizadas, haciendo paros y huelgas. En particular quedó demostrado en 2015, cuando, en uno de los mayores actos de soberbia que un gobierno democrático haya cometido en Uruguay,

Tabaré Vázquez firmó el decreto que establecía la esencialidad de la educación. En palabras de la ministra del momento, era “deber del Poder Ejecutivo y del Ministerio de Educación y Cultura garantizar la asistencia a clase de todos los niños y adolescentes del país” y, por esa razón, se tomaba la decisión de decretar la esencialidad.

Inmediatamente, los trabajadores afectados por el decreto llamaron a una movilización. Cuarenta mil personas marcharon por la principal avenida de Montevideo hacia la Casa de Gobierno. En ese momento, Vázquez y su ministra, si no lo sabían, aprendieron que los trabajadores en Uruguay son independientes de los partidos políticos, y eso también vale para los gobiernos de izquierda. Sin que fuera aplicado, a los dos días, el Poder Ejecutivo dejó sin efecto el decreto. Así se cumplió una de las consignas —algo escatológica— que cantaban los jóvenes estudiantes de magisterio en la gran marcha. Lo anterior es un ejemplo de que tiene razón Marcelo Abdala, presidente del PIT-CNT, cuando dice que la clase obrera uruguaya no es frenteamplista, sino clasista.⁴

Pero lo que vale para Uruguay no vale para Cuba. La clase obrera de la isla es funcional para el gobierno. Todavía peor: está sometida a algunos gobernantes de modo individual. Entre los primeros objetivos del gobierno revolucionario en 1959 estuvo el copamiento de la universidad y de los sindicatos. Las organizaciones de masas no debían ser autónomas, sino trabajar para el plan único definido por el líder. De ese modo, una vez destruida la autonomía sindical, el movimiento obrero iba a quedar sometido al poder político.

Al principio, debido al entusiasmo revolucionario y al estímulo carismático del *jefe*, la pérdida de autonomía y

⁴ PIT-CNT: Plenario Intersindical de los Trabajadores-Convención Nacional de Trabajadores. Marcelo Abdala es su presidente, militante comunista.

la regresión en los derechos laborales se aceptaban como precio a pagar por el igualitarismo. Libertad a cambio de igualdad. Cuando las condiciones materiales no mejoraron sino que empeoraron, y la desorganización e improvisación dificultaron todavía más la vida, se impusieron restricciones al consumo. Entonces empezó la represión en el trabajo y se hizo notorio que los sindicatos no defendían a los trabajadores, sino que eran un engranaje más del poder que obligaba a sacrificios sin compensación material a cambio de dudosas recompensas morales. Que se sepa, hasta hoy, en el mundo, el trabajador trabaja por el salario y no por medallas. El salario, poco o mucho, es su orgullo, y lo que le da su mayor o menor independencia.

Sin sindicatos, o con sindicatos dóciles, las cosas fueron más fáciles. Se eliminaron beneficios salariales, como la compensación por antigüedad, el aguinaldo, las horas extras. Se impulsó e impuso el trabajo voluntario gratuito. Se nivelaron los salarios hacia abajo a la vez que disminuyeron los alquileres y se expandieron los servicios sociales gratuitos, espectáculos deportivos, teléfonos públicos, guarderías.

Recuerdo que mis amigos que visitaban Cuba en los años sesenta y setenta elogiaban el trabajo voluntario. Pero no había trabajo voluntario. Era mera sobreexplotación. No había sindicatos que defendieran a los trabajadores. Los dirigentes comunistas trataban a los obreros peor que los empresarios de los países capitalistas. Blas Roca, dirigente del viejo Partido Comunista, decía sobre los sindicatos en *Hoy*, el 6 de septiembre de 1962: “Si antes la función fundamental de los sindicatos era luchar por las demandas parciales e inmediatas de cada sector laboral [...] hoy la tarea fundamental de los sindicatos es luchar por un aumento de la producción y la productividad”.

También en 1962 decía Roca: “El trabajador que hoy es lento en su trabajo y produce menos de lo que puede y debería es nuestro enemigo, un enemigo del pueblo”. De agente de la revolución a enemigo del pueblo, el tránsito para el obrero cubano había sido rápido y radical. Lo decía un comunista prosoviético de toda la vida, ahora vuelto castrista. Raúl Castro, ministro de las Fuerzas Armadas, lo dejaba más claro todavía: en caso de que “existiera algún trabajador atrasado que no entendiera completamente la diferencia [...] entre producir para los capitalistas, como hacía ayer, y producir para la nación, para la sociedad, para él mismo”, un tal elemento divisionista, “deseoso de quebrar el bloque monolítico de la unidad del pueblo”, sería “derrotado y aplastado”. Bella tarea de un gobierno popular: derrotar y aplastar a un trabajador.

En 1965, en la ley de justicia laboral desapareció el derecho a la huelga. En la Declaración de Principios de la Central de Trabajadores Cubanos, aprobada en el XII Congreso de 1966, se definía que: “el movimiento de los trabajadores, dirigido y orientado por el Partido, debe contribuir efectivamente a la movilización de las masas en cumplimiento de las tareas asignadas por la Revolución”. Cuando la Revolución, el gobierno y el pueblo son una sola cosa, ¿para qué sirven los dirigentes sindicales? Es sencillo: su tarea es transmitir a los trabajadores, y hacer que se cumplan, las decisiones y planes del gobierno. Es decir, el sueño de cualquier dictadura, no es que desaparezcan los sindicatos, sino que sean sumisos. El desprestigio de los dirigentes sindicales cubanos creció sin límites. Al final no los quería (ni quiere) nadie.

Un uruguayo de izquierda sabe cuántas veces ha sido el movimiento sindical el que en nuestro país ha “dirigido y orientado” a la izquierda. Pero, al parecer, no todo era tan fácil. En 1968, el órgano ideológico del Partido Comunista

de Cuba decía que los cambios no habían “erradicado de la conciencia de los obreros los prejuicios burgueses en su actitud hacia el trabajo. En gran medida, el trabajo sigue siendo considerado una obligación onerosa”.

En abril de 1968, la confederación sindical reclutó 205 000 trabajadores para realizar labores agrícolas, sin paga, doce horas por día durante tres o cuatro semanas. Unos dos millones y medio de jornadas fueron “donadas” por los trabajadores que pasaron catorce semanas en las plantaciones de café. Agregado al trabajo voluntario, que tenía como objetivo incrementar la producción sin costos salariales y comprometer a la población con los fines del gobierno, en los primeros años se crearon otros modos de trabajo obligatorio y gratuito. Esos planes buscaban no sólo un fin económico de contribución a la producción. También tenían fines políticos: persecución, confinamiento y eventual reeducación de los “enemigos”.

3

En 1968, Fidel Castro lanzó la ofensiva revolucionaria. El Estado se apropió de todos los pequeños comercios del país. El economista cubano Carmelo Mesa-Lago⁵ investigó que 31% de estas pequeñas empresas eran puntos de venta al por menor de alimentos, 26% brindaban servicios, reparaban automóviles, remendaban zapatos. Los restaurantes y las pequeñas tiendas de comidas eran el 21%; 17% eran comercios que vendían ropa y zapatos. El 5% eran pequeños establecimientos artesanales de cuero, productos de madera y textiles. La mitad de estas pequeñas empresas eran fami-

⁵ *Breve historia económica de la Cuba socialista*, Alianza, Madrid, 1994. Citado en Claudia Hilb. *Silencio, Cuba. La izquierda democrática frente al régimen de la Revolución cubana*, Edhasa, Buenos Aires, 2010.

liares o trabajaba en ellas su dueño y no tenían empleados. No quedó nada, ni los peluqueros de barrio ni las modistas se salvaron.

El resultado de la “ofensiva” fue la falta de comida, el mercado negro, la desocupación. Todos pasaron a ser funcionarios del Estado, controlados por los correspondientes responsables y comisarios políticos. Uno cortaba el pelo y cuatro lo supervisaban. Desaparecieron especializaciones y conocimientos: despachantes de aduana, agentes inmobiliarios, arquitectos, urbanistas, gerentes, gente con experiencia empresarial. La “ofensiva” dejó también otros resultados. Se desorganizó la producción, el Estado no era capaz de sustituir al comercio minorista ilegalizado, se destruyeron redes de distribución, clandestinas pero necesarias, faltaban los productos agrícolas, la gente trabajaba sin remuneración o por salarios menores a lo que correspondía. Todo fue sometido a racionamiento.

Cuando estábamos en La Habana, un día a mi esposa Anna se le ocurrió cortarse el pelo. Le pidió a Monika Krause, la dueña de la casa, que le reservara hora en alguna peluquería. Monika se quedó en silencio. Luego le preguntó qué era lo que quería, ¿peinarse, teñirse? Anna le dijo que sólo quería cortarse el pelo porque tenía mucho calor. Entonces, Monika le propuso una peluquera particular, que trabajaba en negro, y que podía solamente cortar el pelo. Porque, arguyó, en las otras peluquerías una podía pasarse tres o cuatro horas perdiendo el tiempo. Así entendimos que Monika, una dirigente del régimen, para trabajar más y rendir mejor, en vez de usar los servicios de peluquería del Estado, recurría al mercado negro. Era un modo de militancia a favor del socialismo: se fomentaba el trabajo no formal, pero se ganaba tiempo para la Revolución.

La igualación de condiciones era posible por la capacidad del Estado de apropiarse de la totalidad de los recursos para usarlos del modo que creyera más apropiado. El poder político dependía de quienes podían repartir, que era un pequeño núcleo que obedecía y rodeaba a Fidel Castro. Ese grupo decidía qué estaba “dentro de la Revolución”, qué se repartía y a quiénes. Castro no había invitado a pensar, sino a obedecer; si no se aceptaban sus decisiones, las opciones eran silencio, ostracismo o exilio. Si alguien no elegía uno de esos tres destinos, había un cuarto: cárcel. Por si faltaban medios para reprimir al pueblo, en 1991 se crearon las Brigadas de Respuesta Rápida, que son grupos de matones armados con palos que tienen como misión aplastar cualquier protesta callejera pacífica.

El Estado, generoso, distribuye lo hecho por otros: no produce, se apropia (expropia) y regala a cambio de sumisión. De ahí surge el poder omnímodo de Castro, el gran repartidor de riqueza ajena. Regala una casa que fue de los “gusanos” que se fueron en 1959. Donde vivía una familia, mete cuatro. Pasan sesenta años, nadie le hace mantenimiento porque la casa no es propiedad de nadie. El Estado no se hace cargo y los residentes carecen de documentos que los acrediten como propietarios. A la vez, la falta de estímulos, de recursos materiales y la desidia hacen su trabajo. Resultado: hoy las viviendas se derrumban. Así acaba la propiedad social en el socialismo.

Los problemas del repartidor de lo ajeno se presentan cuando ya no queda nada para repartir. Ahí se le acaba la generosidad. Entonces se impone el gran delirio voluntarista: la zafra de los diez millones de toneladas de azúcar de 1970. La dirigencia cubana llamó a 1969 el “año del esfuerzo decisi-

vo”. El lema aludía al importante caudal de fuerzas necesario para lograr el objetivo de la zafra de los diez millones. Hay que recordar además que, desde 1965, Cuba había hecho inversiones para alcanzar, en 1970, el objetivo gigantesco.

En la década de 1960, la economía cubana dependía del azúcar. La mecanización del corte de caña cubría sólo una parte de la producción. Entonces se empezó a hablar de que una gran zafra azucarera sería el gran salto económico e ideológico que daría el país. De eso se ocupaba Fidel Castro: llevaría la isla a una etapa superior de la construcción del socialismo con una zafra imponente. Para lograrlo necesitaba movilizar toda la fuerza de trabajo que pudiera y llevarla a la zona de las grandes plantaciones. No sólo necesitaba mano de obra, también necesitaba que fuera barata. Para eso tenía las UMAP (Unidades Militares de Ayuda a la Producción), los campos de trabajo forzoso.

Los confinados en esas unidades recibían un pago de siete pesos mensuales y eran compelidos a participar en la “emulación socialista”, una especie de competencia para incentivar la producción en la que los “vanguardias” no recibían compensación económica, sino diplomas o reconocimientos en actos políticos. En un artículo de 1969, el economista Carmelo Mesa-Lago estudió las formas de trabajo no pagado durante los años sesenta (entre ellas, las UMAP).⁶ Su conclusión fue que el gobierno logró ahorrar, por concepto de trabajo no remunerado, alrededor de trescientos millones de pesos cubanos entre 1962 y 1967. Entre los inadaptados que acabaron en las UMAP estuvo Pablo Milanés. También el futuro cardenal Jaime Ortega, el poeta José Mario, Alfredo Petit, obispo auxiliar de la arquidiócesis de La Habana, Raúl Roa Kourí, hijo del entonces canciller cubano.

⁶ *Ibidem.*

Fracasado el delirio de la zafra portentosa, a Cuba sólo le quedaba entregarse a la URSS. Fue lo que hizo. Cambió la ideología: ya no se construirían el socialismo y el comunismo a la vez. Cambió el modo de remuneración: ya no valían sólo los estímulos morales, se pagarían sueldos que permitieran consumir algo. Hubo una sola cosa que no cambió. La realidad había dicho que Cuba no era capaz de producir diez millones de toneladas de azúcar en un año. Pero la realidad no podía desmentir al “gran líder”. Castro escuchó la realidad y pensó en renunciar. No lo hizo. Ya vería la realidad quién mandaba en la isla.

Los planes delirantes de Castro, la autodeterminación respecto a la URSS, acaban cuando constata que no tiene recursos económicos propios para mantener las reformas realizadas. El año 1970 es el fin de la mejora de condiciones sociales hechas con gran rapidez, para lo que fue necesario concentrar el poder. También termina la lucha entre la concepción de producción soviética y la voluntarista de Guevara. Es el fin de la enorme creatividad intelectual y artística de los primeros años, que incluyeron persecuciones a quienes no eran considerados “dentro de la Revolución”, o estaban en contra. Lo que no tuvo fin fueron las persecuciones, hasta hoy. En 1970 se impone la ortodoxia cubano-soviética. Todos pasan a ser más o menos sospechosos, se impone la delación y la adulación, el entusiasmo se transforma en temor y adaptación, el mejor revolucionario es el conformista, el que dice que sí a todo lo que viene de arriba.

5

Desde el origen, descartado el llamado a elecciones que Castro había prometido, ¿cuál era el proyecto cubano que los

latinoamericanos acabaríamos aplaudiendo con entusiasmo? Construir una nueva sociedad. Después fue construir el socialismo, para lo que había que construir al hombre nuevo. Entonces, como si nada alcanzara, al Che Guevara se le ocurrió que, con el hombre nuevo, se podía construir el socialismo y el comunismo a la vez. Fin del libreto. Lo que acabó ocurriendo fue completamente distinto a lo imaginado por nosotros, los fervorosos adláteres.

Para el socialismo se aceptaba el trabajo voluntario. Luego el trabajo voluntario pasó a ser una exigencia social. Con lo que se transformó en trabajo forzado. Para conseguirlo, se impuso la obediencia. No fue suficiente. Empezó la represión. Se impuso la sumisión. Entonces la servidumbre pasó a ser “voluntaria”. En Cuba no había instituciones como hay en todas las repúblicas. La única institución era Fidel Castro, que podía crearlas y eliminarlas cuando le pareciera apropiado.

El terror es el arma que tienen los dictadores para imponer lo que consideran “correcto”. Con el terror, la adhesión entusiasta se vuelve formalismo. La gente cumple para no hacerse notar, cosa que puede ser nefasta. La igualdad impuesta sin respetar los derechos de las personas, ¿qué es? Se puede fundamentar diciendo que para que todos fueran iguales, hubo que quitarles los derechos a muchos. Pero ni siquiera eso fue: les quitaron las libertades para que un grupo de burócratas atrincherados en el Partido y en las Fuerzas Armadas pudieran vivir bien.

La utopía revolucionaria de libertad acabó aceptando la opresión en vez de la emancipación. En 1970 estaba claro que el objetivo era llegar al igualitarismo y que, a la vez, todo el poder estaba en Fidel Castro. Algunos piensan que eso era inevitablemente así. De ser cierto, triste destino el de las revoluciones de izquierda. En vez de construir una sociedad más libre, más justa, se construye una sociedad

que se acomoda a lo pensado por el líder, no por la lucha de ideas y de intereses.

La concentración de poder no es consecuencia inevitable e indeseada, sino una concepción de la sociedad. El régimen de poder omnímodo, que regula las leyes, la justicia, la organización de la sociedad hasta niveles de detalle, porque entiende que así construirá nuevas relaciones y al hombre nuevo, no es una dictadura más, un despotismo cualquiera. Tiene otros afanes y otras consecuencias para la libertad y para el ser humano. Lo anterior sólo se consigue transformando el entusiasmo en miedo, la obediencia en obsecuencia, la lealtad en delación. El delator no es leal a nadie, más que a aquello que le conviene. En el colmo de la desvergüenza, el alcahuete es capaz de delatarse a sí mismo.

El hombre nuevo, liberado del egoísmo, olvidado de sí mismo, gobernado por su conciencia revolucionaria, buscaría la igualdad y el bien común. Los otros defendían los incentivos económicos, que las retribuciones estuvieran atadas a la producción, que hubiera racionalidad, que la gente pagara por los servicios que recibía. El resultado: para crear al hombre nuevo se necesitaba crear un ejército de delatores, hombres y mujeres que denunciaran a sus compañeros, a su vecinos, a sus familiares.

La cruzada revolucionaria de la zafra de los diez millones agudizó la desorganización de la producción y los resultados fueron catastróficos para la economía. Mano de obra, maquinaria, combustible, inversiones, todo dedicado a la zafra, que fue un desastre.

La desorganización tiene también otras causales. Entre ellas, la emigración de los cuadros de las empresas expropiadas y la expropiación de la tierra a quienes sabían trabajarla. La producción quedó a cargo de gente no idónea, leal pero inútil para la tarea. Pretendían la desaparición del salario y

el dinero para crear una sociedad armónica en la que el Estado fuera organizador, productor, distribuidor, empleador. Se contaba con la conciencia del pueblo revolucionario. Obtuvieron miseria y una sociedad de ciudadanos desesperados por consumir. No por consumir lujos, sino comida, algo de ropa, zapatos, jabón, desodorante, desinfectantes para la limpieza de la casa, golosinas y juguetes para los niños.

Las ofensivas del 68 y del 70 afectaron a sectores medios que perdieron lo poco que tenían y, sobre todo, se quedaron sin ilusiones. Las medidas arbitrarias y voluntaristas en la economía aumentaron el descontento, lo que a su vez aumentó la represión y la actividad sin pausa de los delatores. Los sectores medios iban a ser los desencantados que aumentarían el número de exiliados. Ellos, o sus hijos, se irán por el Mariel, en 1980.

6

En Cuba el aplastamiento de los sindicatos y del movimiento estudiantil se hizo pronto y rápido, en dos años. El dominio de la cultura tardó diez años y tuvo un final previsible aunque disputado. Al comienzo, la izquierda intelectual latinoamericana y europea, y hasta la cubana, había apostado por un experimento libertario. El juicio a Padilla, la parodia de autoinculpación, demostró que eso no era así. No habría disidentes en el campo cultural “revolucionario”. Y, como siempre en estos casos, triunfó la línea ortodoxa, mediocre, obsecuente con el poder. Porque la disidencia siempre es contra el poder.

Con los años, el voluntarismo decrece y la participación en lo colectivo se transforma en gestos para no ser considerado opositor, lo que implica perder el trabajo, perder el acceso a la educación para uno mismo o para los hijos y nunca conseguir

una autorización para viajar. El voluntarismo contradecía la vulgata comunista. Quería demostrar que la conciencia no era resultado del desarrollo de las fuerzas productivas, sino de la práctica revolucionaria. Las movilizaciones reafirmaban la conciencia revolucionaria. Con el tiempo, las movilizaciones dejaron de tener sentido. Se hacían sólo para reforzar el poder de Fidel Castro. Él movilizaba al pueblo cuando quería y por el motivo que se le ocurriera.

Pertenecer a los CDR era una forma de mostrar que se estaba con el régimen, lo mismo que mandar a los hijos a los pioneros. Ser pionero no tenía valor político. Lo tenía no ser pionero. Los niños que no eran pioneros tenían padres sospechosos. Y aunque los hijos no fueran sospechosos de nada, perdían posibilidades de estudio, de trabajo. Los actos de repudio, que al comienzo se suponía se hacían en defensa de la revolución, pasaron a ser luego un castigo a la “escoria”. La escoria era el cubano que el régimen decía que había que repudiar. El que no repudiaba se volvía pasible de ser repudiado. Y así se volvía de nunca acabar, hasta hoy.

A mediados de la década de 1960, la oposición había sido aplastada, las organizaciones sociales habían sido puestas al servicio del poder. Aun así, pese al poder absoluto del gobierno, quedaban opositores políticos que, sin ser una amenaza, tampoco eran pasibles de ser integrados. Esos serían perseguidos en los centros de estudios, en los lugares de trabajo, en el barrio, en la familia y hasta en el exilio. El miedo a ser estigmatizado como enemigo y a la pérdida de acceso a beneficios distribuidos a placer por el gobierno acabó modulando la conducta de la población.

Para quedar bien, los cubanos ingresaban a los CDR, a las organizaciones juveniles, a las brigadas de trabajo voluntario, mandaban a los hijos a los pioneros, les pedían que obedecieran y repitieran en la escuela todos los días “Seremos

como el Che”. El compromiso más alto se alcanzaba ingresando al Partido Comunista. Así también el partido se llenó de oportunistas, trepadores, alcahuetes. La vigilancia entusiasta de los comienzos se transformó en delación para la propia autoprotección. Lo mismo valía para la participación en los organismos de masas, las movilizaciones a “la plaza”, la participación en los actos de repudio. Aunque detrás de eso sólo hubiera frustración, hipocresía, y una moral subterránea para la que el robo, el mercado negro, los negocios clandestinos, la adquisición ilegal de lo que fuera, los mil modos de “resolver” los problemas, se volvieron naturales, un modo de vivir que no era mal visto.

7

La aceptación del modelo soviético, que significaba para Cuba recibir subsidios millonarios, los términos de intercambio favorable con la URSS y los países del Comecon (Consejo de Ayuda Mutua Económica), hicieron que de 1972 a 1985 los cubanos vivieran los mejores años económicos de la revolución. Eso confirmaba el acierto de las políticas de Fidel Castro. Fue lindo, pero era ilusorio, porque Cuba no producía nada, ni madera para los ataúdes.

A la vez, la aceptación del modelo soviético de dictadura de partido único dejaba en claro que no habría experimentación social de ninguna índole. La seguridad social mínima compartida iba junto con una forma política que no dejaba lugar a libertades individuales ni públicas. Nada surgiría hacia la definición de una nueva sociabilidad. Lo que no estuviera permitido estaba prohibido. La diferencia con los países del Comecon radicaba, paradójicamente, en Fidel Castro. En Cuba el poder lo ejercía él, u otros por delegación suya, lo que a veces daba lugar a sorpresas, no siempre gratas.

La opresión en la isla no es el resultado no deseado de un buen proyecto, sino el resultado exitoso de un gigantesco proceso de concentración del poder en manos de quien creía que podía, al precio que fuere, crear una sociedad más justa e igualitaria, y que consideraba que sólo contando con todos los mecanismos del poder podía lograr sus fines. Él era la Revolución y solamente él sabía qué estaba dentro y qué estaba en contra. Oponerse a la decisión del *jefe* podía, y todavía puede, aunque los dos hermanos ya no estén, ser considerado error grave o traición. En ese régimen nada bueno y mucho de malo espera al que disienta. El solo pensar diferente es disenso, y dice la costumbre que el disenso acarrea problemas.

Las revoluciones socialistas del siglo XX se hicieron en nombre del pueblo. Pero el poder no lo ejerció el pueblo, sino un grupo autoelegido que fijaba la legitimidad revolucionaria y encarnaba la auténtica representación popular. No fueron regímenes participativos, sino representativos en extremo. Sólo que la representación no era más o menos electa, como en las repúblicas democráticas capitalistas, donde hay partidos, libertad de prensa, lucha ideológica. La representación la ejercía un pequeño grupo de individuos. En el caso cubano, la ejercía Fidel Castro, quien podía delegarla a ratos.

Castro era la estabilidad para los burócratas. Pero por su carácter arbitrario, era también el que los desestabilizaba. Vivían en el terror a cometer errores, que no sabían cuáles podían ser porque el acierto y el error los determinaba el *jefe*. Cuando las cosas son así, el burócrata no tiene iniciativa. Cualquier fracaso siempre puede ser atribuido al subordinado por falta de compromiso o de “constancia en el heroísmo”. Ese temor anula toda iniciativa. El conservadurismo se impone, siempre teniendo en cuenta que la delación es una instancia superior de funcionamiento del aparato.

Fidel Castro y sus cambios de humor agregan un factor de imprevisibilidad para los jefes del régimen. Un cambio de “suerte” y los segundones terminan en pijama, como dicen los cubanos. Así les fue a Carlos Lage y a Felipe Pérez Roque. Peor le fue a Arnaldo Ochoa, héroe de la Revolución, a quien Castro mandó fusilar. La inmovilidad es lo que mejor garantiza la vida del burócrata. Obediente, sin iniciativa, así asciende el hombre gris, siguiendo lo mejor posible las orientaciones que bajan del cielo. ¿Qué libertad queda cuando hasta los dirigentes tienen miedo? ¿Qué queda del sueño revolucionario cuando la conducta se rige por el temor?

El individualismo, el particularismo, todo eso que suponían era el capitalismo, sería erradicado cuando se igualaran las condiciones materiales y apareciera el hombre nuevo. La sociedad igualitaria sería construida desde arriba, con persuasión, y si no, con coacción. Las políticas de transformación desde arriba que confiaban en la posibilidad de cambiar los sentimientos para construir al hombre nuevo, como no resultaron, llevaron al régimen a querer lograrlo por la acción del temor. Si no todos desean lo mismo, que todos teman lo mismo.

Cuando en vez de confiar en lo bueno se confía en lo malo que traerá el disenso, es decir, cuando se instala el terror, surgen dos moralidades. Una pública, que dice que sí a los discursos, a las asambleas, a los documentos, a toda la cháchara de lealtad y valores revolucionarios, y otra privada, para la supervivencia, siempre al borde de la legalidad. Eso, y la delación, corrompen cualquier sociedad. Mejor dicho, corrompen a la gente y definen a la sociedad.

El ciudadano militante, hombre nuevo, también roba bienes del Estado. El funcionario del Partido que organiza los repudios también vende los permisos de salida del país. El que denuncia a los agentes de la oposición en el exilio, vive

de lo que le envía su familia del exterior. Cuando existía la URSS, había comida abundante y madera para los ataúdes. Cuando desapareció la URSS, la sociedad cubana se sinceró y el robo, el ausentismo, la venta de todo lo robado, pasó a ser el modo normal de supervivencia.

Pero el régimen aprovecha esas prácticas para su permanencia. Le interesa conocer las debilidades de los ciudadanos y hasta de los camaradas. El espionaje y la delación, que no cejan, se vuelven mecanismos de poder, modos de venganza, de obtener privilegios mínimos, un permiso de viaje, un permiso de ingreso a la universidad, un medicamento. Con la delación generalizada nadie sabe dónde está el enemigo, qué piensa, cómo se viste. Dicho de otro modo: todos son delatores y, por tanto, todos son enemigos, incluida la propia familia.

8

Al comienzo de este artículo me propuse contarme qué pienso de la Revolución cubana, qué pensaba hace medio siglo, cómo entiendo que fueron las cosas. He leído, he hablado con amigos de los viejos tiempos que se hacen preguntas similares a las mías, he reflexionado. ¿Era esto, la Cuba de hoy, lo que soñábamos para nuestro Uruguay?

Cuando éramos jóvenes creíamos que la Revolución iba a solucionar todos los problemas del capitalismo. Ni de cerca fue así. Tal vez, siendo optimistas, la lucha haya servido para mejorar un poco el capitalismo, haciéndolo menos cruel, menos agresivo, menos explotador.

El discurso utópico latinoamericano de los años sesenta y setenta estaba decididamente influido por Cuba y era “guerrillista”. Sólo la lucha armada salvaría a nuestros pueblos. ¿Y qué utopía proponía? No se sabe. Algunos eran nacio-

nalistas y antiimperialistas, soñaban con la “patria grande”. Para otros, el destino era el socialismo. Nadie decía con qué conocimientos, tecnologías y recursos económicos se iba a llegar a eso. Tal vez produciendo azúcar, bananas, café, carne y alguna cosa más se lograría la acumulación de capital que permitiría llegar a la riqueza socialista.

Los Estados socialistas fueron dictaduras en nada diferentes a las de derecha. Con la salvedad de que los dictadores de derecha siempre dicen que lo serán por poco tiempo y los dictadores de izquierda, en cambio, como deben construir el socialismo, y luego el comunismo, tienen perspectiva de siglos.

El socialismo, el único, el conocido, fue la concentración de todos los medios de producción, toda la riqueza de la sociedad y del Estado en manos de una casta de burócratas que se volvieron la nueva clase dominante, ineficaz, y más corrupta y venal que los políticos capitalistas. Las familias de los dictadores se instalaron en el poder y con sus amigos y alcahuetes se apropiaron de todo lo que se les puso a mano, como hicieron los Castro en Cuba.

Con la transformación del intelectual en “intelectual revolucionario” al servicio de lo establecido, el pensamiento crítico dejó de existir. El intelectual se sometió a la casta burocrática que, aunque no era propietaria de nada, repartía a su antojo los bienes del Estado, es decir, los creados durante generaciones por el trabajo de los ciudadanos. El burócrata fue generoso con sus amigos. Total, no debía rendir cuentas a nadie.

Cuba es un recuerdo de juventud y uno quiere que sea lindo. Es una ilusión frustrada. Es un asunto del pasado sin posibilidades de evolución hacia nada que no sea una sociedad capitalista democrática con su economía integrada a la región y al mundo. Esto quiere decir: no hubo, no hay ni habrá socialismo en la isla. No queda nada de aquel

sueño. A quienes creen que todavía queda algo, poco se les puede argumentar. No hay razones contra la creencia acrítica. De cualquier modo, es necesario perseverar en la discusión, desde el respeto, desde la solidaridad. Nada importan los dirigentes, los secretarios generales, los caudillos, los burócratas, los generales siempre listos para el heroísmo con sangre ajena. Importa el pueblo cubano, sus valores, su historia, que es necesario salvar, preservar. Importan los niños cubanos, las nuevas generaciones. Lo que le pase al pueblo cubano nos afecta a nosotros.

Cuba influyó en la izquierda latinoamericana en los años sesenta y setenta. Los resultados de esa influencia fueron desastrosos para el pensamiento y para la acción de la izquierda democrática de la región. Aunque la culpa no es atribuible a Cuba, sino a quienes siguieron de modo acrítico los delirios del dictador. La izquierda democrática debe debatir acerca del modo en que se dejó influir acríticamente por concepciones primitivas, infantiles, que consideraban que la lucha armada era el único modo de cambiar la sociedad y que el guerrillero era la instancia más alta del pensamiento latinoamericano.

Cuba hoy sigue influyendo de modo negativo. La ausencia de posición de la izquierda democrática frente a las violaciones de los derechos humanos en la isla es una influencia que repite lo ocurrido en los años sesenta y setenta. No se le puede llevar la contra a la burocracia cubana, pese a que la dictadura comunista daña las concepciones de la izquierda latinoamericana. Nadie habla de estas cosas porque a la burocracia comunista cubana no le gusta. ¿Qué valor, qué autoridad moral e intelectual tiene la burocracia cubana? Ninguno. Han destrozado el país, hundido a la sociedad, expulsado al exilio a tres o cuatro millones de cubanos. Esos son sus logros.

Pero la izquierda democrática latinoamericana no solucionará los problemas de Cuba. Eso deben hacerlo los cubanos. Sí se puede denunciar a la burocracia que gobierna la isla, exigirle que respete los derechos humanos, que abandone sus delirios de martirologio y acepte los cambios que su inviable economía necesita. Que entienda que la Guerra Fría acabó hace muchos años. Que permita que su población participe en las decisiones de gobierno, en la economía del país, en el desarrollo cultural y científico. Hay que denunciar los atropellos y la represión contra los ciudadanos cubanos cada vez que se tenga noticia de que eso ocurre, igual que se hace contra las violaciones a los derechos humanos en cualquier lugar del mundo.

El pensamiento progresista latinoamericano debe abandonar el silencio vergonzoso, rehabilitar su tradición libertaria, igualitaria, en defensa de los cubanos sometidos por el partido único. También es necesario decir, y esperar que así sea, que Estados Unidos abandone políticas obsoletas contra Cuba que perjudican a la mayoría de los habitantes de la isla. Hablo del embargo o bloqueo. Es necesario decirlo todo, desde el lugar en que uno esté, con los recursos que uno tenga.

Hasta ahí llego.

EL EFECTO SARTRE: ALGUNAS CLAVES ANALÍTICAS¹

Rafael Uzcátegui

¡Nadie puede tener razón contra el partido!
LEÓN TROTSKY

Luego de dos décadas de participar en movimientos sociales de diverso signo, bajo aquello de “Actúa localmente, piensa globalmente”, cada vez que leía sobre el abuso policial en cualquier parte del mundo, mi respuesta era inmediata: repudiar al agresor, solidarizarme con la víctima. No se pedían mayores detalles. En modo automático me colocaba del lado de quien había recibido el disparo, los politraumatismos por la golpiza policial, la detención arbitraria o los actos de tortura. Mucho más si había una razón política de por medio.

En ese camino había aprendido que la “solidaridad era más que una palabra escrita”. Formaba parte de una comunidad imaginaria, presente en todos los países del mundo, que había sellado con sangre un acuerdo tácito: temblar de

¹ Este texto es una versión editada del capítulo 2 del libro *La rebeldía más allá de la izquierda. Un enfoque post-ideológico para la transición democrática en Venezuela*, Náufrago de Ítaca Ediciones.

indignación cada vez que se cometía una injusticia en el mundo. Fue así como redacté y repartí panfletos o manifiestos, escribí cartas y grité consignas —hasta quedar afónico—, por personas que hasta ese momento desconocía. Lo único importante era la certeza de que habían sido destinatarias del horror por quien se sentía poderoso e impune. Era un acto de empatía con el agraviado, con todo lo que él tenía de nuestra propia humanidad y que nos identificaba como miembros de una misma comunidad: habitantes del planeta Tierra. Desde mi breve paso por Amnistía Internacional sección Barquisimeto, a comienzos de la década de 1990, hasta la colaboración con la Cruz Negra Anarquista Internacional, mucho tiempo después, había acumulado un expediente de solidaridad con personas que estaban a kilómetros de distancia. Aquello cambió cuando la ignominia comenzó a pisar mis propios talones.

Cuando fueron asesinadas las primeras tres personas en el ciclo de protestas que ocurrieron en Venezuela en 2014, creía que tenía una cuenta de ahorros en el Banco Internacional de la Reciprocidad, donde había acumulado un considerable monto debido a los depósitos realizados durante años. Repetí lo que otros habían hecho en su momento: el relato de los acontecimientos, en primera y tercera personas, fotos, imágenes, enlaces de reportes periodísticos, declaraciones de las autoridades responsabilizando a las propias víctimas. Luego mandé correos individuales y a listas de *e-mail*, alerté a amigos y conocidos, coloqué contenido en webs de publicación abierta y en los medios informativos que tenía a mi alcance. Esperé lo que creía iba a ser un vendaval de mensajes en solidaridad y repudio. La respuesta, salvo honrosas excepciones, fue el silencio. La velocidad de los acontecimientos y la necesidad de actuar en el terreno aplacaron el mareo por aquellos gritos de auxilio sin eco.

Tres años después, durante las protestas de 2017, se repitió la historia. Pensando que había sido yo el de los errores, que los demás no estaban atentos, que quizás estaban distraídos en sus propios asuntos, repetí el ciclo. El mutis, casi sin variantes, fue el mismo a pesar de que los asesinados en las manifestaciones superaban el centenar. Mi desconcierto comenzó a transformarse en una sorda rabia. ¿Por qué un manifestante asesinado por la policía en Venezuela dolía menos —y hasta podía ocasionar respuestas pretendidamente casuales y divertidas— que otro protestante baleado en otro país? ¿Qué elementos políticos, culturales, sociales y hasta psicológicos habían roto aquel pacto internacionalista tácito de solidaridad con quienes vivíamos en esta ribera del Arauca tricolor? ¿Cómo se explica aquella complacencia con un gobierno que obligaba a sus habitantes a irse, literalmente caminando, a otro país en la búsqueda de un futuro?

El debate Sartre-Camus

Las respuestas a mis interrogantes, que en el fondo interpe-
lan la mirada que un sector de la comunidad internacional
ha tenido hacia la Venezuela gobernada por el chavismo, se
vinculan directamente al debate ocurrido en París varias
décadas antes, en 1952, entre Albert Camus y Jean-Paul
Sartre. Parece lejano y desconectado, pero no lo es. Aquella
discusión revelaba, en toda su crudeza, la lógica del pensa-
miento y la acción que delimitó a buena parte de la izquier-
da en las últimas décadas, así como el sentido de sus solida-
ridades y omisiones, que resumiré, provocativamente, en un
término: el efecto Sartre.

¿Qué es el efecto Sartre? Es la conducta de una persona
que olvida, conscientemente, sus principios éticos y políti-
cos en el mismo momento que dice ratificarlos. Es un doble

movimiento, de afirmación y negación al mismo tiempo, que, sin embargo, no es vivido como una contradicción. Quien se encuentra poseído por el efecto Sartre se cree la personificación de los más altos estándares de honestidad, pureza cristiana y rectitud ideológica.

Filósofo y escritor con una extensa obra y erudición, Jean-Paul Sartre presumía de su activismo político y la corrección moral como nadie más, al tiempo que manipulaba, mentía y silenciaba los asuntos que eran incómodos o contradictorios sobre las causas con las que se identificaba. Teórico de la acción, la confrontación y el compromiso, en el momento de su vida en que eso hizo más falta —la ocupación de Francia por los nazis—, fue un hombre de palabras. Varios de los relatos periodísticos que aparecieron con su firma en el periódico *Combat*, durante los días finales de la liberación de París, realmente habían sido redactados por su pareja, Simone de Beauvoir. A pesar de todas las evidencias disponibles, Sartre apoyó a la Unión Soviética hasta 1956, cuando ocurrió la invasión a Hungría. Pero mucho antes, cuando visitó Moscú por primera vez, a su regreso mintió deliberadamente sobre lo que observó, falsedades que reconoció años después cuando transformarse en crítico de Moscú era lo políticamente correcto en la izquierda europea. Aplaudió a líderes revolucionarios, como Kim Il-sung y Fidel Castro, cuyos modos y maneras Sartre hubiera criticado virulentamente si se hubieran intentado aplicar a su propio país. Renunció al Premio Nobel en un gesto de simulación radical para aventajar a Camus ante al auditorio revolucionario mundial, pero luego intentó beneficiarse de sus ventajas al intentar cobrar el dinero del galardón. Aunque en teoría era enemigo de la pena de muerte y el abuso policial, los justificaba o relativizaba cuando ocurrían bajo los gobiernos que apoyaba.

Todo lo negativo que se resumió en Sartre creó un modelo de comportamiento en la izquierda internacional de todos los colores. Hoy, cuando los proyectos de liberación de signo izquierdista en todo el planeta se encuentran en declive, como una evidencia de su propia crisis, la novedad programática y la incidencia social han sido sustituidas por las estridencias del oportunismo cínico de las cuales hizo gala el autor de *El ser y la nada* en su tiempo. Nuestra hipótesis es que el efecto Sartre fue decisivo para que buena parte del progresismo del siglo XXI le diera la espalda a la lucha por la democracia y los derechos humanos en Cuba y Venezuela. Si esta manera de hacer política no es un invento del existencialista, ¿de dónde vienen estas taras que se encarnaron en la persona de Jean-Paul Sartre?

La religión como máquina reproductora del pensamiento

Para responder, debemos hacer un apretado y breve recuento de cómo se originó esa forma de pensar que consideramos característica del efecto Sartre. Antes del desarrollo de la ciencia moderna, lo que hombres y mujeres creían como verdad lo establecía la religión. La conducta humana no era guiada por normas decididas libremente por la gente, sino por las ideas sobre lo “bueno” y lo “malo” que pretendían ser genuinas por venir directamente del cielo. Estas eran traducidas y transmitidas por sus representantes en la tierra, para ser registradas en las llamadas escrituras sagradas, como la Biblia.

Este tipo de conocimiento permitía una organización de la sociedad, con fuerza hasta el siglo XVII, donde gobernaban las monarquías que controlaban territorios mediante relaciones feudales y de esclavitud. El poder de los reyes era legitimado por la aprobación y el apoyo de la Iglesia católica que, como hemos dicho, era la gran fuente de legitimación de la época.

La religión, en esta primera fase de la humanidad, era un elemento crucial para la creación y el mantenimiento del orden de las cosas. Resaltaremos de este pensamiento religioso sólo algunas características que, aunque suene curioso, luego serían repetidas por sus críticos más acérrimos. La primera es la idea de “mesías” o “profeta”, un ente representante del bien cuyas ideas eran verdaderas e infalibles, las cuales debían ser seguidas para alcanzar la felicidad. Como contraposición, se desarrolló su noción antagónica, síntesis del mal: los demonios, el diablo.

La segunda idea es el “dogma”, un tipo de conocimiento divulgado como verdadero que no admitía dudas ni refutaciones por provenir del mesías. La tercera es el concepto de “pecadores” o “infieles”: personas que por disentir y rechazar los dogmas eran sospechosos y malos, seguramente vinculados al diablo, y por tanto debían ser combatidos y erradicados por los “fieles”. Una cuarta noción es la de “paraíso”, la idea de un lugar donde, a través del camino trazado por el mesías y siendo fiel a los preceptos del dogma, podía alcanzarse la felicidad, la “Tierra Santa”.

Por último, se encuentra la idea de “congregación”, el grupo de fieles seguidores del mesías y creyentes del dogma, juntas en camino al paraíso: la Iglesia. La congregación desarrolló su propia narrativa, una estética, sitios de reunión para la comunión, fechas de celebración y rituales para renovar permanentemente sus votos de fe. Motivado por buenas intenciones (la salvación de quienes no conocían ni el dogma, ni el mesías ni el camino al paraíso) o por objetivos más pragmáticos de dominar territorios para hegemonizar su control, la Iglesia intentó expandirse por todo el planeta. Ser el pensamiento —y por tanto el poder— que controlara todos los territorios alrededor del globo, así como los cuerpos y mentes de hombres, mujeres y niños.

Esto comenzaría a cambiar en 1789, cuando ocurrió la llamada Revolución francesa y dio inicio la Edad Contemporánea. Es aquí cuando se erigen los pilares de los sistemas políticos modernos: los valores de “libertad, igualdad y fraternidad”, presentes en la proclamación de los derechos del hombre y del ciudadano que inspiró muchas revueltas en todo el mundo contra el orden monárquico y colonial, incluyendo las luchas independentistas en América Latina. Justo allí, parte del debate religioso se trasladó al ámbito político. Lo teológico se volvió ideológico.

Las ideologías y el surgimiento de “la izquierda”

Tanto lo religioso como el pensamiento científico fueron una “ideología”, un concepto clave que abordaremos en diferentes momentos de este libro. Una ideología es un conjunto de ideas, creencias y emociones compatibles entre sí, con capacidad de regular la conducta social humana.

¿Cuáles fueron las ideas, la ideología que legitimó la época moderna permitiendo su desarrollo y aceptación? Ibáñez (2014) las resume en once características:

- 1) La hipervaloración de la razón (en reacción a la superstición religiosa anterior): más racionalidad traería mecánicamente más libertad y más progreso.
- 2) Idea de la representación: el conocimiento racional podía reproducir correctamente la realidad.
- 3) Universalismo: lo calificado como “verdad” era válido para todo y para todos los seres humanos de todos los tiempos.
- 4) Los ejes centrales eran el sujeto y el desarrollo de su conciencia.
- 5) Humanismo: proclamación de la existencia de una “esencia” en el ser humano.

- 6) Aparición del individuo y el individualismo. El individuo como el sujeto de derechos, relacionados entre ellos por un “contrato social”.
- 7) Idea del “progreso”: lo importante era el futuro, no el presente.
- 8) Secularización: transición de un orden religioso a un orden civil y laico.
- 9) Milenarismo: la idea de un futuro paradisíaco de la humanidad.
- 10) Invención del “pueblo” y de la idea de la soberanía popular.
- 11) Desarrollo de la industrialización y el disciplinamiento laboral del conjunto de la población.

Fue en este frenesí moderno, cuando el hombre, y algunas poquísimas mujeres en una época dominada por el machismo, creyeron que luego de arrinconar la religión podrían idear teórica y científicamente un proyecto de sociedad que brindara felicidad a todos sus integrantes. Así nacieron las ideologías políticas, un conjunto de conceptos relacionados entre sí que daban una explicación de por qué el mundo era lo imperfecto que era, proponiendo una serie de medidas y una manera de ordenarlo y gobernarlo que lo acercara a la perfección. Las ideologías eran el equivalente a la ciencia pero en política. Las dos principales ideologías que se desarrollaron fueron el liberalismo y el socialismo. Este último se dividiría en dos grandes ramas: el marxismo y el anarquismo.

Las ideologías políticas, tanto de derecha como de izquierda, se configuraron en oposición a lo que consideraban como “superstición religiosa”. Lo singular es que lo que constituía el fondo del pensamiento religioso, con otras formas, volvió a aparecer en estas ideologías que decían superarlo. Pero antes de desarrollar esta idea queremos recordar cómo aparece la

identidad política izquierda —que es la que nos interesa para los fines de este libro—. El término tuvo su origen en una votación realizada en septiembre de 1789 en el seno de la Asamblea Nacional Constituyente, un órgano surgido en la Revolución francesa. Allí se discutía la propuesta de un veto absoluto del rey a las leyes que serían aprobadas en lo sucesivo. Los diputados que estaban a favor de la propuesta, que suponía mantener el poder absoluto del monarca, se situaron a la derecha del presidente de la Asamblea. Los que estaban en contra, y defendían que el rey sólo tuviera derecho a un veto limitado, se situaron a la izquierda. El término “izquierda” quedó asociado a las opciones políticas que abogaban por un cambio político y social, mientras que “derecha” quedó asociado a los opuestos a los cambios y conservación del *statu quo*.

Una ideología es una representación teórica de la realidad que incorpora una propuesta, también conceptual, para transformarla. Es como un croquis que se dibuja en la mente de una o varias personas y que luego se intenta trasladar a la vida concreta del resto. Y si la experiencia humana es, como efectivamente ha sido, vasta y compleja debido a la cantidad de individuos diferentes que la conforman, una ideología —sea la que sea— sólo podrá ser la comprensión de una parte limitada de la realidad, la que sus teóricos conozcan, hayan vivido o puedan imaginarse.

Antes de la modernidad, la religión significaba la explicación sobre el funcionamiento del mundo. Tenía una respuesta para todo. Las interrogantes más espinosas sobre los por qué y para qué, eran respondidas con el “por obra y gracia divina”. Dios, que estaba en todos lados, era omnipresente. Sus enseñanzas, la religión, que todo lo explicaba, omniabarcante. La ciencia primero, y luego las diferentes ideologías que se crearon en el siglo XIX, tuvieron ambas

pretensiones: no había ámbito que les fuera ajeno; todo lo podían explicar. El siglo XX puede explicarse como el intento de cada una de las ideologías políticas de imponerse sobre las otras y dominar la mayor cantidad de países. También es la época en que se descubre que esos sueños de la razón podían producir monstruos.

La Segunda Guerra Mundial abrió la caja de Pandora. Cuando se diluyó el humo de la pólvora, lo que había eran campos de concentración nazis, prisiones secretas —gulags— soviéticas y la devastación monumental de las bombas atómicas norteamericanas sobre Hiroshima y Nagasaki. Nunca como antes la ciencia y las ansias de redención se habían puesto al servicio del horror. El mal podía ser banal en una sociedad erigida sobre las normas metódicas de la planificación centralizada, en el que personas como Adolf Eichmann actuaran obedientemente dentro de sus reglas, sin reflexionar sobre sus actos, y llegaran a crear los Auschwitz, Dachau y Treblinka del mundo. Esta constatación ocasionó un profundo quiebre intelectual de quienes creían que la ciencia y la razón ideológica eran suficientes, por sí mismas, para la felicidad humana. De esta manera se dio inicio a una nueva era: el “después” de la modernidad, la posmodernidad.

Hannah Arendt, en su libro *Los orígenes del totalitarismo* (1951), desarrolla el papel de las ideologías en los autoritarismos modernos:

Las ideologías del siglo XIX no son en sí mismas totalitarias, y aunque el racismo (el fascismo) y el comunismo se convirtieran en las ideologías decisivas del siglo XX, no eran, en principio, “más totalitarias” que las demás; si llegaron a serlo, fue porque estos elementos empíricos sobre los que se hallaban originalmente basadas —la lucha entre las razas por la dominación mundial y la lucha entre las clases por el poder político en los

respectivos países— resultaron ser políticamente más importantes que los de las demás ideologías [...] Vistos desde este aspecto, aparecen tres elementos totalitarios que son peculiares a todo el pensamiento ideológico.

En primer lugar, en su reivindicación de una explicación total, las ideologías muestran una tendencia a explicar no lo que es, sino lo que ha llegado a ser, lo que nace y perece [...] En segundo lugar, en esta capacidad, el pensamiento ideológico se torna independiente de toda experiencia de la que no puede aprender nada nuevo incluso si se refiere a algo que acaba de suceder. Por eso, el pensamiento ideológico se emancipa de la realidad que percibimos con nuestros cinco sentidos e insiste en una realidad más “verdadera”, dominándolas desde este escondrijo y requiriendo un sexto sentido que nos permita ser conscientes de ella [...]

En tercer lugar, como las ideologías no tienen poder para transformar la realidad, logran la emancipación del pensamiento con respecto a la experiencia a través de ciertos métodos de demostración. El pensamiento ideológico ordena los hechos en un procedimiento absolutamente lógico que comienza en una premisa axiomáticamente aceptada, deduciendo todo a partir de ahí; es decir, procede con una consistencia que no existe en ninguna parte del ámbito de la realidad. (Arendt, 2006)

Hoy tenemos que reconocer que todas las ideologías del siglo XX incumplieron sus promesas. Y que nunca tuvieron todas las respuestas. Mucho menos ahora que el mundo ha seguido dando vueltas y existen nuevos deseos y desafíos en la experiencia humana en un planeta en permanente transformación. En el libro *Días de guerra, noches de amor*, de Crimethinc (2010), citan unas palabras atribuidas a Sócrates, es su refutación de la interpretación de Platón de sus propias ideas: “El ideólogo es alguien víctima del fraude de su propio intelecto: alguien que cree que una idea, es decir, el símbolo de una realidad percibida momentáneamente, puede blandirse como realidad absoluta”.

De nuevo voy a intentar ser lo más claro posible para ahorrarme críticas superfluas. No estoy planteando, para nada, el “fin de las ideologías”. Repito: no creo en el fin de las ideologías. De lo que estoy convencido es de que hoy tienen grandes limitaciones para construir consensos y transformar la realidad.

El estímulo negativo del resentimiento

Como vemos, la caracterización de lo que era la izquierda surgió de su negatividad a lo que no era, de lo que aspiraba diferenciarse. Decir “queremos ser distintos a eso” es una manera posible de iniciar la construcción de una identidad diferente, y a partir de allí promover otros valores, principios y actuaciones en una definición y configuración propias. Sin embargo ha estado presente la tendencia, desde el propio inicio de la izquierda, a que la negatividad supere la carga positiva de la propuesta y sea lo que la termina definiendo: la “oposición a” y no la “construcción de”. Cuando esto sucede, que no es siempre pero pasa a menudo, estamos en presencia del resentimiento.

Saul Newman ha escrito un sugerente ensayo sobre este aspecto, titulado *El anarquismo y la política del resentimiento* (2000). Explicando a Nietzsche, sostiene que el resentimiento se caracteriza por estar orientado hacia el exterior, en lugar del enfoque de la moral noble que se justifica a sí misma. Mientras el amo dice “yo soy bueno”, y añade en último término “por lo tanto X es malo”, el esclavo diría lo contrario: “él (el amo) es malo, por lo tanto yo soy bueno”. De esta manera, la actitud del resentimiento sería reactiva, incapaz para definir algo propio, excepto su oposición a otra cosa. La consecuencia política sería un pensamiento basado enteramente en la oposición, binario, maniqueo y reduccionista.

En la polémica de 1952 entre Sartre y Camus, la crítica de Francis Jeanson al ensayo *El hombre rebelde* comenzó con un argumento claramente influido por el resentimiento: “Esta obra ha conseguido sin oposiciones, la adhesión de las opiniones más diversas [...] El chaparrón de entusiasmo por la derecha [...] En el lugar de Camus, a pesar de todo, yo me intranquilizaría”. La respuesta de Camus, sobre este tópico, es magistral y pudiéramos hoy escribirlo por todas las paredes: “No se juzga la verdad de un pensamiento según se le coloque a la derecha o a la izquierda, y aún menos de acuerdo a lo que la derecha y la izquierda puedan hacer de él”.

Esta necesidad de evitar cualquier semejanza con el otro, en cualquier momento, para mantener delimitado los campos del “nosotros” y el “ellos”, genera una permanente obsesión por mantener una supuesta pureza, que ha sido base del espíritu sectario que ha caracterizado a diferentes organizaciones de la izquierda revolucionaria a través de los tiempos. Para un sectario termina siendo más importante lo que lo diferencia de quien percibe como “los otros” que la naturaleza de sus ideas o su propia actividad. El sectarismo es un elemento de crítica conocido, pero que no se ha visibilizado lo suficiente en todas sus consecuencias prácticas. Una de ellas es la dificultad en reconocer el derecho de los demás a pensar y ser diferente. Es por esto que las izquierdas, pero especialmente las revolucionarias, nunca respondieron satisfactoriamente la pregunta de qué hacer con quienes, por las razones que sean, desean ser y mantenerse diferentes.

Esto nos permite volver a la reaparición, bajo formas seculares, de las características religiosas. Un izquierdista tiene su propio mesías (Marx, Trotsky o Mao por citar los más populares) y forma parte de una iglesia, el “partido” o el “colectivo”. Se comparte una explicación básica y extre-

madamente simplificadora sobre el origen de los males del mundo, quiénes son los pecadores, cuáles son los pecados y cuál es la ruta hacia la redención. La congregación, mediante actividades de organización y propaganda, aumentará el número de fieles, de personas que luego de “tomar conciencia” entienden las verdades del dogma e ingresarán a la nómina del partido-Iglesia. El crecimiento cuantitativo permitiría finalmente la toma del poder, en cualquiera de sus variantes, y la instauración del territorio santo, el paraíso en la tierra, la “revolución”. En las explicaciones teóricas se aseguraba que los no convencidos “despertarían”, “tomarían conciencia” o finalmente se convertirían al comenzar a experimentar la felicidad del cumplimiento de la profecía. Como sabemos, la realidad siempre fue diferente a esta promesa idílica. Los que continuaron apegados a su propia singularidad, en las revoluciones triunfantes, tuvieron como destino la cámara de tortura, cárceles oscuras o campos de trabajo forzado, la persecución y vigilancia permanentes o el asesinato, selectivo o en masa.

Un revolucionario evita la amistad y prefiere “la camaradería”

Si para este tipo de revolucionarios la única manera correcta de ser y estar en el mundo es la suya, le será difícil mantener relaciones francas con personas diferentes, especialmente si no dudan en expresar su disentimiento de las ideas revolucionarias. Uno de los temas menos conversados en este tipo de ambientes, que se ufanan de debatirlo todo, es sobre el sentimiento humano de amistad. Y esto es porque, como consecuencia de lo anterior, un revolucionario no tiene amigos. Tiene “camaradas” o “compañeros”, personas de su misma congregación.

En cambio, un amigo sería una persona que se acepta y se estima con base en su propia singularidad, luego de experiencias compartidas que pueden incluir, aunque generalmente no, actividades políticas. El inicio de la respuesta de Sartre a Camus, en la polémica famosa, es elocuente al respecto: “Nuestra amistad no era cosa fácil, pero he de lamentarla [...] Muchas cosas nos acercaban, pocas nos separaban. Pero este poco ya era demasiado”.

En esta lógica utilitaria de su relación con los demás, se acuñó una frase poética que esconde un trasfondo triste: los “compañeros de viaje”. Según Ramón Chao (1981), el término fue creado en 1923 por León Trotski para describir a los defensores del comunismo que se resistían a entrar en el Partido Comunista: “No consideran a la revolución como un todo, e ignoran el ideal comunista. No son los artesanos de la revolución proletaria, sino sus compañeros de viaje artístico. Con ellos se plantea siempre la misma pregunta: ¿hasta dónde irán?”. Años después, Trotski moriría asesinado por el sectarismo que él había construido con sus propias manos. Yo mismo, cuando en mis días universitarios cuestioné al chavismo desde sus inicios en la gestión del poder, fui perdiendo relación con personas que creía que eran mis amigos. Quizá porque nunca lo fueron. No lo supe sino hasta ese momento: eran mis “camaradas” o “compañeros de viaje”.

El tipo de revolucionario que estamos describiendo, entonces, establece relaciones instrumentales con otros, que sabe diferentes, para su peregrinación a la Tierra Santa. No deja de vigilarlos permanentemente y preguntarse, como Trotski, “¿hasta qué momento me acompañarán?”. Cuando comienzan a cuestionar, y pensar con cabeza propia, es momento de decirles adiós, en el más liviano de los casos. O desaparecerlos simbólica o físicamente, como ocurrió en tantas revoluciones triunfantes. Para Sartre, Camus fue un simple “compañero de

viaje” como dejaría plasmado en su réplica: “Una mezcla de suficiencia sombría y de vulnerabilidad me ha descorazonado siempre para decirle a usted la verdad por entero”.

En este campo de la izquierda, junto con el “aire de familia” viene cierta condescendencia. Usualmente estas diferencias se entienden como interpretaciones erradas de los textos sagrados y el recorrido del camino incorrecto al paraíso. Pero cuando su teoría o existencia general se ve amenazada, se posee la capacidad de responder con espíritu de cuerpo. Por otro lado la identidad “izquierda” reclama privilegios sobre las demás identidades o roles de la persona (padre de familia, hermano, deportista, seguidor de un equipo de béisbol, amante de un género de música...). Siendo una ideología, como la religión en el Medioevo, que todo lo explica y todo lo norma, abarca y se coloca por encima de todo lo demás. Entonces la existencia de esta superidentidad genera la familiaridad de todos quienes se ubican por debajo de ella. Como una buena familia, se está dispuesto a justificar los desvaríos de la hermanita alcohólica o el tío pedófilo, pues no se abandona la esperanza de su rehabilitación. “¡En el fondo son buenas personas!”. Sin embargo, cuando el abuso de sustancias o la violación de niños ocurren en el bando de los otros, es una evidencia de su naturaleza malévola que debería erradicarse inmediatamente.

Deshumanizar al adversario

Para esta delimitación de los campos, del “nosotros” y el “ellos”, se recurre a una serie de adjetivos descalificativos que refuerzan psicológicamente la separación. Hay muchos, algunos son: derecha, imperialista, pequeño-burgués, reaccionario, etc. Incluso categorías económicas, como “clase media”, son utilizadas despectivamente con este objetivo.

De esta manera, Rafael Uzcátegui deja de ser una persona con ese nombre para transformarse en una “cosa”, ponga usted cualquiera de los epítetos anteriores. La operación de quitarle su lugar en la humanidad y ubicarlo fuera facilita cualquier agresión sin las inhibiciones morales que la impedirían en una situación normal.

Profundizaremos en la construcción del antagonismo, pues nos parece clave para explicar el efecto Sartre. Según Mireya Lozada (2016), psicóloga social e investigadora, esta polarización social de un “nosotros” y “ellos” radical, se caracteriza, en primer lugar, por el estrechamiento del campo perceptivo, donde el esquema estereotipado “nosotros-ellos” se impone a todos los ámbitos de la existencia, sobreponiéndose a cualquier otro esquema de comprensión de la realidad, condicionando así el significado de todos los hechos, acciones y objetos. En segundo término, genera una fuerte carga emocional, pues siguiendo la dicotomía simplificada, se produce una aceptación o rechazo total sin matices de la persona o grupo contrario. Seguidamente hay un gran involucramiento personal, pues cualquier suceso captado en términos polarizados afecta a la propia persona. Finalmente, esto permite procesos amplios de exclusión e intolerancia, pues tanto los individuos como los grupos o instituciones son situados o presionados socialmente a ubicarse en una de las dos posiciones, sosteniendo las mismas actitudes de rigidez, intolerancia y exclusión presentes en la confrontación política, que niegan la discusión, el diálogo o debate de posiciones diversas.

La “militancia” contra el pensamiento propio

Ya hemos desarrollado la dificultad que tienen muchas personas “de izquierda” para relacionarse con personas que son

diferentes a ellas y que se niegan a dejar de serlo. Ahora orbitaremos en lo que esta persona piensa de sí misma, cuál es su autopercepción. Una probable descripción es que son “militantes”, pues el nivel de compromiso, la “militancia”, es un valor socialmente apreciado dentro de la comunidad confesional ñángara. No es casual que “militante” sea la palabra usada para calificar al promotor del dogma. “Militante” viene del latín *militans* y significa “el que se adiestra para la guerra”. Sus componentes léxicos son: *milites* (soldados), más el sufijo *-nte* (agente, el que hace la acción).

Puedo hablar del carácter determinista y opresivo de la militancia, entendida como la palabra significa, porque, para decirlo rápidamente, yo mismo fui un soldado del dogma durante largo tiempo. En 1990 era un adolescente de 17 años buscando su lugar en el mundo. Hijo intermedio de una familia disfuncional y conservadora andina, con padres que habían podido transformar su origen campesino gracias a la Venezuela petrolera que había masificado la educación universitaria gratuita. Como asmático crónico, desarrollé tempranamente una identificación con el desvalido que luego intenté canalizar racionalmente. Primero me topé con la música *rock* y su imaginario. Luego con el anarquismo, el cual me abrió las puertas a una sociedad secreta de conspiradores que empecé a considerar más importante que mi propia familia y que todas las amistades que había tenido hasta entonces. Creí que aquellas eran las ideas correctas sobre lo que debería ser el mundo y que sólo necesitaba un esfuerzo de mi parte, intelectual y en mi estilo de vida, para acercarme más a lo que creía era esa verdad tan luminosa que me había encandilado.

Aquello me parecía hermoso: unas ideas para crear el paraíso de la libertad, la justicia social y la fraternidad en la tierra. Y un grupo de personas que, como los primeros cristianos, resistían en las catacumbas esperando el momento

mágico de la “revolución social”. No sólo empecé a frecuentar, únicamente, a gente con ideas similares, sino que aquellos nuevos mandamientos incluían hasta el tipo de películas, música y lectura que debía disfrutar. Me hice vegetariano, abstemio y sólo escuchaba un tipo determinado de bandas musicales. Hoy, cuando lo recuerdo, me sonrojo: un predicador de la libertad que podía disfrutar de tan pocas cosas libremente. Así fue hasta que pude observar mi reflejo en el espejo del chavismo en el poder. Y me espanté con lo que vi.

Para evitar las críticas fáciles, intentaré ser claro sobre este punto. Muchas lecturas fueron estimulantes y enriquecedoras, conocí gente y viví experiencias extraordinarias que no cambiaría por nada. Pero hoy reconozco que, junto con estos aspectos positivos, había una manera de abordar todo aquello, y de razonar, que no sólo impedían mis mejores deseos para el mundo, sino que también me alejaban de avanzar un paso en la autogestión generalizada y el apoyo mutuo que precisamente aspiraba para todos. Formaba parte y pensaba con espíritu de secta.

En aquellos días pensaba que consumir y procesar la mayor cantidad de información me acercaría más a “la verdad” y me haría poseedor de mejores argumentos retóricos para demostrar, cada vez que pudiera, el militante ejemplar que pretendía ser. Sin embargo, leer la mayor cantidad de cosas o tener un discurso radical en un momento preciso no es garantía permanente de nada. En aquellos días, al llegar a Caracas, frecuenté a los jóvenes anarquistas que estudiaban en la Universidad Central. Para un recién llegado del interior, parecía no sólo una comunidad sólida, sino también integrada por personas inteligentes con mucha formación política, veteranos de círculos de lectura y asambleas, en los que se lucían con su verborrea incendiaria. Aunque hubo excepciones, cuando finalizaron sus días universitarios tu-

vieron destinos disímiles. Aquella inflexibilidad y aparente rectitud de veinticuatro horas generó quiebres de todo tipo. Algunos dejaron atrás su pasado militante. Pero quienes siguieron vinculados a la política hicieron gala de una miope estrechez de miras, en las situaciones más benevolentes, o un rapaz oportunismo que justificó las tropelías estatales sobre las que tanto advertían en sus años mozos. Demasiados Sartres, muy pocos Camus.

Los abominables santos del *hombre nuevo*

Ernesto *Che* Guevara propuso un modelo que denominó “el hombre nuevo” que, quitándole toda la niebla retórica, era en el fondo un Frankenstein: un militante robotizado de veinticuatro horas y siete días a la semana. Una persona completamente entregada a la causa, desde la mañana hasta la noche, que tomaba cada una de sus decisiones según la racionalidad ideológica. Un individuo funcional para el Estado totalitario que resultó de todos los socialismos que realmente existieron.

Lo escrito por Max Weber en *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* describe lo exigido a los militantes: una suerte de estoica autoexplotación laboral llevada al límite. Al respecto, Bob Black (2009) comenta: “El autosacrificio es contrarrevolucionario. Cualquiera que sea capaz de sacrificarse por una causa también es capaz de sacrificar por ella a cualquiera. Por tanto, la solidaridad entre los autosacrificados es imposible”. Como cita Ugo Pipitone en su libro *La esperanza y el delirio* (2015), el mexicano José Revueltas publicó en 1949 una novela bajo el título *Los días terrenales*, donde describe a Fidel, un personaje de ficción, como un abnegado cuadro comunista: el padre que ve a su hija morir de enfermedad mientras, sin inmutarse, sigue concentrado

en documentos del partido que reclaman toda su atención: “es como un abominable santo, un santo capaz de cometer los más atroces pecados de santidad”.

El “hombre nuevo” significaría, entonces, un nuevo comienzo bajo el fuego purificador de la revolución. Atrás queda el pasado y las raíces impuras, no militantes, que deben esconderse con vergüenza. Como aquella obra de teatro navideña de Sartre escenificada para los nazis en una cárcel. La frase de Miguel Bakunin “La pasión por la destrucción es una pasión creadora” es hasta poética. Pero en los socialismos realmente existentes, sus consecuencias prácticas han sido un daño tan profundo que debe adjetivarse como antropológico y una reescritura acomodaticia de la historia, tan bien descrita por George Orwell tanto en 1984 como en *Rebelión en la granja*. Alguna vez Gregorio Mirabal, indígena curripaco y en ese momento coordinador de la Organización de Pueblos Indígenas de Amazonas (Orpia), me decía que no había nada más ajeno a su cosmovisión y su orgullo por sus ancestros que la noción del “hombre nuevo”. Hombres y mujeres somos lo que somos, para bien y para mal, con todas nuestras luces y sombras.

Demasiado ocupados en cambiar al mundo, sin tiempo para transformar su entorno inmediato. Una cantidad descomunadamente importante, como para no ser tomada en cuenta, de militantes y pequeños mesías han estado condenados a la soledad, con relaciones familiares inexistentes —o conflictivas y desequilibradas cuando las había—. Como he dicho, los militantes entienden la amistad que pudiera generarse con elementos ajenos a su partido como la instrumentalización del “compañero de ruta”, prescindible cuando las prerrogativas del “hombre nuevo” lo exigieran. O sencillamente incapaces de establecer lazos no políticos, pero más humanos, con el resto de los mortales.

Necesitamos personas y no soldados que, en el ejercicio de su libre albedrío, se pongan de acuerdo con otros para transformar lo que deba ser cambiado. Los “militantes” confirman lo que expresan las treinta y una tesis insurreccionalistas: “El militarismo es la antítesis de la responsabilidad individual. El primero es sometimiento a la ideología, a la organización, es martirio, acción separada de la vida”.

Como cada uno de los revolucionarios cree que hace la interpretación correcta de los textos sagrados y vive su vida como lo establece el dogma, una pizca de ego, autoestima y ambición adicional puede elevarlo a la categoría de mesías. Las personas afectadas por el efecto Sartre se consideran profetas de la ruta a las tierras prometidas. ¿El resto? Alienados, perdidos, títeres de la reacción y el imperialismo.

John Holloway lo escribe en *Cambiar el mundo sin tomar el poder*:

Existe una tendencia, quizás, en las críticas izquierdistas al capitalismo, a adoptar una moral altiva, a colocarnos por encima de la sociedad. La sociedad está enferma, pero nosotros estamos sanos. Sabemos lo que está mal en la sociedad, pero la sociedad está tan enferma que otros no lo ven. Nosotros estamos en lo correcto, tenemos conciencia verdadera: aquellos que no ven que estamos en lo correcto son engañados por la sociedad enferma, están envueltos en falsa conciencia. El grito de enojo a partir del que comenzamos se convierte fácilmente en una denuncia santurrón de la sociedad, en un elitismo moralista. (Holloway, 2002)

La actitud del militante promedio hacia el resto de la humanidad es la del “perdonavidas”, de la autosuficiencia intelectual y la mirada paternalista y condescendiente, por encima del hombro. La ideología genera una suerte de encantamiento del militante y de su mirada sobre todo lo que le rodea. Sus razones no son sólo pragmáticas e intelectuales

—la conquista del poder, por ejemplo— sino también profundamente psicológicas y personales. La visión del destino idílico prometido puede ser tiránicamente cautivadora.

Construir nuestra caja de herramientas

Por lo anterior, me gusta pensar en las ideologías como “cajas de herramientas”: cada una de ellas cuenta con una serie de aparatos, que serían sus principios, configurados de una manera particular. En las distintas cajas hay herramientas diferentes, aunque algunas cuantas se repiten en varios recipientes. Y todas intentaron, con esas herramientas que tenían a su disposición, transformar la realidad. En el socialismo, por citar un ejemplo, las personas clasificadas en clases sociales por su nivel de ingreso económico fueron una de sus “llaves inglesas”. Y esa herramienta la aplicaron para todo, incluso en sitios que necesitaban una diferente: empezaron a colocar clavos con la llave inglesa. Y finalmente se conformaron con esos clavos mal puestos. El anarquismo tenía el martillo del rol del poder político en la opresión, y con eso le pegó a todo lo que tenía a su alcance, aunque algunas labores demandaran un destornillador.

Sobre el ejemplo anterior una advertencia: ideologías y principios no son lo mismo, aunque una ideología tenga principios que ha configurado y ordenado de una manera particular en su propia caja de herramientas. Lo que creemos que se ha mostrado ineficaz es la caja en su conjunto, la ideología, no los principios o herramientas que están dentro de ella. Rechazar el anarquismo, por ejemplo, no es exactamente igual a repudiar todos sus principios, como la autogestión, por decir alguno. ¿Es importante la democracia participativa como principio? Creemos que sí, independientemente de lo que haya hecho “el socialismo del siglo XXI” con este con-

cepto. Lo que sugerimos, entonces, es que este principio sea incluido en una configuración diferente. Quienes sugieren que al castrismo o al chavismo se le enfrenta imponiendo hegemonícamente una ideología antagónica, están repitiendo la promesa que Fidel Castro y Hugo Chávez hicieron en su momento, con los resultados conocidos. Repito: desde hace tiempo ninguna ideología, por sí sola, tiene todas las respuestas a las necesidades humanas. Insistir en ello es seguirle pegando a un clavo con un destornillador.

Lo que planteamos como alternativa a la dictadura de una ideología, cualquiera que sea, es lo que el filósofo Michel Onfray ha denominado como “derecho al inventario”: mirar todas las cajas de herramientas disponibles, las ideologías conocidas, y decidir por uno mismo “esto lo tomo de esta caja, pero esto otro no lo tomo. Para lo que necesito me sirve más la herramienta de aquella otra caja”.

Entonces, ratifico: sea usted de la ideología que quiera o de ninguna. Si hemos cuestionado la noción del “hombre nuevo”, con la fatídica “caída y mesa limpia” que implica, no vamos a sugerir acá la misma idea: la “no ideología” como “ideología nueva” con pretensión hegemónica. Hoy tenemos la posibilidad de mirar hacia atrás, desapasionadamente, y aprender de los aportes, hazañas y avances de hombres y mujeres inspirados por una ideología, pero también los errores producto de la fe ciega en alguna de ellas. E, incluso, de los hallazgos y descubrimientos que sabemos fueron posibles por la casualidad, el error, la colisión o el acontecimiento. Es decir, los absolutamente inesperados, que hoy protagonizan la historia de la propia ciencia y de la sociedad. Entonces, sepa que la caja de herramientas que usted escogió, por las razones que sean, tiene soluciones parciales y limitadas, que necesitan enriquecerse y complementarse con otras respuestas, que por más que busque no las encontrará en la configuración

que su ideología le ha venido ofreciendo hasta este momento. En ese sentido, una mirada posideológica reconoce que ninguna en particular está en la capacidad de cumplir sus propias promesas, colocando lo real en primer plano y luego cualquier idea para transformarlo, no al revés. Como sugiere Onfray, el pensamiento debe ser la oportunidad para reflexionar sobre lo real y no de sustituir la propia realidad.

En *Días de guerra, noches de amor*, se sostiene:

No hay análisis ni ideología que pueda capturar la vida en toda su inmensidad. Una ideología, igual que una imagen, es algo que se tiene que comprar, que adquirir; es decir, hay que dar una parte del yo a cambio de ello. Y en esa parte de uno mismo que se pierde caben todos los aspectos del mundo, toda experiencia deliciosamente compleja, todo detalle irreductible que no encaje en el perfecto marco que tan orgullosamente nos construimos. (Crimethinc, 2010)

El milagro de la revolución

Uno podría pensar que la palabra “revolución”, de tanto uso, incluso en comerciales de televisión, se ha ido vaciando de significado. No obstante, la experiencia venezolana refleja que si bien no tiene el impacto de antaño, no ha perdido del todo su capacidad seductora y aún conserva su habilidad de enmascarar y romantizar cualquier cosa conjugada en su nombre.

Según los militantes, “revolución” es un momento mágico, o una serie de acontecimientos que producen un momento, donde se asoma el paraíso anunciado por la profecía. El apóstol Ernesto Guevara, no sin un dejo lírico, lo resumía en la frase: “Cuando lo extraordinario se hace cotidiano, estamos en presencia de la revolución”. Al respecto, nos parece acertado lo que plantea Carlos Barrio en su texto *La izquierda como*

religión (2018): La “revolución” es el símil secularizado del “milagro” cristiano:

Al igual que el milagro supone una excepción a la vigencia de las leyes naturales, el acontecimiento revolucionario adquiere una dimensión escatológica al introducir una discontinuidad en la realidad. Nada es igual una vez se produce esa ruptura en la historia que supone el evento revolucionario, que permite una comprensión diferente, no sólo de lo que está por llegar, sino que también sirve para valorar lo sucedido hasta ese momento desde una perspectiva completamente nueva. (Barrio, 2018)

Como fetiche, siendo una idea que necesita tanto la voluntad como la fe de los militantes, la revolución es un nuevo inicio que debe defenderse ciegamente y a toda costa. Cuando se anuncia que en un país hay una “revolución” de izquierda, los militantes pasan a darle acríticamente un cheque en blanco. Cualquier “detalle” será menor y deberá corregirse de cualquier manera, bajo la lógica que el fin —el paraíso— justificará cualquier medio. Al respecto, acerca de la diatriba de 1952, Vargas Llosa (2018) escribió: “En su polémica con Camus —Sartre— hizo algo peor que negar la existencia de los campos de concentración estalinistas para reales o supuestos disidentes: los justificó en nombre de la sociedad sin clases que estaba construyéndose”.

El milagro revolucionario es una idea tan poderosa como la fuerza centrípeta que emana del anillo en la trilogía de J.R.R. Tolkien. Incluso los menos fanatizados suelen valorar los errores ocurridos “en revolución” de manera condescendiente: quien le pega a la familia se arruina. En esta lógica se inscribe una de las justificaciones más vacuas y repetidas que frena la crítica, abierta y contundente, a los desmanes revolucionarios: “darle armas al enemigo”. Ese fue el argumento que escuché entre los años 1999 al 2001 sobre mis

objeciones al gobierno de Hugo Chávez. A partir de 2002 empecé a ser calificado, simplemente, como de “ultraderecha”, y mi nombre comenzó a aparecer en las listas de “oligarcas” publicadas en los sitios web reconocelos.com y antiescualidos.com.

Como el nuevo inicio que pretende ser, una revolución llega para quedarse. Por esta razón los militantes son ajenos a cualquier sugerencia sobre la alternabilidad en el poder. Los abusos de hoy comienzan a explicarse como daños colaterales del paraíso que vendrá mañana. Antonio Gramsci, otro apóstol, sostuvo:

Los revolucionarios ven la historia como obra de su propio espíritu, como realizadas por una serie de empujones violentos contra las otras fuerzas de la sociedad —tanto activas como pasivas—, y disponen lo máximo de las condiciones favorables para el empujón definitivo.

De la “traición” del militante a la rectificación del pensamiento crítico

Seré directo: no considero que todas las personas de izquierda sean cínicas y oportunistas por naturaleza. Muchas creen realmente las cosas que dicen y tienen una real voluntad de mejorar la vida de los demás, de la misma manera que personas de cualquier otra ideología. Lo que he dejado de creer es que la izquierda posea el monopolio de la lucha por erradicar la pobreza, por alcanzar una democracia más participativa o por cualquier otro principio que se valore como inherente a cualquier cosa que se entienda por justicia y libertad. No creo que el fondo del problema sea el desapego a una supuesta “esencia” de la izquierda. Por ello entiendo el efecto Sartre como una serie de condicionamientos que van corrompiendo, progresivamente, al militante en su tensión por mantener o alcanzar el poder.

No todas las secuelas del efecto Sartre son irreversibles. Hay quienes, sin renunciar a su pretensión de construir una sociedad más justa, se dan cuenta de ellas, las reconocen, aceptan su propia responsabilidad y critican en público lo que antes apoyaban. Afortunadamente, esto forma parte de las posibilidades del ser humano. Sobre Venezuela hay un buen ejemplo y se llama Clifton Ross. En 2002, como tantos otros intelectuales internacionales, le pareció que la “Revolución bolivariana” era un proceso político que merecía apoyarse y defenderse. Sin embargo, tuvo la honestidad de informarse lo suficiente para entender mejor lo que ocurría en Venezuela, por lo que visitó el país y vivió en él en diferentes oportunidades entre 2004 y 2013 para conversar no sólo con los funcionarios del gobierno, sino especialmente con las personas en la calle. En 2013 resuelve no sólo separarse del chavismo, sino explicarle al mundo todo lo que estaba mal en él. También decidió no regresar más, pues por todo lo que había observado, conocía el costo que tenía la crítica desde adentro.

Yo fui un cristiano —explica Ross en una entrevista—, durante muchos años, y mi conversión al socialismo-comunismo por la teología de la liberación en los primeros años de los 80 fue lógica; en el sentido de que el comunismo es simplemente una religión secular que tiene la misma narrativa del cristianismo. (Avendaño, 2019)

Ha escrito decenas de artículos donde aporta datos sobre la corrupción y el autoritarismo “endógeno” y cuestiona duramente la opinión “sartreana” de muchos intelectuales norteamericanos. También en el libro, publicado en 2016, *Home from the Dark Side of Utopia: A Journey through American Revolutions*, donde describe ampliamente su decepción y actual rechazo al chavismo.

Pero no todos son Clifton Ross. Algunos optan por ventilar su disenso, pero apelando a un argumento en sentido contrario: “la traición”. Cuando la ruptura, por el peso de las evidencias o las expiaciones internas, es inevitable, se repite dicha explicación para intentar salvar toda la fórmula: tal gobierno, tal experiencia, no es socialista, no es revolucionaria. Fue inconsecuente: traicionó. Al respecto, John Holloway opina:

Durante el último siglo la palabra “traición” ha sido clave para la izquierda, en tanto un gobierno tras otro fueron acusados de “traicionar” los ideales de quienes los apoyaban, al punto tal de que ahora la idea de traición misma se ha vuelto tan trillada que sólo provoca un encogimiento de hombros, como queriendo decir: por supuesto. (Holloway, 2002)

Intentaré no irme por las ramas y ser pedagógico. Soy de quienes sí consideran el bolivarianismo en el poder una revolución, con todas sus letras, y parte legítima del socialismo. En primer lugar porque el resto de las familias de izquierda, incluyendo a buena parte del anarquismo, la reconocieron como tal en algún momento, si es que no todavía. Si tuviéramos que medir con la misma vara a todas las revoluciones de izquierda del mundo, la distancia entre lo que dijo que iba a hacer y lo que finalmente hizo, tendríamos que llegar a la conclusión de que la izquierda revolucionaria nunca ejerció el poder en el mundo. Y sabemos que esto no ha sido así. Es por esta razón, la distancia entre su teoría y su práctica, que se creó el término “socialismo realmente existente” para diferenciarlo de lo que existía sólo en la cabeza de los intelectuales progresistas. Mientras las neuronas utópicas deliraban con el edén revolucionario, en la realidad real se levantaban alambradas y se construían prisiones y centros de detención y tortura.

Insisto en mi escepticismo sobre si el problema fue la “mala aplicación” de la teoría. Una de dos. No se pueden construir ideas desprendidas de la realidad para crear una suerte de “ideas puras”, que son bonitas y coherentes sobre el escritorio, pero imposibles de llevar a la práctica por la complejidad de la experiencia humana. Y si esto hubiera sido posible, de alguna manera, el resultado hubiera aterrorizado a las peores pesadillas de George Orwell. Por hacer una metáfora con una experiencia real, la imagen de Sendero Luminoso gobernando Perú, según lo teorizado por Abimael Guzmán, es sencillamente escalofriante. Aunque sea musicalizada por un video de Rage Against The Machine.

Para el caso venezolano, una serie de personalidades militantes del chavismo se han distanciado, por razones varias, del gobierno de Nicolás Maduro. Salvo Nicmer Evans, todos siguen defendiendo el lapso en el que fueron funcionarios o acompañaron el gobierno de Hugo Chávez. Bajo diferentes denominaciones (chavismo originario, chavismo crítico o chavismo disidente) su diagnóstico coincide en que Maduro “es un traidor”. Lo que resaltamos es que negarse a reconocer las consecuencias del proceso político en el que se involucraron y continuar aferrados a una hipotética “resolución por la izquierda”, en el fondo intenta salvar la propia responsabilidad de las consecuencias reales de la aplicación de la ideología. Representa, por tanto, una compleja operación psicológica que tiene la finalidad de mantener la fe intacta.

Hay que tener carácter y personalidad para, ante el peso de las evidencias, reconocer, como Clifton Ross, que el proyecto por el que se han entregado tantos años de vida no sólo fracasó, sino que aumentó las penurias que había prometido resolver. Hay quienes lo arreglan desentendiéndose de la política y exiliándose en su vida privada. Otros logran canalizar su frustración redirigiendo su vocación en otros

ámbitos donde puedan ayudar a las personas. De hecho, luego de la crisis que significó la caída del Muro de Berlín, militantes de izquierda en el país mutaron a la defensa de los derechos humanos y a organizaciones gremiales y vecinales. El resto pasó por un proceso de conversión al otro extremo del espectro ideológico, cambiando un dogma por otro. Los menos intentan la empresa descomunal de expiar todo lo que realmente existió en su nombre para intentar preservar sus creencias intactas.

Ross lo expresó en una entrevista:

Siento muchas veces que fui tonto, pero una cosa es la tonte-ría, y otra estar abierto al mundo y al aprendizaje. Empiezas a preguntar y cuestionar cosas y, poco a poco, llegas a tus propias conclusiones. Esto es un proceso de toda la vida. Sí me arrepiento, pero sólo de esta manera está la posibilidad de crecer, de descubrir nuevas cosas y de cambiar mis ideas. Estoy agradecido a los chavistas por desencantarme del socialismo y del comunismo. (Avendaño, 2019)

Este poeta norteamericano evolucionó de la militancia al pensamiento propio. La izquierda es una comunidad con rituales, hábitos y símbolos reconocibles, que dan sentido a la experiencia militante, pasando a formar parte de la experiencia de vida y la cultura de las personas. Abandonar esta zona de confort es traumática. Pero como fue tratado por Joseph Heath y Andrew Potter en su ensayo *Rebelarse vende. El negocio de la contracultura* (2005), las iglesias izquierdistas también son un mercado, y como tal demandan bienes y servicios. Hay quienes sabiendo que algo está mal (que el tío es pedófilo o la hermana es alcohólica) prefieren callar antes que perder audiencia, lectores, compradores... o ser objeto de la expiación o víctimas de la sospecha que ellos mismos han generalizado frente a otros desvíos del dogma.

ÍNDICE

Prólogo	5
<i>Rafael Uzcátegui</i>	
Cuba en Latinoamérica: Presencia e influencia cubanas en espacios académicos, organizaciones de la sociedad civil y plataformas generadoras de pensamiento	11
<i>Eloy Viera, María Isabel Puerta y Claudia González</i>	
Relatos gubernamentales sobre el 11J. Estrategias del poder totalitario cubano para el control y la imposición de la narrativa oficialista	63
<i>Hilda Landrove y Yanet Rosabal</i>	
Cuba en Latinoamérica: una influencia autoritaria . . .	135
<i>Armando Chaguaceda</i>	
La supervivencia de la idea Cuba	153
<i>Hilda Landrove</i>	
La muerte del totalitarismo	171
<i>Alina B. López Hernández</i>	

Para terminar con el “sí, pero...”	183
<i>Claudia Hilb</i>	
No serán libres y tampoco serán iguales	197
<i>Carlos Liscano</i>	
El efecto Sartre: algunas claves analíticas	221
<i>Rafael Uzcátegui</i>	

Utopía envenenada.

Difusión, disputa y desmontaje del sharp power del Estado cubano
se terminó de imprimir en abril de 2025,
en Solar, Servicios Editoriales, S.A. de C.V.,
Calle 2 núm. 21, San Pedro de los Pinos,
alcaldía Benito Juárez, 03820
Ciudad de México.



UTOPIA

ENVENENADA

| Difusión, disputa y desmontaje del
sharp power del Estado cubano

ISBN: 978-628-7714-23-6



9 786287 714236